enigmas del universo

DIOSES EXTRATERRESTRES

DAIMON

JEAN SENDY

Dioses extraterrestres



DAIMON

MADRID - BARCELONA - MEXICO

Título de la obra original:
CES DIEUX QUI FIRENT LE CIEL ET LA TERRE
Editions Robert Laffont. París

Traducción de
J. M. GARCÍA DE LA MORA

ISBN: 84-231-0332-3
Depósito legal: B-11786-1976

Printed in Spain

Imprenta Juvenil, S. A., Maracaibo, 11 - Barcelona-16.

«Al principio, Dios creó el cielo y la tierra». Así es como se ha traducido, pero esta traducción es inexacta. No hay hombre un poco instruido que no sepa lo que pone en el texto: Al principio, los dioses hicieron *o* los dioses hizo el cielo y la tierra.

A Voltaire, que escribió esto en 1765 para el artículo *Genèse* de su *Dictionnaire Philosophique,* le dedico este libro en homenaje no necesariamente cándido.

SUMARIO

והייתם כאלהים

«Seréis como los dioses.»
(GÉNESIS, III, ss.)

1

LA NOVELA DE LA BIBLIA

Hace unos doce millones de años que se extinguió el último paleoterio.[1] El primer hombre apareció sobre la Tierra hace aproximadamente un millón de años. Preguntar, pues, si los primeros hombres se cruzarían alguna vez en su camino con un paleoterio sería tan absurdo como preguntar a un centenario si se encontró alguna vez en su juventud con Carlomagno,* que murió hace once siglos. Y, no obstante, para saber acerca de Carlomagno más de lo que supieron la mayoría de sus contemporáneos nos basta con abrir un buen libro de historia.

Según los optimistas, lo que se sabe acerca de Carlomagno es, precisamente, lo que constituye la Historia, y el hecho de que sepamos más de él que lo que sabían la mayor parte de sus contemporáneos no prueba sino que la Historia necesita tomar distancias y perspectiva para juzgar a los hombres y los acontecimientos. Las mentes más lúcidas consideran que lo que se sabe acerca de Carlomagno tiene mucho de «novela» desarrollada sobre endeble trabazón, reconstituida a partir de datos por lo general inseguros. La posibilidad de que una «novela» sea conforme a la verdad histórica tampoco debe por ello excluirse, como lo demuestra la aventura de Cuvier* (1769-1832), naturalista y escritor científico a quien no le fal-

[1] Se llama paleoterio al género de mamíferos équidos de órbitas pequeñas, considerados como los antepasados de los actuales caballos y sus restos fósiles se hallan en el terreno eoceno.

* Los nombres seguidos de un asterisco se hallan descritos en «Pequeñas biografías», pág. 243 y siguientes.

taron audacia ni imaginación, cualidades dominantes del buen novelista.

A partir de unos cuantos fragmentos fósiles, reconstruyó Cuvier un ejemplar de una especie desaparecida desde hacía muchísimo tiempo, al que dio el nombre de *paleotherium*. Para reconstruirlo, disponía Cuvier, en total, de algunos pedazos de las mandíbulas, una porción del cráneo que encontró junto a ellos, un omoplato, un húmero, un cúbito y parte de una pata delantera que pertenecían a otro lote de restos, así como de algunas porciones de esqueleto halladas en otras excavaciones.

Dábanse cita todas las condiciones requeridas para que los académicos y universitarios timoratos clasificaran la empresa de Cuvier entre las divagaciones indignas de seria consideración: *la ley de correlación*, en que se basaba Cuvier para establecer puentes entre los diversos datos seguros, ¡era una ley que el mismo Cuvier había formulado!... Y el reconstruido esqueleto tendría que servir de prueba, a la vez, del caso particular del paleoterio y de la «ley de correlación».

Ahora bien, después de muerto Cuvier, se encontraron varios esqueletos completos de paleoterios, que dieron razón a la audacia de aquel gran sabio naturalista. Los métodos más modernos han confirmado que entre la muerte del último paleoterio y el nacimiento de Cuvier habían transcurrido unos trece millones de años.

Para reconstruir el remoto pasado en que la tradición hebrea sitúa sus orígenes, los datos de que dispongo son tan fragmentarios como aquellos de que disponía Cuvier para su paleoterio. Por eso, me ha parecido más honrado llamar «novela» a mi tentativa: los puentes que mi imaginación va a tender entre los datos ciertos de mi hipótesis no son necesariamente tan sólidos como los puentes tendidos por la imaginación de Cuvier entre los datos ciertos de que él disponía.

Los datos en que yo me fundo los he expuesto ya en mis ensayos precedentes. He procedido, por tanto, como el arquitecto, que empieza trazando los planos de la construcción proyectada y, después, muestra en un croquis lo que será el edificio terminado.

La *novela de la Biblia* es exactamente esto: una vista de conjunto. La hipótesis que constituye la estructura arquitectónica de *La novela de la Biblia* está basada en el texto bíblico leído, como leía Schliemann a Homero.

Heinrich Schliemann* (1822-1890), hijo de un pastor alemán muy pobre, se inició en la vida como dependiente de una tiendecita de ultramarinos en Fürstenberg. Allí trabó amistad con un tal Neiderhoffer, que sentía pasión por el griego antiguo y recitaba de memoria los textos de Homero.* Ambos jóvenes ahorraban parte de su salario para poder con-

tinuar sus estudios. Schliemann iba aprendiendo a la vez las lenguas modernas cultas, lo cual le llevó hasta San Petersburgo en calidad de representante de una casa comercial. En Rusia, Schliemann hizo dinero y concibió la que llegaría a ser la idea fija de toda su vida: se persuadió de que la *Ilíada* y la *Odisea,* que hasta entonces todo el mundo consideraba relatos poéticos de pura imaginación, algo así como cuentos de hadas, eran narraciones en cuyo trasfondo había sólidos fundamentos históricos.

Todo el mundo se rió en sus narices, pero en 1856 Schliemann se dedicó a estudiar seriamente el griego antiguo, y, cuando por fin pudo leer a Homero en sus textos, su idea fija se le fue confirmando más y más.

A partir de 1858, Schliemann se consagra por entero a su idea fija; viaja, traba relaciones... En 1863, se instala en París para estudiar allí la arqueología y sus métodos. En 1871, obtiene permiso para excavar en Hissarlik, localidad de Turquía donde, a fuerza de leer y releer a Homero, ha acabado por sospechar que estuvo la Toya de Héctor,[1] de cuya existencia real Schliemann era casi el único que no dudaba.

Y nuestro hombre alcanzó plenamente el éxito.

Schliemann sacó a la luz las ruinas de Troya, demostrando con ello que los más famosos helenistas venían propagando desde hacía dos milenios ideas falsas al negarse a ver en la *Ilíada* y la *Odisea* otra cosa que leyendas meramente fantásticas, sin fundamento real.

Pues bien, lo que Schliemann hizo con respecto a Homero es, exactamente, lo que yo he intentado hacer con respecto al relato bíblico.

Leer la Biblia como Schliemann leía a Homero quiere decir que no hay que tener en cuenta para nada las exégesis que a lo largo de dos milenios se han venido acumulando en torno al texto bíblico. Estas exégesis, en efecto, se proponen reconocidamente hallar en la Biblia la prueba de la existencia de Dios. Para una lectura «a lo Schliemann», que parta de la idea de que el texto bíblico debe tomarse al pie de la letra, Dios tiene tan poco que ver con la cuestión como lo tuvieron para Schliemann las convicciones religiosas de los griegos y los troyanos.

Cuando se lee de este modo el texto bíblico, se advierte desde el comienzo que la palabra hebrea *Elohim,* traducida en las Biblias corrientes por «Dios», es un plural. Si se prosigue la lectura del texto bíblico entendiendo que dice «los Venidos del cielo», o «los Celestes», cada vez que en el texto hebreo aparece el plural *Elohim* nos encontramos ante un

[1] Héctor, el más valiente de los jefes troyanos en la leyenda heroica de Grecia; hijo de Príamo y Hécuba, y esposo de Andrómaca. Según la *Ilíada,* mató a Patroclo, el amigo de Aquiles, y recibió la muerte en manos de éste.

relato que no necesita ya ninguna exégesis, ningún forzamiento, ninguna convicción religiosa, para hacerse perfectamente coherente.

¿Será posible que se nos haya ocultado esto, que se haya traducido como «Dios» lo que en el original designa como unos «dioses»? Sí, y Voltaire* lo sabía; pero quienes hoy día se jactan a menudo de conocer muy bien a Voltaire, lo han olvidado.

Leído así, el texto bíblico aparece con claridad como el relato de la llegada de unos seres Celestes perfectamente concretos, físicamente constituidos a nuestra imagen, que se habrían comportado sobre la Tierra tal como podemos concebir que se comporten unos cosmonautas humanos sobre cualquier planeta en que les deposite una cosmonave.

Pero si el relato bíblico es tan claro, ¿cómo se explica que Voltaire no cayera en la cuenta de ello y que la demostración esté todavía por hacerse?

Sencillísimo. Voltaire sabía lo que a todo hombre medianamente instruido le es evidente: que la creación del mundo se atribuye en el texto hebreo original de la Biblia a *unos dioses*, pero Voltaire razonaba como cualquier humanista del siglo XVIII, para quien toda idea de cosmonautas era frívola fantasía gratuita.

¿Que en vez de poner la creación del mundo a la cuenta del Dios de las Biblias usuales, el texto hebreo la pone a la de unos dioses? ¡Bonito asunto! Para el siglo XVIII, no era esto sino una variación de un relato pagano, que no entraba en los términos de lo racionalmente concebible... En el artículo *Moise* del mismo *Dictionnaire Philosophique*, asegura Voltaire, como verdad evidente, que «no hay más que una sola geometría».

El texto bíblico sólo se ha hecho coherente una vez que hemos ingresado en la Era cosmonáutica, cuando podemos imaginarnos a los «dioses» con los rasgos de unos cosmonautas bípedos y mamíferos, que habrían llegado a nuestro planeta en una época que varias coincidencias inclinan a situar hacia —21 000. Voltaire cometió el error de querer explicar por medio de la ciencia del siglo XVIII un relato que sólo adquiere coherencia a partir de 1960. Hoy conocemos diversas geometrías no euclidianas.*

A la luz de los datos de 1969, el texto bíblico resulta perfectamente coherente, y lo leemos como el relato de una llegada de ciertos «dioses», acaecida allá por los remotos años —21 000, y de la partida de sus descendientes, algunos milenios después. Esta es la hipótesis que yo propongo: leer el *Génesis* como relato histórico, y constatar la coherencia que adquiere un texto ya milenario en la época de Cristo con los datos científicos de una humanidad que está produciendo sus propios astronautas.

Ni que decir tiene que la coherencia así ganada para el *Génesis* no

prueba que nos hallemos ante un relato histórico. Pero tal coherencia es más que suficiente para justificar el dilema que propongo:

> ¿Es el *Génesis* un mito cuyo relato concuerda por pura casualidad con los datos científicos de hoy?
>
> ¿Es el *Génesis* un relato histórico cuyas concordancias con los datos de la cosmonáutica pertenecen al orden natural de las cosas?

En el estado actual de las investigaciones, nadie puede zanjar la cuestión válidamente y decir si el texto hebreo milenario es una leyenda sacra emanada de una imaginación profética o si constituye el relato realista de la venida de unos cosmonautas a la Tierra hace bastantes milenios.

Pero el texto bíblico comporta una posibilidad de verificar experimentalmente mi hipótesis en el capítulo IX del *Génesis*, que promete a los descendientes de Noé un «arco de alianza» asentado «en la nube».

¿Me equivocaré si tomo al pie de la letra este «arco», que quizá no sea más que un símbolo dentro de un Mito? Es posible. ¿Erraré, incluso, queriendo relacionar este Mito con unos datos científicos? También es posible.

En mis libros *La lune, clé de la Bible* (1968) y *Nous autres, gens du Moyen* Age (1969), he expuesto las razones que me inclinan a tener por coherente y razonable la empresa de relacionar el texto bíblico con los datos científicos de hoy y de tomar al pie de la letra el «arco de alianza» prometido por el texto en cuestión.

Teólogos excelentes aceptan mi manera de leer el texto bíblico; excelentes científicos admiten las concordancias que señalo. Es, pues, posible que yo tenga razón.

Al final de este primer capítulo, la opción que propongo aparece, por tanto, como una opción entre dos artículos de fe opuestos: «Creer que el texto bíblico tiene un fundamento racional» y «creer que el texto bíblico no tiene fundamento racional alguno».

La novela de la Biblia trata de ofrecer al lector una vista de conjunto del problema, y quiere ayudarle a formarse una opinión personal sobre las razones que, a mi parecer, inclinan a pensar que el texto bíblico refiere los recuerdos de unos sucesos realmente acaecidos.

La hipótesis que propongo, del valor histórico del relato contenido en el libro del *Génesis*, será verificada —es decir, confirmada o desmentida— en un futuro muy próximo. En efecto, si yo he leído bien el texto bíblico el «arco de alianza» es algo concreto, algo que nos espera arriba en la

Luna y cuyo descubrimiento bastará para demostrar que sobre nuestro satélite nos han precedido unos cosmonautas que instalaron allí unas bases parecidas a las que hoy tratan de asentar los nuestros.

En la eventual (y muy próxima) confirmación de esta hipótesis se funda *La novela de la Biblia.*

2

CIENCIA Y ARTICULOS DE FE

Cuando unas excavaciones arqueológicas hacen surgir, en algún sitio del mundo, un esqueleto humano de 25 000 años de antigüedad, la noticia parece lo bastante interesante para que los periódicos le dediquen llamativos titulares, y cuando este esqueleto conduce al descubrimiento de un lugar habitado en aquella época remota, la noticia pasa a ser de las grandes y muy importantes, tanto para el especialista como para el profano. El especialista empieza a conjeturar lo que tal hallazgo podrá añadir a nuestro conocimiento del Paleolítico superior;[1] el profano se queda un poco más anclado en la idea, completamente falsa, de que hace 25 000 años un puñado de humanoides no del todo hombres todavía, vivían en un planeta en el que pululaban multitud de animales extraños.

Ahora bien, veintidós o veintitres mil años antes de la Era cristiana, en plena mitad, pues, del Paleolítico superior (que abarca de −35 000 a −10 000), no había sobre la Tierra más que aproximadamente un millón de hombres. De hombres en el sentido pleno del término, puesto que −35 000 es la época en que los antropólogos sitúan la aparición de nuestro directo antepasado: el *Homo sapiens*.

Como ocurre a menudo con las afirmaciones simplistas, esta «aparición» del *homo sapiens* recubre un complejo conjunto.

En primer lugar, no hubo ninguna «aparición» de una especie nueva, sino sólo cierta sucesión y ocupamiento de la herencia común. Marthe Chollot-Legoux ha publicado un precioso librito, *Arts et Techniques de la*

[1] El paleolítico es el primer período prehistórico de la humanidad, el de la edad de piedra, y se distribuye en cuatro períodos glaciales. Durante el paleolítico superior el hombre hizo grandes progresos.

Préhistoire (Ed. Morancé), del que me serviré con frecuencia sin citarlo, para no hacer pesado mi texto; nunca recomendaré bastante su lectura, lo mismo que la de los libros del profesor André Leroi-Gourhan* [especialmente *Le geste et la parole* (Ed. Albin Michel)], que también aprovecharé mucho y sin rebozo, aunque tampoco los cite por la misma razón, ya que hoy en día casi es imposible hablar con seriedad de cuestiones arqueológicas sin referirse, directa o indirectamente, a su obra.

Hacia —100 000, comenzó a extenderse por la Tierra, y más en concreto por lo que ahora es la Europa central y el Oriente Próximo, una capa de población humana, la de los paleantrópipos; era entre ellos tan amplia la «gama de variabilidad» que en los restos que se han encontrado de algunos individuos se ven indicios de formas regresivas, mientras que otros individuos son ya muy próximos al *homo sapiens.* Nada hay de absurdo en imaginar el período llamado «Paleolítico medio» (—100 000 a —35 000) según la idea que se hacía Darwin* de la evolución: como una lucha por la supervivencia, con progresiva eliminación de los menos fuertes y astutos... ya fuese por medio de brutales eliminaciones físicas, o porque los más dotados para la lucha encontrasen compañera con mayor facilidad, dejando a los menos dotados morir sin prole. Esto en cuanto a la «aparición». Pero ¿y cómo definir al *homo sapiens*?

Cuando aún no había sido desacreditada por la experiencia la concepción «mecanicista», según la cual el animal es una máquina movida por los resortes de los instintos, cabía admitir que la hominización comenzó al aparecer el utensilio, siquiera fuese el más rudimentario.

Esto no puede ya sostenerse. Porque también el mono sabe utilizar un bastón. Y ciertos simios, si se les pone a su alcance una caña de pescar desmontada en sus piezas, se las arreglan para montarlas cuando sólo así pueden «ingeniárselas» para acercar y atrapar un plátano u otra cosa. En ese montaje tenemos resumida, esquematizada, la fabricación de un utensilio por el mono.

Pero en ningún caso otro mamífero que no sea el hombre conserva un útil, un instrumento del que se sirvió ayer y podrá servirse mañana, aunque hoy no lo utilice: el establecer una relación de parecido, una comparación entre ayer y mañana, si se da hoy una ruptura, una interrupción de la continuidad, eso supone la noción del tiempo... y todo hace suponer que la noción del tiempo es un privilegio del hombre (entiéndase, entre los mamíferos: las hormigas, las abejas y otros animales quizá la tengan).

Ahora bien, el «guardar para mañana lo que hoy no haya de utilizarse» constituye, para todos los sociólogos, el primer síntoma de «aburguesamiento».

Parece, por tanto, más conforme con la realidad decir que la hominización empieza con el aburguesamiento.

Cuando sostengo yo cosas así, les doy mucha pena a algunos de mis amigos. Y agravo mi caso al afirmar que la causa principal de nuestras actuales dificultades es el progreso, el modernismo: todo era mucho más fácil en el siglo XVIII, cuando no había necesidad ninguna de demostrar que existen diferencias entre el hombre y los animales, cuando la edad del mundo apenas planteaba problemas, pues se solía admitir generalmente que Dios (o los dioses) creó (o crearon) la Tierra el 29 de octubre del año —4004.

Sin tomarme más molestias de las que merece el asunto, yo he tratado de averiguar con exactitud qué es lo que indujo a la Iglesia a rectificar la fecha del 7 de octubre de —3761, que proponía entonces la Sinagoga. Pero no he podido sacar ninguna conclusión convincente, ni he podido tampoco establecer cómo llegó a concluir la Iglesia ortodoxa rusa que el mundo era más viejo de lo que creían los occidentales, con una diferencia de más de quince siglos. Hasta la reforma del calendario por Pedro el Grande*, efectuada hacia el año 1700, los rusos llamaron, por ejemplo, año 7208 al que los occidentales tuvieron por año 1699, y esto porque todo el clero ortodoxo sabía, a ciencia cierta, que Dios había creado el mundo en el año —5509.

Jacques Boucher de Crèvecœur de Perthes* (1788-1868) dio al traste con tan lindas certezas. Este naturalista aficionado llegó a la conclusión, por razones muy particulares, de que ciertos pedernales que él había desenterrado cerca de Abbeville, en el Somme, fueron tallados por hombres que debieron de vivir en tiempos remotísimos... muchos milenios antes del día que solían fijar como fecha de la creación del mundo por Dios. Boucher de Parthes lo pasó muy mal cuando intentó que su teoría la tomaran en serio. Sin embargo, a la larga lo consiguió. Hoy se admite generalmente que el primer bípedo constructor de utensilios apareció sobre la tierra hacia el año —600 000 se le denomina *homo faber*, es decir, «el artesano». ¿Tendría ya ese sentido de la propiedad que, a mi entender, señala mejor que cualquier otro síntoma el acceso a la hominización? Parece que sí. El *homo faber* debió de tener acceso a la propiedad con el mayor inconveniente que ello implica para todo neófito: se convirtió en el esclavo de sus propios bienes.

Por lo demás, no cabe reprochárselo.

Desde el mismo momento en que nuestro lejanísimo antepasado se percató de que un sílex le hacía ser igual a los animales que hasta entonces había tenido que temer, se convirtió en el esclavo de las regiones abun-

dantes en sílex, exactamente igual que el agricultor es esclavo de los terrenos cultivables y el neopropietario es esclavo de las sociedades de crédito.

Durante 400 000 años, nuestro ancestro vivió con mentalidad de siervo: nunca se le ocurría la idea de hacer las cosas mejor que su padre y que el padre de su padre... En todos los sitios en que se han encontrado vestigios de la estancia del *homo faber* han aparecido sílices o pedernales toscamente tallados, de una técnica casi tan invariable como las de los hormigueros.

Pero sólo *casi* tan invariable. Alguna evolución, aunque muy pequeña, sí que se percibe a lo largo de todo el Paleolítico inferior (—600 000 al —100 000), evolución que hacia el final del período desemboca en una indiscutible racionalización industrial: hacia —150 000, el artesano practica una técnica de «preparación» del morrillo de sílex, gracias a la cual resulta más fácil irle arrancando esquirlas y tallándolo mejor. A partir de la adopción de esta técnica, no cabe ya dudar de la existencia de un pensamiento lógico: el hombre no es una hormiga. Entramos en el Paleolítico medio.

Hacia —100 000, hay un gran giro en la curva evolutiva. El paleolítico medio se distingue igualmente por la aparición de las primeras sepulturas. Nuestro antepasado directo, el *homo sapiens,* «el lógico», está ya ahí. Cuando las poblaciones de tendencias regresivas hayan prácticamente cedido el puesto al *homo sapiens,* tendrá lugar lo que llamamos el Paleolítico superior, que empieza en —35 000 y dura hasta —10 000.

André Leroi-Gourhan ha evidenciado que uno de los criterios esenciales para discernir el progreso intelectual es el de la miniaturización. En los comienzos del Paleolítico inferior (hacia —500 000), el *homo faber* obtenía 10 centímetros de utensilio cortante por cada kilogramo de sílex; hacia el final del Paleolítico superior (—15 000 al —10 000), el *homo sapiens* obtendrá ya de 6 a 20 metros de lo mismo. Desde mediados del Paleolítico superior, hacia —22 000, el hombre pudo librarse de la supeditación a las «minas» de sílex: pudo volver a llevar vida nómada, transportando consigo su bagaje de armas y utensilios, ya más ligeros, y dotados, en ocasiones, de empuñaduras y mangos de madera que recogía en los bosques.

Hacia —22 000, los hombres son, pues, capaces de ir a atacar a los indígenas de otros territorios en que no hay sílex, pero donde abunda el botín y es atractivo colonizar. «A partir del *Gravettien,* hacia —25 000, se reduce a casi nada el desperdicio de silex», precisa A. Leroi-Gourhan. Esta racionalización industrial posibilita las expediciones a tierras lejanas llevando solamente unos cuantos kilos de sílex, que ahora el hombre sabe ya «reparar» cuando el filo se embota o rompe, lo mismo que sabe valerse de los pedazos de utensilios más grandes para hacer otros de menor tamaño.

Suele olvidarse como por sistema, y ello falsea del todo la concepción que uno se haga de la Prehistoria, que hacia —22 000 no era todavía el hombre, ni mucho menos, dueño y señor de la Tierra. Seguramente se consideraba dichoso por sobrevivir en la vecindad de animales más fuertes que él, aunque afortunadamente incapaces de evolucionar hacia el artesanado y el aburguesamiento.

¿Tuvo conciencia el hombre de —22 000 de la revolución que suponía un aligeramiento del peso de las armas suficiente para que los más audaces pudieran salir de su territorio y penetrar —como intrusos y agresores— en territorios ajenos? La tuvo, ciertamente, en la medida misma en que podía percatarse de su superioridad sobre las especies que, superándole en fuerza física, rapidez y resistencia, se tenían que inclinar, empero, ante su inteligencia.

Se olvida casi sistemáticamente, y esto falsea del todo la concepción que uno pueda hacerse de la Prehistoria: el interés práctico de la inteligencia quedaba allí enteramente por demostrar.

En modo alguno es abusivo hablar de «colonización» a propósito de las incursiones en territorio ajeno; aun cuando tuviera conciencia de haber salido de la animalidad, el hombre prehistórico que se aventuraba a meterse por el territorio de otra especie animal no iba «de caza». Iba a hacer la guerra. Era una lucha entre iguales. La victoria no la tenía asegurada de antemano ninguna de las dos partes. Si el enemigo era carnívoro, como el oso, los hombres caídos en combate eran devorados, lo mismo que lo era, sistemáticamente, el enemigo abatido por los hombres. Cuando el enemigo era un herbívoro, un simio por ejemplo, el «salvaje que se come al enemigo muerto» era vuestro abuelo y el mío.

Pero si las probabilidades de victoria eran comparables, las intenciones no lo eran, ni mucho menos: jamás se han encontrado indicios de animales que hayan tenido la ambición de domesticar al hombre, mientras que todo inclina a creer que, muchos milenios antes de estar capacitado para lograrlo, el hombre aspiraba ya a domesticar o colonizar a otras especies idóneas para servirle.

Claro que tampoco debemos caer en la exageración opuesta: hacia —22 000 era aún totalmente inconcebible cualquier idea de dar a los hombres «autoridad sobre los peces, las aves, los ganados, los reptiles y todas las bestias salvajes del campo» (para decirlo como la Biblia). El supremo sueño del humano consistía por entonces en llegar a ser igual en fuerza y astucia a los animales, a los que temía. En mi opinión, acierta A. Leroi-Gourhan al escribir que la tesis de un «culto al oso» entre nuestros antepasados se basa en una interpretación abusiva de datos insuficientes; pero

los antropólogos no son unánimes en tal parecer, y algunos siguen manteniendo que nuestros ascendientes rindieron culto al oso. Lo más probable es que la promesa bíblica de dar al hombre autoridad sobre todos los vivientes habría producido hacia el año —20 000 el efecto de una enorme exageración demagógica.

Ahora bien, concluir de cuanto precede que podamos dispensarnos de hacer afirmaciones en lo tocante a la Prehistoria sería, por lo menos, prematuro. ¿Estaba en aquel entonces la Tierra en plena anarquía, o domesticaban ya las hormigas a sus pulgones? ¿Cultivaban ya las abejas los campos de flores, igual que hoy? Hormigas y abejas ¿crearon ellas mismas sus propias «civilizaciones»? Desde el momento en que uno se lanza a atribuir intenciones y propósitos humanos a los animales o a la naturaleza, no hay límites: a partir de datos sólo probables, se llega a afirmar cualquier cosa. Sin embargo, la verdad es que hay muy pocos datos ciertos en la base de nuestros conocimientos.

Sabemos con seguridad que la Tierra es un esferoide de unos 12 760 kilómetros de diámetro, recubierto de una corteza sólida que mide unos 60 km de espesor, proporciones parecidas a las que hay entre una manzana y su piel (una manzana de 10 cm tiene una piel de 0,5 mm de grosor).

Sabemos también, con no menos certeza, que la Tierra está poblada por una especie de seres capaces de medir todo eso y de discutirlo. Casi todo el resto de nuestros conocimientos participa más de lo probable que de lo cierto.

Es probable que bajo los 60 km de corteza rocosa solidificada exista una capa viscosa y muy caliente, pero esto aún no se ha podido comprobar de modo directo. Es probable que la Tierra provenga de la condensación de una nebulosa desgajada del Sol... Pero en cuanto se quiere ir más allá hacia atrás, en busca, por ejemplo, de los orígenes del Sol, se sale del dominio de lo probable para entrar en el de la pura especulación: ni la teoría del universo en expansión ni la del universo fijo y estable han conseguido hasta la fecha la unanimidad de los sabios.

Es probable que la especie humana sea el resultado de una lenta evolución, a partir de formas de vida elementales. Pero, en cuanto se quiere ir más allá, para inquirir por ejemplo cómo pudo aparecer esa vida sobre un planeta compuesto hasta entonces únicamente de moléculas de materia inerte, se penetra en el ámbito de la especulación pura.

Para la biología moderna, los organismos vivientes se reparten en dos reinos: el reino vegetal y el reino animal. Lo característico del animal es que no puede nutrirse más que de sustancias orgánicas, es decir, de plantas y animales; en cambio, el vegetal saca su sustancia directamente de las

sales minerales y del gas carbónico. La lógica quiere, pues, que la primera vida terrestre haya sido vegetal.

Pero la más antigua flora conocida no ha dejado trazas sino a partir del Silúrico [1] (hace menos de 500 millones de años), mientras que desde el Precámbrico (hace más de 600 millones de años) algunos moluscos ya evolucionados han dejado su traza fosilizada.

¿Habrá que fiarse de los datos puramente experimentales y concluir que durante más de 100 millones de años la Tierra estuvo habitada por unos animales que se nutrían de piedras y arenas? ¿O deberemos hacer, por el contrario, que predomine la lógica sobre los datos empíricos, y concluir que si no se han hallado trazas de vegetales más antiguos que los primeros moluscos es porque se ha buscado mal o porque los vegetales dejan vestigios menos discernibles que los que dejan los animales?

Entre los que se dedican al estudio del pasado remoto se dan estos dos modos opuestos de pensar: para unos, sólo lo empíricamente verificado merece tomarse en consideración; para otros, las hipótesis fundadas en la lógica y en la razón son válidas aunque todavía no las haya confirmado ninguna verificación empírica.

En todas las épocas, los primeros, los prudentes, han pretendido monopolizar la ciencia; los segundos, los audaces, los únicos capaces de formular hipótesis destinadas a ser verificadas o desmentidas, han contrarrestado la pretensión de aquéllos.

Los prudentes tienen a los audaces por charlatanes. El audaz Mendeléyev* decía: «¡Más vale una hipótesis que luego sea desmentida, que no hacer ninguna hipótesis!» Los prudentes, en el siglo XIX, tuvieron a Mendeléyev por chiflado y visionario cuando propuso su famosa «tabla de clasificación de los elementos químicos». El siglo XX ha confirmado la notable exactitud de aquella pasmosa intuición de Mendeléyev.

En lo que concierne a la aparición de la vida sobre la Tierra, a pesar de la falta total de pruebas empíricas, los biólogos modernos han optado resueltamente por la audacia de la lógica: profesan que los vegetales hubieron de aparecer *necesariamente* antes que los animales, y que si todavía no se han encontrado pruebas de ello es porque no ha habido suerte.

Adviértase —e insisto en este aspecto porque los prudentes hacen todo lo posible por encubrirlo— que la biología moderna se ha lanzado con audaz resolución por los caminos de lo probable, a fundar su ciencia en bases que los prudentes, despreciativos, tachan de «sólo conjeturables».

[1] Silúrico es el segundo de los cinco períodos geológicos en que se halla dividida la era primaria o paleozoica. Es anterior al devónico y posterior al cámbrico.

Los audaces tienen la conjetura por necesidad. ¡Alumno prudente, salga usted a dar la lección!

En el silúrico (hace unos 45 millones de años) aparecen, a la vez que los más arcaicos vegetales conocidos, unos animales ya muy evolucionados: los primeros peces vertebrados y los primeros insectos. Y, a partir del silúrico, los descubrimientos y las teorías de los geólogos y de los paleontólogos [1] se van entrelazando y eslabonando en armoniosa serie de nexos, que constituyen la cadena de la evolución.

En algunos puntos esta cadena parece demasiado bien engarzada, demasiado compuesta y segura «Es muy frecuente que en Prehistoria se construyan las certidumbres por tardía maduración de impresiones que se han hecho incontrolables», observa A. Leroi-Gourhan, cuyo humor es siempre constructivo. Pero el que la evolución, tal y como se la enseña en las Facultades, sea rigurosamente verdadera o esté embellecida según las ocasiones, no pasa de ser un detalle. Nadie discute ya en serio la certeza de lo esencial, es decir, el principio de la evolución a partir de unas formas elementales de vida hacia otras formas cada vez más complejas, más diferenciadas, más eficaces.

Ahora bien, ¿qué es lo que pudo incitar a las formas de vida elementales a evolucionar hacia unas formas cada vez más complejas, más diferenciadas y más eficaces? Ninguna de las explicaciones que se han propuesto hasta ahora parece convincente en cuanto se rasca un poquito el barniz, ya se trate de una tesis satisfactoria para los creyentes o de otra por completo atea.

Y no se trata de la «chispa inicial» que, sobre un planeta constituido únicamente de materia inerte, haría de pronto brotar la vida, transformando algunas moléculas de sales minerales inertes en un organismo vivo, que «come» la materia mineral, absorbe el gas carbónico del aire, crece, procrea, se multiplica por reproducción y muere. Esta «chispa inicial» cree haberla obtenido ya Stanley L. Miller en su laboratorio de la Universidad de Columbia, una vez reconstituidas allí las condiciones de la Tierra tal cual ésta debía de ser antes de la aparición de la vida. Y otros investigadores científicos, particularmente en la U.R.S.S., también creen haber obtenido esta «chispa inicial».

Para corroborar su convicción de que la vida apareció sobre la Tierra sin necesidad de «intervención divina», los investigadores solo esperan establecer con certeza que las «condiciones en que debía de hallarse la Tierra antes de que apareciese la vida» son las mismas que Stanley L. Miller y sus

[1] Los paleontólogos son los naturalistas que se dedican al estudio de los seres orgánicos cuyos restos se hallan fósiles.

seguidores han reproducido en el laboratorio. Continúan, pues, experimentando sobre toda la gama de condiciones primitivas observables y aguardan con impaciencia los resultados de las experiencias realizadas en la Luna y las que se vayan haciendo en otros planetas del sistema solar. Pero de ningún modo aspiran, ni siquiera en la U.R.S.S., a probar con ello que «Dios no existe». Lo que andan buscando es, sencillamente, cómo provocar en el laboratorio la «chispa inicial», para reproducir después, también en el laboratorio, la evolución de la vida así lograda inicialmente y seguirla en el proceso evolutivo hacia formas de creciente complejidad, diferenciación y eficacia.

El problema de la «chispa inicial» es un problema de biología pura; el querer convertirlo en cuestión metafísica forma parte de la pesada herencia que nos legó el siglo XIX. Pero como no faltan hábiles charlatanes que a veces vuelven a poner en circulación aquel falso problema, bueno será que recordemos, siquiera de pasada, que Teilhard de Chardin* lo ha descabalado de una vez para siempre. Según Teilhard, cada *quantum*, cada «gránulo» de materia está vinculado a un quantum espiritual. En la tesis teilhardiana, a partir de ciertas condiciones exteriores la vida aparece en la materia como una imagen aparece en la placa fotográfica al ser metida ésta en un revelador apropiado: la chispa inicial es proporcionada por la materia inerte del baño de revelador que actúa sobre la materia inerte de la placa fotográfica.

Esta tesis podrá aceptarse o rechazarse. Pero lo cierto es que, gracias a Teilhard, un biólogo cristiano puede dedicarse tranquilamente a tratar de hacer surgir la vida en un laboratorio a partir de materias inertes y exclamar con sinceridad «¡Gracias a Dios!», cuando lo consiga. El biólogo cristiano no pretende suplantar a su Dios cuando intenta dar vida a un sal mineral, así como el que revela las placas en el laboratorio de fotografía tampoco se toma a sí mismo por el fotógrafo cuando manipula con las placas o los carretes que le ha confiado un desconocido.

El problema de los orígenes iniciales, primordiales, es un problema real, sin duda. Pero cae tan fuera de nuestro alcance como del bachiller elemental la resolución de ecuaciones de quinto grado. No dejará de haber charlatanes que propongan a los escolares métodos mágicos con los que puedan aprenderlo todo sin fatiga. Pero yo no quiero ser uno de ellos, y así, en este libro me limito sistemáticamente a hablar de lo que tú, lector, y yo podemos comprender. A nuestro nivel, constatamos que la vida apareció sobre la Tierra, que persistió en ella, que ha evolucionado, y que la evolución la ha hecho llegar al grado de perfección (muy relativa) propio de la especie a la que tú lector, y yo, autor, pertenecemos.

¿Cómo pudo arreglárselas la evolución?

En *L'origine des espèces* (Col. Que sais-je?), Emile Guyénot, miembro del Instituto de Francia, pide un poquito de discreción a los habituados a pontificar con pedantería: «Consideremos la formación de un ojo. ¿Podría deberse a la casualidad el que, habiendo producido el cerebro una vesícula óptica, la piel a su contacto se transformase para engendrar un cristalino? ¿Se debería a la casualidad, al azar, que se agruparan una serie de células musculares y construyeran unos músculos motores del globo ocular? ¿Sucedería por azar el que innumerables fibras nerviosas, caminando a través de los tejidos embrionarios, viniesen a inervar esos músculos y los órganos del ojo, y que las células de las que dimanan configurasen las múltiples y complejas articulaciones posibilitadoras de unos reflejos que resultan indispensables: abertura o contracción del iris, movimientos conjugados de los dos ojos, acomodación del cristalino, parpadeo, secreción de las lágrimas, etc.? ¿Por azar se habrán formado la córnea, la esclerótica, la órbita del ojo, los párpados, las pestañas, las cejas, el canal nasolacrimal? ¡Cuánto azar y qué conjunto de casualidades tan prodigiosos, tan verdaderamente providencial! Para explicar la mutación se tropieza con un muro de imposibilidades.»

Lo que apenas cabe discutir, si se atiende a los datos establecidos por la geología y la paleontología, es que la vida parece haber evolucionado precisamente tal como evolucionaría en un laboratorio en el que, a partir de la «chispa inicial» obtenida experimentalmente, unos biólogos tratasen de crear, por sucesivos tanteos, las formas vivientes más complejas, diferenciadas y eficaces, sin temor a que sus audacias desembocaran en algunas formas monstruosas, a las que se dejaría sobrevivir para verlas ir pereciendo a los ojos del biólogo, que aprendería así a evitar para lo sucesivo muchos errores. Y en este punto es donde aprieta el zapato: «Las mutaciones, únicos procesos evolutivos conocidos, corresponden casi siempre a fenómenos de regresión o de repetición... Ninguna ha producido nunca *un órgano nuevo*», puntualiza Emile Guyénot. Los órganos nuevos, que ni el azar ni las mutaciones explican, ¿de dónde vienen?

¿Puede admitirse que haya un Creador que no sabe a dónde va en su proceder, que hace experimentos, obtiene monstruos, ensaya otras creaturas, se divierte creando una serie de modelos extravagantes, como el pingüino, el canguro, el camaleón, o desmesurados como la bacteria y el hipopótamo, sucesor éste del fracasado diplodoco[1] o aberrantes y absurdos

[1] El diplodoco era un reptil dinosaurio, saurópodo, de tamaño gigantesco —se conoce un ejemplar de 25 m de longitud—, cabeza muy pequeña y cuello y cola muy largos, que según parece se alimentaba de plantas acuáticas.

como el hombre, capaz de hacerse todas estas preguntas? Esto parece imposible, o, por lo menos, sacrílego y blasfemo. No es más que antropomorfismo: viciado modo de pensar que atribuye a Dios el comportamiento de un humano medianamente inteligente.

Pero la explicación inversa, la que rechaza como absurda toda hipótesis de que haya un «Gran Arquitecto del Universo» que actúe directamente o por intermedio de alguna otra persona, sirviéndose por ejemplo de «ángeles», tampoco resulta satisfactoria.

Albert Ducrocq* no es un «científico», sino un cronista que a lo largo de su carrera no ha formulado ninguna hipótesis lo que se dice «personal». En su *Roman de la Vie* (Ed. Julliard) expone la teoría de la «cibernética natural», teoría muy convincente mientras se va leyendo... pero cuyo único fallo es que apenas resiste a ninguna interrogación. Los libros de Albert Ducrocq equivalen, más o menos, a lo que los estudiantes sensatos reprochan a la Universidad actual: unos «cursos a base de lecciones magistrales» que imposibilitan el diálogo y el poner en tela de juicio los artículos de fe que constituyen el dogma. La «ciencia oficial» de un Ducrocq es la de los suboficiales de la ciencia, que no pueden permitirse la elegante desenvoltura de un Emile Guyénot.

¿Cabe admitir, sin caer en antropomorfismos[1] que atribuyan a la naturaleza genuinas intenciones finalistas, que la evolución ha derivado del mundo mineral el cristalino de nuestro ojo, que lo ha duplicado en dos ojos y que luego ha hecho hereditaria la transmisión de este órgano doble?

Albert Ducrocq nos pone ante un dilema factual. Usted, yo y el perro del vecino, tenemos dos ojos; mientras no se le ocurra a usted otra explicación mejor, no le queda sino elegir entre «Dios» y la «cibernética natural». El juego de prestidigitación que encubre aquí el tono magistral consiste en ilusionarnos con que, si nos decidimos en favor de la cibernética, optaremos por una explicación científica contra un artículo de fe... Cuando lo cierto es que, en realidad, Ducrocq sólo nos da a elegir entre dos artículos de fe.

No puedo yo proponer nada mejor. Pero me repugna que un artículo de fe firmado por Ducrocq se presente disfrazado de explicación científica so pretexto de que está dentro de la mentalidad del siglo XIX y de que quien lo propone parece un sadoc* lleno de certezas.

¿Qué es, al fin y al cabo, la cibernética? El diccionario *Robert* nos dice que es la «ciencia constituida por el conjunto de las teorías relativas a

[1] Se llama antropomorfismo al conjunto de creencias que atribuyen a la divinidad la figura o las cualidades del hombre.

las comunicaciones y a la regulación en el ser viviente y en la máquina». ¡Caramba! ¿El conjunto de teorías sobre los seres vivos y la mecánica? ¿Y no sería esto un «principio de explicación de la existencia del mundo», que es la definición que el mismo diccionario nos da de *Dios*?

Indudablemente. Lo que Albert Ducrocq nos propone es, dicho con toda propiedad, un principio de explicación de la existencia del mundo. Su teoría de una «cibernética natural». Acaso sea acertada, pero no es ni más ni menos que un artículo de fe.

La única posición científicamente sostenible, cuando se halla uno ante un dilema entre dos artículos de fe, consiste en decir «No sé», consultar a continuación algún buen manualito informativo y ponerse así en contacto con gentes que no traten de enmascarar su ignorancia con afirmaciones baratas y pedantes.

En *La novela de la Biblia* se me presentará a menudo la ocasión de reconocer mi ignorancia. Y en ningún momento me permitiré disfrazar de opción entre «racional» y «oscurantista» un dilema entre dos artículos de fe.

¿Se celebrarán en los hormigueros coloquios entre filósofos sumidos en alguna discusión como la nuestra? Nada me permite responder a esta pregunta con un sí o con un no. Pero se puede afirmar categóricamente que en ningún hormiguero, colmena u otra ciudad de insectos, se tienen seminarios científicos, porque en cuanto una comunidad alcanza un mínimo de espíritu y conocimientos científicos, eso se ve. Hormigas y abejas tienen un comportamiento estereotipado; ningún observador ha podido advertir nunca en sus comunidades el menor indicio de progreso ni de regresión. Esta fijeza del comportamiento parece ser la regla en el mundo animal. La especie humana constituye la excepción.

¿Se singularizó de este modo la especie humana por sí misma? ¿O tan notable singularidad natural se benefició del impulso que todas las primeras civilizaciones afirmaban haber recibido?

Para hacerse una clara idea de las semejanzas y diferencias que hay entre nosotros y los animales son muy recomendables, por lo muy claros y directos, dos libros de Hilaire Cuny: *Sur la psychologie animale* (Editions sociales) y *Mes chats* (Editeurs français réunis).

Y para terminar este capítulo dedicado a nuestros remotos orígenes, un dato evidente: la aportación de polvo cósmico resulta despreciable si se la compara con la masa de la corteza terrestre. La Tierra vive en compartimiento cerrado desde que se solidificó a partir de la masa gaseosa inicial, hace tres o cuatro mil millones de años. Pero este dato implica un corolario que se suele olvidar: cada molécula de las que usted y yo esta-

mos hechos tiene una edad de entre tres y cuatro mil millones de años. Usted y yo «existíamos» ya en cierto modo sobre la Tierra tres mil millones de años antes de que apareciese en su superficie la más elemental forma de vida orgánica. ¿Aparecería la vida con la ínfima proporción de polvillo cósmico incluido en el cuerpo de usted y en el mío? Haría falta mucha audacia para afirmarlo.

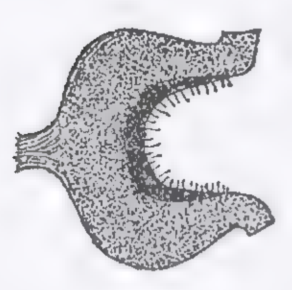
O para negarlo.



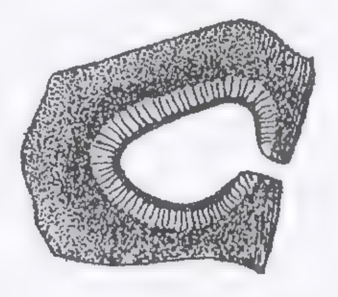
La aparición del ojo por «evolución natural», según la propone Albert Ducrocq, es una tesis tan ingenua como la de la aparición de la mujer según se la imaginaban antaño las almas sencillas. La única certeza de que podemos estar seguros en nuestro siglo XX, respecto a estas cosas, es que ni el ojo ni la mujer aparecieron de esa manera en el mundo.
(Las «cuatro fases» de la evolución del ojo y las explicaciones con que se comentan los respectivos gráficos han sido tomadas de *Roman de la Vie,* obra de Albert Ducrocq.)

EVOLUCION DEL OJO

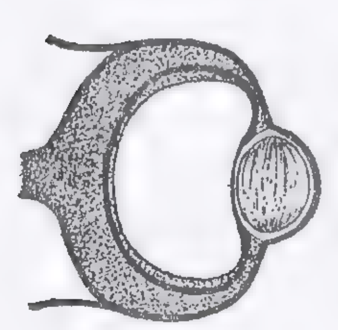
Cuatro estadios o fases características en el desarrollo de los órganos de la visión:



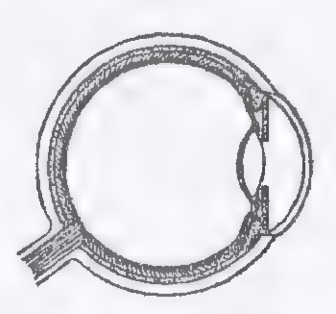
rehundimiento
de una superficie rica
en pigmentos



evolución de la cavidad
hacia una fórmula del tipo
«cámara oscura»



delante del orificio, aparición
de una sustancia transparente
que tiende a tomar la forma
de una lentilla



focal variable
y abertura acomodaticia
del ojo humano

3

Y EL HOMINIDO SE HIZO HOMBRE

Nuestro antepasado directo es el «hombre de Cro-Magnon», llamado así, no porque la especie fuera oriunda de Cro-Magnon, lugar de la comuna de los Eyzies, en la Dordoña, sino sencillamente porque la primera muestra conocida de la especie se descubrió en ese sitio. La terminología de los etnólogos, articulada casi toda a base de nombres geográficos, produce al no especialista la impresión de haber sido ideada con la única finalidad de que resulte incomprensible.

Si yo hablase una jerga como la de los etnólogos, denominaría «período Convención» y «adquisiciones convencionales» al período y a los conocimientos que adquirí cuando tenía veintidós años y vivía cerca de la estación del metro *Convention*; por aquel entonces tenía yo intimidad con una inglesa que vivía cerca de la estación del metro *Ségur* y a la que le habría bastado con ser etnóloga para denominar a los mismos tiempos y conocimientos «el período seguriense». Con lo que sólo nuestros amigos íntimos habrían sido capaces de establecer una relación entre mis recuerdos «convencionales» y los recuerdos «segurienses» de Kathie.

No es broma ni fruslería: Camille Arambourg, miembro del Instituto, escribe en su libro *La genèse de l'humanité* (Col. Que sais-je?), obra que pretende ser de divulgación, que el doctor Leakey ha encontrado en Africa oriental algunas formaciones cuaternarias del *villefranchien;* este «período» debe evidentemente su denominación a la existencia de una población francesa actual llamada Villefranche. Ahora bien, el doctor Leakey es anglófilo y los libros escritos en inglés ignoran con razón el *villefranchien*. La óptica de los libros ingleses que yo he consultado acerca del descubrimiento hecho por el doctor Leakey difiere tanto de la de Camille Arambourg*, que me ha sido imposible determinar a qué corresponde exactamente, en la mente del doctor Leakey, autor de un descubrimiento capital, lo que en la mente de un miembro del Instituto de Francia corresponde al *villefranchien.*

Lo que estoy denunciando lo saben todos los prehistoriadores. Pero, si por motivos profesionales o mundanos tuviese yo que granjearme la simpatía de los prehistoriadores, ni siquiera podría —como tampoco ellos pueden— denunciarlo. Me vería forzado moralmente a encubrir y disimular tan fastidiosas debilidades.

Cuando los etnólogos hablan de una «fase auriñaciense-perigordiana» que sitúan a comienzos del Paleolítico superior, ¿quiere esto decir que entre —35 000 y —18 000, Aurignac y el Périgord eran un centro de radiante civilización, o tan sólo que es en el sur de Francia donde se han descubierto los primeros (y también los más elocuentes) vestigios de aquella remota época? Ilustres etnólogos sitúan efectivamente en el Périgord el foco principal de aquella precivilización que, por Siberia y por Alaska (es decir, por encima del estrecho de Behring, helado y franqueable a pie enjuto), se habría extendido hasta la América del Sur. Otros etnólogos no menos excelentes braman de cólera al oir semejante tesis, en la que no ven más que un confusionismo engendrado por la singular terminología etnológica, y le niegan a la Francia de hace veinte milenios el papel de civilizadora del planeta.

Una vez haya precisado yo que la «etnología» tiende más cada día a adoptar el sentido americano del vocablo, esto es, a englobar la arqueología, la paleontología (estudio de las formas más arcaicas de la vida) y el estudio de las poblaciones humanas propiamente dichas, se comprenderá la cautela con que me aventuro a entrar por este terreno. Tal actitud de prudencia nos evitará el empleo de términos que los diccionarios usuales ignoran. Lograremos así una visión más clara de la evolución, lenta pero continua, que partiendo de un semimono, el *zinjanthropus*, ser que vivió hace aproximadamente un millón de años, culmina en los esqueletos y cráneos, indiscernibles del vuestro y del mío, que se encuentran en sepulturas y yacimientos de hace veinticinco mil años. También aquí nos respalda la autoridad de A. Leroi-Gourhan (que nunca incurre en pedanterías): «Si tuviésemos veinte fósiles completos entre el *zinjanthropus* y nosotros, no habría ya "arcantrópinos" ni "paleantrópinos" sino sólo una progresión sin rupturas desde el estadio 1 hasta el estadio 20, pues, a pesar de las variaciones entre formas contemporáneas, como no se quiera seguir siendo fieles a concepciones superadas, no se ven ni choques ni encabalgamientos notables entre los pocos fósiles datados sin discusión» (*Le geste et la parole*).

Hace veinticinco mil años, poblaban la Tierra hombres que estaban hechos como nosotros y que debían de ser, en total, alrededor de un millón. Eran, seguramente, hombres en el sentido pleno del término: la fabrica-

ción de utensilios y armas de sílex constituía ya entre ellos una auténtica industria, secundada por un comercio de trueque a escala continental, puesto que se encuentran piezas de sílex muy lejos de las regiones en que existe la materia prima, y a cada período le corresponde un tipo de labrado del sílex. Un etnólogo podrá situar en el tiempo tal raspador de sílex, pero ese etnólogo será incapaz de decir si el raspador en cuestión fue importado de Rusia o de Francia... lo mismo que un adolescente sitúa en el tiempo un coche viejo, sin que sea necesariamente capaz de decir de qué país proviene.

Pero aquellos hombres arcaicos y su modo de pensar nos son tan extraños, por lo menos, como los más atrasados habitantes amazónicos. Hacia —25 000, ideas que hoy nos parecen obvias y creemos que habrían tenido que ocurrirse mucho antes que la industria y que el comercio internacional, esas ideas no habían brotado aún de ningún cerebro humano: el propulsor de la azagaya, palo que prolonga la acción del brazo y está provisto de un saliente en el que se apoya la azagaya o pella por arrojar es, sin duda, el más rudimentario «mecanismo» que concebir se pueda, y sin embargo, este mecanismo sólo aparece con posterioridad a —15 000. El arco es un artefacto que no aparecerá más que hacia —10 000; nada menos que 5000 años habrán sido necesarios para pasar del propulsor de dardos arrojadizos al arco lanzador de flechas. ¡Cincuenta siglos!

Cabe afirmar, con todo, que los hombres de hace veinticinco mil años eran hombres en el sentido pleno del término, pues desde las edades a que podemos remontarnos la noción de *progreso* es constante. ¿Habrán hecho falta 200 000 años para pasar de los 10 cm de utensilio cortante obtenido de cada kilo de sílex a los 40 cm de lo mismo? Muy probablemente. Pero este progreso existe, mientras que hasta donde nos es dado remontarnos en la observación de los hormigueros, no aparece noción alguna de progreso, ni regresión. Las hormigas se organizan de generación en generación según un estereotipo, invariablemente.

Cada hormiga vive un año; el número de generaciones de hormigas observado es, pues, suficiente para que quepa afirmar la absoluta fijeza de su civilización, que *es* una civilización en el sentido que damos nosotros a esta palabra: cada hormiguero es una obra de cantería apuntalada con maderámenes y que consta de piezas destinadas a usos especializados (almacenes, «salas de maternidad» en las que unas obreras cuidan de las larvas puestas por la reina, etc.). Algunos hormigueros tienen una especie de «establos» donde las hormigas alimentan y «ordeñan» a los pulgones, cuyo azucarado jugo digestivo les es a ellas muy apetecible; otros hormigueros cuentan con «cavas» en las que se cultivan champiñones sobre un mantillo

formado por detritus de hojarasca; todos los hormigueros tienen varias salidas, dispuestas *en previsión* de un ataque de otras hormigas... La guerra entre dos hormigueros vecinos concluye con la total destrucción del hormiguero derrotado, aunque las vencedoras se llevan consigo las larvas de las vencidas.

¿De dónde les viene a las hormigas este prodigioso conjunto de «reflejos» e «instintos» sin el cual sería inconcebible su civilización artesanal y burguesa, militar y conservadora? Resulta tentador imaginarse a unos entomólogos criando ejemplares de hormigas, experimentando con ellas como Pavlov* con sus perros, y soltando después por ahí unos cuantos «comandos» de hormigas formadas de esa manera, a fin de observar qué plazo de tiempo necesitarían como artesanas y burguesas para colonizar primero y civilizar después a las poblaciones de hormigas salvajes... o para ser exterminadas por éstas, en un sector determinado.

Esta idea de una civilización traida de fuera es tanto más seductora cuanto que explicaría no sólo el muy alto nivel de la civilización de las hormigas, sino también su inmutabilidad: ¿cómo unos insectos hasta tal punto incapaces de modificar el *statu quo* habrían podido llegar por sus propios medios a un grado de civilización tan elevado?

Mas, por otra parte, *¿quién* adiestraría así a las hormigas, y lo mismo podríamos preguntar de las abejas, las termitas y todos los insectos que tanto se destacan, por su inexplicable organización social, de las otras variedades entomológicas que viven en total anarquía?

No fueron ciertamente nuestros ancestros de hace veinticinco mil años; para instruir a unas hormigas tal y como estoy diciendo harían falta unos biólogos bastante más sabios y expertos que los más eminentes de hoy en día. Sin embargo, teóricamente, el imprimir a unas hormigas un conjunto de reflejos condicionados es algo que se concibe como posible.

El origen de la civilización de las hormigas es uno de esos enigmas absolutos que los biólogos no saben ni siquiera por dónde abordarlos para penetrar su misterio.

Las sociedades humanas sí que han podido ir edificando por sí solas sus civilizaciones sucesivas, hasta la nuestra inclusive. Después de 400 000 años de desesperante lentitud, se aceleró el ritmo del progreso; luego aparecieron unas estauillas, de calcita [1] y esteatita [2] hacia −22 000.

[1] La calcita es un carbonato natural de calcio. Se presenta cristalizado o en masas, y entre sus variedades se hallan las calizas.

[2] La esteatita es un silicato de magnesia de color blanco o verdoso suave y blando, vulgarmente llamado *jaboncillo de sastre* porque se usa para hacer señales en las telas y también como lubricante.

Por muy lento que sea, un progreso continuado basta para señalar la existencia de un espíritu creador, y, por lo tanto, la posibilidad de que el grupo en que se manifiesta parta de casi nada para avanzar un poquito e ir adquiriendo cada vez más y más. La aparición de una tendencia a progresar es el punto del que parten los etnólogos para decidir que el homínido se transformó en hombre.

Las sociedades humanas pudieron, pues, muy bien edificar por sí solas sus sucesivas civilizaciones.

Pero desde que se entra en los tiempos históricos, es decir, desde que se encuentran unas civilizaciones lo bastante evolucionadas como para poseer documentos *escritos* que relatan su historia, se advierte que *todas* estas primeras civilizaciones atribuyen a una doctrina heredada de dioses venidos del cielo el conjunto de sus conocimientos y la totalidad del progreso logrado desde los remotos tiempos en que los dioses, desembarcando de naves celestes, habían hallado a los hombres que, no obstante ser ya hombres, vivían entre unos animales ignorantes de que tenían en medio de ellos a sus amos en potencia.

4

LAS «PRIMERAS CIVILIZACIONES»

Antes de ponernos a examinar el mito que hace tres o cuatro mil años las primeras civilizaciones consideraban ya varias veces milenario, conviene que puntualicemos de qué primeras civilizaciones se trata.

También convendrá que precisemos los contornos de ese mito que les es común. Sólo a continuación podremos confrontar las razones que haya para rechazar o aceptar como posible el que ese mito común encierre alguna verdad histórica.

«Vagamente» todo el mundo sabe que las más antiguas civilizaciones conocidas se hallaban situadas en Egipto, Mesopotamia y China. Reflexionando un poco, se añade a esta lista el Tibet. Los pueblos respectivos, además del egipcio y el chino, cosa obvia, son el asirio y el persa... y el tibetano, por supuesto. Si se reflexiona un poco más, se añade a los fenicios, grandes viajeros, cuyo país originario no está claramente definido. Olvídase, por lo general, a los hebreos y a los griegos, demasiado próximos a nosotros para que parezcan envueltos en ese misterio un poco enervante en que la imaginación gusta de sumir cualquier evocación de Babilonia o de las Pirámides, de Zoroastro* o del Gran Lama[1].

Esta serie de vagas nociones se aproxima, por lo demás, bastante a la realidad. En la alborada de los tiempos históricos, o sea, a partir de unos siglos acerca de los cuales la etnología ha reunido datos relativamente exactos y concordes entre sí, aparecen comunidades humanas cuyos conocimientos y organización justifican que se las tenga por civilizadas.

[1] Gran lama es el sacerdote budista a quien adoran los lamaístas, por creer que en su cuerpo se halla encarnado Buda.

¿Cuál de las civilizaciones es la más antigua? No sólo no se sabe esto, sino que la cuestión misma está mal planteada: las antigüedades relativas, que se atribuyen a las diversas civilizaciones, están en función de los documentos de que se dispone sobre cada una, lo cual no prueba nada; simplemente, fija el límite de nuestros conocimientos.

Durante todo el primer cuarto del siglo XX fue Egipto el que detentó la palma de la mayor antigüedad. Después, nuevos descubrimientos hicieron pensar que la gran aventura de la civilización humana había comenzado en Sumer[1]. La Gran Pirámide fue construida entre los años —2800 y —2700; aun aparte de cualquier otro considerando, la exactísima orientación del monumento bastaría para probar que sólo pudo ser construida por una civilización suficientemente añeja y adelantada como para haber acopiado muy notables saberes astronómicos. Cuando Tycho Brahe*, el astrónomo a quien debió Kepler* su formación científica, trató de determinar el norte para sus observatorios, logró menos precisión en sus cálculos que los arquitectos del Faraón[1]. Hácese, efectivamente, remontar la civilización faraónica al V milenio; el calendario más antiguo que se conoce es el de los faraones: comienza en —4236. Actualmente se datan también en el V milenio los inicios de la civilización de Sumer, en Mesopotamia.

La antigüedad atribuida a la civilización china apenas pasa del II milenio, cuando un soberano de la dinastía Hia se dice que mandó quemar los viejos libros después de haber hecho transcribir lo que estimó que contenían de interesante. Los hebreos «entran en la Historia» después de los chinos, aunque su calendario se remonte a —3761: los historiadores juzgan incierto todo lo que, entre los hebros, es anterior a Abraham*, nacido hacia —2000. Tras los descubrimientos hechos por Schliemann*, es a partir del II milenio cuando aparece Grecia con una cronología aproximadamente segura, deducida de datos que permiten remontarse hasta el III milenio.

Pero nos alejamos de todo cálculo posible cuando comparamos esto con la antigüedad que se arrogan las primeras civilizaciones. Manetón*, sacerdote egipcio del siglo V antes de nuestra Era, afirma en su *Historia de Egipto* que los faraones eran herederos directos de unos dioses que habrían vivido en la Tierra muchos milenios antes. Platón*, en el *Critias,*

[1] Sumer es una antigua región de la baja Mesopotamia, próxima al golfo Pérsico; sus habitantes, los sumerios, son braquicéfalos, de estatura mediana y de facciones muy acentuadas, probablemente fruto de la mezcla de elementos caucásicos con los nativos de Mesopotamia.

[1] Faraón es el título de origen hebreo con que se designaba a los antiguos reyes de Egipto; primitivamente sirvió para nombrar el palacio real, luego el gobierno y más tarde —desde la XXV dinastía—, al gobernante (siglos VIII-VII a C).

habla de una civilización dada a los hombres por los dioses, civilización que se habría aniquilado en una guerra que el filósofo griego sitúa hacia —9000. Como veremos en las páginas de este libro, la cronología alegada por Platón es perfectamente compatible con la tradición hebraica, según se enseña ésta hoy en día en los liceos y facultades universitarias de Israel.

¿Qué parte corresponde a la verdad histórica y qué otra a la leyenda? Nos iremos haciendo idea de ello a lo largo de este libro; pero ya desde ahora podemos definir las primeras civilizaciones como unas «*comunidades que aparecen en la alborada de los tiempos históricos, con un conjunto de conocimientos que justifican el que se las considere civilizaciones, y que son atribuidos por ellas a unos dioses bípedos y mamíferos, venidos del cielo y vueltos a partir después dejando en herencia una enseñanza revelada*».

Esta certidumbre de ser los herederos de unos dioses de carne y hueso constituye la base del mito común a todas las primeras civilizaciones.

Al hombre se le ha definido a menudo como «animal religioso».

El hecho es que, en todas las sociedades primitivas actuales, comprueban los etnólogos la existencia de cierto espíritu metafísico, es decir, la creencia en un Orden Superior, al que está sometida toda la materia del universo y cuya benevolencia se puede conciliar el hombre sujetándose a cierto número de prácticas que se reputan agradables a ese Orden Superior. En todas las sociedades desaparecidas se sabe que hubo la misma creencia metafísica fundamental, con variantes puramente formales. Desde el momento en que una comunidad humana muestre alguna cohesión, podemos estar ciertos de que se hallará ahí el cimiento de una metafísica.

Pero el mito de los dioses hechos como tú, lector, y como yo, y venidos del cielo, a los que habrá que llamar «los dioses cosmonautas», es patrimonio de las primeras civilizaciones y de las comunidades a ellas vinculadas.

Con la única excepción de los mayas de América central (y, según he demostrado en *Les Cahiers de cours de Moïse*, trátase de una excepción sin duda aparente), en todas las comunidades primitivas o no que se han descubierto y estudiado desde que Europa se lanzó a explorar el resto del planeta, se comprueba la existencia de un espíritu metafísico, se estudian ritos, se halla que han sido divinizadas unas «fuerzas» abstractas, o fenómenos tales como la salida y la puesta del sol..., pero nunca se ha encontrado, como no sea en las primeras civilizaciones y en sus herederas, un mito basado en la noción de una doctrina revelada por dioses-cosmonautas.

Esta diferencia, nítida e indiscutible, no ha sido puesta jamás de relieve por una razón muy sencilla: hasta hace una docena de años, las creencias

en un dios-Rayo y las creencias en unos cosmonautas civilizadores parecían igualmente irracionales. Todavía en 1969 no ceso de encontrarme con gentes persuadidas de que los dioses-cosmonautas de las primeras civilizaciones forman parte del mismo fárrago de supersticiones que las divinidades animistas de los actuales primitivos.

Yo me he visto forzado a pensar lo contrario. A nadie pido que acepte mis palabras como artículos de fe, pues ninguno propongo. Lo que aquí ofrezco es el relato, reconstituido según las diversas versiones que nos han llegado del mito común, de los acontecimientos que verosímilmente se desarrollaron sobre la Tierra entre el Paleolítico superior y la aurora de los tiempos históricos.

No es para echármelas de bien enterado por lo que he querido empezar exponiendo lo inseguro de los datos en que se basan las tesis usuales, cuando se trata del período de que nos ocuparemos en *La novela de la Biblia.* Si he recalcado esas inseguridades es para recordar, a quienes lo hubieran olvidado, que TODO lo que acerca de tal período se profesa es a base de novelizar.

Sin embargo, tampoco hay que incurrir en el exceso contrario y llegar a pensar que, no habiendo nada establecido con certeza, cualquiera podrá permitirse los mayores fantaseos y lanzarse a toda suerte de afirmaciones sin riesgo de que le desmientan. Hay unas cuantas cosas que sí están ya establecidas de modo indiscutible. Aunque ni éstas lo están con absoluta precisión: subsiste en las apreciaciones un margen de error más o menos grande.

El relato que aquí ofrezco pertenece al género «novela», porque recurro sistemáticamente a la imaginación para unir unos con otros los datos factuales. Pero no es «pura ficción», puesto que mantengo no menos sistemáticamente a la imaginación dentro de los límites que señalan los márgenes de error de los datos ciertos. *La novela de la Biblia* se presenta, pues, como una amalgama de lo cierto con lo posible, combinación en la que no creo haber dejado elementos que contradigan nada de lo que las mejores autoridades tienen hoy por establecido con toda certeza.

La novela de la Biblia obedece a las reglas de la «historia novelada»: yo no tengo derecho a fingir como historia un encuentro entre Luis XIV* y Napoleón*, pues es cosa certísima que nunca se encontraron, pero conociendo una decisión que fue tomada tras una conversación entre Napoleón y Talleyrand*, tengo derecho a imaginar los argumentos que indujeron a la oposición a adoptar la decisión históricamente cierta.

5

DEL ARTE A LA MAGIA

Los espíritus que el siglo XIX calificaba de «razonables» consideran que el arte es un lujo inútil y hasta una peligrosa tentación. Parece, no obstante, cada vez mejor establecido que el arte y el espíritu creador se originaron simultáneamente entre nuestros remotos antepasados.

Con todo, nunca se ha podido demostrar que haya relación alguna de causa a efecto entre el gusto por la belleza y la aptitud para promover y sostener el progreso; bástenos con hacer constar que ambos corren pareja. Hacia —30 000, alcánzasele al hombre una concepción metafísica del universo: emerge, por lo tanto, de la mera animalidad. Y hacia la misma época, traza las primeras formas directamente identificables, las que reproducimos según *Le gest et la parole* y que A. Leroi-Gourhan presenta como «figuras estereotipadas en las que sólo algunos detalles convencionales permiten apoyar la identificación de un animal». El sentido artístico es flagrante en esas formas... al menos para nuestra época, que discierne un esquema admirable allí donde el siglo XIX no veía más que garabatos o mamarrachos carentes de atractivo para los espíritus razonables.

¿Cabe atribuir a tal anestesia del sentido artístico el hecho de que el siglo XIX, a pesar de la capital importancia de sus descubrimientos científicos, fuese un siglo estúpido, de cuya herencia ha dimanado la mayoría de nuestras dificultades?

Así me inclino a creerlo, tanto más cuanto que el siglo XIX constituye el resultado lógico del puritanismo, esa aberración mental arropada en oscuros atuendos que ha engendrado la extraña civilización norteamericana, capaz de producir a la vez los más fabulosos ingenios mecánicos y el modo de vida más tremendamente traumatizante para el espíritu humano. Mas no nos desviemos del tema de este capítulo, que es la conjunción del arte con el progreso en la historia de la humanidad.



«Sólo hacia —30 000 aparecen las primeras formas, que se limitan por lo demás a unas cuantas figuras estereotipadas en las que únicamente algunos detalles convencionales permiten apoyar la identificación de un animal. De estas consideraciones se desprende que el arte figurativo se halla directamente vinculado, en su origen, al lenguaje, y mucho más cerca de la escritura, en su sentido más amplio, que de la obra de arte.»
(Leroi-Gourhan, *Le geste et la parole*, I, 266).

Ninguna relación de causa a efecto se ha podido establecer nunca entre el gusto por lo bello y el progreso civilizador, pero no dejan de venir a las mientes numerosas hipótesis. Entre las aves, los machos poseen medios naturales para ponerse tanto más hermosos cuanto más encelados; en cambio, el macho de la especie humana, no sabiendo ni siquiera cómo erizar su escaso sistema piloso, solamente si inventa el arte puede hacerse notar de una hembra a la que desea.

Este principio del arte aplicado a la seducción se encuentra en las sociedades primitivas del continente americano. Se da también en las evolucionadas sociedades occidentales: el emperifollado militar del siglo XIX les parecía irresistible a las damas cuyos maridos civiles vestían de negro o de gris oscuro. Y todavía no ha variado la opción de las mujeres cuando se

trata de elegir entre el uniforme militar, afectado ahora de la austeridad propia de las capas sociales moribundas, y la abigarrada vestimenta de los *beatniks* y otros tipos al uso. El joven que hace el servicio militar, consciente del poco éxito que tendría entre las chicas yendo de uniforme, en cuanto sale del cuartel procura ponerse ropas de colores rojos, amarillos, verdes y violetas, como las que han llegado a ser hoy patrimonio de los paisanos. Las mujeres del siglo XX, lo mismo que las del XIX, son más sensibles a los homenajes de los hombres ataviados de colorines que a los de quienes se enfundan de negro o gris... ¡y los filisteos nunca lo han sabido!

¿Será el arte esencialmente una prolongación del instinto sexual? He aquí algo que, sin pasar de hipófisis, cuenta en su favor con una justificación darwiniana: caso de que el arte haya sido inventado por el macho humano con la intención de seducir por tal medio a las hembras de la especie, la preferencia que éstas manifiestan a los artistas les ha asegurado a ellos, y sólo a ellos, esa expansión del espíritu creador que las teorías modernas hacen ir a la par con la sana satisfacción de los instintos sexuales. Y, de una cosa en otra, engendrando a tantos más artistas cuanto más gustosamente se emparejaban con artistas, las mujeres habrían sido, así, los «vehículos transmisores del gusto artístico», igual que lo son de la hemofilia, defecto de formación transmitido únicamente por las mujeres y que sólo afecta a los varones.

¿Se nota esto, aun en forma de simple tendencia, en las demás especies animales? Siempre es peligroso extrapolar un esquema humano para aplicarlo a especies animales, pero ¿cómo proceder si no?

Nunca he oído hablar de aves migratorias que se traigan recuerdos de los lejanos países que visitan, mientras que la enorme cantidad de ornamentos de ámbar del Báltico encontrados en la cuenca mediterránea prueba, no sólo que los hombres del Paleolítico eran grandes viajeros, sino también que eran sensibles a la belleza. Incidentalmente, esto contribuye a confirmar la existencia, hacia —22 000, de una amplia red de relaciones comerciales que cubría Europa entera y se extendía por varias zonas de África y de Asia. Como dijo Robert Kanters, «yo creeré en la civilización de las ocas cuando vea a una oca preparar un guisado», en el bien entendido de que el cocinar *es* un arte, vale decir, un esfuerzo consciente que requiere que quien lo practica tenga la capacidad de comparar dos estados sucesivos de la materia sometida al esfuerzo de mejora o embellecimiento.

Una objeción contra lo que precede acude en seguida al ánimo: la del gusto que manifiestan las mujeres por el adorno.

Es posible, y aun probable, que la coquetería femenina no sea sino consecuencia de una tendencia milenaria a la inversión del instinto sexual en la especie humana. Es posible, y aun probable, que el instinto de la especie impela a los humanos hacia el matriarcado, sistema en el que es respetada la regla general, regla lógica, puesto que es el sexo dominado, el masculino, el que en la mayoría de las especies aparece más hermoso, a fin de agradar al sexo dominante. En otro capítulo veremos el posible e incluso probable proceso que ha hecho a las civilizaciones humanas tender hacia la inversión del instinto: el problema es lo suficientemente importante para dedicar un capítulo a estudiarlo, en su contexto propio.

Según están hoy las cosas, las sociedades humanas del mundo civilizado se hallan configuradas por tantos siglos de dominación del macho que ha llegado a ser normal y como una segunda naturaleza para las mujeres el tratar de embellecerse, de aparecer hermosas y atractivas. Pero sólo una ingenua presunción, perfectamente compatible por lo demás con una alta reputación universitaria, puede justificar el hábito adquirido de considerar que los collares, las redecillas y otros adornos de hace veinticinco mil años eran necesariamente llevados por las mujeres. No es esto evidente, ni mucho menos. Hasta el punto de que, si se pudiese establecer con certeza cuál de los dos sexos se ponía entonces esos adornos, sería por lo mismo posible determinar con exactitud si nuestros antepasados del Paleolítico superior estuvieron organizados en sociedades patriarcales o matriarcales.

Una cosa es indudable: la necesidad de arte y de belleza debía de serles primordial a nuestros lejanos antecesores, puesto que, cuando no eran todavía más que una especie débil, acosada por las otras especies animales, esa necesidad les incitó a dedicar muchos ratos al trazado de unas formas que a nosotros nos parecen bellas, y a confeccionar unos adornos más o menos llamativos.

Desde los comienzos del Paleolítico superior, hacia −35 000, aparece el primer signo indiscutible de una necesidad de embellecimiento: para entonces el hombre sabía, desde hacía ya decenas de milenios, producir el fuego y conservarlo, pero en −35 000 tenemos el primer testimonio de una aplicación *técnica* del fuego, y esta verdadera revolución industrial consiguió calcinar unos ocres ferruginosos y obtuvo así colorantes.

El arte alcanzará las cumbres de lo figurativo durante el Magdaleniense (−11 000 a −8000); en sus inicios, hacia −30 000, «el grafismo no representa la realidad, por así decirlo, servil y fotográficamente: se le ve irse organizando, a través de una decena de milenios, a partir de signos que parecen haber expresado antes ritmos que formas», escribe A. Leroi-Gourhan. Hacia −22 000, el arte ya se halla, pues, organizado.

Hacia —22 000, es el período que se suele denominar «auriñaco-perigordiano». Los hombres viven en chozas y tiendas. Se visten con pieles esmeradamente cosidas. Se adornan con collares, redecillas y otros abalorios hechos con dientes de animales, conchas y huesos tallados. Saben hacer cestas y labrar cortezas y maderos. Disponen de utensilios de sílex, de distintas formas según sus diversos destinos, y manejan también instrumentos de hueso. Son habilísimos carniceros y peleteros.

Viven los hombres de la caza y de la rebusca. Cazan renos, tan abundantes que al Paleolítico superior se le llama a menudo «la Edad del reno». Los hieren con azagayas. Cazan también aves, probablemente a pedradas, quizá también poniéndoles lazos. Pero no parece que hayan conocido la honda, y habrán de pasar todavía siete mil años para que aparezca un mecanismo tan elemental como es el propulsor de azagayas o dardos arrojadizos, y otros doce mil para que se invente el primer arco lanzador de flechas.

Ciertos autores, entre ellos André Cailleux, estiman que, para vivir de la caza y de la rebusca en las condiciones de aquel tiempo, cada familia necesitaría un territorio de 100 km², por lo menos, y que 300 km² debían de representar una «propiedad» promedio. Dicho de otro modo, la superficie actual de París y su comarca podría bastarle a una familia, pero no a dos... Claro que esto no ha de entender a la letra, como advierte A. Leroi-Gourhan: «La idea de un poblamiento primitivo formado por pequeñas hordas errantes y sin contactos organizados entre ellas es contraria a las reglas de la biología.»

El estudio estadístico de los cráneos que se han encontrado muestra que la edad promedio era de 20 años, lo que equivale a decir que un quincuagenario era un anciano. La manera como parece que se mantenían las tradiciones induce a pensar que, acaso por la falta de otras distracciones, se prestaba mucha atención a los viejos cuando éstos iban desgranando sus recuerdos. Es concebible, incluso, que se les rodeara de gran respeto.

El hombre de —22 000 debió de empezar a cobrar conciencia de su superioridad sobre los demás animales.

Una de las más sólidas razones para pensar que, por aquel entonces, el hombre no sólo es superior a las otras especies terrestres sino que, además, tiene conciencia de ello, que es ya un animal religioso, según atestiguan los esqueletos que se han hallado, sea orientados de un modo que no puede ser fortuito, sea rodeados de objetos que indican, con fuerza de prueba, que la muerte era celebrada con un ritual.

La certeza de que hacia —22 000 practicaban los hombres unos ritos aminora la función que, sin ella, estaríamos tentados de atribuir al arte

«puro». ¿Tenían los collares y redecillas un uso meramente decorativo, o servían también de fetiches utilitarios? Los colorantes obtenidos por el procedimiento, verdaderamente industrial, de la calcinación, ¿estaban destinados al arte por el arte, o a algún rito de magia venatoria? Cada vez se tiende más a admitir que la magia venatoria desempeñó un papel muy importante en la vida de nuestros remotos ascendientes, como lo desempeña en la de los primitivos actuales y también en la de nuestras más evolucionadas sociedades, que hacen que en la festividad de San Huberto se bendiga a las jaurías.

El admitir una especie de estructuralismo, que supone una permanencia de ciertas aspiraciones fundamentales de nuestra especie, constituye quizá una superstición moderna, y lleva tal vez a falsas concepciones; pero todo razonamiento necesita algún postulado inicial, y el postulado del que acabo de hacer mención es el que más fácilmente se acepta hoy día.

La magia venatoria trae su origen de la innata tendencia del primitivo a creer en un Orden Superior: en la medida misma en que un mundo sometido al azar resulta aterrador, espantoso, el primitivo (y también, por supuesto, el no tan primitivo) *se agarra* a creer en un Orden Superior y *se obliga* a mantener el comportamiento y efectuar los ritos que le aseguren la benevolencia de ese Orden Superior. A partir del momento en que se admite la idea de que hay un Orden Superior, todo el esfuerzo se centra en esta observación: si existe un Orden Superior, forzosamente ha de emitir unas señales... Observemos, pues, la naturaleza y no dejemos que esos signos se nos escapen o nos pasen inadvertidos.

Cuando dos hechos han acaecido conexos entre sí, es lógico preguntarse si no acaecerán igualmente vinculados dos, tres, cuatro veces... siempre ya conexos. Aquel día que (con el fin de que las mujeres me encontraran guapo) me puse un collar de dientes de oso, maté un oso de una sola pedrada certera: ¿será, tal vez, el llevar consigo dientes de oso la condición exigida por el Orden Superior para abatir todos los osos que me salgan al paso? ¡Probémoslo! Y bastará con que inconscientemente me haya persuadido de que los dientes de oso puestos en forma de collar dan fuerza y puntería a mi brazo al tirar contra los osos, para que lleve yo siempre el collar mágico. Y, si me olvido de ponérmelo, me temblará el pulso y erraré el tiro.

Cuando sea padre, mi hijo admirará lo seguro de mi brazo; y cuando mi hijo esté ya en edad de salir a la caza del oso, le transmitiré mi secreto y le daré un collar de dientes de oso. Cuando yo haya muerto, se contará mi historia, embelleciéndola como conviene cuando se habla de los difuntos. Al cabo de dos o tres generaciones, se habrá establecido la obli-

gación de llevar puesto un collar de dientes de oso cuando se va a cazar osos, porque la eficacia de tal amuleto será ya «cosa de experiencia».

Los espíritus que se jactan de fuertes se han ensañado tanto contra las supersticiones, que han acabado por hacer olvidar algunas verdades primeras, evidencias tan palmarias como la de la superioridad de los supersticiosos sobre los escépticos en muchísimos dominios. Jean Rouch, el explorador etnólogo, refería a este propósito una aventura característica.

En la época colonial, en uno de los países colonizados de África, un hechicero tenía fama de poseer unos polvos que hacían invisibles a las personas. Un negrito fue a pedírselos. El brujo empezó por asegurarse de si su joven cliente estaba lo bastante convencido de la eficacia del embrujamiento para que éste pudiera servirle de ayuda. A continuación, el brujo quiso saber con qué fin deseaba el muchacho hacerse invisible. Resultó que su máximo afán era ir a la ciudad más próxima, entrar en la tienda de tejidos al por mayor, coger una pieza y llevársela sin que nadie le viese.

No tuvo el brujo el menor inconveniente en colaborar para una hazaña tan candorosa. Le vendió un saquito de polvo mágico, advirtiendo al mozalbete que tendría que aspirarlo en el último momento, a punto ya de realizar la operación, y que desde el instante mismo en que aspirase el polvo, no debería girarse ni volverse atrás bajo ningún pretexto, pues en cuanto se volviese perdería el polvo su eficacia.

El negrito siguió a la letra las instrucciones del brujo. Aspiró el polvo mágico, entró en el almacén, se echó al hombro la pieza de tejido que deseaba, salió de la tienda, atravesó la ciudad y regresó a su casa. Podemos estar seguros de que nadie le preguntó nada: en una población de África, en la época del más imperturbable colonialismo, a nadie se le habría ocurrido preguntar a un joven negro a dónde iba con su pieza de tela al hombro, sin girar para nada la cabeza, tranquilo como Bautista y mejor avisado que Orfeo en los infiernos.

La existencia, desde los comienzos del Paleolítico superior, es decir desde −35 000, de una magia de caza así definida, casi no hay etnólogo que la discuta. Pero queda mucho trecho desde la magia venatoria o de caza hasta la verdadera metafísica, cuya existencia tiene A. Leroi-Gourhan por averiguado que está probada desde el Paleolítico superior.

La magia es, en el límite, accesible al animal: un perro condicionado en el Instituto Pavlov ha sido habituado a recibir su alimento inmediatamente después de haber sufrido una dolorosa descarga eléctrica; poco a poco, el perro ha sido inducido así a olvidar lo que la descarga eléctrica tiene de dolorosa, puesto que a continuación recibe su alimento y sólo lo

recibe después de la descarga. El perro está plenamente condicionado cuando una descarga eléctrica, que hace aullar de dolor a otro perro no condicionado, le hace a él salivar y saltar de alegría, por su certeza de que en seguida va a comer.

Razonar en función de conceptos humanos tratándose de este perro no es incurrir en fácil antropomorfismo; este perro masoquista, sin equivalente en la naturaleza, es una creación del hombre en el mismo sentido que da la Biblia a la palabra «creación»: antes de que el hombre se mezclara en el asunto, no había ningún can feliz por recibir una descarga eléctrica. Y cuando éste saliva de gusto al recibir una descarga, está reaccionando tal y como su creador ha querido que reaccione.

Veamos ahora lo que este masoquismo inducido le da al perro.

El perro condicionado en el Instituto Pavlov apetece el cumplir un rito doloroso; ha establecido cierta relación de causa a efecto entre una sensación dolorosa y el placer de comer. Acabamos de verlo: la capacidad de establecer una relación de causa a efecto entre dos datos a primera vista irrelacionables es el primer paso hacia la formación de una magia venatoria... el primer asomo de un discurrir humano.

Ahora que el perro condicionado en el Instituto Pavlov no está, así y todo, en vías de hominizarse: en primer lugar, no se ha hecho por sí mismo masoquista, y, en segundo lugar, la magia venatoria dista mucho aún de una auténtica metafísica.

La magia de caza es a la auténtica metafísica lo que la instalación de una lámpara con su interruptor es a la teoría de la electricidad. La magia busca resultados prácticos, sin preocuparse de teorías. Poco me importa *por qué* el llevar un collar de dientes de oso asegura mi brazo contra los osos; con tal que mi brazo sea asegurado de esta manera, no pregunto ya más cosas acerca de ello. Poco me importa *por qué* se apaga la lámpara cuando aprieto este botón; con tal que vuelva a encenderse cuando lo apriete de nuevo, no preguntaré más sobre el particular. Si sólo después de cada descarga eléctrica se me sirve comida, una descarga eléctrica me hará salivar. Se podrá, inclusive, remplazar la descarga por una bombilla que se encienda: hay magia desde el momento en que un rito, sea el que fuere, es «admitido».

La magia no sale del mundo visible: tengo ante mí un oso peligroso.

Toco los dientes de oso de mi collar, arrojo una piedra o una azagaya... y he aquí que el oso que tengo delante ya no se mueve, y que puedo hacerlo trozos y comérmelo. El orden mágico ha sido respetado; comeré y dormiré sin necesidad de hacerme preguntas.

6

DE LA MAGIA A LA METAFISICA Y A LOS COSMONAUTAS

La magia venatoria ha supuesto un enorme paso adelante: el hombre acaba de obligar a las Fuerzas Invisibles a guiarle y fortalecerle el brazo en la lucha contra el enemigo. El espíritu de esta magia de caza persiste aún en nuestros días: una medalla con la efigie convencional de San Cristóbal pretende obligar al santo a proteger al automovilista, cuya edad mental es una incógnita. La hebilla del cinturón de los soldados alemanes de la Segunda Guerra Mundial llevaba una cruz gamada con la inscripción *Gott mit uns* («Dios con nosotros»). Borman[13] pasa en torno a la Luna rogando a Dios que le ayude en su empresa.

A pesar de todo, la magia es un callejón sin salida. La etapa siguiente, la metafísica, comenzará cuando yo me haya preguntado cuál es lo que mi certero golpe le ha quitado al oso, qué es esa «vida» cuya posesión le hacía temible y cuya privación le ha convertido en... comestible.

Una vez me haya preguntado estas cosas a propósito del oso, estaré en camino de preguntármelas a propósito de mi padre y mi madre, que se mueren de viejos o de mi hermano que fue matado por un oso, o de mi hijo que se está muriendo aunque es de corta edad. ¿Qué es, pues, la «vida»? ¿A dónde va eso «invisible» cuando un cuerpo se queda, de pronto, inerte? ¡No se me diga que «eso» no va a ninguna parte: tendrán que pasar todavía milenios de progreso psíquico para que puedan comprenderse tales abstracciones! Hacia —25 000, yo razono todavía solamente como Aris-

[1] Frank Borman y James Lowell fueron los tripulantes de la nave espacial norteamericano *Gemini 7* que se lanzó el 4 de diciembre de 1965. Tres años después, en 1968, tripularon el *Apolo VIII* acompañados de William Anders.

tóteles: «Lo que es, es; lo que no es, no es.» Porque el «alma» que ha abandonado el cuerpo sea invisible, no vamos a decir que no existe... ¡Forzosamente habrá de continuar su vida en algún otro sitio: existía en el cuerpo y sigue existiendo fuera del cuerpo. ¿Qué puedo hacer yo para ayudar a esta «alma» en ese «otro sitio» del que nada sé?

El estadio siguiente se alcanzará cuando me plantee yo la misma cuestión acerca de mí mismo... Una vez me haya dado cuenta de que también *mi propio cuerpo* puede dejar escapar ese «algo», esa cosa invisible cuya partida del recinto de la carne la hace insensible al dolor; entonces habré cobrado consciencia del hecho de que soy *mortal.* Y me habré convertido en un metafísico, pues nada podrá librarme de la angustiosa pregunta: «¿Qué es eso que abandonará *mi* cuerpo cuando *yo* muera, y a dónde irá esa parte invisible y desconocida de mi ser?»

La metafísica es la búsqueda del talismán que dé seguridad a mi alma después de mi muerte, como estando yo vivo el diente de oso da seguridad a mi brazo.

La angustia metafísica le es muy desagradable al individuo que la sufre, pero la experiencia demuestra que resulta beneficiosa para la especie. El individuo que llega a ser metafísico se apresura a integrarse en un grupo y trata de determinar y luego de practicar el conjunto de ritos que se cree que aseguran un gran número de hijos, para garantizarse así una continuidad de descendientes que celebren los ritos funerarios tenidos por más provechosos para el alma de su antepasado separada del cuerpo. Si no tengo alrededor de mí una comunidad que me ame y que disponga de los medios requeridos, ¿quién pondrá en mi tumba los utensilios y fetiches necesarios para que se me reciba bien en el más allá?

Digamos de paso contra una opinión muy difundida, que no es la inhumación lo que señala el acceso al estadio metafísico, sino la existencia de un ceremonial subsiguiente al óbito, es decir, el que se invoque a las Fuerzas Invisibles en cuanto se advierte que algo invisible ha abandonado, sin esperanza de que vuelva, el cuerpo material. Una sociedad de caníbales ocupará un lugar más elevado en la escala espiritual que otra sociedad que entierre sus muertos sólo con el fin de desembarazarse de unos cadáveres, siempre que el festín canibalesco esté rodeado de un ritual destinado a perpetuar el alma del difunto en el cuerpo de quien se lo come.

Contrariamente a otra opinión más difundida aún, el canibalismo de los metafísicos, el «canibalismo espiritualista» no es por necesidad absurdo; recientes experiencias con ratas han dado al traste con muchas nociones heredadas del siglo XIX, que consideraba canibalismo y barbarie como sinónimos.

Se empieza sometiendo a un grupo de ratas al «test del laberinto», que permite seleccionar a la más inteligente del grupo: al cabo de cierto número de recorridos, siempre es, en efecto, la misma rata la que mejor memoriza la serie de virajes que hay que dar y la que primero llega al trozo de queso colocado al final del recorrido. Esta campeona de la inteligencia es entonces sacrificada: se le quita el cerebro, que se hace ingerir a la mitad de otro grupo de ratas, grupo que nunca ha visto el laberinto en que la campeona había demostrado su inteligencia; la restante mitad del grupo servirá de contraprueba. Procédase a continuación a la segunda parte de la experiencia y se comprueba, cada vez, que las ratas que han comido un poco del cerebro de aquella campeona atraviesan el laberinto con mucha más facilidad que las que no han comido nada del tal cerebro.

Pues bien, todas las sociedades que practican el canibalismo espiritualista proclaman que el fin que con ello persiguen es perpetuar las virtudes del muerto.

Canibalismo es, por lo demás, una palabra usual entre los mecánicos de aviación, que llaman así a la práctica consistente en sacrificar un avión averiado para aprovechar algunas de sus piezas clave cuando hay falta de éstas, haciendo, con los restos de tres, dos aviones capaces de volar. Y la actual tendencia a aprovechar para injertos los órganos en buen estado de los difuntos no es otra cosa que un «canibalismo» en el citado sentido aeronáutico del término y hasta en el más corriente. Cabe preguntarse si una sociedad más evolucionada que la nuestra, liberada de nuestros prejuicios, no habría hecho comer el cerebro de Einstein* a una docena de sus discípulos, elegidos entre los más calificados para encontrar el buen camino en el laberinto de la relatividad... perfeccionando, si hiciera al caso la experiencia, mediante una contraprueba consistente en privar de cerebro de Einstein a algunos discípulos, para ver si se quedarían muy detrás de los discípulos caníbales en la carrera por el Premio Nobel.

Esto no es humor negro, sino condensar el espiritual proceso evolutivo que ha hecho ascender a la humanidad del estadio animal, cerrado a toda concepción de rituales sacros, al estadio científico de los injertos de órganos, pasando por los diversos estadios intermedios, entre ellos el del canibalismo espiritualista y también el del cientismo materialista del siglo XIX, no muy aficionado a la higiene, pero aborrecedor del canibalismo.

Un corolario de la angustia metafísica ante la muerte es, qué duda cabe, la inquietud metafísica ante el nacimiento. Aunque, por descontado, es mucho menos obsesionante: como el nacimiento es una aportación positiva, se agradece a los dioses que hayan concedido este don, y estamos en paz.

Según veremos más adelante, la humanidad aceptó muy bien un largo período de matriarcado, hacia —10 000..., siendo el matriarcado el sistema en que el macho, al constatar la aparición de un neonato en la tribu, se muestra alegre y no se plantea más cuestiones que las que pueda plantearse al constatar la presencia de un hermoso venado en una de las trampas por él tendidas: en las sociedades matriarcales de hacia —10 000 no parece que se estableciera, de hecho, ninguna relación de causa a efecto entre el acto carnal y la fecundación de las mujeres.

Lo extraño, evidentemente, son los falos y vulvas esculpidos o grabados, que se remontan al Paleolítico superior e indican la importancia que los humanos de —25 000 daban ya a los órganos sexuales. Como lo subraya A. Leroi-Gourhan, sería absurdo atribuir a aquellos primitivos un erotismo de degenerados; es infinitamente más coherente buscarle al conjunto de su arte algún simbolismo metafísico.

Pero si A. Leroi-Gourhan tiene razón (cosa probabilísima), esos falos asociados a las vulvas, cuya función en el nacimiento de los niños es tan evidente, no son órganos «sexuales», sino órganos «de reproducción de la especie»... Lo que equivale a decir que en —25 000 se sabía más de obstetricia que en —10 000; que en —25 000 el falo era asociado a la vulva en representaciones probablemente «mágicas» o «metafísicas» porque se conocía la función del padre.

¿El hombre de —25 000 sabía que él era el padre de sus hijos, mientras que el de —10 000 lo ignoraba tanto como pueda ignorarlo un gorila?

Es sorprendente, pero al parecer es cierto. Forma parte de las razones que se pueden aducir para tener por probable un gravísimo cataclismo, que habría sobrevenido hacia —21 500 y habría producido una regresión de la inteligencia humana.

Pero volvamos a la aparición del arte.

Actualmente se tiende a considerar que la escritura no tuvo que esperar, para ser inventada, los tiempos históricos. Las familias del *homo sapiens* mantenían necesariamente contactos entre sí, aunque hicieran falta de trescientos a cuatrocientos kilómetros cuadrados para nutrir a cada una. La importancia de tales contactos atestíguala el hecho de que, en una época dada, todas las comunidades estuvieran en la misma fase de progreso respecto a la talla del sílex.

¿Y hablarían todos los humanos una misma lengua, por todas las zonas que empezaban a cubrir de sus vastas «fincas» colindantes? Cuanto la lingüística ha logrado averiguar nos inclina a poner tal cosa en duda.

Demuestra la experiencia que, en todo tiempo y lugar, el lenguaje ha-

blado tiende a alterarse en formas peculiares para cada grupo: el chino hablado, por ejemplo, se ha alterado hasta el punto de que un chino del Norte no entiende a otro del Sur. Mas la misma experiencia demuestra que una escritura ideográfica, es decir, basada en esquemáticas representaciones simbólicas, como la escritura china, sirve de elemento de referencia estable. Un conjunto de símbolos representa un oso muerto por papá; poco importa que mi congénere venido del Oeste diga que este conjunto representa *medviedia otzom ubitovo*, es decir, un oso muerto por papá pronunciado en lengua rusa: a partir del momento en que se comprenden los símbolos, trábase el contacto humano.

¿Cabría pensar que los primeros dibujos incisos en piedras y huesos por nuestros lejanos antepasados no tuvieran ninguna intención propiamente artística, sino que fuesen el primer esbozo de una escritura destinada a cimentar una suerte de confederación humana y que la belleza formal de los animales pintados en los muros de las grutas no fuese más que un perfeccionamiento de aquella escritura incipiente, algo así como una caligrafía? Para quienes ven la prehistoria en función de los datos heredados del siglo XIX y se han hecho ya así la mente, es absurdo proponer semejante interpretación. Pero he aquí lo que escribe A. Leroi-Gourhan: «El arte figurativo está, en su origen, directamente vinculado al lenguaje y mucho más cerca de la escritura, en su sentido más amplio, que de la obra de arte. Es transposición simbólica y no calco de la realidad, lo cual quiere decir que entre el trazado en que se admite que se ve un bisonte y el bisonte mismo hay mayor distancia que la existente entre la palabra y el utensilio».

Peligra que la lectura de este capítulo produzca la impresión de que sabemos acerca de nuestros antepasados de hace veinticinco mil años lo suficiente como para que las divergencias de opinión se den tan sólo en cuestiones de detalle. Pero lo cierto es que estamos muy lejos de ello: aunque supiéramos el doble o el triple de lo que sabemos, no tendríamos más garantías de *comprender* realmente la mentalidad de nuestros remotos antepasados que las que tenemos de comprender las formas de pensar propias de algunas tribus de primitivos contemporáneos nuestros. Por desgracia, sabemos mucho menos de lo que parece, menos de lo que tal vez haya dado yo la impresión de saber en este capítulo. Porque hay un enorme hiato[1], o, más bien, hay muchos hiatos entre ellos y nosotros.

Hacia —30 000, surgen las más antiguas obras de arte de la Historia,

[1] Hiato es un sonido ingrato, resultante de pronunciar los vocablos seguidos cuando el primero acaba en vocal y el segundo empieza con vocal o h muda.

de las que A. Leroi-Gourhan dice que «se advierte con sorpresa que su contenido implica una convención inseparable de conceptos ya muy organizados por el lenguaje»; y explica *por qué* son más una «escritura» que arte puro: «Si el contenido es ya muy complejo, la ejecución es todavía balbuciente: las mejores representaciones muestran, sin orden, la superposición de testas de animales y de símbolos sexuales ya extremadamente estilizados.»

Hacia −20 000, la técnica de ejecución ha progresado mucho; después, entre −11 000 y −8000, en el «magdaleniense», que es el período de las cuevas de Altamira y de Niaux, aparece un arte que «irá llevando poco a poco las figuras hacia un academicismo de las formas, y luego, un poco antes del final, hacia un realismo manierista, de precisiones fotográficas en el movimiento y en la forma».

Del estilizado simbolismo que, hacia −30 000, aparece como una «escritura» al «academicismo fotográfico» de las pinturas de la cueva de Altamira, ¿ha habido una evolución, si no continua, sí por lo menos sin graves soluciones de continuidad? Ésta es la tesis ordinaria.

¿O hubo entre −30 000 y −20 000 una catástrofe, un ingente trastorno que tendría, entre otras consecuencias, la de una solución de continuidad en el arte? Es la hipótesis que yo propongo.

Un ejemplo reciente de una solución de continuidad en la significación de un arte lo tenemos en el paso del arte medieval a las vulgares imágenes devotas de las épocas subsiguientes. En la Edad Media, cada estatua y cada detalle estatuario, cada arabesco, cada filigrana, tenía un sentido preciso que los fieles, aunque no supieran leer en libros, «leían» allí y comentaban. El personaje que la escultórica medieval representa con la rodilla izquierda descubierta, por poner un caso elemental, es un «iniciado en la Tradición». Cuando el Renacimiento impuso el retorno al arte pagano de los griegos, aquel simbolismo desaparece, y los fieles olvidan un lenguaje que los artistas ya no usan.

El trastorno al que yo doy por causa el cataclismo de −21 500 fue, evidentemente, de otra envergadura que el del Renacimiento, y la solución de continuidad que supuso fue también de otra amplitud: cada comunidad superviviente conservó las técnicas de antes del cataclismo, pero a las pocas generaciones se produjeron divergencias en su interpretación... Primer paso hacia lo que A. Leroi-Gourhan llama «el academicismo fotográfico».

¿Ocurrió verdaderamente el cataclismo planetario provocado por la glaciación Würm-III? Los geólogos no están de acuerdo al respecto: rechazan unos y aceptan otros el que aquella glaciación, al impedir que las

aguas que se evaporan en los océanos volviesen al seno de éstos por los helados ríos, hiciera descender el nivel de los mares hasta el punto de que el peso del agua no fuese suficiente para contrarrestar la presión interna del globo terráqueo. Y si, por lo mismo, estalló el fondo de los océanos, al entrar en contacto con el agua encendidas masas de lava, los océanos se convertirían en bullente marmita productora de espesos nubarrones de vapor. Los cuales, cerniéndose sobre toda la superficie del planeta, arrastrarían en su movimiento ascendente las nubarradas de polvo suscitadas en tierra firme por las sacudidas del seísmo submarino. La temperatura de las lavas hirvientes es la misma a que se funden las piedras y entran en ebullición; la cantidad de lavas hirvientes, comprimidas bajo la corteza solidificada del fondo de los océanos, es muy superior a la cantidad necesaria para hacer que hiervan las aguas de todos los océanos.

Si este cataclismo se produjo, la Tierra estuvo en seguida cubierta de nubes lo bastante opacas para impedir que la luz del sol llegase al suelo; bajo el espeso manto de nubes, en aquella especie de inmensa olla antes hirviente y después poco a poco enfriada, la primera en padecer detrimento hubo de ser la vida animal; las plantas desaparecerían después.

La especie mejor preparada para sobrevivir era, evidentemente, la especie humana, que en —21 500 tenía ya capacidad metafísica, y, en todo caso, se hallaba lo bastante evolucionada para ver venir el cataclismo y buscar refugio en las cavernas.

Nada permite *afirmar* que tal cataclismo se produjera realmente, pero su probabilidad geológica es confirmada por la lógica. El mito de las primeras civilizaciones habla de un cataclismo que habría tenido las consecuencias que acabamos de considerar y este mismo mito habla también de unos cosmonautas de igual constitución que nosotros, los cuales habrían llegado en pleno cataclismo, habrían disipado las nubes y traído de nuevo la luz, y a continuación habrían reanimado la vida sobre la Tierra.

Si el mito dice la verdad, ¿cómo puede sostener la tesis ordinaria, de que desde —30 000 hasta el comienzo de los tiempos históricos, la evolución ha sido continua? Sólo con la mayor simplicidad del mundo. Igual que cuando se habla de un puente: le parece continuo a quien lo mira por arriba, y discontinuo al buzo que ve sólo la parte inmersa de los pilares. Podría sostenerse igualmente que, desde la Antigüedad griega hasta nuestros días, ha sido continua la evolución del arte: bastaría con considerar que la incidencia del cristianismo y después la del humanismo renacentista no fueron más que modalidades de un mismo arte.

Si el mito está en lo cierto, si dice la verdad, es posible, por el contrario, que en Venus se hallen los restos de una evolución iniciada al mis-

mo tiempo que la terrestre y detenida por la glaciación de —21 500, que, con toda probabilidad, afectó al sistema solar entero.

Pero, si el mito dice la verdad, pronto tendremos una confirmación absoluta: la lógica confirma los pasajes del Mito que inducen a pensar que los cosmonautas de los que habla habían instalado en la Luna una plataforma-escala análoga a la que nuestros cosmonautas van a instalar allí.

7

DESDE QUE HAY CIVILIZACION, HAY DIOSES MAMIFEROS

En 1908, dos clérigos etnólogos descubrieron en La Chapelle-aux-Saints (Corrèze) la sepultura de un hombre cuya capacidad craneana era igual que la nuestra, y que había sido enterrado entre —35 000 y —30 000, conforme a unos ritos reconocibles, los cuales se siguen practicando en varias culturas primitivas de hoy. Este hombre de La Chapelle no es ya un lejano antepasado nuestro, sino nuestro hermano mayor. A partir de los milenios en que aparece este hermano mayor, compruébase por lo demás algo que semeja una revolución: se triplica el número de utensilios fabricados... y son utensilios iguales a los que aún se ven utilizar por poblaciones primitivas de hoy. Entre el hombre de La Chapelle y un primitivo de nuestros días, no hay ninguna diferencia. Se inicia, comenta A. Leroi-Gourhan, otro mundo técnico: el nuestro.

El hecho de que, en llegando a un determinado estadio de la evolución, las comunidades humanas se pongan a fabricar utensilios similares y a practicar ritos parecidos, sería suficiente casi por sí solo para confirmar no ya sólo el principio de la evolución, sino también la común unidad de tronco del que proceden todos los habitantes del planeta, así como la identidad estructural de su espíritu.

Pero a partir de aquí se plantea una cuestión: ¿Por qué y cómo los primitivos actuales se han retrasado cinco mil años con respecto al europeo, en la línea de descendencia directa del hombre de La Chapelle?

Dos modos de pensar opuestos, aplicando ambos el método de la duda científica, del que se valen todos los investigadores contemporáneos, llegan a unas conclusiones diametralmente opuestas: la humanista y la medieval.

A grandes trazos, piensa como *humanista* quien sostiene que, a partir de la genuina hominización, nuestro lejano ancestro evolucionó por sus

propios medios, sin deberle nada a nadie que no fuese él mismo. Para el humanista, el hombre es el legítimo *propietario* del planeta en que ha nacido.

También a grandes trazos, diremos que piensa como *medieval* quien sostiene que un reducido grupo humano se aprovechó del impulso que le dieron unos cosmonautas que, al marcharse del planeta, habrían dejado su enseñanza, su doctrina, a sus «elegidos». Estos últimos serían, pues, los *concesionarios* del planeta.

A los humanistas se les llama así por la sencilla razón de que, a su parecer, todo empezó por sólo el hombre, todo continúa por y para el hombre, y todo acabará en y con el hombre. Las tesis humanistas fueron profesadas en la antigua Grecia, se eclipsaron mucho al advenimiento del Cristianismo y volvieron a triunfar con el Renacimiento, o sea, a partir del siglo XV. Su apogeo se sitúa en el siglo XIX. Actualmente, todavía puede uno decirse (y aun creerse) humanista sin incurrir mayormente en ridículo.

A los medievales se les llama así por la razón, no tan evidente, de que su tesis, heredera de la tradición mosaica, es decir, oriunda de la noche de los tiempos, alcanzó su apogeo en la Edad Media occidental.

Del siglo XV al XIX, muy pagados de sus fragmentarios saberes científicos, los humanistas se burlaron a mansalva de las creencias medievales. Efectivamente, los medievales creían desde hacía mucho en la transmutación de los metales, en las comunicaciones a distancia, en la posibilidad de construir máquinas volantes y [illegible] llegar a la Luna... ¡Los medievales eran positivamente ridículos al creer a pies juntillas tantas paparruchas cuyo absurdo había demostrado el siglo XIX!

Sin embargo, yo, que soy un medieval en el sentido aquí expuesto, me siento mucho más a mis anchas que cualquier humanista ante los planteamientos de la ciencia novísima.

El retraso de 35 000 años que llevan los primitivos actuales lo quieren explicar los «humanistas» mediante la hipótesis de una raza o estirpe en la que el equivalente al hombre de La Chapelle habría aparecido en la Tierra 35 000 años después de éste que fue descubierto en Corrèze... En otras palabras, que sin nuestra intervención, los primitivos de hoy día habrán descubierto la física nuclear de aquí a 35 000 años. ¡Si es fácil... bastaba con pensar un poco!

En cambio, el retraso de los 35 000 años que les separan de nuestra civilización a los actuales primitivos lo explican con no menor sencillez los medievales. Estos primitivos habrían evolucionado normalmente; nuestra estirpe o raza es la que habría evolucionado con una rapidez que se

sale de lo natural, a partir de un impulso que le habrían dado los seres celestes de que habla nuestra tradición.

¿Cómo decidir entre estas dos tesis? El más convincente (si no el mejor) argumento en favor de la tesis humanista es el de que, llegándose a explicar así muy bien la evolución humana sin hacer intervenir a civilizadores venidos del cielo, no hay para qué buscar otras explicaciones ni en meterse en lucubraciones.

El más sencillo (si no el mejor) argumento que yo propongo en favor de la tesis medieval es que, siendo así que las comunidades cuyos mitos legendarios *no hablan para nada* de civilizadores celestes llevan veinte mil años de retraso con respecto a las comunidades que en su tradición afirman ser herederas de unos Celestes, quizás hayan existido y venido verdaderamente a la Tierra tales Celestes.

Me parece que ya hemos pasado revista a un número de datos suficiente para que pueda yo exponer, sin miedo a enfadar al lector desprevenido, esta tesis medieval... reservando, desde luego, para los capítulos siguientes la justificación de lo que en un esquema se afirma, por definición, escuetamente.

Éste es el esquema:

Hacia —22 000, cambian los climas, se aproxima la gran glaciación: los inviernos se van haciendo más largos y crudos; los veranos, más cortos y menos cálidos. Los glaciares aumentan en superficie y en espesor, acaparando el agua de las lluvias, que ya no alimenta los torrentes. Faltos de agua, los ríos, con todos sus afluentes y cuencas, se van secando; desciende el nivel de los océanos. ¿Sucede esto en unas decenas de años o en dos o tres siglos? Para más allá de los diez mil años, la datación por medio del carbono 14 es más precisa de lo que hoy se suele decir, pero menos de lo que se suponía hace cinco años. El margen de error de toda datación por el carbono 14, tratándose de eventos de hace más de veinte mil años, es de varios siglos, pocos más o menos: no sólo no es posible determinar lo que durarían los indicios precursores que anunciaban el próximo cataclismo, sino que ni siquiera la existencia del mismo cataclismo puede afirmarse con certidumbre.

Todo cuanto cabe afirmar con certeza es que algunos relatos, tenidos como históricos por las primeras civilizaciones, hablan de dos cataclismos: uno anterior a la llegada de los «dioses» y otro posterior a su partida. Y también que la realidad de un cataclismo provocado por la «explosión del fondo de los océanos», en el período llamado Würm-III de la última glaciación, es decir, entre —22 000 y —21 000, forma parte de lo que muchos geólogos consideran probable.

Lo que hemos visto de los hombres que vivieron hacia —22 000 nos autoriza a decir que estaban intelectual y materialmente capacitados para comprender que sucedía algo anormal y para precaverse contra el frío equipando como refugios las cavernas, pues antes de los indicios precursores del cataclismo vivían en chozas o en tiendas.

Y he aquí que, así como una última gota hace que se desborde el agua de un vaso, el equilibrio, todavía seguro la víspera, entre la presión interna del Globo y el peso del agua en su superficie se rompió de repente, por un punto cualquiera del fondo de un océano. ¡Cinco minutos antes de su muerte, don Perogrullo estaba todavía vivo! El gran cataclismo se desencadenó también en cinco minutos.

Seísmos submarinos los hay constantemente: son los que originan los maremotos. Pero enormes masas de agua afluyen en seguida hacia el lugar del fondo oceánico en que se ha abierto la grieta o falla sísmica, y ésta es hoy rápidamente rellenada. En cambio, allá por —21 000, el nivel de los océanos era muy bajo, tan bajo que el caudal de agua no bastó para cerrar la primera brecha, con lo que se sucedieron varias rachas de maremotos y la falla inicial, en vez de rellenarse, se fue agrandando y multiplicando. El contacto prolongado con las lavas interiores puso en ebullición las aguas de los océanos; los repetidos seísmos submarinos provocaron terremotos en las tierras emergidas. Vientos huracanados mezclaban el polvo levantado por los terremotos con las nubes de vapor producidas por las hirvientes aguas oceánicas... Los espesos nubarrones así formados eran opacos a la luz del sol e iban cargados de polvo...

Ya no hubo día ni noche, sino incesante penumbra, al final del primer día del Cataclismo.

Así como no es posible determinar la duración de los signos precursores del cataclismo, tampoco se puede proponer una duración para sus consecuencias: la imposibilidad de datar con una precisión superior a los tres siglos, de más o de menos, la materia orgánica se admite tanto mejor cuanto que actualmente se les niega a los métodos basados en el carbono 14 una precisión superior a los cinco siglos, aproximadamente, cuando se trata de materias orgánicas de hace más de veinte milenios. Esto deja un «agujero» posible de seis a ocho siglos alrededor del presunto cataclismo.

Seis a ocho siglos, cuando la esperanza de vida es de una cuarentena de años, supone más de treinta generaciones: mucho más de lo que se necesita para que degenere una precivilización puesta en condiciones de supervivencia muy marginales.

Es posible que la glación Würm-III no produjese el cataclismo que

yo supongo. Pero si este cataclismo tuvo lugar, habrá que admitir que el mito se ha inventado, en todas sus piezas:

1. un cataclismo natural compatible con los datos actuales de la geología;
2. una llegada de cosmonautas compatible con los datos actuales de la astrofísica;
3. una rehabitabilidad del planeta efectuada por aquellos cosmonautas de un modo compatible con los datos y las concepciones actuales;
4. una civilización tanto más sorprendente, entre los primitivos de la cuenca del Mediterráneo, cuanto que ningún otro grupo de primitivos ha alcanzado por sus propios medios un nivel de civilización comparable.

En resumidas cuentas, que si el cataclismo no se produjo, el mito es obra de unos mortales tan modestos que, confusos por haber creado una civilización más alta de lo que correspondía a su condición, se inventaron unos dioses para poder atribuir a alguien sus estupendos logros.

8

LOS DIOSES SON PRIMOS NUESTROS

«El siglo XIX, seguido aún por demasiados vulgarizadores, ha creado una imagen del hombre prehistórico por simple transposición: traje completo = piel de oso atada a la cintura; hacha de leñador = bifalce atada con cuerdas a un mango; casa = caverna, etc. La ilustración, en todas sus modalidades, desde la del fresco para anfiteatros hasta la del filme o la del dibujo humorístico, nos ha hecho familiar esta imagen que no ha sido obtenida ni siquiera a partir de los actuales primitivos, sino por simple empobrecimiento o despojo del hombre moderno... La imagen técnica del hombre prehistórico sigue siendo, en el fondo, extremadamente pobre.»

Se habrá reconocido en estas líneas el estilo socarrón de A. Leroi-Gourhan. Tengámoslo por dicho, no forcemos nuestro magín, hagamos modestamente el recuento de lo que sabemos, de lo que podemos pensar con datos seguros y de lo que ignoramos del todo acerca de los hombres que vivieron hace veintitrés o veinticuatro mil años.

Sabemos que su capacidad craneana era como la nuestra, que tuvieron toda una industria de sílex, que eran unos técnicos muy habilidosos, que practicaban una magia venatoria y que tenían cierta concepción metafísica del mundo, como lo prueban los ritos funerarios de que se han hallado vestigios. Sabemos asimismo que eran aproximadamente un millón.

Nos asiste el derecho a pensar que unos hombres tan afines a nosotros no se dejarían sorprender como los animales el día en que se desencadenó el cataclismo. Podemos también pensar que durante los decenios de glaciación, nuestros antepasados descubrirían lo que saben los esquimales de hoy, es decir, la posibilidad de conservar carne y otros alimentos en buen estado mediante el frío. Viendo que los venados emigraban a las

regiones más cálidas, los hombres que no siguieran esta emigración debieron de almacenar víveres congelados. Tenemos igualmente derecho pensar que los humanos acomodarían sus cavernas mejor que los animales sus cubiles y madrigueras.

No nos asiste ninguna razón para suponer que la mente de aquellos hombres fuese más racional y científica que la de nuestros contemporáneos; podemos, por tanto, pensar que tenderían a atribuir el deterioro del clima a los dioses que adoraban, dioses probablemente comparables a los que adoran los primitivos de hoy. Tenemos derecho a pensar que se preguntarían de qué ofensa a los dioses se habían hecho culpables para ser castigados así.

Todo lo demás lo ignoramos casi por completo.

Ignoramos si las sociedades humanas de antes del cataclismo estaban organizadas en familias o vivían en bandas u hordas; caso de que hubiese familias, no sabemos si serían patriarcales, ni, supuesto que sí, si serían monogámicas o poligámicas; o quizá fuesen matriarcales y estuviesen organizadas en monoandria, a no ser que las mujeres tuvieran harenes de hombres para satisfacer sus gustos poliándricos. ¿Cuál era la condición de los niños? ¿Qué suerte corrían los viejos, los enfermos, los débiles, los inválidos?

Cuanto más se reflexiona sobre ello, más se cae en la cuenta de que de nuestros antepasados de la época del cataclismo sabemos aproximadamente tan poco como lo que sabía Cristóbal Colón de los «indios» que pensaba encontrar al término de su viaje hacia el oeste.

Mas, por dicha, no es necesario que procuremos meternos en la piel de uno de nuestros lejanos ascendientes, refugiado en una cueva para tratar de sobrevivir al terrible oscurecimiento del cielo bajo los espesos nubarrones, para tratar de sobrevivir comiendo carnes congeladas en los vastos glaciares, para tratar de sobrevivir en aquella atmósfera saturada de humedad, en la que, a falta de la luz del sol, se había imposibilitado la función clorofílica de las plantas... pero donde quedaba, por suerte, en el aire, oxígeno suficiente para varios siglos.

No tenemos ya necesidad de ver cómo meternos en la piel de nuestro remoto y tan difícilmente comprensible antepasado, pues hoy nos será mucho más fácil y cómodo introducirnos, por así decirlo, en los cosmonautas que el mito de las primeras civilizaciones describe arribando de un sistema planetario para explorar otro.

¡Los dioses son primos nuestros!

Nos será tanto más fácil meternos en la piel de los cosmonautas llamados a convertirse en dioses para los indígenas terrestres que fueron

nuestros tatara-tatarabuelos, cuanto que aquellos cosmonautas no debían de saber mucho más que cualquiera de noostros acerca de los hombres que vivían en la Tierra cuando el cataclismo la envolvió en espeso manto de opacos nubarrones.

Nuestros primos sólo se convirtieron en dioses cuando los hombres los aceptaron como tales: no se hace uno dios como puede hacerse sacerdote, siguiendo unas doctrinas; en dios sólo se transforma el que encuentra fieles adoradores. Al llegar a nuestro firmamento, los cosmonautas eran sólo unos cristóbales colones del espacio y no las tenían —que digamos— todas consigo.

Pongámonos en su lugar...

9

LO QUE VOLTAIRE YA SABIA

«*Al principio Dios creó el cielo y la tierra. Así es como se ha traducido, pero esta traducción es inexacta. No hay hombre un poco instruido que no sepa lo que pone en el texto: "Al principio, los dioses hicieron o los dioses hizo el cielo y la tierra".*»

¿Que ningún hombre un poco instruido ignora esto? ¡O Voltaire se engañaba o las cosas han cambiado mucho desde los tiempos del famoso librepensador francés! A mí me ha sucedido encontrarme con hombres que se creen muy instruidos y pasan por serlo, porque poseen títulos y diplomas académicos y, no obstante, jamás han abierto una Biblia... Lo cual no les impide proclamarse y creerse perfectos volterianos, ¡lo mismo que se creían auténticos «existencialistas» los canturreantes jovenzuelos (hoy ya cuarentones) que, sin haber hojeado nunca un libro de Sartre,* se sabían en cambio de memoria las costumbres de todos los *barmen* de Saint-Germain-des-Prés, allá por los años 1946!

Se puede, seguramente, pasar por volteriano teniendo mentalidad de cupletista, igual que se puede ganar reputación de «humanista» repitiendo unos cuantos tópicos de los más manidos sobre «el oscurantismo medieval». De todos modos, es preferible echar un vistazo a algunas obras de Voltaire... y tener una Biblia, para saber a qué aludía el enciclopedista galo.

«La tierra estaba tohu-bohu y vacía... *Tohu-bohu* significa precisamente, en hebreo, caos, desorden; es una de esas expresiones imitativas —prosigue Voltaire— que hay en todas las lenguas, como en la francesa *sens dessus dessous, tintamarre, tritrac.*»

Los dioses del texto bíblico comenzaron, pues, por hacer que volviese

la luz; una vez vuelta ésta, se dedicaron a restablecer el orden, acabando con el tohu-bohu; primeramente, pusieron de nuevo en marcha el ciclo vital de los vegetales y después el de los herbívoros; a los carnívoros les devolvieron a la vida cuando ya hubo comida para que se nutriesen.

El orden en que los dioses del texto bíblico realizan su obra es el orden lógico... con tal que se acepte el postulado inicial del cataclismo (probable según los geólogos) provocado por la glaciación (cierta). Si tal cataclismo se produjo, no pudo tener otras consecuencias que las descritas en el texto bíblico.

La reordenación del mundo se efectúa en seis etapas, que el *Génesis* denomina «días»; estas etapas vienen a ser como los plazos de un plan de grandes obras públicas.

El tohu-bohu era grave, si hemos de dar crédito al texto bíblico: las aguas evaporadas, que colgaban en forma de nubarrones, sólo se precipitaron sobre la Tierra, para reconstituir los ríos y los mares, durante el segundo plazo de las obras; el primero estuvo todo él dedicado a hacer que volviese a brillar sobre la Tierra la luz del Sol.

El programa del tercer plazo parece muy recargado: empieza por la canalización de las aguas caídas del cielo, las cuales se van transformando poco a poco en corrientes y ríos; continúa con la reactivación, en los pantanos y marismas así desecados, de las plantas y los árboles frutales.

Interviene aquí, en el texto bíblico, el artificio literario consistente en la «vuelta atrás» que hoy el cine ha divulgado con el nombre de *flashback:* en el capítulo 2.º del *Génesis* (versículos 4b-7) leemos, en efecto, que los dioses formaron al hombre «del polvo del suelo» *Antes* de que germinara hierba alguna de los campos. El hombre, único animal que había sobrevivido por sus propios medios al cataclismo, salió, por consiguiente, de sus cavernas tan pronto como los llegados del cielo hubieron desecado las zonas inundadas, *si nos atenemos a lo que dice el texto bíblico.*

Insisto en recalcar lo de que *si nos atenemos a lo que dice el texto bíblico,* porque es la clave de bóveda de todo el razonamiento que propongo. Este razonamiento es sencillo, a condición de que analicemos sus fases.

Si el cataclismo se produjo, debió de ocurrir hacia —21 500, y sus consecuencias serían el tohu-bohu de que habla la Biblia. ¿Podría el autor del texto bíblico haberse inventado —en todas sus piezas— un cataclismo y sus consecuencias, y ello de una forma que concuerda con los datos de la moderna geología? ¡Es infinitamente improbable!

El texto bíblico es, por lo tanto, un reflejo, al menos, de acontecimientos realmente sucedidos... Lo cual quiere decir que la realidad del cataclismo se hace más que probable. Pero esto, a su vez, quiere decir también

que, *durante veinte milenios,* una tradición oral ha conservado un relato lo bastante fiel como para que sea *reconocible por la geología moderna.*

Ahora bien, a una tradición oral tan fiel a la realidad ¿podremos imaginárnosla interpolando en el relato histórico unos dioses imaginarios, fantásticos, que hubieran tenido que ser inventados totalmente?

Es concebible. Pero esos dioses no hacen más que plegarse, sin falsear nada, a los sucesos reales transmitidos sin ninguna adulteración grave. Esos dioses nos los describe el texto bíblico como seres que restablecen las condiciones normales de vida, siguiendo un plan en seis plazos muy similares a los de cualquier plan de obras públicas que hubiesen ideado nuestros técnicos, en una situación idéntica.

Tales dioses ¿pueden haber salido, plenamente armados, de la imaginación de unos hombres de la prehistoria?

Es posible. Desde luego, todo es posible. ¡Un eminente matemático, Emile Borel*, llegó a calcular, incluso, el número de monos que habría que poner, durante determinado número de años, ante otras tantas máquinas de escribir, para que se diese la certeza estadística de ver a uno de los monos, con la sola ayuda del azar, dactilografiar una versión reconocible de la *Eneida*!

Cabe, pues, en lo posible que los dioses de que habla el texto bíblico sean pura invención.

Pero, en tal caso, vamos a tener que ponernos todos juntos de rodillas, porque ante nosotros se va a realizar un milagro. Efectivamente, seremos testigos de cómo nuestros antepasados inventan, además de esos dioses, la cosmonáutica, la física, las técnicas, la geología, la biología y la arqueología modernas... ¡Y de cómo las inventan bastantes milenios antes de haber descubierto que, para obtener el ventajoso bronce, es suficiente con añadir un poco de estaño al blando cobre!

¿Que no creéis en los milagros?

Eso está mejor. Yo tampoco. Sigamos, pues, cómodamente sentados y continuemos buscando una explicación racional a una serie de flagrantes y numerosas concordancias entre las averiguaciones ciertas de nuestra ciencia moderna y la conducta de unos dioses que se parecen muchísimo a unos cosmonautas... Tanto se les parecen, que encontraremos muy normal que sean hechos a su imagen.

10

UNA INCURSION POR LA «NOVELA»

Mucho antes de que la enorme esfera hueca hubiese llegado a la órbita de Plutón[1], se hizo sentir ya en ella la fuerza atractiva del Sol.

Era una esfera hueca, de unos tres kilómetros de diámetro, animada de un lento movimiento de rotación que bastaba para asegurar en toda su superficie interna una sensación de gravedad en virtud de la cual sus treinta ocupantes podían vivir allí como en un pueblo. La superficie de los «círculos polares» (donde la fuerza centrífuga tendía a ser nula) no era habitable, pues estaba totalmente ocupada por los mecanismos propulsores, los talleres de reparación, las cabinas de pilotaje y de observación; pero el resto, en el interior de aquella esfera de unos tres kilómetros de diámetro, era un ámbito habitable de cerca de veinticinco kilómetros cuadrados de superficie y en él vivían muy a sus anchas los treinta cosmonautas.

Todo había ido sucediendo según lo previsto, en el decurso del largo viaje señalado por varias muertes y varios nacimientos; las quince parejas que habían partido sin pensar en el regreso, eran de nuevo treinta personas, quince hombres y quince mujeres, al aproximarse al sistema planetario de su destino.

El punto de partida quedaba ya muy lejos en un sistema planetario de

[1] Plutón es un planeta del sistema solar, descubierto en 1930, el noveno por su distancia al Sol, unas cuarenta veces más alejado que la tierra (5 845 000 000 km). Tarda unos 248 años en recorrer su órbita y su diámetro es algo menor que la mitad del de la Tierra.

la Galaxia[1], distante de nuestro sistema solar algunos centenares de años-luz; el lugar de destino era nuestro sistema solar. Los ocupantes de la cosmonave y las generaciones nacidas de ellos, iban a convertirse en los dioses venidos del cielo, cuyo recuerdo ha conservado el mito de las primeras civilizaciones; pero se parecían tanto a vosotros, lectores, y a mí, que resulta más sencillo ver en ellos a unos hombres y mujeres como los de hoy.

Acontecía esto hace, aproximadamente, veintitrés mil quinientos años.

Acabamos, ya se entiende, de efectuar una incursión por «la novela». Pero puntualicemos el sentido de las palabras: es «novela», no porque haya inventado yo alguna maravilla irrealizable, algún buen comienzo para un cuento de hadas. No, esto es «novela» porque entre los diversos procedimientos que pueden asegurar una unión entre dos mundos habitados he tenido que elegir uno, haciendo una elección un poco arbitraria.

Entre los diversos procedimientos de vinculación interestelar cuyo principio le parece aceptable hoy a nuestra ciencia, he elegido el que creo más conforme a la descripción que nos da el mito de la llegada de los dioses. Lo arbitrario no pasa de aquí.

Lo que sabemos con más seguridad acerca de los Celestes del mito es lo que de ellos nos dice el texto bíblico: que eran bípedos, mamíferos, tan desprovistos de alas como usted y como yo, y que sólo podían haber venido, por consiguiente, a bordo de unas máquinas voladoras.

Estos Celestes encontraron la Tierra en pleno tohu-bohu, en completo caos. Lograron hacerla de nuevo habitable para las especies indígenas. Pero incurrieron en algunos errores, se enfadaron, profirieron amenazas, no cumplieron del todo sus promesas, y hasta les mintieron descaradamente a nuestros antepasados.

Lo más seguro que podemos saber sobre la posibilidad de que tales cosmonautas viniesen de otro sistema planetario lo encontraremos expuesto en el libro de Walter Sullivan *No estamos solos* (Barcelona, Noguer, 1965). Esta obra, publicada en 1964 en los Estados Unidos, fue escrita antes de ese año, cuando ilustres científicos dudaban todavía que el hombre consiguiese ir a la Luna. En 1963, alcanzar la Luna era un sueño.

Insisto en esto porque es muy difícil no olvidar lo velozmente que periclitan hoy las nociones científicas. *No estamos solos* es, en algunas co-

[1] Sistema espiral constituído por millones de estrellas y de materia interestelar. La Galaxia o Vía Láctea es un sistema de este tipo y, hasta hace poco, era considerada como el único constituyente de todo el Universo; el Sol y su sistema planetario forman parte de este sistema. Se sabe que la Vía Láctea es un miembro de la numerosísima familia de complejos estelares y que está constituida por infinidad de otras galaxias.

sas, un libro ya trasnochado; pero ningún otro ha sido publicado después que trate de modo tan sólido la cuestión.

El libro de Sullivan, que recibió el *Prix International de Non-Fiction* en 1965, sigue siendo un libro básico, que es menester haber leído (y mejor dos veces que una), antes de juzgarse autorizado para emitir una opinión sobre el asunto —lo mismo que sería necio emitir opiniones sobre la Prehistoria sin haber leído (y mejor dos veces que una) por lo menos *Le geste et la parole,* de André Leroi-Gourhan.

Evidentemente, hay una diferencia: André Leroi-Gourhan es, a la vez, investigador de la más alta categoría, profesor de una Facultad universitaria y notable divulgador; es un caso excepcional. Walter Sullivan es un divulgador muy calificado, y la bibliografía que aduce al final de *No estamos solos* garantiza lo serio de su obra, pero también reconoce que, en el dominio de la cosmología, no hay equivalente a Leroi-Gourhan.

La cosmología se halla hoy en el punto en que se hallaba la arqueología hace cien años, cuando Boucher de Perthes* murió, en 1868.

Boucher de Perthes había establecido de modo cierto la existencia de una lejana Prehistoria, pero no convenció a todo el mundo, ni mucho menos: en 1868, las gentes serias se resistían sistemáticamente a admitir que hubiese que poner en tela de juicio las enseñanzas del catecismo bajo el falaz pretexto de que Boucher de Perthes había encontrado, en el subsuelo de Abbeville, unos pedernales tallados.

¿Unas piedras antiquísimas talladas? ¿Por quién, me queréis decir? ¿Nos irá a hacer creer ese monsieur De Perthes que fueron talladas hace más de diez mil años?

No bromeo. En 1868, o sea catorce años antes de la muerte de Darwin, la gente seria no aceptaba las teorías de Boucher de Perthes ni las de Darwin*. Pero ¿es que cree usted —decían entonces— que tuvimos, usted y yo, ese tatarabuelo común que andaba por los árboles enteramente desnudo? Así estaban las cosas en 1868.

El libro de Sullivan ha caducado un poco en algunos puntos. Pero es un libro escrito por un prudente cronista científico; lo que de él ha caducado son las reservas y las restricciones, no las anticipaciones del futuro. Lo que, desde 1964, queda ya un tanto envejecido en *No estamos solos* son los miedos a dar demasiada rienda suelta a la ensoñación.

Leyendo el libro de Sullivan se nota que la cosmología, en 1963, se hallaba en un estado de balbuceo comparable al de la arqueología de 1868, cuando Boucher de Perthes proponía con timidez diez mil años de antigüedad para unos pedernales a los que luego se les ha podido atribuir con mucha aproximación casi un millón de años de edad.

En cosmología, físicos y astrónomos de fama persisten aún en no aceptar sino con las más explícitas reservas la idea misma de una pluralidad de mundos habitados, mientras que otros sabios no menos célebres están trabajando por demostrar la posibilidad de establecer relaciones materiales entre distintos sistemas planetarios. En Francia, el profesor Pierre Auger* sostuvo (en un artículo publicado en setiembre de 1965) que el hombre *jamás* podrá llegar a los otros sistemas planetarios. En Alemania, Eugen Sänger, director del Instituto de Física de Stuttgart (citado por Walter Sullivan) ha calculado que bastaría una fuerza de aceleración igual a la de la atracción terrestre para alcanzar, en cuarenta y dos años de viaje, los confines del universo visible... En cuarenta y dos años, entiéndase bien, de «tiempo relativista», es decir, medido a bordo de la cosmonave, donde la aceleración *dilata* el tiempo.

Esta dilatación del tiempo es una de las nociones más difíciles de manejar, entre todas las que baraja la teoría de la relatividad.

Sin aventurarnos a discutir la aparente paradoja que de ella sacara Paul Langevin (que defendió a Einstein contra los mezquinos que le combatían en la Academia de Ciencias, en 1932), quedémonos con sus consecuencias prácticas: si Paul Langevin y Einstein tienen razón, una cosmonave humana podría abandonar la Tierra, llegar a otro sistema planetario de la Galaxia, dar media vuelta y traer de nuevo a la Tierra a unos cosmonautas que habrían envejecido una veintena de años, pero que se encontrarían a su retorno con la desagradable sorpresa de que la Tierra habría envejecido, entretanto, varios siglos.

Esta posibilidad de que unos humanos «se vayan de viaje por los cielos» y encuentren allá una «eternidad» abarcadora de siglos y milenios, no tiene nada de ciencia-ficción: es ciencia pura.

¡Y es, a la vez, algo que rebasa los alcances del reductor espíritu humanista, y en lo que confluyen nuevamente, como a golpe de varita mágica, la ciencia más moderna y el espíritu medieval!

El hombre de espíritu medieval no ha dudado nunca de la tradición que le promete, desde hace milenios, todo lo que la ciencia humana ha realizado ya en 1969.

El hombre de espíritu medieval ha creído siempre en todo esto, porque jamás ha dudado de la tradición, que afirma ser la herencia de los Celestes... y que promete al hombre sometido a esta tradición, primero la conquista de la Luna y, después, la del universo de los dioses sus parientes.

Sí, la Edad Media sacaba de la Biblia la certidumbre de que el hombre llegaría a ser igual a los dioses... a esos dioses de los que Voltaire

nos recuerda que todo hombre un poco instruido sabe que es a ellos a los que la Biblia atribuye la hechura de la Tierra.

El siglo XIX, que tomando a Voltaire por un demócrata se decía «volteriano» para hacerse la ilusión de ser demócrata en compañía de la aristocracia, ese siglo XIX nos indujo a echar todo esto en el olvido. Mas, para recordar lo que era la lucidez de la Edad Media en cuanto a las posibilidades del hombre, bastará con que abramos las obras del maestro Eckhart, del que Pierre Petit ha publicado en la N.R.F. una excelente y clarísima edición. En la página 16, leemos:

«Os remito a la Escritura, que afirma: Lo he dicho, sois dioses.»

«Dioses» cuya estancia en la Tierra relatan los once primeros capítulos del *Génesis*. Vamos a ver qué actos les atribuye el texto bíblico. Y cómo esos actos pueden compaginarse con los datos de la ciencia actual.

Cuando nos hayamos convencido de ello, deberemos evitar el orgullo, que el pensamiento medieval reputaba como el más grave pecado contra el espíritu. Este orgullo lo encontramos en *todos* los humanistas, empezando por Voltaire.

Como hemos dicho, Voltaire sabe que *Elohim*, en el texto bíblico, designa a unos «dioses», pero como Voltaire es un humanista, no puede desprenderse del orgullo humanístico y se cree calificado para sostener, como otras tantas certezas, las conclusiones a que ha llegado. Voltaire publica su artículo sobre el *Génesis* en 1765, y explica el libro sagrado como si la ciencia hubiese dicho su última palabra hace ya dos siglos: explica los dioses del texto bíblico ignorando, evidentísimamente, cualquier hipótesis de cosmonáutica. Voltaire es muy agudo e irónico, pero las conclusiones que saca de su interpretación del *Génesis*, ingeniosísimas, son tan válidas como las conclusiones de los sabihondos científicos que, en el siglo XIX, no creían que tuviese ningún porvenir la aviación.

Para evitar caer en el pecado de orgullo, nos será preciso estar en guardia... Y digo «nos», porque tú, lector, deberás vigilar tanto como yo, autor; tendremos que estar alerta para no perder nunca de vista que hoy la ciencia dista mucho de haber dicho su última palabra y que lo único que podemos hacer legítimamente es proponer explicaciones compatibles con nuestra ciencia.

Pero ¡no es poco, ni está tan mal nuestra ciencia!

Superado el siglo XIX, que creyó saberlo todo, nuestro siglo XX, cuesta abajo ya, vuelve a adherirse a la Edad Media que estuvo en conexión directa con la tradición bíblica. Y *la novela de la Biblia* consiste en esto: en leer la tradición a la luz de los datos científicos de los años 1970, que las subsiguientes investigaciones científicas desmentirán o confirmarán.

11

UNAS GOTAS DE PSICOANALISIS

Cuando se toma demasiado en serio el psicoanálisis, se acaba como algunos norteamericanos, que hacen psicoanalizar hasta a sus perros.

Si se está a punto de empezar a tomar demasiado en serio el psicoanálisis, conviene recordar la historia de cierto buen señor al que nada le faltaba para ser feliz, salvo que se orinaba en la cama, y esto le hacía sentirse terriblemente desgraciado; un psicoanalista se encargó de su caso, le sacó mucho dinero y, al fin, le dejó ir libre y curado. ¿Curado? ¿No se meó más en la cama? ¡Sí, por supuesto que sí! Se meaba incluso más que antes. Pero estaba *curado*, en el sentido, muy particular, que los psicoanalistas dan a este término: aquello no le producía ya ningún complejo, ahora se orinaba muy a gusto, felicísimamente. Lo que pensara su mujer, no hace al caso.

Cuando no se le toma más en serio de lo debido, el psicoanálisis ayuda a comprender algunos comportamientos humanos. Ayuda, concretamente, a comprender el mecanismo del «bloqueo psicológico».

Hay bloqueos psicológicos simples, que se diagnostican sin necesidad de recurrir al psicoanálisis. Si le decís a un banquero que habría que suprimir la banca, su desacuerdo será la consecuencia de un bloqueo psicológico simple. El bloqueo psicológico más complejo es, por ejemplo, el de los científicos, por otros conceptos muy notables, que durante todo el último cuarto del siglo XIX se obstinaron en demostrar que un avión —que en aquel entonces recibía el nombre de «cuerpo-más-pesado-que-el-aire»— nunca podría volar; que ello era contrario a las leyes de la naturaleza. ¡Y, sin embargo, bastaba con mirar a los pájaros, todos ellos más pesados también que el aire!

Aquí es donde el psicoanálisis viene en nuestro auxilio: los científicos que *no querían* creer en la aviación eran víctimas de un bloqueo psicológico basado en la religiosidad: el volar les parecía privilegio de los «ángeles» y se sentían molestos ante una empresa que su subconsciente tenía por sacrílega.

¿Cosa del pasado? No. Una de las oposiciones más activas contra el proyecto Apolo, en los Estados Unidos, proviene de algunas sectas puritanas cuyos teólogos sostienen que el pretender alcanzar la Luna constituye un pecado por el que Dios nos castigará.

¿Monopolizan los puritanos de Norteamérica este bloqueo psicológico? Seguramente no. En Francia, una de las más activas oposiciones contra la hipótesis que yo propongo, contra la hipótesis de que la Biblia constituye un relato histórico, procede sin duda de un bloqueo de parecidas características. ¿Será desmentida o confirmada mi hipótesis en el porvenir? El problema no consiste en esto: lo propio del bloqueo psicológico es que induce al bloqueado a meter la cabeza debajo de la arena. Los defensores del catecismo elemental se unen a los anticlericales sistemáticos en lo que respecta a rechazar la idea de que un texto bíblico pueda reflejar la verdad lisa y llana de unos sucesos históricos.

Este tipo de oposición por bloqueo psicológico no tiene nada de nuevo: «Si Galileo* fue perseguido y entregado por sus enemigos a la Inquisición, ello no se debió tanto a que sus descubrimientos contradijesen la doctrina de ciertos pasajes de los textos sagrados (lo cual proporcionó el pretexto para la condena), como a que ponían en cuestión las doctrinas aristotélicas entonces admitidas y enseñadas, de suerte que los descubrimientos galileanos chocaron con un verdadero *bloqueo psicológico* que afectó a varios de los más poderosos portavoces oficiales de la ciencia de su época.»

El texto que acabo de transcribir, como muestra de una perfecta libertad de espíritu, lo he tomado de la obra *Planetes et Satellites* (Ed. Larousse), redactada en colaboración por varios científicos de los más oficiales: Pierre Guérin, director de investigaciones en el Centro Nacional francés de Investigaciones Científicas (C.N.R.S.); Evry Schatzman, profesor de la Facultad de Ciencias de París; J. H. Focas y Paul Couteau, astrónomos; Michel Combes y Marius Laffiner, astrofísicos, y J. F. Denise, director del Observatorio de París, que ha puesto el prefacio al libro.

¿Para qué traigo a colación todo esto?

Pues para que te animes, oh lector, a sacudirte tus posibles bloqueos psicológicos: no rechaces la hipótesis que propongo bajo el pretexto de que «desacralizaría» la Biblia para los creyentes, ni digas tampoco que tal

hipótesis querría imponer la lectura de la Biblia a los ateos. A ver si tomas mi hipótesis como lo que es, como una *hipótesis*, que parte de la idea de que el *Génesis* nos brinda un relato históricamente fundado y llega —mi hipótesis— a la conclusión de que los *Elohim*, tal y como los describe el texto bíblico, son en verdad demasiado conformes con la idea que nuestro siglo XX se hace de los cosmonautas para que, sin más examen, un bloqueo psicológico los eche entre los ángeles de los cuentos de hadas.

Si en la Luna no se encuentra ningún «arco de alianza» que dejasen allí los Celestes de mi hipótesis, tendremos que volver a la posición de Voltaire: habrá una prueba de que yo, con una ciencia insuficiente para mis pretensiones, me he aventurado a una interpretación insostenible del texto bíblico y de los dioses de que allí se nos habla.

Pero si, por el contrario, mi ciencia es suficiente, de aquí a poco se habrá encontrado en algún cráter lunar aquel «arco de alianza», el original del que, milenios después, citó en su relato el texto bíblico. Y sólo así se sabrá si me he apartado poco o mucho de la realidad al decir que los dioses del texto bíblico llegaron a nuestro planeta a bordo de una esfera hueca, en cuyo interior se hizo sentir ya la atracción del Sol cuando la cosmonave no había cruzado aún la órbita de Plutón.

¿De dónde vendrían? ¿Por qué elegirían precisamente nuestro sistema solar? ¿Cómo recorrerían las enormes distancias interestelares? ¿A dónde se irían al marcharse de la Tierra?

Estas cuestiones rebasan los alcances de la cosmología. Y la cosmología...

12

UN CAPITULO DEDICADO A ABSTRACCIONES

Con su obra *No estamos solos* nos pone Sullivan al corriente de la cosmología práctica. Un vistazo a la cosmología teórica permite comprender mejor las profundas razones de las incertidumbres de los prácticos, pero es tarea un tanto árida: hay que subir varios pisos sin ascensor.

Afortunadamente, la teoría cae un poco afuera de la temática propia de una novela. Me ha parecido por ello más honrado agrupar todas estas consideraciones en un solo capítulo y prevenir al lector. Este capítulo se sale, indudablemente, del tema. Se le puede, por tanto, saltar y proseguir la lectura en el capítulo siguiente. También se le puede recorrer... como recorre el profano esos talleres en que se hacen mil virguerías superespecializadas, para uso de entendidos un poco maniáticos.

Con el título *Science et synthèse,* la Colección *Idées* (N.R.F.) ha publicado los debates de un coloquio organizado por la UNESCO, en el que René Poirier, filósofo y miembro de la Academia francesa de Ciencias Morales y Políticas, ha sostenido que la cosmología está desacreditada, por haber sido durante mucho tiempo una especialidad de filósofos.

André Lichnerowicz, matemático y miembro de la Academia de Ciencias francesa, se ha presentado a continuación como «viejo cómplice, en cosmología, del profesor Poirier» y acto seguido ha expuesto su parecer de que «para quien se toma en serio la ciencia, la cosmología no es ciencia: es poesía de la ciencia, juego de la ciencia, ambición de la ciencia, pero no una parte integrante de la ciencia... Se tiene la impresión de que cada científico segrega su pequeño mundo de bolsillo, en competencia con otros, y de que ese cosmos ha de ser tomado en serio por los mismos títulos que los de los otros... Hay aquí un poderoso motor intelectual para todo un dominio de la ciencia, pero que permanece ajeno a lo que es el rigor y aun la seriedad misma de la empresa científica. Necesitamos de unos juegos así para trabajar en las tareas, frecuentemente desabridas

y rutinarias, que permiten ir integrando, día tras día, mil cosas al verdadero dominio de la ciencia.»

Y he aquí, ruda y franca como el reglamento del rugby, la regla del juego, según la expone, con su temible ironía, Lichnerowicz: mal que les pese a los *shadoks* y a otros subalternos de la vulgarización, los «penalties» se pitarán a rajatabla; toda la belleza del juego está en los regateos, combinaciones y pases.

Como hemos visto ya y lo volveremos a ver, la dificultad no consiste en dar con un procedimiento teórico para conectar entre sí dos sistemas planetarios, sino en eliminar —de entre los numerosos procedimientos que en seguida se le ocurren a uno— aquellos que presenten alguna contradicción con el texto bíblico. La cosmología, nos dice Lichnerowicz, es poesía de la ciencia; el problema del gran poeta es siempre el de eliminar las palabras con que se contentaría un poeta menor y conservar tan sólo, de entre la cohorte de las posibles, la palabra irreemplazable y justa.

La cosmología, nos recuerda Lichnerowicz, es un juego de la ciencia, lo cual condena de entrada todo dogmatismo. Lichnerowicz y su antiguo cómplice el profesor Poirier nos elevan muy por encima de la ciénaga dogmática en medio de la cual, en 1965, demostraba el profesor Auger que el hombre no podrá *nunca* llegar a las estrellas... ni en 1965 (lo cual es exacto), ni tampoco en 1969. Pero *¿nunca*?

Por descontado que el hombre jamás podrá llegar a las estrellas si no logra superar los actuales conocimientos científicos, pues, hoy por hoy, con estos conocimientos, las estrellas están todavía muy fuera de nuestro alcance. La raza de los Pierre Auger es inmortal. Fue ya un «pierre auger» quien le dijo a Cristóbal Colón que el Atlántico *jamás* sería atravesado en seis horas... ¡y, por cierto, tenía razón, puesto que se refería a barcos y un barco jamás cruzará el Atlántico en seis horas! Y como en tiempos de Colón solamente los medievales soñaban en máquinas voladoras, aquel «pierre auger» contemporáneo del glorioso Almirante murió rodeado de honores.

Mira por dónde, en el mismo volumen *Science et synthèse* hay un artículo del propio profesor Pierre Auger. Me permito recomendar su lectura y que se la compare con las intervenciones de Poirier y de Lichnerowicz.

Este último quiere también que la cosmología sea la ambición de la ciencia.

A la escala del cosmos, la Tierra es un granito de arena. La imagen es tradicional. Propongo que coloquéis este granito de arena en la llanta de una rueda que gire. Desde luego que necesitan muchísima ambición los

seres pensantes que viven en ese grano de polvo para pretender determinar, a partir de las experiencias que sean capaces de hacer sobre el borde de «su» llanta, qué es la rueda que para su granito hace las veces de Galaxia, en qué tipo de vehículo está montada tal rueda, qué motor anima al vehículo y, en caso de que exista un conductor, hacia qué destino o meta dirige el conductor a todo el conjunto.

¿Se me dirá que es demasiado pesimista la imagen que propongo de las dificultades que los cosmólogos han de vencer? Pues véase cómo presenta estas dificultades André Lichnerowicz: «Tenemos que hallar sobre nuestro espacio-tiempo, con una topología desconocida, unas soluciones que sean globales; se trata de preguntarse: ¿podemos decir algo razonable acerca de la topología del espacio-tiempo?»

¿La topología del espacio-tiempo? ¡Hum!

La topología de los matemáticos es la parte de la geometría que estudia las propiedades cualitativas y las posiciones relativas de las entidades geométricas, independientemente de su forma y de su tamaño.

En otros términos, es una especie de mar de las ciencias en el que por menos de nada se encuentra uno navegando a la deriva.

Pero así como no hay que saber poner un huevo para apreciar una tortilla, tampoco es indispensable el ser uno mismo campeón de natación para apreciar los éxitos de los buceadores más hábiles y osados. Sigamos, pues, siquiera sea con prismáticos, las sublimes acrobacias de los topólogos.

En una obra colectiva publicada bajo la dirección de I. J. Good, *The Scientist Speculates* (Capricorn Books, 1965), David Bohm presenta un artículo intitulado «Propuesta de formulación topológica de la teoría de los *quanta*», en el que indica que, según G. N. Lewis,* «entre dos eventos unidos por un rayo luminoso, el intervalo tetradimensional es igual a cero». David Bohm justifica tan sorprendente proposición por el hecho de que, si a un observador le fuese posible viajar paralelamente a un rayo de luz, en el ámbito propio de tal observador, es decir, en la cápsula dentro de la cual hubiese alcanzado la velocidad de la luz, *no transcurriría ni un solo instante de tiempo* entre la emisión y la absorción de un *quantum* de luz.

No os pido que entendáis esto mejor que yo, que quizá no lo haya entendido muy bien del todo; si yo pudiera montar a caballo sobre un fotón parado, y os gritara «¡Ya!» para que apretaseis el interruptor, con lo que el fotón[1] se lanzase hacia una estrella distante mil años-luz, hete aquí

[1] El fotón es una partícula elemental de luz, que sale del átomo como consecuencia de los grandes trastornos internos que en él ocurren cuando se desintegra. Carece de masa y de carga eléctrica y sólo posee energía.

que habría llegado a mi estrella antes que la aguja del segundero de mi reloj de pulsera hubiese avanzado una sola rayita. Pues no otra cosa es la dilatación del tiempo.

Cabe perfeccionar la experiencia: instalando en la estrella un espejo que nos reenvíe, a mi fotón-pegaso y a mí mismo, hacia la Tierra, adonde llegaré de nuevo sin haber envejecido ni un segundo, me esperará la desagradable sorpresa de que la Tierra habrá envejecido nada menos que diez mil años.

He sometido este resumen al examen de unos matemáticos amigos míos. La experiencia ha sido perfectamente concluyente: todos ellos han comprendido muy bien de qué se trata, han discutido luego entre ellos y al momento han empezado a sostener opiniones divergentes... es decir, a gastar muchas energías en interpretaciones no necesariamente concordantes respecto a las consecuencias de la teoría para la práctica de una eventual navegación interestelar. Según unos, es cosa probada que entra dentro de lo posible el que dos o más sistemas planetarios puedan intercambiarse visitas por medio de cosmonaves tripuladas; según otros, tal posibilidad está aún por probar.

Los debates de que da cuenta el libro de Sullivan se reproducen fácilmente reuniendo en una tertulia a unos cuantos matemáticos libres de prejuicios.

Acerca de un punto ha sido evidente el acuerdo total: el problema planteado es un problema de *energía*, de la cantidad de energía que la ecuación fundamental de Einstein permite esperar que pueda extraerse de una cantidad dada de materia. De paso, se estuvo de acuerdo en hacer constar que Pierre Auger ha discurrido como humanista volteriano: queriendo encadenar el porvenir a los datos con que contaban las ciencias en el año 1965.

En 1969, el «domesticar la fisión o segmentación» del núcleo atómico del hidrógeno, vale decir, el lograr que se desprenda mansamente la energía que una bomba H libera en una milésima de segundo, todavía no se había realizado pero nadie dudaba que estuviera ya en ciernes, aunque todavía no fuese un hecho.

Ahora bien, aun antes de que se haya conseguido dominar la fisión del protón o partícula elemental que constituye el núcleo del átomo de hidrógeno, algunos teóricos han penetrado en los constitutivos del protón; en teoría, el protón no aparece ya como el menor de los «ladrillos» con que está edificada la materia, sino que sería sólo un conjunto de tres *quarks*.

El quark es una «partícula teórica» y para explicar mediante la teoría

ciertas comprobaciones experimentales de la física nuclear, *sería menester* que el protón estuviera formado por tres elementos. La física teórica se parece un poco a los crucigramas: las teorías se han de corresponder, *tienen* que imbricarse o entrecruzarse debidamente; cuando se han conseguido tres buenas definiciones horizontales, se puede empezar a tantear lo que *debería* ser la cuarta definición vertical.

Claro que, antes incluso de haberse verificado experimentalmente la existencia de esas partículas subnucleares, se les ha dado ya nombres: hay que saber bien de qué se habla. *Si* el protón consta de tres partículas, a éstas se las llamará *quarks* en cuanto se haya establecido experimentalmente como cierta su existencia.

Ha llegado a hacerse muy difícil seguir los pasos de la ciencia actual sin discurrir como Alicia en el País de las Maravillas: «Si los quarks existen —me ha dicho una de las eminencias del C.N.R.S.—, la teoría demuestra que son inertes, como el helio; se podrá llevar sin esfuerzo alguno una cajita de quarks; para extraerles la energía bastará con calentar el recipiente... a tres millones de grados.»

Si los quarks existen, como creen los mejores teóricos, se dispondrá cuando se quiera de la energía necesaria para efectuar viajes interestelares.

Ni que decir tiene que esto no prueba nada. En primer lugar, nada prueba que la energía de los quarks será utilizada por el hombre para enviar naves tripuladas a otros sistemas planetarios; en segundo lugar, si tal utilización de los quarks llega a decidirse, nada prueba que se optará por la fórmula del viaje acelerado y no por la del lento.

El viaje acelerado es aquel con que los científicos que se quedan en la Tierra se benefician directamente de los resultados de la experiencia: en una cosmonave de dimensiones ya hoy concebibles, tres o cuatro astronautas parten hacia un sistema planetario próximo, del que vuelven con los datos recogidos a una Tierra que no ha envejecido más que ellos, pues la exploración *acelerada* de la Galaxia se realiza a velocidades demasiado *lentas* para que entre en juego la dilatación del tiempo. El viaje acelerado se sitúa en los lineamientos y en la marcha de la astronáutica actual, de la que sería el desarrollo lógico... caso de ser realizable, lo cual queda por demostrar.

El viaje lento sería tan contrario a las directrices de la astronáutica de hoy que se requiere un esfuerzo hasta para concebir su principio. El viaje lento es el de una cosmonave grande como una ciudad, en la que una treintena de cosmonautas, hombres y mujeres, se embarcan sin pensar en volver ya nunca a la Tierra: ésta no les interesa, los Terrestres tampoco;

parten hacia una estrella de la que han averiguado científicamente que posee un sistema planetario, en el cual sistema un planeta al menos debe de ser habitable para unos seres constituidos como ellos, como ustedes y como yo.

Una cosmonave grande como una ciudad es una esfera comparable en volumen a las lunas de Marte. En el libro de Sullivan, que no es de ciencia-ficción, esta hipótesis es contemplada y estudiada por científicos serios a los que les toca enjuiciarla. Parece que hasta será posible, por lo menos en teoría, sacar del sistema solar la Tierra entera, al cabo de miles de millones de años, cuando el Sol haya empezado a dar señales de agotamiento y poner el planeta entero, con sus habitantes de entonces, en órbita alrededor de otro Sol más joven. En una cosmonave preparada para el viaje lento, algunas décadas e inclusive algunos siglos pueden transcurrir sin inconveniente para los viajeros, concebiblemente hibernables por congelación y que podrán vivir como usted y como yo, reproduciéndose y muriendo, produciendo *en* su esfera lo necesario para la vida, igual que nosotros lo producimos *sobre* el esferoide terrestre.

El viaje lento es una pesadilla de paranoico... o el viaje al término del cual llegaron al sistema solar, hace veintitrés mil quinientos años, una treintena de cosmonautas.

No venían como exploradores. Se habían tomado el tiempo necesario para venir. Vinieron sin pensar en volver. Procedían de un sistema planetario en el que la ciencia había superado con mucho los conocimientos terrestres de la época en que los terrícolas estaban todavía en el Paleolítico superior.

Hace unos veintitrés mil años...

13

HACE VEINTITRES MIL AÑOS

La Tierra, hace veintitrés mil años, no había salido aún de la glaciación Würm-III.

Lo que se sabe de aquella glaciación inclina a pensar que el fenómeno no fue de origen terrestre: sólo un 0,3 % del calor al ras del suelo proviene del interior del globo, mientras que el 99,7 % restante nos lo proporciona el Sol. Por consiguiente, la radiación solar fue la responsable de aquella insuficiencia de calor. Y dado que tal radiación viene a ser la misma para Venus y para Marte, probabilísimamente estos planetas pasarían a la vez que el nuestro un período de grandes fríos y de análoga duración.

Hace veintitrés mil años, la Tierra era idéntica a como es hoy y lo mismo puede decirse de Marte: 23 000 años son sólo un instante fugaz, a la escala de la evolución geológica, que se extiende por decenas de millones de años. Respecto a Venus, subsiste una duda: hace veinticinco mil años, quizá Venus se pareciese a la Tierra, quizá tuviese una flora y una fauna originadas sensiblemente a la vez que las terrestres y llegadas a un estadio de evolución equivalente. La duda subsistirá hasta que el hombre, por procedimientos aún por idear pero cuyo principio ya es conocido, disipe las opacas nubes bajo las cuales acaso esté muerta una vida que alcanzó la fase en que se hallaba la vida terrestre del Paleolítico superior.

Sin salirnos de los límites de lo especulativamente verosímil, podemos suponer que, veintitrés mil años atrás, la Tierra y Venus fueron devastados por parecidos cataclismos, en tanto que Marte, no teniendo océanos que se evaporaran y carente de una atmósfera lo bastante densa como para formar nubarrones cargados con cenizas volcánicas, les parecería el único planeta habitable de nuestro sistema a unos cosmonautas hechos como nosotros, de carne y hueso, y que venían de demasiado lejos como para dar media vuelta...

El texto bíblico, a la par con los demás Libros Sagrados de las comunidades que aparecen con una civilización ya completa en la alborada de los tiempos históricos, relata la llegada de unos Celestes que habrían comenzado por contornear una Tierra cubierta de opacas nubosidades, que después habrían vivido sobre la Tierra y hecho en ella unas cuantas cosas y, por último, se habrían vuelto a ir como habían venido.

Reduciendo estrictamente al mínimo lo novelesco, es decir, los puentes que echa la imaginación entre dos hechos ciertos aislados, se ve cómo surge un conjunto compatible con las posibilidades que las ciencias y las técnicas de hoy pueden ya concebir.

Pero este conjunto, coherente con el relato bíblico y con lo científica y técnicamente concebible, aún está del todo por verificar empíricamente. ¿Es, pues, evidente? No, no lo es del todo.

Victor Bérard*, helenista de gran reputación. había anunciado que estaba a punto de dar con la tumba de Zeus. Victor Bérard llevó siempre a buen término las empresas anunciadas; es, por ende, muy probable que si no hubiese muerto hubiera encontrado en efecto la tumba de Zeus... Lo cual no habría servido de nada, puesto que nunca hubiese podido demostrar Bérard que su «Zeus» fuese un venido-del-cielo y no un hombre cualquiera que se hubiese hecho pasar por el dios.

Nadie ha sabido explicar nunca cómo los hombres de antes de los tiempos históricos pudieron mover bloques de mil toneladas para construir Baalbek[1]. Ni tampoco cómo aquellos hombres construyeron unas pistas rectilíneas cuya existencia todo el mundo ignoraba hasta hace poco, cuando la fotografía aérea las reveló en el Perú. Nadie ha logrado explicarse nunca otra docena de enigmas de esta clase. Y nadie ha comprendido qué es lo que les movería a los hombres de la prehistoria a tomarse tan ímprobo trabajo, a realizar el inimaginable esfuerzo de construir tales cosas.

Resulta muy tentador decir que las terrazas de Baalbek, que las pistas del Perú, que esto o que lo otro —todas las construcciones que nadie logra concebir por qué y cómo las realizaría la industria humana mucho antes, incluso, que se inventara el bronce— son cosas que hicieron unos Venidos-del-cielo.

Pero afirmar que las terrezas de Baalbek han sido construidas por unos seres celestes (cuya existencia es precisamente lo que está por demostrar) constituye el razonamiento vicioso por excelencia, que toma por prueba lo que ha de probarse.

[1] Baalbek es una ciudad del Líbano de origen fenicio, centro del culto al dios Baal, a la que los griegos llamaron Heliópolis.

En la curiosa fotografía, hecha desde un avión por Tony Saulnier al volar sobre las montañas del Perú y que ilustra este libro, las pistas rectilíneas (de cuya extensión dan idea las sinuosas roderas que las cruzan) parten de una vía de acceso situada a la derecha y terminan al borde de la altiplanicie. Exactamente lo mismo que las pistas de un aeródromo moderno. ¿Serían las pistas de aterrizaje y despegue que utilizaron los «dioses»? Cabe pensarlo, pero nos está vedado afirmarlo.

Hay que resignarse. *Todo* objeto manufacturado, *toda* construcción que pueda hallarse sobre la Tierra, se debe atribuir a la industria de los hombres.

La única prueba irrefutable de una venida y una estancia de Celestes conforme al relato bíblico se habrá de encontrar en la Luna o en Marte. Una llave inglesa, de fabricación ni soviética ni americana, que sea traida de la Luna resultará incomparablemente más probatoria que Baalbek, que las pistas del Perú, que las estatuas de la isla de Pascua y que todos los demás enigmas juntos. *Todo* objeto manufacturado o cualquier instalación o construcción que se encuentre en uno de los cráteres de la Luna será la prueba evidente, incontestable, de que por allí han pasado, antes que el hombre de hoy, otros seres pensantes.

Y ¿qué probabilidades hay de que se hallen en la Luna pruebas del paso de «mis» Celestes por ella? En mis precedentes ensayos he expuesto lo que hace probable esa verificación; aquí me contentaré, pues, con remitir a aquellas páginas. Pero, además, hay cosas mejores que hacer que dedicarnos a acumular conjeturas o presunciones favorables, ahora que la exploración de la Luna revelará tantos secretos. Ante todo, tenemos que determinar qué condiciones deben satisfacer unos cosmonautas para que correspondan a los datos de la narración bíblica en que se basa la hipótesis de su realidad concreta.

Si los Celestes del texto bíblico han existido, se podrá trazar su retrato-robot.

Hemos visto, en un capítulo anterior, que la física teórica es una disciplina que, manejando datos ya establecidos como ciertos por los físicos, elabora una especie de crucigrama en el que las realidades del mañana se han de definir antes de haber sido descubiertas: los quarks han sido previstos de este modo por la teoría, porque, si no existiesen, serían inexplicables ciertas experiencias ya realizadas.

El retrato-robot de los dioses que propongo en el capítulo siguiente viene a ser como una teología teórica: si los dioses no han existido de un modo tan concreto como usted y como yo, resultaría inexplicable todo un conjunto de conocimientos de la Antigüedad.

14

RETRATO-ROBOT

Para hacer un retrato-robot hay que operar, evidentemente, partiendo de testimonios. No tan evidente, pero necesario sin duda, es descartar ciertos testimonios sospechosos: siempre hay gentes que quieren hacerse interesantes y que, sin haber visto nada en realidad, declaran con insistencia: «¡Le juro que tenía un bigote pelirrojo!»

Para nuestro retrato-robot, la distinción entre testimonios interesantes y falsos es fácil de hacer: los únicos «dioses» que nos interesan son los que —caso de que hayan existido— han dejado, a las comunidades que apelan a ellos, una doctrina revelada que proporciona a los sacerdotes de esas comunidades unos conocimientos muy superiores, evidentemente, a los que los hombres prehistóricos pudieran haber adquirido por sus propios medios.

Los dioses de los primitivos contemporáneos nuestros no nos interesan, pues, para nada: o estos herederos han perdido la doctrina revelada y su testimonio no tiene más valor que lo que pueda valer el de los niños o han adorado a dioses falsos, a charlatanes que pretendían venir del cielo pero carecían de los conocimientos científicos sin los cuales no puede haber cosmonáutica. El testimonio del Egipto de los faraones sí que nos interesa y también el de Babilonia: sus civilizaciones poseían conocimientos superiores a los que uno esperaría encontrar en el amanecer de los tiempos históricos; el del Egipto actual no presenta interés alguno, pues el Islam no sabe sino lo que cualquier mediocre estudiante judío o cristiano es capaz de aprender.

Hay razonamientos que cualquier campesino entiende: en la ciudad, un charlatán puede hacerse pasar por médico; en un pueblo, en una granja,

no basta con que uno diga que es veterinario, sino que tiene que saber curar a las bestias mejor que el boticario o que el simple curandero.

El único retrato-robot que aquí nos interesa hacer es el de unos dioses que se habrían comportado como cosmonautas, según describen los relatos de unas comunidades que de la herencia recibida del cielo han sacado enseñanzas prácticas.

Una primera constatación: las comunidades que, al alborear los tiempos históricos, salen de la prehistoria con una civilización ya muy completa y digna de este nombre, tienen todas por centro administrativo y espiritual una ciudad situada, más o menos, sobre el paralelo 30, dentro de una estrecha banda limitada por el paralelo 29° 30′, que constituye el límite sur del actual estado de Israel (golfo de Eliath), y por el paralelo 33° 30′, que constituye el límite norte del actual estado de Israel (Galilea).

No se me ocurre ninguna explicación plausible de semejante detalle. Me limitaré a hacer constar que dentro de esa estrecha banda se encuentran (siguiendo el mapa de Oeste a Este) las pirámides de Gizé en Egipto, Jerusalén, Akkad, Babilonia, Ur de Caldea, Sumer, Persépolis, Lahore (que fue la capital de los mongoles), Delhi, Lhassa (Tibet) y Nankín. Adviértase que sería absurdo buscar una explicación por alguna identidad de climas entre Gizé, en Egipto, y Lhassa, en el Tibet; que una explicación «mística» es siempre cómoda pero ofrece el inconveniente de explicar tanto una cosa como su contraria; que una explicación «semi-mística», por «corrientes telúricas» —de las que apenas se sabe lo bastante para poderles atribuir cualesquiera influencias— desemboca en el palmario absurdo de que hay que identificar de algún modo las creencias profesadas hoy día en Lhassa, Persépolis, Jerusalén y El Cairo.

¿Será suficiente el puro azar para explicar y justificar este «alineamiento» de las civilizaciones primitivas? Difícil es admitirlo, pero, a falta de otra explicación más segura, quedémonos en el dilema: «azar o indicación simbólica de un conocimiento heredado de los dioses».

Las civilizaciones de que estamos hablando coinciden en atribuir a unos dioses, bípedos y mamíferos, venidos del cielo, todos aquellos conocimientos que nuestros etnólogos no se explican cómo los pudieron adquirir los hombres prehistóricos por sus propios medios.

Nos basaremos, por lo tanto, en el testimonio de estas civilizaciones para trazar el retrato-robot de los Celestes de mi hipótesis.

El primer rasgo notable del retrato-robot es que tales Celestes no eran muy numerosos, pues cada uno de los diversos mitos da la impresión de que eran entre treinta y cuarenta; en el texto bíblico, los kabalistas enumeran cuarenta y nueve «hombres divinos», algunos de los cuales pa-

recen tener doble empleo, y esto nos trae siempre al mismo número total que presuminos. Tales dioses viven en parejas, cuya vida familiar sólo excepcionalmente es divulgada y, en general, embellecida. Entre treinta y cuarenta es el número de componentes del equipo que prevén los proyectos, todavía utópicos, de una cosmonáutica humana, cuando científicos auténticos se entretienen en ponerle al proyecto su granito de sal.

De treinta a cuarenta bípedos que vienen del cielo. El mito es hasta aquí compatible con la ciencia. Prosigamos.

Imaginémonos de quince a veinte parejas humanas que descubren un planeta poblado de unos bípedos parecidos a nosotros pero tan primitivos como nuestros ascendientes de hace veintitrés mil años: no conocen el arco, ni siquiera han inventado aún el propulsor de azagayas. El problema más urgente, para los recién llegados cosmonautas, es el de la habitación.

Los indígenas primitivos son alrededor de un millón; son fuertes y resistentes, habituados a una vida muy dura; inteligentes, a pesar de su primitivismo, y artistas; supersticiosos, pero han superado ya la simple magia de la caza...

Imaginemos que nosotros, tú, lector, y yo, fuéramos dos de esos treinta o cuarenta Celestes recién llegados. ¿Qué haríamos?

Empezaríamos, seguramente, por atraernos a algunos ejemplares de aquellos bípedos «surgidos del suelo», pasmándolos con cualquier baratija brillante o con una lata de conserva. Entre los que nos fuéramos ganando de este modo, elegiríamos a los más despabilados para irles «haciendo a nuestras maneras», igual que los colonizadores acostumbraban hacer con los indígenas que iban domesticando y dominando... Haríamos desfilar ante aquellos seres los animales indígenas, «para ver qué nombres les daban» y aprender los primeros rudimentos de su lengua.

Es exactamente lo que hicieron los Elohim del texto bíblico, según puede leerse en cualquier Biblia: capítulo II, versículo 19 del *Génesis*.

Luego, una vez establecida la comunicación inicial, nos dedicaríamos a enseñar mil cosas a aquellos indígenas, a fin de convertirlos en artesanos u obreros más o menos especializados; les haríamos construir una tapia cercando un vasto parque y les transformaríamos en jardineros, hortelanos y guardianes... Esto último, en la medida en que pudiera haber predadores contra los que fuese útil proteger el jardín.

«Adonay[1] Elohim (el Señor de los Celestes) tomó al hombre y le puso

[1] Adonay es uno de los nombres con que los hebreos aluden a Dios; significa Señor mío.

en el jardín de Edén para que lo cultivase y guardase», nos dice el *Génesis* (II, 15).

Podría seguir justificando así, paso a paso, con referencias bíblicas, los rasgos del retrato-robot, pero no tardaría en hacerme fastidioso, sin que tal prolijidad resultara tampoco más convincente. Simplifiquemos, pues: usted, lector, cree lo que le digo, se fía de mi palabra, o lee este capítulo de mi libro hasta el final y coge después una Biblia para comprobar, leyendo los nueve primeros capítulos del *Génesis*, únicos que aquí nos interesan, los datos que allí se nos ofrecen y yo interpreto sobre la venida, la estancia, los grandes trabajos y la partida de los Celestes.

No hace falta decir, aunque es mejor decirlo, que preferiría que usted, lector, verificase cuanto aquí aduzco. Para ello, le será más fácil usar la versión de Edouard Dhorme, publicada en la Col. de *La Pléiade* (N.R.F.), pues en sus páginas el plural *Elohim* no se traduce abusivamente por un «Dios», sino que se reproduce tal cual, lo mismo que *Eloah*, singular de *Elohim*. Dhorme tiene la honradez de dar por «Iahvé Elohim» el «Señor de los Elohim» יהוה אלהים como dice el texto hebreo, en vez de aceptar el absurdo y lingüísticamente indefendible «Eternal Dios» de las Biblias usuales, que ignoran todo lo que sabe cualquier volteriano un poquito instruido.

El texto hebreo no dice nada de la cosmonave (el «relato del carro» forma parte de la doctrina «cabalista», especie de enseñanza del tercer ciclo de la tradición). El texto hebreo de la Biblia, que constituye el primer ciclo de la tradición, dice sencillamente que el espíritu de los Elohim se cernía sobre el caos; en seguida, los Elohim hacen que haya luz y, una vez restablecida ésta, sustituyen el *tohu-bohu* por el orden, y se instalan en nuestro planeta. Los textos sánscritos aluden a un «huevo inmenso» del que habrían desembarcado los Celestes. Este «huevo inmenso» es el que, entre los diversos modos de visitas interestelares concebidas como posibles por los astrofísicos que cita Walter Sullivan en *No estamos solos,* me inclina a pensar que la probabilidad mayor le correspondería a una cosmonave lo suficientemente grande como para que, dentro de ella, se hubiesen ido sucediendo varias generaciones durante el largo viaje. El cual se habría realizado, empero, a la velocidad precisa para haber hecho considerable la dilatación del tiempo a bordo, con relación al tiempo propio del sistema planetario de origen.

Tenemos aquí un ejemplo claro de las diferencias entre un retrato-robot y un retrato al vivo: un retrato-robot que figure un hombre de anchos hombros es inadmisible si se sabe que el individuo buscado se cuela por

cualquier rendija. Pues bien, si el sistema planetario del que procedían nuestros Celestes no hubiese envejecido varios siglos durante su viaje, a las primeras dificultades con que tropezaran en la colonización de los terráqueos, los recién venidos se habrían vuelto a su casa, a su planeta... Sin embargo, la impresión que se saca de la lectura de todos los Libros Sagrados es la de que los «dioses», aunque muy decepcionados por el hombre, se quedan en la Tierra a falta de saber a qué otro sitio irse. La hipótesis de un «huevo» de tres kilómetros de diámetro, lanzado por una alta civilización en la que millares de técnicos se ocupan de la partida de treinta cosmonautas, es coherente con esta dificultad que los dioses tienen para volver a marcharse... y también con el hecho de que (según veremos más adelante) abandonaran su «huevo» en el sistema solar y se trasladaran después en una cosmonave cuyo despegue se dirigiría desde el interior, a falta de una infraestructura de lanzamiento entre los primitivos de nuestros antepasados.

Lyman Spitzer, director del observatorio de la Universidad de Princeton, ha calculado las posibilidades de una cosmonave a bordo de la cual hubiesen de nacer, vivir y morir varias generaciones. Freeman J. Dyson, del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, y Edward Purcell han participado en debates sostenidos en torno a esos cálculos. Hay que leer (y releer), en el libro de Sullivan, el capítulo 16, intitulado «¿Pueden ellos venir a visitarnos?», para caer en la cuenta de los problemas que a nosotros nos quedan por resolver antes de que la cosmonáutica interestelar sea una realidad al alcance del hombre. Pero también hay que leerlo para darse cuenta de la seriedad con que se enfoca hoy esta cuestión en los Estados Unidos.

¿Por qué en Francia y en otros países europeos te toman por visionario o por chiflado en cuanto quieres hablar en serio de viajes por el cosmos? Examinemos algunas razones, por lo demás muy sencillas:

En Francia, por ejemplo, un científico apasionado por los problemas del espacio será invitado a comer; después de los postres, mientras sirven el café, la señora de la casa organizará alrededor del invitado un círculo de admirativos no-científicos, y nuestro hombre tendrá que hacer el número. Pero hará, naturalmente, un número de divulgador. Lo malo es que casi nunca podrá investigar mucho más que ahí en el dominio de la especialidad que le apasiona: para ganarse la vida, el tal científico tendrá que dedicarse a otra especialidad, a la física teórica o al esmaltado de pucheros, a una especialidad seria.

Para el francés medio, el espacio es el sueño de Cyrano de Bergerac*. Para un francés más evolucionado, es un violín de Ingres. Un francés no

tiene muchas más probabilidades que un egipcio de llegar a ser cosmonauta en un futuro previsible.

En los EE.UU. y en la U.R.S.S., un científico apasionado por el espacio puede dedicar su vida a cualquiera de las ramas de la investigación espacial y ganarse muy holgadamente el sustento trabajando en la NASA, o en su homóloga soviética, sin malograr su vocación.

Pero volvamos a ocuparnos de los dioses-cosmonautas. Su comportamiento en la Tierra parece lógico, a través del mito que los describe. Pudieron venir muy bien en una cosmonave que fuese a la vez conforme a lo que dice el mito y a lo que consideran los especialistas del espacio. Mas ¿por qué se habrían puesto en viaje, si su planeta de origen había alcanzado ese grado tan alto de civilización que nosotros les envidiamos?

Lo ignoro.

Dos explicaciones, incompatibles entre sí, podrían dar razón de aquella partida de unas quince parejas de científicos que no pensaban regresar ya nunca a su mundo de origen. Y, como son incompatibles, he de presentarlas necesariamente una después de otra.

La primera explicación es que, en un sistema planetario más próximo al centro de la Galaxia, y solidificado, por consiguiente, antes que el nuestro, la vida hubo de aparecer también antes, y la evolución haría surgir una civilización cosmonáutica cuando nuestros antepasados apenas si sabían tallar pedernales. Y, en aquel sistema planetario mucho más avanzado, unos cosmonautas ávidos de aventuras decidieron partir hacia otro sistema planetario en el que, según podían conjeturar con sólidas razones, unos primitivos les recibirían como a dioses. Esta primera explicación es la más fácil de admitir, pues hace de la colonización interestelar que benefició a nuestros antepasados un caso tal vez único, desde luego fortuito y sometido a un tranquilizador azar.

La segunda explicación es que nosotros no somos más que un eslabón de una cadena de civilización originada en el centro de la Galaxia, en un sistema planetario de la constelación del *Arquero* (o del «Sagitario», que es el nombre latino del Arquero), y de cuyo *arco* de alianza nos hará depositarios, una vez lo hayamos vuelto a encontrar «en la nube» en que los Celestes del texto bíblico le prometieron a Noé que lo dejarían. Esta segunda explicación es más difícil de admitir, porque hace intervenir la noción de una organización a escala de la Galaxia. Confesaré que yo la prefiero, porque me parece más lógica que la de una colonización por puro azar... pero ya tengo bastantes dificultades para hacer admitir que el «arco en la nube» se halla en algún cráter lunar. Os ruego, pues, que olvidéis esta preferencia mía, que no debiera haber declarado aquí.

Pero, puesto que la he confesado, el mal está hecho; tendré que intentar justificarme.

La constelación del centro de la Galaxia no se parece más a un Arquero de lo que pueda parecerse a Fulano o a Zutano, pero el hecho es que se la viene conociendo por este nombre desde la más remota Antigüedad... Ahora bien, ha de excluirse, como imposible, el trazar un mapa de la Galaxia, por muy rudimentario que sea, si no se cuenta con telescopios; se ha de excluir también el que, sin telescopios, los hombres hayan podido imaginarse que la Tierra forma parte de un sistema planetario que, a su vez, forma parte de una Galaxia. Henos aquí abocados de nuevo al dilema: o «puro azar» o «enseñanza venida del cielo». *O* la constelación situada en el arco de alianza es un *arco*, porque unos cosmonautas han querido indicar simbólicamente sus conocimientos en su «enseñanza revelada a los hombres», *O* ello es un efecto del puro azar.

Es un círculo vicioso. Aceptaremos como verdad histórica el relato de la tradición acerca de la estancia de los Celestes o nos resignaremos a hacer del puro azar un dios que produce en serie milagrosas coincidencias.

Mas no nos alejemos demasiado del tema de este capítulo, en el que nos habíamos propuesto componer el retrato-robot de unos Celestes compatibles con los datos de las ciencias modernas y con el texto bíblico. Tal retrato-robot, con todo lo que acabamos de ver, es fácil trazarlo: los dioses del mito son a imagen de los cosmonautas que los hombres enviarán en un futuro próximo a parecerles «dioses» a los primitivos de otro sistema planetario. ¿Prueba esto su existencia?

Volvamos a Emile Guyénot y a su *Origen de las Especies*: «Ninguno de los argumentos sacados de la Anatomía y de la Embriología comparadas tiene el valor de prueba directa del transformismo. Eliminadas todas las interpretaciones dudosas o falsas, queda una serie de deducciones sumamente verosímiles, que, añadidas a los documentos paleontológicos, constituyen un conjunto imposible de interpretar como no sea a la luz de la hipótesis de la evolución. Ésta adquiere así el carácter de casi cierta».

No otra cosa me gustaría haber escrito sobre mi hipótesis de que los Celestes del mito son seres reales y concretos: no tengo pruebas directas (si las hay, nos están esperando en la Luna). Me abruma la gran cantidad de amables pero ingenuos partidarios que toman todo lo que ven en el cielo por otras tantas cosmonaves confirmadoras de mi hipótesis. Pero es al sopesar razones y contrastar múltiples datos cuando la hipótesis de la concreta realidad de los Celestes del mito me parece que cobra características de casi certeza.

Si se os hace difícil admitir que la Tierra Prometida a Abraham

haya podido representar de otro modo que por azar la amplitud de una «faja simbólica» de «tierras sagradas», nunca me cansaré de recomendaros que leáis *La Géographie sacrée du monde grec,* obra de Jean Richer (Ed. Hachette): ahí veréis cómo, al trazar unos «territorios zodiacales» alrededor de Delfos,[1] Sardes[2] y Delos,[3] los griegos dieron la prueba de que en la época de Homero conocían unas técnicas muy por encima de las que correspondían a la condición humana en tan lejanos milenios. ¿Cómo averiguaron que Delfos y Sardes están situadas en la misma latitud? Pues lo están, y también separadas por 450 km de tierras y mares. Y forman un triángulo isósceles con Delos, minúscula isla situada en medio del mar Egeo. Seiscientos kilómetros separan el monte Olimpo del monte Ida en la isla de Creta, y los templos que en ambos lugares se alzan están, a pesar de tanta distancia, exactamente orientados cada uno con relación al otro.

¿Cómo podían saber todo esto los griegos de la época de Homero? ¿Y cómo algunos siglos después, en tiempos de Ptolomeo,* pudieron haberlo olvidado? Es Platón quien nos responde: lo que sabían los hombres de los tiempos de Homero, lo habían aprendido de los dioses y, con el transcurso de los siglos, aquellas enseñanzas divinas se fueron olvidando hasta perderse del todo su recuerdo.

[1] Delfos es una ciudad de la antigua Grecia, en la Fócida, donde Apolo tenía un magnífico templo y manifestaba sus oráculos por boca de la pitonisa.

[2] Sardes es una vieja ciudad, célebre por su lujo, riqueza y comercio; capital de Lidia, antigua comarca de Asia Menor, lindante con Misia, Frigia, Caria y el mar Egeo.

[3] Delos es una isla griega del mar Egeo que está casi deshabitada por la insalubridad de su clima. Cuna de Apolo y Diana. En ella se encontraba un gran templo de Apolo.

15

BERESHITH

> «Al principio, los Elohim "hicieron" los cielos y la Tierra. La Tierra estaba informe y vacía: había tinieblas sobre el abismo y el espíritu de los Elohim se cernía por encima de las aguas.»
>
> (GÉNESIS, I, 1.)

«Al principio», primera expresión de las traducciones de la Biblia, pretende equivaler a *bereshith,* primera palabra de la Biblia en el original hebreo. No es que haya de decir que la traducción es errónea, pero conviene que se sepa que una cincuentena de autorizados libros (y varios centenares de otros no tan autorizados), contando sólo los escritos en hebreo, versan sobre los matices interpretativos del término *bereshith.* La significación de esta palabra debe de haber hecho correr, en definitiva, tanta tinta como las discusiones acerca de si existe Dios y de qué significado tiene o se le puede dar a este vocablo «Dios».

Cabe concluir de ello que el hebreo es un idioma impreciso y que los textos redactados en semejante idioma merecen que se los clasifique entre los cuentos de hadas. Pero, desgraciadamente, entonces habrá que concluir también que las ciencias modernas no valen mucho más, puesto que pretenden expresarse en una lengua cuyos absurdos no nos chocan a cada paso por el mero hecho de que la empleamos a diario y nos hemos acostumbrado a ella. Léase, a este propósito, *Le Jargon des sciences* (Ed. Hermann), donde Etiemble, profesor de la Sorbona, demuestra que, tomando por base el *Dictionnaire des racines scientifiques,* de Cailleux y Komorn, obra muy estimada por los entendidos, el lenguaje que utilizan los científicos resulta todavía más opaco que el de la Biblia.

Imaginémonos que una civilización extra-terrestre encuentra unos textos científicos descabalados, compuestos en nuestro siglo XX, y junto a ellos el citado *Dictionnaire* de Cailleux y Komorn, y procura enterarse de lo

que significaba para nosotros un melómano, por servirnos de un ejemplo que pone Etiemble. Nos recuerda éste que, en francés, *mélomane* puede significar nada menos que todas las siguientes cosas: «Un aficionado a la miel (¿un oso pardo?); un amante de las ovejas (¿algún pastorcillo?); uno a quien le gustan las manzanas; un aficionado a las negras, o al color negro, o a los miembros; y, en fin, un amante del canto y de la música. ¿Cómo se ha llegado a este delirio de equívocos? Pues porque la raíz griega «mel» puede designar, en el lenguaje científico de nuestro siglo XX, sonda, manzana, miel, miembro, oveja, color negro y canto musical.

El texto bíblico es, muy expresamente, esto: un Testamento científico, compuesto en la lengua de los Celestes, en la que se han mezclado algunos vocablos terrestres indígenas. Y esto es lo que se trata de interpretar. Es la lengua de los Celestes: al final del capítulo XXXI del libro del *Éxodo* se nos precisa que la Ley traida por Moisés del Sinaí fue escrita en las tablas de piedra «por el dedo de los Elohim»; y el que a esa lengua le *hayan sido añadidas* palabras indígenas lo sabemos por el *Génesis*, II, 19, donde se nos dice que el Señor de los Elohim hizo desfilar a los animales ante el hombre «para ver cómo los nombraría, de modo que todo viviente tuviese por nombre el que el hombre le diera».

La única razón seria que se me ocurre para dar importancia a tal texto, interpretado en las referidas condiciones, es que, datando como data de hace más de treinta siglos, basta leerlo como se leería un texto científico para descubrir en él el relato de la llegada de unos cosmonautas, suceso que se remonta a veinte milenios más y que es perfectamente compatible con los datos científicos de hoy día.

A los Celestes les conocemos ya por su retrato-robot. Pasemos ahora a los «cielos» de que provendrían.

Una civilización llegada al estadio cósmico no se concibe sin uno o varios observatorios astronómicos instalados «fuera de la atmósfera». Éste será, sin duda, uno de los primeros usos prácticos que se hará de la Luna, en cualquiera de cuyos cráteres se instalará tan pronto como sea posible un telescopio con el que se podrá observar el cielo sin la interposición de la capa atmosférica, cuya permanente agitación da, entre otras cosas, su aspecto «estrellado» a astros que, como nuestro Sol, son esferoidales.

Los sistemas planetarios ¿son tan idénticos entre sí como los cristales de una sal? Así lo sostiene Lloyd Motz, profesor adjunto de astronomía en la Universidad de Columbia, que expuso su tesis en un congreso de astrofísica celebrado en 1963. El observatorio lunar nos permitirá verificar tal tesis (y muchas otras), puesto que su telescopio nos dejará ver los negros círculos opacos de los planetas cuando pasen por delante del disco lumi-

noso de las estrellas que posean sistema planetario. Es de creer que la existencia de un sistema planetario en torno a nuestro Sol sería determinada con toda exactitud por nuestros colonizadores, lo mismo que nosotros determinaremos la existencia de un sistema planetario en torno a una estrella antes de lanzar nuestras cosmonaves en su dirección.

Tengamos bien presente en la memoria que el primer problema que hay que resolver, para que sea posible una cosmonáutica interestelar, es el de cómo propulsar unas cosmonaves tanto más grandes y por consiguiente más pesadas, cuanto mayor sea la distancia que hayan de recorrer. La dificultad aumenta en progresión por lo menos geométrica con respecto a la distancia. Es, pues, un problema de energía. Los cálculos más optimistas ponen de relieve que la fisión controlada del hidrógeno (la «domesticación de la energía de las bombas H»), aun cuando se logre del todo, será insuficiente para una cosmonáutica interestelar.

Pero la siguiente etapa será el logro de la fisión del protón en tres *quarks*. La energía de los quarks, el explotarla, es un porvenir lejano todavía para la ciencia de hoy (1969)... a no ser que el hombre encuentre, en algún cráter lunar, un «arco de alianza» que tenga, entre otros signos, datos importantes sobre la física de los quarks.

Por la física teórica sabemos una cosa con certeza: es imposible que unos cosmonautas visitaran a nuestros remotos antepasados, si no disponían ya de la energía subnuclear de los quarks o de alguna fuerza equivalente. Sólo el disponer de tal energía o fuerza es contar con uno de los medios básicos para una cosmonáutica interestelar.

Sin embargo, no basta con disponer de la energía. Queda aún el grave problema biológico: ¿se puede planear en serio la partida de una treintena de hombres y mujeres para un viaje de veinte años —o de cien años— a bordo de una cosmonave?

La primera reacción es de rechazo. Después, reflexionando, se ve que, hace sólo diez años, estaba por demostrar que fuese posible la permanencia de un hombre dentro de una cápsula que orbitase en torno a la Tierra; luego se trató ya de si les sería posible lo mismo a dos o a tres hombres; más adelante...

Entre 1967 y 1968, los soviéticos demostraron que tres hombres podían vivir durante un año en circuito cerrado, bebiendo su propia orina y las secreciones de sus glándulas sudoríferas —todo debidamente purificado, naturalmente—, y comiendo sus excrementos sólidos a la vinagreta, después de haber transformado dichas materias fecales en una ensalada vitaminada.

También resultó evidente que se podía vivir durante un año en aquellas condiciones y regresar a la Tierra como buenos camaradas.

Después de todas estas experiencias, hemos de reconocer que es perfectamente racional y aun razonable planear el lanzamiento de una quincena de parejas humanas —menos que la población de una aldea— para un viaje que vaya a durar uno o varios siglos, con la condición de que se las instale en una nave espacial más amplia que un villorrio. Por ejemplo, en una esfera de tres kilómetros de diámetro, que represente veinticinco kilómetros de campos dentro de una curvada pared. Por supuesto que quienes se embarquen en tamaña expedición tendrán dificultades para adaptarse, pero será sobre todo a sus hijos y a sus nietos a los que deban ir preparando para la vida al aire libre, que les resultará extraña y traumatizante, cuando lleguen a su destino viajando a bordo de la esfera en cuyo interior habrán nacido.

Los cosmonautas nacidos *dentro* de una esfera de clima invariable, organizada para el equilibrio biológico propio de una especie superior, corren el riesgo de que se les haga muy incómodo vivir *en la superficie* de otra esfera, sometidos a las alternancias de las estaciones y donde estarán tan expuestos a padecer agorafobia como sus antepasados de la primera generación cosmonáutica pudieran haber sufrido claustrofobia.

El problema biológico no es menos complejo que el del suministro de energía, y su resolución es casi imposible.

Remito al lector al libro de Sullivan, en el que encontrará algunas indicaciones sobre los cálculos de Darol Froman, quien demuestra la posibilidad de hacer que la Tierra entera haga un viaje de ocho mil millones de años, cuando nuestro Sol, envejecido y gastado, esté a punto de apagarse y sea forzoso poner a nuestro planeta en órbita alrededor de algún sol nuevo, situado a la distancia de unos 1300 años-luz. Probablemente esto no pasará nunca de ser una fantasía matemática, pero en todo caso no es ciencia-ficción: Darol Froman ha sido director técnico adjunto del laboratorio de Los Álamos, administrado por la Universidad de California a cuenta de la Comisión U.S. de Energía Atómica. Ocho mil millones de años de viaje, para una distancia de 1300 años-luz, es un viaje «lento», a una velocidad media de seis millones de años de viaje por cada año-luz de distancia.

Lo que teóricamente resulta concebible para la Tierra entera, lo es *a fortiori* para una esfera del diámetro de Fobos, aquella de las dos «lunas» de Marte que muestra un comportamiento particularmente aberrante para un cuerpo celeste que hubiera sido puesto en órbita alrededor de Marte como final de un largo viaje interestelar.

Marte tiene dos satélites: Fobos y Deimos. Estas dos «lunas» recorren unas órbitas casi circulares, situadas aproximadamente en el plano del

ecuador marciano. Fobos da tres vueltas en torno al planeta cada día de los de Marte, pasando a 6000 km de altitud (la distancia media de la Luna a la Tierra es de 384 000 km). El astrónomo soviético Schklovsky cree haber comprobado que Fobos va perdiendo altura, año tras año, lo que le amenaza de una destrucción ya bastante próxima, puesto que por debajo de los 4500 km de altitud el satélite sería atrapado por la gravitación de Marte y caería como una piedra.

Ninguna de las características que acabamos de mencionar se ha observado en otros cuerpos celestes conocidos que no sean los satélites artificiales puestos en órbita por el hombre, y ninguna le parece tampoco seriamente explicable a la astronomía teórica. Si Fobos fuese la cosmonave que he propuesto como hipótesis en el capítulo X, todas las características mentadas entrarían en el orden lógico de las cosas. En *Les Cahiers de cours de Moïse* (y más concretamente en el prefacio a la reedición de 1969) indiqué algunas razones para pensar que fue un satélite artificial, el «Lilith» de la tradición, lo que cayó en Siberia en 1908.

¿Y por qué, si todo está tan claro, ha habido que esperarme a mí para contar con la explicación que yo propongo? Pues porque ésta se basa en la realidad histórica del *Génesis,* hipótesis que hasta la fecha soy yo el único en proponer sin salir del cuadro de los datos científicos de hoy... Y porque hay que superar difíciles *barreras psicológicas* para hacer aceptar que el texto bíblico tal vez no sea ni un texto sobrenaturalmente inspirado para la glorificación de Dios, ni un centón de supersticiones, sino sólo eso: un texto histórico serio y verídico.

Schklovsky ha sostenido la hipótesis de que Fobos es un satélite artificial... pero al astrofísico soviético no se le ha ocurrido relacionar esto con una cosmonáutica que pueda confirmar el texto bíblico.

Lo que no se sabe es qué diámetro tienen en realidad Fobos y Deimos. Se estiman sus diámetros en función de su brillo aparente, de su «claridad lunar», es decir, de su poder reflector. Para citar *Planètes et satelites*: «Si Fobos y Deimos son dos grandes pedruscos, el diámetro de Fobos es aproximadamente de 12 km, y el de Deimos, de 8 km». Pero si son unas esferas de metal *bruñido,* su diámetro es del orden de los 1500 y los 1000 metros. Suponiendo que se trate de un metal oscurecido, como corresponde a unas esferas que han efectuado un viaje por el espacio, se llegará a mi hipótesis de un diámetro de tres kilómetros para Fobos y dos para Deimos (caso que sean de igual constitución, lo que queda enteramente por demostrar).

Yo no conozco el secreto de los dioses, como tampoco conozco el programa detallado de la serie de los Mariner, pero es probable que «el espí-

ritu del hombre, cerniéndose en derredor de Marte» obtenga, a no tardar, notabilísimos datos sobre Fobos y Deimos, que tan enojosos enigmas plantean a los astrofísicos.

En el interior de una esfera de tres mil metros de diámetro, la vida puede hacérseles muy confortable a quince o veinte parejas de cosmonautas, bípedos y mamíferos, decididos a sacrificarse para que sus descendientes lleguen a ser «dioses» en el sistema planetario hacia el que viajan, practicando el estricto control de nacimientos, necesario pero suficiente, para mantener constante el número de viajeros.

No vamos a incurrir aquí en el ridículo de calcular en cuántos años franquea nuestra cosmonave un año-luz (es decir, la distancia que recorre un fotón en un año, o sea, alrededor de 10 000 000 000 000 —diez billones de km). En vez de ello, fijemos un orden de magnitudes: cuando la cuarta generación nacida en Fobos llega a la edad adulta, Fobos se aproxima a la órbita de Plutón, pero han transcurrido seiscientos años en Teos, el planeta del que Fobos es originario.

Si releéis este capítulo, reconoceréis mejor a los personajes de nuestro retrato-robot, que responden a la descripción hecha en el texto bíblico y son, a la vez, compatibles con los datos de la ciencia actual. Estos cosmonautas dejan tras sí una civilización que, habiendo hecho realidad una de las más fantásticas aspiraciones que apasionan a todo científico digno de este nombre, no halla ya en qué ocupar mejor sus ocios que en mejorar la suerte cotidiana de cada uno, empresa ardua y complicada si las hay. Estos cosmonautas abandonan de buen grado su civilización: los científicos más caseros les han hecho posible la partida valiéndose de los datos que les proporcionaron muchos exploradores de las inmensidades espaciales, enriqueciendo a la ciencia indígena.

Nosotros estamos muy lejos aún de lograr esas cosas, pero en lo absoluto existe el punto en que, estando ya todo descubierto, los investigadores se aburren y, a falta de mejor pasatiempo, juegan a los dados todos los días de la semana.

Los cosmonautas cuyo retrato acabamos de trazar se hallan condenados a un viaje sin retorno: cuando lleguen a su destino, su planeta de origen se les habrá hecho extraño. Para imaginar esto, trasladémonos: Cyrano de Bergerac cuenta su viaje a la Luna a un escéptico que, ante semejantes sandeces, se desternilla de risa y sufre un ataque de catalepsia; sale de este estado cataléptico tres siglos después, en 1968, y oye la voz de Borman que le habla desde las inmediaciones de la Luna. ¿Qué queréis que haga entonces nuestro escéptico «humanista»? Antes que hacerse a la idea de tal mundo y adaptarse a él, se tirará por la ventana.

16

COMIENZO DEL PRIMER DIA

«La Tierra estaba informe y vacía. Había tinieblas sobre el abismo, y el espíritu de los Elohim vagaba sobre las aguas.

(GÉNESIS, I, 1.)

Cuando la esfera hueca, de unos tres kilómetros de diámetro, llegó a las cercanías de la órbita de Plutón, la atracción del Sol empezó a hacerse sentir en ella. A bordo hubo gran alegría.

Siempre es azaroso describir algo que uno mismo no ha visto con sus propios ojos, pero no corremos mucho riesgo de errar al decir que las manifestaciones de aquella alegría no fueron muy exultantes: gentes nacidas en el interior de una esfera con aire acondicionado y lanzada al vacío interestelar, que nunca habían sacado al exterior ni la nariz, que jamás habían sentido el calor del sol ni el frescor de una brisa, gentes nacidas dentro de tal esfera y de padres y abuelos que vivieron en iguales condiciones... forzosamente habían de tener un carácter muy reservado, si es que hay una lógica y si las palabras significan algo.

Pero hasta las personas más reservadas, más introvertidas, pueden alegrarse con un tipo de alegría que les es peculiar. Los cosmonautas del Fobos tenían todos los motivos para sentir alegría, puesto que habían llegado, por fin, al sistema planetario que sus mayores, sus tatarabuelos les habían fijado como destino. Era el momento de sacar de las cámaras frigoríficas en que fueran hibernados al jefe de la expedición, Adonay, y a su primer ayudante, Shadai.

Por supuesto que yo no sé cómo acontecería todo ello. Pero sí sé que, si el *Génesis* refleja una realidad histórica, los Celestes que en él son descritos eran unos cosmonautas lo bastante parecidos a nosotros como para que pudiésemos intentar comprenderles. *La Novela de la Biblia* es una

transposición hecha a partir de este postulado. Para llevar a cabo lo que, según el texto bíblico, hicieron los Celestes, unos cosmonautas humanos habrían tenido que arribar a la Tierra en la cosmonave Fobos y comportarse tal como yo imagino.

Adonay y su ayudante Shadai eran los iniciadores de la empresa. Al partir de su remoto planeta los dos eran cincuentones. En Teos, su planeta originario, se les contaba entre los científicos de más nota, y ni que decir tiene que el nivel científico era allá el más alto que pudiera concebirse en toda la Galaxia: la cosmonáutica interastral supone, necesariamente, el conocimiento de aquella «ecuación unitaria» que anduvo buscando Einstein, quien veía en ella la clave de nuestro universo material.

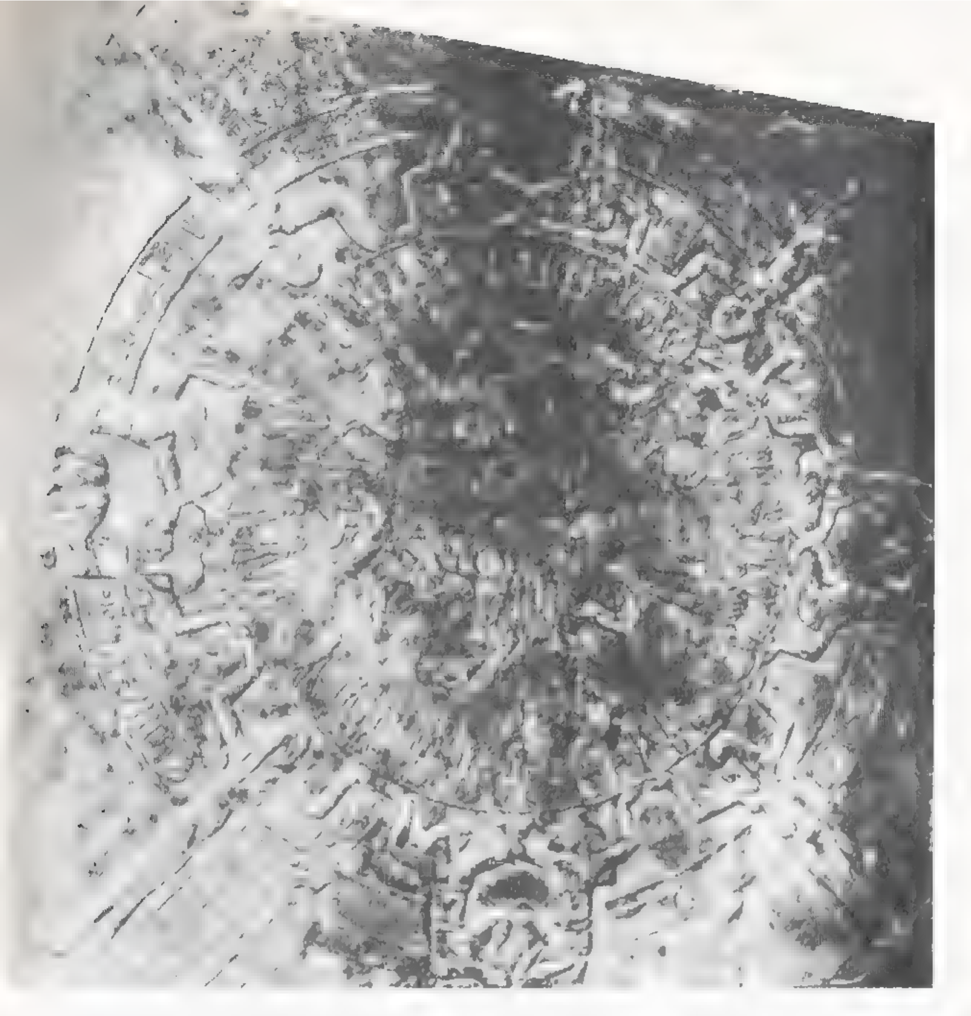
Durante las decenas de años del viaje previsto, un científico de la talla de Adonay no podía hacer nada más útil que descansar dormido. Por eso se había hecho hibernar, para aportar luego la totalidad de sus conocimientos a los cosmonautas cuando, llegados a su destino, le descongelaran. Estos cosmonautas serían, evidentemente, los tataranietos de los que iniciaron la expedición, y se encontrarían desarmados ante los ingentes problemas de cómo organizar la vida en *la superficie* de un planeta, ellos que sólo habían vivido en el interior de una esfera.

Pasamos aquí por alto los problemas técnicos: el lector a quien le interesen los hallará expuestos en la citada obra de Walter Sullivan. La bibliografía de *No estamos solos* satisfará aun a los más escépticos, que verán cómo son tratados por teóricos perfectamente cualificados los problemas de navegación que a una cosmonave como Fobos pudieran presentársele. Atengámonos nosotros a la descripción que nos da el texto bíblico de la llegada de los Celestes: *la Tierra estaba informe y vacía. Había tinieblas sobre el abismo,* en aquel «comienzo» en que *el espíritu de los Elohim vagaba sobre las aguas.* Como dijimos en el capítulo 13, hacia —21 000 se produjo la glaciación Würm-III, que tuvo por consecuencia la formación de opacos nubarrones que envolvieron el globo terráqueo. En igual estado quedó el planeta Venus. Sólo Marte, por carecer de océanos y no tener más que una tenue atmósfera, era visible lo mismo que hoy y seguía recibiendo la luz solar. Según queda dicho, la glaciación afectó al sistema solar entero (cfr. *supra:* Cap. 6).

Pasada la órbita de Plutón, y dejadas también atrás las de Neptuno y Urano, la cosmonave Fobos llegó a la órbita de Júpiter, uno de cuyos satélites, Ganimedes, de un diámetro de 4750 km (el diámetro de Marte es de 6750 km), quizá tenga atmósfera. En 1965, los soviéticos sacaron en conclusión que sí la tiene, pero en 1966 los norteamericanos lo pusieron otra vez en duda. ¿Haría Fobos una escala girando alrededor de Júpiter?



Visibles sólo desde el aire, estas pistas nos recuerdan las de nuestros aviones que, como ellas, no conducen a ninguna parte desde que, al despegar, las ruedas las abandonan. Para descubrir su existencia en las montañas del Perú, en el antiguo imperio de los incas que esperaban el retorno de los "dioses blancos", ha sido preciso que el hombre blanco empezara por inventar la aviación.



Este zodíaco procede del templo de Denderah, en el Alto Egipto. La primavera empieza en Leo, lo cual permite calcular su antigüedad (ver Cap. 20). Según ello, fue grabado durante el 6.° día del texto bíblico, entre –11010 y –8850, durante los 2.160 años en que el sol del equinoccio aparecía en Leo.

Esta fotografía del mar de la Tranquilidad ha sido obtenida por el satélite lunar Orbiter II. Obsérvense las sombras proyectadas por ciertas protuberancias que, en opinión de la NASA, constituyen uno de los aspectos más extraños *(one of the most unusual features)* de la Luna. Quizás algún día no muy lejano lleguemos a desvelar el enigma de dichas protuberancias, la mayor de las cuales proyecta una sombra de 22,5 metros.





He aquí un bloque de piedra abandonado por los canteros de Baalbek hace miles de años. Que esos hombres supieran trabajar la piedra ya resulta curioso, pero ¿cómo lograron transportar semejante bloque de 433 metros cúbicos y mi. toneladas de peso? Mito o realidad, la leyenda asegura que Baalbek fue erigida por los dioses... por unos dioses mamíferos que disponían ya de los medios que en nuestro siglo xx estamos inventando aún.

Tal hipótesis ni siquiera merecería mención si no hubiese existido la mitología griega, según la cual, los dioses, en número de doce, vivían «en el Olimpo» en torno a Zeus, que es el nombre griego de Júpiter. «Seguramente —dirá alguien— es cosa del azar que el planeta Júpiter tenga doce «lunas», cuya existencia sólo ha podido descubrir el hombre con posterioridad a la invención del telescopio por Galileo.

Mas yo replico que el azar bastaría para explicar una o dos coincidencias, o tres si se quiere. Pero el número de concordancias entre el antiguo mito y las realidades que sólo recientemente se han podido averiguar es tan grande que, si en el «arco de alianza» que habrá de hallarse en la Luna, se hablara de Ganimedes, no me sorprendería lo más mínimo.

Dicho esto, pasemos de la órbita de Júpiter.

Equivale a cambiar de universo. Plutón, Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter están hoy, lo mismo que hace 25 000 años, en un estado que se deriva directamente del estado protoplanetario: la masa de su núcleo sólido viene a ser 1/100 de la masa total del protoplaneta gaseoso. La órbita de Júpiter queda ya atrás y llegamos a la órbita de Marte... de ese planeta que Werner von Braun* está convencido que hay vida. El libro donde sostiene esta convicción se intitula *Les premiers homes sur la Lune.*

Entre —22 000 y nuestra época, la evolución natural apenas ha modificado a Marte. La vida marciana que Von Braun tiene por existente nunca ha alcanzado la fase evolutiva necesaria para que aparezcan allí unos seres capaces de excavar canales o de poner en órbita satélites artificiales. Pero, tanto por los años —22 000 como en la actualidad, Marte era una posible escala para unos cosmonautas. Y como la glaciación Würm-III, con las opacas nubes que produjo, según explicamos más arriba, había ocultado la Tierra y Venus a quienes se aproximaran a estos planetas, resulta que Marte venía a ser una escala no sólo concebible sino obligada para ellos.

Así pues, Fobos se puso en órbita alrededor de Marte.

Llegados a este punto, debo abrir un paréntesis. Hace quince años, una frase como la que acabo de escribir: «Fobos se puso en órbita alrededor de Marte», bastaba para que al libro que la contuviera se le clasificase entre las fantásticas elucubraciones de la más gratuita ciencia-ficción. Muchos lectores europeos siguen aferrados aún al mismo criterio: les basta con no leer a los autores rusos ni a los norteamericanos para atenerse a la civilización del apartamento-de-dos-piezas-más-cocina-y-baño, en la que la sola idea de una cosmonave de tres mil metros de diámetro puesta en órbita alrededor de Marte pertenece al mundo del delirio y de la ensoñación.

Cerraré el paréntesis haciendo notar que todo, TODO, lo que hasta

aquí habéis leído y lo que seguiréis leyendo en *La novela de la Biblia* es perfectamente compatible con los datos científicos que dan por buenos y admitidos muchos investigadores de alta cualificación, y que nada, NADA, de cuanto encontréis en estas páginas pertenece a ese género de gratuita ciencia-ficción que produce libros como *Guerre des Mondes.* Nos movemos más bien en el plano de lo concreto, sin haber divagado nunca por el de lo gratuito.

¿Vino, pues, a ponerse en órbita alrededor de Marte una cosmonave procedente de otro sistema planetario?

En ningún momento he afirmado que sucediera tal cosa. Lo que sí he dicho, y repito, es tan sólo que ésta es una hipótesis compatible, a la vez, con el mito originado en la noche de los más remotos tiempos y con la ciencia contemporánea, actual. Y sostengo que es, inclusive, la única hipótesis que permite explicar coherentemente los enigmas surgidos de aquella noche de los tiempos, sin hacer intervenir ningún tipo de prodigios sobrenaturales o milagros del «dios» Puro Azar.

¿Es tal hipótesis verdadera? Esto lo iremos sabiendo en los próximos años, puesto que en el programa de la astronáutica figura Marte inmediatamente después de la Luna. Sabremos muy pronto si mi hipótesis es toda ella verdadera, si es precisamente en la Luna donde nos está aguardando el «arco de alianza».

Caso de ser Fobos la cosmonave que yo supongo, su comportamiento en órbita alrededor de Marte pierde todo su misterio, y las observaciones de Schklovsky quedarán confirmadas. Admitamos que sea así.

Del seno de Fobos salen dos módulos de exploración que van a contornear los otros dos planetas habitables del sistema, la Tierra y Venus. Cuando regresa el primer módulo, su piloto y su observador notifican a sus compañeros que *la Tierra aparece informe y vacía. Está sumida en tinieblas bajo sus opacos nubarrones. Han dejado en órbita por encima de la capa de nubes y en medio de ella unas cápsulas que seguirán transmitiendo a Fobos los datos de las observaciones que hagan.*

El segundo módulo regresó poco después, porque el viaje efectuado fue más largo: hasta Venus. Sus conclusiones eran que Venus se hallaba en el mismo estado que la Tierra, sumido en tinieblas y sin vida observable.

En tales condiciones, no había que dudarlo: la Tierra tenía un satélite natural, libre de nubes, tan cómodo como la caseta de los albañiles al pie mismo de la obra. Sería, pues, la Tierra la que transformarían convirtiéndola en un Edén, y tanto peor para Venus: una treintena de individuos no podían hacer más... y al cabo de uno o dos siglos se extinguiría todo

germen de vida en aquel de los dos planetas al que no se le devolviese cuanto antes la luz del Sol.

Resumamos:

Unos cosmonautas habían partido de su planeta de origen, Teos, para que sus descendientes llegaran a ser los «dioses» de algún otro sistema planetario. Estos descendientes acaban de arribar a su destino, al término de un viaje que ha durado para los cosmonautas ciento cincuenta años, mientras que Teos envejecía setecientos cincuenta. Los iniciadores de la expedición, Adonay y Shadai han vuelto a la vida activa tras su permanencia en el congelador: tienen cincuenta años de edad real, como cuando fueron hibernados. Encuentran a sus tatara-tataranietos en edad también de cincuenta años: un control de nacimientos destinado a mantener constante la cifra de la población supone que a cada pareja le nacen un hijo y una hija cuando el padre llega a cuarentón. Haced el cálculo y veréis que el tatara-tataranieto de Adonay tiene, en tales condiciones, cincuenta años, al cabo de un viaje de ciento cincuenta años medidos en el tiempo propio de la cosmonave. Adonay, hibernado cuando tenía cincuenta años, sigue teniendo esa edad al salir del congelador. En Teos, el padre de este quincuagenario ha muerto hace ya más de siete siglos, calculados en tiempo propio de Teos.

Todas estas nociones son las consecuencias lógicas de unos desplazamientos en los que interviene poderosamente la dilatación del tiempo, embellecida en sus efectos por la congelación.

Así, pues, los Celestes, quincuagenarios todos, se pusieron a elaborar un plan para hacer que la Tierra fuese de nuevo habitable: ¿entraba o no en lo previsto la glaciación? Evidentemente, yo esto no lo sé; lo único que puedo hacer es aventurar una hipótesis que tengo por lógica: desde el punto de vista humano, el encontrar, al término de semejante viaje, un sistema planetario helado constituye un complicación tan grave como para pasar de largo sin afrontarla; pero, desde el punto de vista de nuestros cosmonautas, la cosa no debió de ser tan evidente, según lo iremos comprendiendo en los capítulos que siguen.

El «tiempo propio» de unos cosmonautas que envejecen un año mientras su planeta de origen envejece un siglo, ¿se ha «contraído» o se ha «dilatado»? En la óptica del planeta de origen, se ha *contraído*: los cosmonautas han «condensado» un siglo en un año; en cambio, en la óptica de los cosmonautas, el tiempo se ha *dilatado*: en un año han «explorado» ellos un siglo.

17

FINAL DEL PRIMER DIA

> Los Celestes dijeron: «¡Haya luz!» Y hubo luz. Vieron los Celestes que la luz era buena, y separaron la luz de las tinieblas. Los Celestes llamaron a la luz «día» y a las tinieblas «noche». Y hubo tarde y mañana: día primero.
>
> (GÉNESIS, I, 3-5.)

La costumbre de llamar «día» a un período de tiempo que hubo de abarcar, por fuerza, varios siglos está tan enraizada que no es probable que os confundáis nunca si leéis en algún sitio frases como ésta: «*ayer* todavía se imaginaban los hombres que la Tierra era plana, y *mañana* habitarán la Luna».

La única fuente de confusión a este respecto es que nos hemos habituado a hacer que nuestros días empiecen con el alba, mientras que el texto bíblico y toda la tradición hebraica los hacen comenzar por el crepúsculo vespertino. El descanso semanal, el sábado, comienza para los judíos al anochecer del viernes y dura hasta la puesta del sol del sábado.

Lo que vale para los días de veinticuatro horas vale igualmente para los «días» que duran una veintena de siglos. Sí, veinte siglos —2160 años con más exactitud—, según veremos en el capítulo 20 dedicado al DIA CUARTO, que es su contexto normal. ¿Duró el primer «día» dos milenios? ¡Mucho parece, para un programa tan simple en principio como el de hacer que la luz del Sol volviese a iluminar la Tierra...! Bien es verdad que aquel primer «día» debía de ser muy negro cuando llegaron los Celestes.

Y en los siglos que duró este «día primero» habría que empezar, sin duda, por poner en buenas condiciones el satélite natural de la Tierra. Las razones que me mueven a pensarlo, las he indicado ya en *La Lune, clé de la Bible* (a beneficio de inventario, desde luego). ¿Débese a un conjunto de causas naturales el que la Luna presente siempre la misma cara a la Tierra?

Es posible, y varias explicaciones que se suelen aceptar como buenas contribuyen a que se piense así. Pero esas explicaciones, aceptadas y aceptables (a falta de otras mejores) mientras no se había propuesto ninguna hipótesis de intervención de cosmonautas, se contradicen un poco entre sí.

Puede, con todo, que yo me haya equivocado al proponer mi hipótesis de estabilización artificial de nuestro satélite; mas esto en nada cambiaría el fondo del asunto: tal estabilización pertenece tan de lleno a la lógica de las cosas, que yo he preferido correr el riesgo de incluirla en el problema de los Grandes Trabajos de los Celestes, según creo que éste puede reconstituirse.

En el presente capítulo, que será corto porque me faltan datos seguros, estimo oportuno insistir en que «mis» Celestes nada tienen de sobrenaturales. Trátase de unos cosmonautas cuyas actividades, para el lector que no crea en sobrenaturalismos, describe la Biblia en un tono ni más ni menos «maravilloso» que el que pueda adoptarse al describir las hazañas de los rusos y los norteamericanos por el espacio. Nada de cuanto atribuyo a los Celestes es invención gratuita; todo ello está indicado en el texto bíblico, conforme a los datos que nuestra rudimentaria astronáutica permite concebir para una cosmonáutica interestelar, y conforme, también, con los dictados de la lógica. En el programa del primer «día», para el cual carecemos de datos, tendré que recurrir sobre todo a la imaginación. Me parecía un deber precisarlo.

Creo yo que la primera preocupación de los Celestes sería la de cómo salir de su esférica cosmonave dotada de aire acondicionado: aun para gentes nacidas dentro de una esfera, los milenios de atavismo han de tener su importancia. En la época de su llegada a nuestro sistema solar, Marte era el único planeta habitable. Sin duda, se instalarían allí, construyéndose, probablemente, una mansión subterránea, hacia la que sería más fácil drenar el agua y el aire escasos que no el asegurarse la existencia en la superficie; esto lo averiguaremos en los años próximos, cuando el hombre consiga llegar a Marte.

La segunda «luna» de Marte, Deimos, ofrece la particularidad de tener también su órbita en el plano del ecuador marciano, y aunque esta órbita se halla a triple altura que la de Fobos respecto al planeta, es asimismo más verosímil que se trate de la órbita de un satélite artificial que de uno natural: 5800 km para Fobos, 19 800 km para Deimos. ¿Sería Deimos una especie de «vagón» arrastrado por la «locomotora» Fobos? ¿O sería Deimos un «taller» construido allí sobre la marcha?

Deimos es considerablemente más pequeño que Fobos, de esto no cabe duda: 1500 metros de diámetro, si el satélite es de metal pulido; 8000 m

si es un grueso pedrusco (la forma de calcularlo está expuesta muy claramente en *Planètes et satellites*).

Los «canales» de Marte no son, por cierto, los bellos canales que se creía distinguir hacia 1907, con la ayuda de telescopios aún muy rudimentarios, y cuyo rectilíneo trazado bastaba para probar una intervención de seres pensantes... de marcianos indígenas, puesto que en el siglo XIX la cosmonáutica parecía mucho más inverosímil que la existencia de unos indígenas de Marte. La tesis de los «canales» no es ya aceptada en Europa... pero el mapa de Marte utilizado por la NASA es el de Earl C. Slipher, astrónomo que nunca ha dejado de «ver» en Marte unos canales. Quizá convenga recordar aquí que Werner von Braun da por segura la existencia de vida en el planeta rojo (para más detalles, remito al lector al libro *Planètes et satellites*).

¿Subsistirán algunos marcianos, a fuerza de industria, en su planeta, escasísimo de aire y agua? Esto es tanto menos sostenible cuanto que, abstracción hecha de los «canales», todo induce a pensar que las condiciones generales de Marte nunca han dejado que la vida evolucione allí hasta unas formas lo bastante complejas como para dar origen a unos arquitectos. Ahora que, aun cuando los presuntos «canales» no sean tal cosa, lo cierto es que tampoco se puede hacer abstracción de ellos sin más, pues son algo suficientemente extraño para dividir las opiniones de los astrónomos... algo que incita a seguir una tercera vía de explicación, la que yo propongo: Marte es un planeta en el que probablemente apareció la vida, pero ésta apenas tuvo la posibilidad de alcanzar un grado de evolución superior al del cohombro; en tal planeta habrían sido realizados, no obstante, unos trabajos que suponen una alta civilización, ¡pero por los Celestes de mi hipótesis, no por ningún indígena!

Continuar sería tan estéril como irritante, pues a propósito de Marte nadie puede proponer, hoy por hoy, más que artículos de fe. Con todo, la exploración del planeta rojo es cosa lo bastante próxima ya como para incitar a la mayor prudencia a todos los que cuenten con vivir aún una docena de años y no quieran verse expuestos, en vida, al ridículo de un mentís experimental.

Dejemos, pues, a Marte y sus satélites, con su aspecto tan poco natural, y volvamos a la Tierra. Aquí, contaremos otra vez con datos seguros: en —21 500, la luz del Sol no llegaba al planeta. A comienzos del «segundo día», hacia —20 000, había vuelto la luz. Esto lo afirma el texto bíblico y lo confirma la geología. En los mitos anejos, aquellos que no han sido transmitidos con el rigor casi inhumano de los hebreos que lapidaban a quienquiera que alterase una tilde de la letra del Testamento atribuido a

los Celestes, en esos mitos anejos, sujetos a caución pero utilizables para ilustrar detalles concretos, la Luna aparece constantemente como una especie de plataforma-escala de los dioses... exactamente igual que parece que ha de serlo para nuestra cosmonáutica de hoy.

Asumo, por tanto, el riesgo de proponer la siguiente reconstrucción del programa del primer «día»: llegada de la esfera-cosmonave de «mis» Celestes al sistema solar, dos, tres o cuatro siglos después del gran cataclismo desencadenado por la glaciación Würm-III. Tras una escala en órbita alrededor de Júpiter, aquella cosmonave vuelve a ponerse en ruta y se sitúa en órbita alrededor de Marte, donde permanecerá hasta hoy: es Fobos.

Hecho esto, los Celestes se instalan en habitaciones excavadas en el subsuelo de Marte, obras éstas de las que los famosos «canales», que no son tales pero tampoco mera ilusión óptica, serían los testimonios. A continuación, perfeccionan la «estabilización» del satélite natural de la Tierra mediante un aumento de su diámetro, obtenido por liberación de su energía volcánica (la explicación que da Evry Schatzman del principio de conservación del momento angular, en *Planètes et satellites,* permite comprender el mecanismo de tal estabilización, natural o artificial).

Estabilizada la Luna, en la cara que desde entonces presenta constantemente a la Tierra, se elige y se acondiciona un cráter, a partir del cual se organiza la dispersión de las nubes opacas... lo mismo que nuestros astrofísicos proyectarían ya el dispersar las nubes que envuelven a Venus si este planeta tuviese una «luna» desde la cual pudieran dirigirse los trabajos.

Una vez dispersadas las nubes opacas, los Celestes se congratularon del éxito con que habían realizado la primera fase de su Plan de Seis Días: sobre la Tierra había ya tardes y mañanas formando jornadas de veinticuatro horas.

Un inciso. Si teméis que os haya forzado a cabalgar a lomos de una quimera, al proponeros que leáis «los Celestes» en vez de «Dios» y al induciros a pensar que esos Celestes de carne y hueso *devolvieron* la luz a la Tierra, en vez de lo que dicen las Biblias al uso, que muestran a Dios Todopoderoso *creando* íntegramente la luz, repasad con atención el texto bíblico, reflexionando bien sobre lo que leéis: ese Dios que empieza por crear la luz, que a continuación se da cuenta, tan sólo, de que la luz es buena, y no le pone nombre sino después de haber comprobado su luminosidad, es un dios amañado por mentalidades primitivas; ¡no sabe si verá más claro o no cuando haya «creado» la luz!, y luego de «crearla» ¡tiene que ensayar con ella, que probar a ver cómo resulta, y se muestra sorprendido de haber acertado a la primera tentativa!

Mas no basta, claro está, con que la lectura «usual» desemboque en un absurdo, para que otra lectura que lleve a un significado lógico y coherente se justifique por ello mismo: si el texto es absurdo, quien yerra es quien quiere hacerle decir cosas sensatas.

Para mayor seguridad, tomemos el *Libro de Job*, capítulo XXXVIII. En este capítulo, Adonay, el «Señor» de los Celestes, le habla a Job y le pregunta (versículos 4 a 7) dónde estaba cuando él, Adonay, «*fundó la Tierra... entre las aclamaciones de los astros matutinos y los aplausos de todos los hijos de los Elohim.*»

Podemos ver en estas palabras una confirmación de cuanto llevo dicho hasta aquí: Adonay es el «patrón» de los Celestes; él es quien ha «fundado» la Tierra; los demás astros existían ANTES de la fundación de la Tierra; *los hijos* de los Elohim aplauden el feliz éxito de la obra.

Cabe incluso interpretar ese «canto a coro» de las estrellas, de los astros matutinos, como mensajes de congratulación que llegarían de los otros sistemas planetarios habitados, con los que nuestros Celestes sostendrían, sin duda, relaciones regulares...

Una precisión: el *Libro de Job* es, según los teólogos judíos, bastantes siglos anterior a Moisés y aun al mismo Abraham. Para la tradición hebraica, el *Libro de Job* constituye el Testamento «venido del cielo», por tantos títulos como la Ley de Moisés.

18

SEGUNDO DIA

> Los Celestes dijeron: «Haya un espacio en medio de las aguas, que separe unas de otras... Y fue así... Segundo día.
>
> (GÉNESIS, I, 6-8)

La obra del segundo «día» aparece evidente y nítida cuando sólo se le pide al texto que diga lo que dice: tras haber disipado las opacas nubes cargadas de polvo (obra del primer «día») y haber traído así sobre la Tierra nuevamente una luz del cielo hasta allí de ordinario encapotado, a los Celestes les queda aún mucho por hacer, pues en nuestro planeta los océanos están medio secos, hallándose sus aguas en parte heladas sobre los montes cubiertos de glaciares y en parte colgando en forma de vapor en los espesos nubarrones. Los Celestes deciden entonces poner un «espacio» entre las aguas que hay «arriba» y las que hay «abajo».

¿Qué «espacio»?

¿El que conocemos, situado entre el agua «de arriba» que forma las nubes y el «de abajo» que forma fuentes, ríos, mares y lagos? Es lo que dice literalmente el texto y lo que impone la lógica, puesto que concuerda también con la idea que de la situación postglaciar se harían unos geólogos sin prejuicios.

Pero la obra del segundo «día» solamente aparece obvia y clara a condición de que no queramos hacerle decir al texto más cosas de las que dice... y resulta que las exégesis usuales no parece sino que estuvieran obligadas a forzarlo y solicitarlo para sacar de él una historia, por lo menos ridícula, de un Dios a la medida de almas ingenuas y crédulas, de un Dios tradicionalmente representado como un anciano venerable, de luenga barba blanca, o como el tonitronante Zeus, que habría creado el mundo a partir de la nada.

¿Qué puede haber más ridículo, en efecto, que un Dios al que le bastara con decir «¡Hágase la luz!» para crear la luz, y que —en el universo

así iluminado— se encontrase con un magma de barro entre los brazos, debatiéndose confuso sin saber cómo separar las «aguas de arriba» de las «aguas de abajo»?

Semejante absurdo no se les ha pasado por alto a ciertos traductores católicos, que lo disimulan traduciendo por «firmamento» la palabra hebrea que significa, más bien, «espacio» o «extensión».

¡Ah, evidentemente, si lo creado en el segundo día fue el firmamento... esto lo cambia todo! El firmamento es... Pero ¿qué es, de hecho, el «firmamento»? Pues hete aquí que el «firmamento» es un término que no significa nada preciso, que ha sido forjado por el latín eclesiástico con la única finalidad de traducir la palabra hebrea «espacio» de un modo que produjese la suficiente confusión para cubrir todas las necesidades de la exégesis a propósito de la obra del segundo «día».

Cuando uno se atiene al texto, vetándose el solicitarlo, se comprueba que, para el texto mismo, la obra del segundo «día» aparece lógica y coherente en la medida en que sigue a una lectura sin tergiversaciones de la obra del primer «día»: primera fase del Plan, hacer que volviese a haber luz; segunda fase, restablecer el equilibrio entre las aguas del suelo y las de las nubes.

Y la obra de estos dos primeros días resulta lógica y coherente en la medida en que los recién llegados se encuentran con que su planeta, el de su destino, está pasando por las consecuencias del gran cataclismo tal como lo conciben hoy los geólogos. ¿Dos milenios para que las nubes se precipiten en forma de lluvias? Largo parece, a primera vista.

La menor de las realizaciones del segundo «día» sería, en efecto, el punto flaco de la lectura del texto bíblico tal como yo propongo que se interprete, si no tuviésemos el capítulo II del *Génesis,* que constituye una muestra del procedimiento literario de la «vuelta atrás» con respecto al incidente que el lector ha de restablecer en su orden cronológico.

En el capítulo II, se nos reconduce a los comienzos mismos de todo el relato, a la tierra informe y vacía, entre el primer «día», en que los Celestes han hecho que vuelva la luz del sol, y la tarde del «día» segundo, en que preparan el retorno de la vegetación... Se nos retrotrae a los inicios de la gran aventura, en que los bípedos llegados del cielo han visto «surgir del suelo» terráqueo al bípedo indígena. He aquí el texto bíblico del capítulo II del *Génesis* (4-7):

> «No había aún ningún arbusto en el campo, ni germinaba la tierra hierbas, porque el Señor de los Celestes no había hecho todavía llover sobre la tierra, ni existía aún hombre que la labrase.

...Entonces, el Señor de los Celestes formó al hombre, polvo procedente del suelo, y le insufló en el rostro aliento de vida, y el hombre fue así ser viviente.»

Todo el relato se hace lógico y coherente... a condición de que se olviden las falsas ideas heredadas del siglo XIX y caigamos en la cuenta de que no sólo los jóvenes, sino también muchas personas ya maduras de nuestra época leerán algún día en los periódicos el relato de los primeros esfuerzos del hombre por lograr que en Venus brille nuevamente la luz del Sol, antes de precipitar en forma de lluvia el agua de las nubes que envuelven a ese planeta.

El relato se hace lógico: tan pronto como la luz ha vuelto a iluminar la Tierra, los celestes se toman algún tiempo para instalarse en Marte; utilizando la Luna como plataforma-escala, hacen el inventario de la Tierra. Ellos son treinta; a lo sumo, cuarenta. Han de proceder con extremada cautela en sus exploraciones: siendo tan pocos, y hallándose a varios siglos de viaje de sus bases de partida, no es cuestión de cometer imprudencias y arriesgar vidas en vano. A pesar de su superioridad técnica, cuarenta científicos están condenados a una lentitud de realizaciones y logros muy difícil de concebir para nosotros: cuando los hombres trabajen en devolver la luz del Sol al planeta Venus, serán decenas de millares los que se ocupen en tal tarea.

¿Era Fobos la «cosmonave para los viajeros» y Deimos la «cosmonave-vagón-de-equipajes»? Hace solamente unos años, la posibilidad concreta de una cosmonáutica estaba aún tan del todo por demostrar que eminentes físicos se encogían de hombros cuando se les hablaba de ello; en 1969, aquellos mismos sabios no rechazan ya la idea de que los dos satélites de Marte pudieran ser sendas cosmonaves «aparcadas» en órbita.

Pero, fuera cual fuese el material de que disponían, los Celestes no pasaban de treinta. Era posible, aun antes de haber establecido el régimen de las lluvias, el descubrimiento de un bípedo surgido del suelo terráqueo, el hallazgo de algún indígena al que «insuflar un alma»: tal era EL descubrimiento por excelencia. A partir de ahí, todo se haría posible, empezando por la tarea, ingente para treinta o cuarenta cosmonautas, de reorganizar la Tierra entera. Y, sobre todo, los Celestes podrían contar ya con todo el tiempo por delante: ¡no les importarían mil años más o menos!

No se tache de gratuito fantaseo éste del pequeño grupo de los Celestes trazando planes para milenios: también la Iglesia fue expresamente fundada para que durase milenios, y lo mismo, antes que ella, la Sinagoga. ¡Diecinueve siglos de repetir, a lo largo de mil novecientos años, «el año

próximo, en Jerusalén...!» No porque nos hayamos habituado a calcular por semanas, días y horas, vamos a clasificar entre las fantasías y quimeras los proyectos de alcance milenario.

Los Celestes tenían ya, en adelante, todo el tiempo por suyo; ante todo, porque tenían la confirmación de una teoría comparable a la del físico que establece entre los sistemas planetarios una semejanza próxima a la de los cristales de una sal: todas las estrellas de la misma categoría que nuestro Sol poseerían un sistema planetario en el que uno o dos (si no tres) planetas serían habitables para seres hechos, como tú, lector, y como yo, de carbono, nitrógeno, hidrógeno y oxígeno.

Desde el momento en que una civilización, sobre uno de esos planetas, llega a ser tan avanzada que los investigadores se aburren, éstos pueden marchar lejos y convertirse en los progenitores de una línea de «dioses» en algún sistema planetario solidificado más tardíamente, en un planeta donde la vida haya aparecido más tarde... Calcúlase en un centenar de millones el número de las estrellas que pueden servir de centro a sistemas planetarios parecidos al nuestro.

Esta teoría y su confirmación es algo, ciertamente, de ensueño, algo fantástico. Pero de una fantasía conducida, por los rieles del texto bíblico, hacia la hipótesis de una semejanza entre los sistemas planetarios, hipótesis que sostienen muchos científicos serios. Y está claro que, si se da esta semejanza, no hay por qué matarse en trabajar: a cada generación le basta con sus fatigas. Cuando unos cosmonautas llegan a un planeta como «dioses», saben que tienen milenios por delante para ir haciendo a sus modos y maneras, para ir modelando, al bípedo indígena: para amaestrar primero a algunos ejemplares, para irlos después educando, e incluso —¿por qué no?— mejorando mediante una evolución dirigida. Hasta cabe pensar en mutaciones provocadas a nivel de los cromosomas: ¿no habla el texto bíblico de «insuflar un aliento de vida», esto es, un «alma»?

El segundo «día», en estas condiciones, debió de dedicarse a construir, en una región privilegiada de la Tierra, un Edén cercado de muros y beneficiado con un microclima excepcional: «Plantó luego el Señor de los Elohim un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre a quien formara», dice el *Génesis* (II, 8).

Lo que ocurría en Edén se nos refiere con claridad: el hombre estaba allí encargado de cultivar y *guardar* el jardín (II, 15), lo cual nos confirma que el relato bíblico, leído sin prejuicios, concuerda más con los datos de la etnología que con las creencias sobrenaturales: los hombres puestos en Edén eran una selección de ejemplares bien nutridos y envidiados por los demás hombres. Mientras el vergel edénico asegura la manutención a los

Celestes y a los hombres que les ven como a «dioses», el resto del planeta va volviendo poco a poco a la normalidad.

¿Dos milenios? Si reflexionamos, esto es lo de menos. Para los cosmonautas advenidos a la Tierra, nuestro planeta no es una finca por explotar, sino más bien un inmenso laboratorio en el que verificar unas teorías. Basta con transponer a la escala del planeta la paciencia del investigador que prepara durante dos años una experiencia en la que se agitarán durante menos de una hora unas cuantas partículas infinitesimales dentro del ciclotrón, y que luego dedicará varios meses a interpretar sus resultados... Los milenios pasan, sin que quede tiempo para pararse a pensarlo.

¿Que la imaginación me arrebata y me hace desvariar? Pues descendamos de estos vuelos y atengámonos a otros datos que, con no menos coherencia, nos brinda el texto bíblico al nivel de lo vulgar y corriente. Así, el mismo capítulo II del *Génesis*, con el versículo 19, nos mete en el jardín de Edén, donde ocurre que:

> «Entonces el Señor de los Elohim trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para ver cómo los llamaría y para que fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera.»

¿No os parece que la conducta de los Elohim no tiene nada que ver con lo sobrenatural, que el texto bíblico nos los muestra bien concretos, dedicados tras los muros de su Edén primero a hacer revivir las especies terrestres, y siguiendo después el procedimiento usual de los colonizadores cuando tratan de aprender la lengua de los indígenas?

Si fuese el «puro azar» el que dio esta coherencia al texto, habríamos de arrodillarnos en seguida de leerlo y dirigir oraciones a este Puro Azar, que indudablemente sería un gran dios.

¿Y si no fuese ningún «puro azar»?

Si no fue el puro azar lo que dio tal coherencia al texto bíblico, hay que admitir que éste relata unos trabajos de investigación, efectuados en un laboratorio, sobre el material genético indígena, por unos biólogos empeñados en reconstituir las especies de antes del cataclismo. Trabajos de biólogos que disponían de todo su tiempo y vivían para la biología, en el Paraíso de las Ciencias que va a tomar cuerpo ante nuestros ojos.

19

TERCER DIA

> Los Celestes dijeron: Júntense en un solo lugar las aguas de debajo de los cielos, y aparezca la Seca... Haga brotar la tierra vegetales, hierbas con sus semillas y árboles frutales que produzcan frutos según sus especies.
>
> (GÉNESIS, I, 9-13)

Tras la «vuelta atrás» del capítulo II del *Génesis*, que nos ha ilustrado acerca de la entrada en escena del hombre, desde el final del «día» primero (y no en el sexto «día», como sostiene, en contra la evidencia del texto, la interpretación usual), retornemos al capítulo I, para ir siguiendo los acontecimientos.

Siempre tan extraño cuando se pretende convertirlo en un relato sobrenatural, el texto bíblico aparece, por el contrario, logicísimo y racionalísimo si no se pide que diga más de lo que dice. En su Edén cercado de muros infranqueables, la treintena de Celestes tienen ya a su servicio el número que estiman necesario de indígenas: los *adanes.* Gracias a su microclima, el vergel edénico produce cuanto la Tierra puede producir de más suculento, mejorado además por los biólogos.

Éstos no son conquistadores. Tampoco pueden pasmar a nadie ostentanto lujos. Si damos crédito a la descripción que el mito nos ofrece de los Celestes, o si pensamos en la imagen que del científico nos traza nuestra civilización, llegaremos al mismo retrato-robot de un grupo social para el que el espíritu prima sobre la materia, que desconfía del falaz atractivo de las riquezas y que ha encontrado su paraíso, el paraíso que todos los científicos hacen profesión de buscar: viven su vida, en círculo cerrado, manejando abstracciones y obligando a las realidades a someterse ante la teoría, sublime dedicación para la que les asisten y sirven unos cuantos indígenas que ven en ellos a unos dioses.

¿Pues no hay un millón de bípedos que han resurgido del suelo al volver la luz? ¿Entonces...? Mas ¡no se trata de esto! ¡También las ratas y otras alimañas han sobrevivido al cataclismo! Todo lo que pasa fuera del Edén forma, sí, parte de la experiencia, pero más bien solamente como «grupo de contraste»: ¡Lo que importa de veras, lo apasionante, es lo que sucede en el gran laboratorio del Edén!

Allí los «dioses» se lo pasan en grande, disfrutan como locos: practican a sus anchas la biología aplicada, en un vasto planeta en el que son los dioses, donde no tienen que solicitar ni justificar créditos ante ministros o parlamentarios a quienes la investigación pura no interesa nada; viviseccionan cuanto les parece, sin que ningún hipócrita o sentimental tenga que decirles lo que se puede hacer y lo que no; viven en un maravilloso valle de una cuenca mediterránea, gozando de un microclima que mantienen constante los meteorólogos de Lilith, el pequeño satélite artificial que sirve de observatorio y laboratorio puesto en órbita alrededor de la Tierra. Están instalados exactamente como soñaban estar: el Edén les proporciona todo cuanto les hace falta y la mano de obra a su disposición es abundante. Son los dioses.

El entomólogo ha cultivado algunas muestras de una interesante especie de insectos, que vivían hasta entonces anárquicamente, y les ha dotado de unos reflejos condicionados que tienen ya todo el aspecto de la fijeza hereditaria (va por la trecentésima generación). Estos insectos, cuyo nombre terrestre, según el adán de servicio, era «hormiga», han sido dejados en la naturaleza, fuera del Edén. A ver qué resultará: ¿vencerán las hormigas condicionadas a sus congéneres que viven en estado natural, o serán devoradas por éstas? Un experimento parecido se está efectuando con las abejas.

Hormigas y abejas son las especies prototipos: a la vez más cómodas de estudiar que los mamíferos, puesto que sus generaciones se suceden más de prisa, y más difíciles, debido a su pequeñez. Es un equilibrio biológico tan bello como una teoría perfecta el que los dioses deseaban instaurar, con un hombre también condicionado y mutado para dominar sobre todo el conjunto de esta auténtica creación. Pero al hombre costará largo tiempo ponerle a punto... La experimentación seria sobre el hombre apenas podrá comenzarse con anterioridad al «día» sexto, que será cuando se disponga ya de unos moldes bien fijados, difíciles de conseguir en menos de dos milenios.

Botánicos o zoólogos, los biólogos se sienten felices: nada les impide elegir cuando se trata de iniciar nuevas experimentaciones sobre materias vírgenes. En Teos, donde la civilización era ya multimilenaria cuando los

cosmonautas la abandonaron, sólo había especies condicionadas; en cambio, en la Tierra, durante el Paleolítico superior, nada más que con agacharse se encontraban ejemplares de especies cuya evolución había sido enteramente natural. Para los «teositas» (= cosmonautas oriundos de Teos), la Tierra representaba «la naturaleza virgen», aquella materia prima cuya sola noción es suficiente para que se les haga la boca agua a nuestros biólogos cuando se les habla de ponerles en la Luna o en Marte... donde, con todo, nadie espera construir un Edén mediterráneo, ni librarse de la fastidiosa tutela de la Administración.

Durante este tiempo, sin que su incipiente humanidad hubiese de forzar ni falsear nada en su existencia, la Tierra fue recuperando la normalidad de antes del cataclismo. El texto bíblico nos hace saber que al final del «día» segundo la densidad de las nubes había vuelto a ser normal, y nos permite deducir que el agua caída del cielo había transformado el suelo (como es natural) convirtiéndolo en pantanos y cenagales, puesto que la obra del tercer «día» consistió en drenar grandes extensiones de terreno y formar los ríos, lagos y mares. Aunque solamente hemos mencionado a los biólogos, tampoco los geólogos se aburrían, ya que su tarea era inmensa.

Vosotros, lectores, y yo nos hallamos en una situación difícil para la comprensión de todo aquello, porque no podemos meternos dentro de nuestros remotos antepasados, a cuyos ojos un cosmonauta venido de Teos era indiscernible de un dios y los más inocentes entretenimientos de un laboratorio de física y química pasaban por estupendos milagros. Pero lo que hace aún más difícil nuestra situación en orden al comprender es que también somos incapaces de meternos dentro de aquellos «dioses» y de pensar como ellos. Estamos sentados entre dos asientos, el terrestre y el celeste; con mayor inclinación todavía hacia el primero.

Llegamos —¡y eso cuando llegamos!— a razonar como unos cosmonautas que se disponen a partir; no llegamos sino a duras penas a razonar como cosmonautas ya llegados a un planeta extraño. El problema de la orientación de los estudios, por ejemplo...

No podemos evitar el discurrir en función de nuestra sociedad humana, de los tres mil millones de congéneres nuestros encerrados como sardinas en lata en una Tierra en que —al menos en principio— todos los hombres son iguales. La finalidad de los estudios superiores es, aun cuando no se reconozca, conferir al que los termina una superioridad sobre sus «iguales», que pasarán a ser así menos «superiores» que él.

Los «teositas» no eran más de treinta o cuarenta. Como eran dioses, no tenían ningún problema de «igualdad»: eran, por constitución, «supe-

riores». El fin de sus estudios no era adquirir ningún tipo de superioridad sobre sus compañeros de estudio, sino igualarse en ciencia a sus mayores. En Teos, de donde habían venido tripulando cosmonaves, la misma cosmonáutica probaba que la ciencia había alcanzado una cima; los descendientes de aquellos dioses primigenios no necesitaban hacer nuevos descubrimientos, sino que su cometido consistía en no dejar que se perdiera nada del saber ancestral.

Puede que yo me esté dejando arrastrar por la fuerza de un razonamiento antropomórfico, pero no consigo imaginarme a los venidos del cielo, a los Celestes que llegaron a la Tierra hace más de veinte milenios, ni tampoco a los hombres que en el futuro partirán de la Tierra para ser los dioses de otro planeta, no logro imaginármelos, digo, más que viviendo organizados en falansterios: el hijo de un geólogo, si siente afición a la botánica, habrá de ser adoptado como hijo por un botánico, cuando un imponderable que escape aun a su misma ciencia incite a un hijo a querer ser otra cosa que el continuador de su padre.

Sin duda, me estoy dando demasiado a ensoñaciones y futuribles. Volvamos, pues, a lo concreto. Abramos otra vez el libro de Emile Guyénot *L'origine des espèces.* Tenemos en él un buen resumen de los más actuales conocimientos teóricos en biología y varios ejemplos de realizaciones prácticas a partir de cuanto se sabe ya con certeza sobre los cromosomas. Es una obra un poco técnica, pero si no os arredra hacer un pequeño esfuerzo de vocabulario, leed «*Que sais-je*» de Guyénot, cuya lectura me ha animado mucho a atribuir a «mis» Celestes ciertas mutaciones que se observan hoy día, mutaciones que *pudieran* ser fortuitas, es decir, naturales... pero que parecen infinitamente más explicables si se supone la intervención de un experimentador un tanto perverso.

20

DIA CUARTO

Dijeron después los Elohim: «Haya en el espacio de los cielos lumbreras para separar el día de la noche y servir de señales a estaciones, días y años».

(GÉNESIS, I, 14)

En un texto supuestamente incoherente, no hay dificultad en admitir que el Sol, la Luna y las estrellas no fueron creados hasta el cuarto «día»; poco importa de dónde viniera la luz del primer «día», ni cómo los árboles frutales y toda la flora del «día» segundo produjesen frutos y semillas sin ninguna fotosíntesis... A un texto supuestamente incoherente, la exégesis habrá de adaptarse sea como sea, dado que la exégesis es, para los teólogos, lo que el catecismo para los niños de coro: el arte de encontrar una fórmula elegante para encubrir y disimular las situaciones embarazosas.

Un buen exégeta es un señor capaz de coger una disertación de Einstein sobre la relatividad y deducir de ella una «demostración» de que el mundo ha sido creado por Einstein en seis conferencias o artículos.

El cristianismo cuenta con exégetas eminentes, tanto que consiguieron ocultarle al mismo Voltaire la incongruencia (no advertida por tan agudo crítico) de un Sol que habría sido creado tres «días» después que la luz. Sin embargo, no cabe duda: las lumbreras del «día» cuarto fueron puestas para «separar el día de la noche»... ¡separación que constituye la obra del primer «día»!

¿Hay incoherencias, pues, en el texto bíblico? Confío en haberos hecho ya duda de que las haya, por lo cual espero que os estéis preguntando si no se tratará, más bien, de una coherencia tan rigurosa que las sucesivas generaciones de exégetas habrían tenido que enmascararlas por ciertos motivos. Motivos o razones por lo demás laudables; poneos, si no, en el lugar de un teólogo de la Edad Media, que lea el texto bíblico como yo propon-

go que lo leamos. Su papel es asegurar la transmisión de la tradición hasta «que se cumplan los tiempos» en que ese texto podrá ser comprendido; aun en el caso de que el teólogo medieval esté convencido de que los Elohim eran unos cosmonautas, no puede decirlo, so pena de querer hacer que las enseñanzas de la Iglesia equivalgan a una especie de ciencia-ficción. Nuestro teólogo se verá obligado, por la ignorancia de sus contemporáneos, a disfrazar de cuento de hadas un relato que él sabe que es sólidamente histórico. ¿Qué podrá hacer nuestro buen teólogo para liberar su conciencia y demostrar a la vez a las generaciones futuras que él no era un estúpido? Pues su único recurso será participar en el debate de los teólogos bizantinos que sostuvieron que los Celestes eran ángeles, pero unos ángeles hechos como nosotros y como cualquier cosmonauta de carne y hueso, *unos ángeles que tenían sexo.*

¿Es coherente el texto bíblico? Yo creo que sí. Ahora que, después de lo que acabo de deciros sobre los exégetas, no me atrevo a mantener nada. Juzgadlo vosotros mismos.

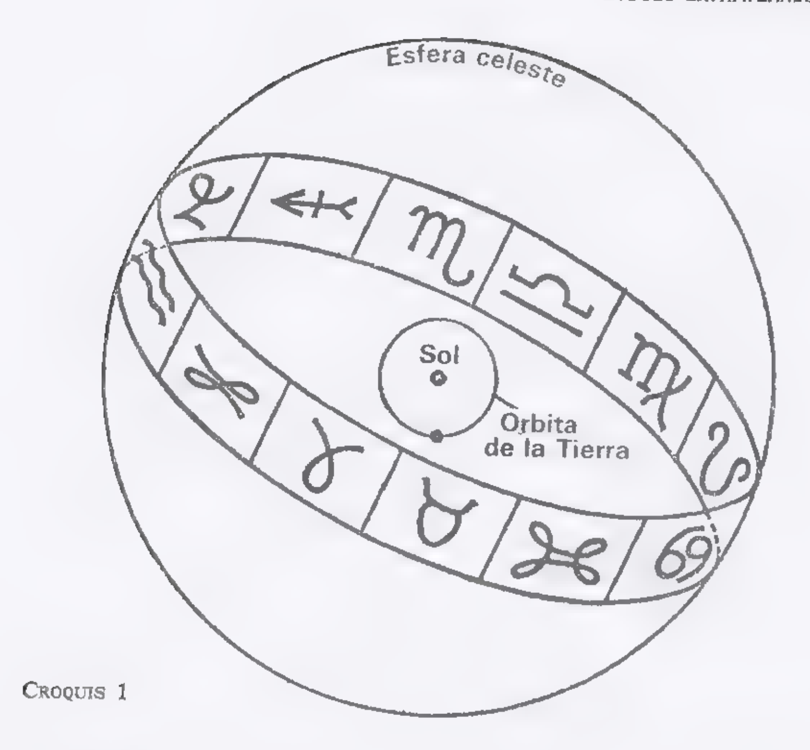
Habla el texto bíblico de «lumbreras en el cielo», destinadas a «servir de *señales a las estaciones*».

La gente sencilla, el pueblo corriente y moliente nota la llegada de la primavera al ver brotar verdes hojas y flores en las plantas, y reconocen las demás estaciones por otras señales parecidas. Las gentes que buscan los «signos de las estaciones» en las «luminarias del cielo» yo diría que son los astrónomos, cuya ciencia me infunde respeto. En cuanto a distinguir si los días tienen o no veinticuatro horas partiendo de la contemplación del cielo estrellado... ¿sabrías tú hacerlo, amigo lector?

Juzgue cada cual, decía yo hace un momento, y lo repito; pero, de paso, también tengo derecho a defender mi tesis.

Esas «lumbreras» o «luminarias» puestas en el cielo el «día» cuarto, tres «días» después de haberse constatado que ya había «una tarde y una mañana»... me inclinan a sospechar que el texto bíblico está describiendo la fijación o el trazado de unos mapas del cielo. Sí, unas cartas celestes para uso de astrónomos, puesto que el cielo, visto desde nuestro sistema solar, es muy diferente de como se le pueda ver desde otro sistema planetario. Cuando se cambia de sistema planetario, desde el momento en que se decide instalarse en el nuevo, lo primero que hay que hacer es volver a orientarse.

Aquellos Celestes astrónomos, ¿eran también astrólogos? Hay muchos indicios para pensarlo: los sacerdotes que en las primeras civilizaciones se decían herederos de los Celestes practicaban la astrología. Y de hecho... los «días» que los Celestes habían decidido «señalar» por medio de



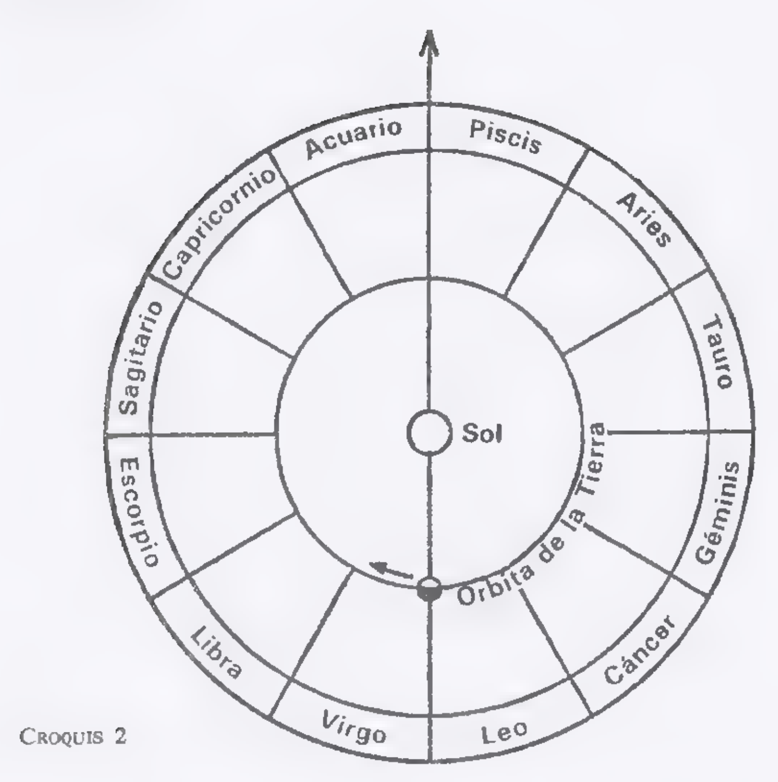
CROQUIS 1

las «lumbreras del cielo» ¿no serían de aquellos «días-períodos» que yo he llamado «fases o etapas del Plan de Seis Días» y en los que Voltaire reconoció «los seis *tiempos* que Zoroastro llama los seis *Gahambârs*, tan célebres entre los persas»?

Como no se quiera buscar la complicación por la complicación, parece que lo más lógico es atenerse al texto, entendiendo que los «días» a determinar por medio de la observación del Sol y de las estrellas eran los *gahambârs* zoroástricos, aquellas fases de 2160 años que la precesión de los equinoccios determina en el Zodíaco.

El croquis de la pág. 126 muestra los *efectos prácticos* de la precisión de los equinoccios; de aquí a la pág. 126 voy a esbozar el mecanismo del fenómeno en cuestión.

La precesión de los equinoccios es un fenómeno que se observa en una banda de cielo que rodea la «esfera celeste», según se indica en el cro-



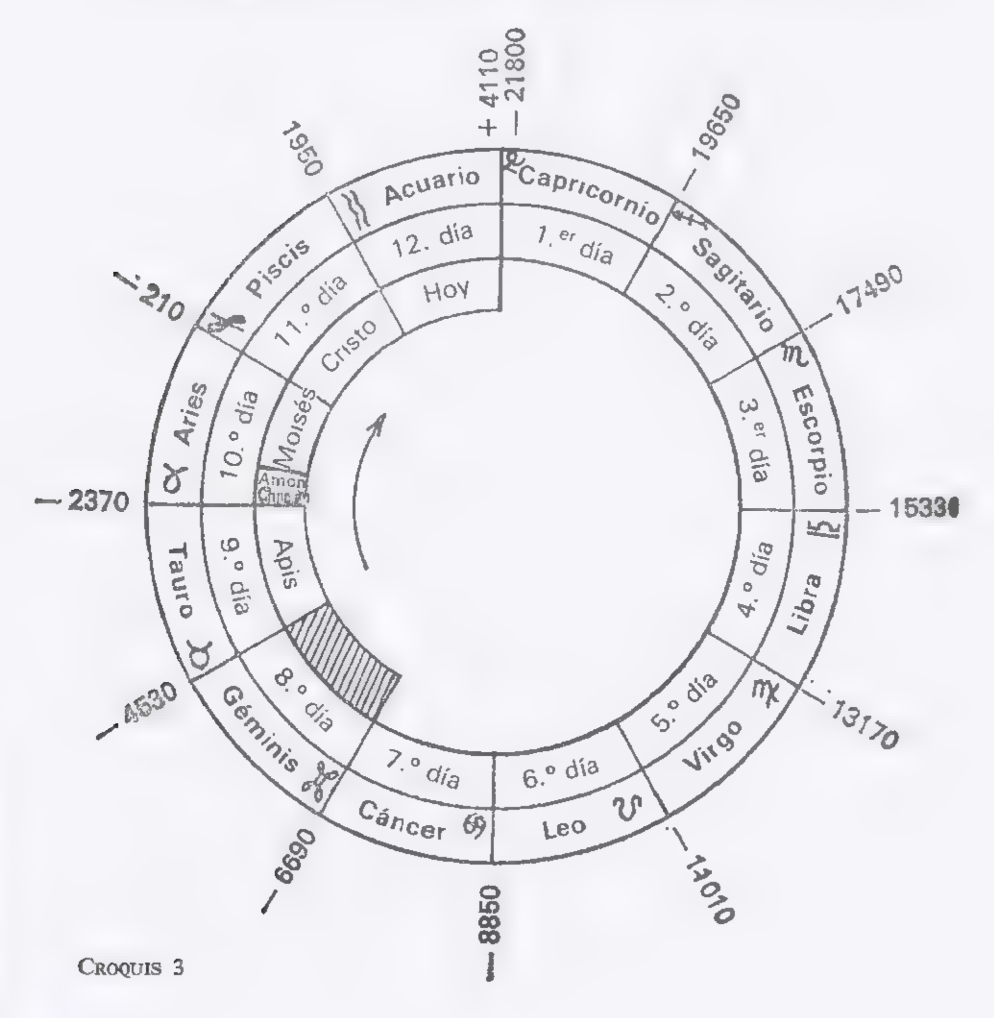
CROQUIS 2

quis n.° 1. El Zodíaco está dividido en 12 «signos» cuyos nombres no han cambiado desde los albores de los tiempos históricos, en que los sacerdotes-astrónomos los tenían ya por varias veces milenarios y revelados por los dioses (p. 126).

La única diferencia que hay entre la parte del cielo incluida en la banda zodiacal y el resto del mismo es la de que todos los movimientos aparentes del Sol, de la Luna y de los planetas se sitúan precisamente dentro de esa banda.

Si «aplanamos» el croquis n.° 1, obtenemos el croquis n.° 2, en el que se representa cómo al recorrer la Tierra su órbita en derredor del Sol «ve» a este astro elevarse, sucesivamente, en los distintos signos del Zodíaco, siguiendo este orden: Acuario, Piscis, Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio.

Es un círculo que no tiene comienzo ni fin. Para señalar cuándo empiezan los años hay que elegir, por consiguiente, un punto de referencia. Los astrónomos han elegido el equinoccio de primavera como punto de partida o iniciación de cada nuevo año. El punto del cielo por donde «nace» el Sol, en el equinoccio de primavera, se llama el *punto vernal* (del latín *ver* = primavera).



CROQUIS 3

Pero aquí surge una complicación: entre dos apariciones del Sol en el «punto vernal» transcurren 365 días, 5 horas, 48 minutos y 49,6 segundos... mientras que la Tierra tarda en recorrer su órbita en torno al Sol 365 días, 6 horas, 9 minutos y 9,6 segundos. Por lo tanto, el equinoccio *precede*, se adelanta al recorrido de la órbita terrestre: cada año, el Sol aparece en el punto vernal 20 minutos con 20 segundos antes que la Tierra haya completado su órbita. Y esta *precesión* de los equinoccios es lo que constituye el fenómeno que nos ocupa.

Menos de veinte minutos y medio cada año, no es gran cosa. Cuando Hiparco* anunció, 128 años antes de Cristo, que acababa de descubrir el fenómeno de la precesión equinoccial, supuso ello una extraordinaria revelación para los astrónomos de aquel entonces, que no se habían percatado, como tampoco sus predecesores, de semejante realidad.

¿De qué «se da uno cuenta» cuando se conoce la existencia de este fenómeno?

Su efecto inmediato es hacer «desplazarse» el punto vernal sobre la banda del Zodíaco; en la época del nacimiento de Cristo, el punto vernal se hallaba en los Piscis, de donde ha salido hacia 1950 para entrar en Acuario, donde permanecerá hasta 4110 aproximadamente.

Si nos fijamos en el croquis n.º 2, se comprenderá por qué mecanismo la precesión va desgranando al revés los signos del Zodíaco.

Y esto nos lleva al croquis n.º 3, donde vemos los datos de entrada y salida del punto vernal para cada uno de los signos: si no estamos seguros de haber entendido el proceso, este croquis n.º 3 nos permitirá leer sus efectos y seguir sin dificultades hasta el final del capítulo.

Cuando Hiparco anunció en —128, su descubrimiento, ningún astrónomo le discutió su paternidad, como lo confirma la tesis oficial de todos los astrónomos y de los historiadores de la ciencia; exclúyese por principio el que con anterioridad a Hiparco hubiesen podido disponer los hombres del material astronómico indispensable o hubiesen tenido los conocimientos básicos imprescindibles y el espíritu científico necesario para establecer la existencia del fenómeno. Para determinar la existencia de la precesión de los equinoccios hace falta haber alcanzado un nivel mínimo de teorización astronómica, inimaginable entre los predecesores de Hiparco.

La tesis «oficial», que nadie discute, es sólida como una roca: NO CABE NI PENSAR que los hombres de hace seis o siete mil años pudieran descubrir el fenómeno de la precesión de los equinoccios. Para que los hombres de tan remoto pretérito hubiesen tenido noticia del fenómeno, se lo habrían debido enseñar cualificados astrónomos. Ahora bien:

1. según veremos, parece ser que la Antigüedad conoció el fenómeno de la precesión de los equinoccios;
2. los sacerdotes-astrónomos de las antiguas civilizaciones atribuían a los Celestes el conjunto de sus conocimientos.

Procedamos punto por punto.

Entre —4530 y —2370, el Sol del equinoccio salía por la constelación de Tauro (croquis n.º 3); eran los tiempos en que los faraones adoraban al buey Apis.

Hacia —2370, al entrar el Sol equinoccial en Aries, aparece en Egipto el culto a un dios-aries llamado *Chnoum,* que se va haciendo cada vez más importante. El punto vernal está ya muy metido por la constelación de Aries cuando en —2200 el príncipe de Tebas usurpa la realeza y se hace faraón de todo Egipto, al que impone su dios, Amón-Aries*.

Pero la situación no estaba clara en el Egipto de la «era de Aries». Quedaban fieles adoradores de Apis, y mientras Chnoum y Amón se hacían demagógica competencia, las supersticiones lo invadían todo.

Entonces es cuando aparece Moisés, que orienta al pueblo hebreo hacia un culto estricto en el que predomina el símbolo de Aries... e implanta el uso de un lenguaje simbólico, que a partir de Moisés se ha convertido en el idioma de todos los que siguen la tradición. Rizando el rizo de la simbólica más refinada, se añade a Aries una cría, un retoño (hijo de Apis) al que adorar.

Cuando el punto vernal entra en Piscis, adviene el cristianismo, que toma a estos animales por símbolos, y retomando la filigrana simbólica de Moisés, le adjunta el simbólico Cordero, «hijo» del Aries hebraico.

¿Atribuiremos a sólo el azar toda esta continuidad de la simbólica zodiacal en la línea faraónico-judeo-cristiana, con sus cultos vinculados a Tauro, a Aries, a Piscis, a medida que la precisión de los equinoccios iba haciendo pasar el punto vernal por las respectivas constelaciones?

¿Será posible que, excluido el puro azar, el símbolo de los referidos cultos, con una continuidad que se remonta a seis milenios, se haya inspirado en el Zodíaco por razones meramente estéticas?

¿Es, en fin, razonable atribuir a pura casualidad el que la única línea que se ha mantenido fiel al simbolismo zodiacal sea también la única que ha alcanzado una civilización cosmonáutica, a imagen de los Celestes presuntos enseñadores de tal simbolismo?

Semejante cosa no puede sostenerse con seriedad: las coincidencias y concordancias se imponen con sistemática evidencia.

En cambio, si el nexo o vínculo (y en latín se diría *religio*) entre los

sucesivos cultos y el Zodíaco no fuese un efecto del azar, ello equivaldría a admitir que, cuatro mil años antes del cristianismo, y cuatro mil años antes de Hiparco, los sacerdotes del faraón conocían la precesión de los equinoccios.

Mas ya hemos dicho que en este punto concuerdan todos los astrónomos y todos los historiadores de las ciencias: ni el modo de pensar ni los materiales de los astrónomos anteriores a Hiparco pudieron permitirles constatar y formular el fenómeno de la precesión de los equinoccios.

¿Tendremos que ver, pues, en este encadenamiento de datos, una prueba de la realidad concreta y efectiva de unos cosmonautas que les habrían legado a los humanos aquellos saberes astronómicos?

Parece ésta la más racional de cuantas explicaciones conozco del hecho de que primero los faraones, después Moisés y luego la Iglesia cristiana se atuviesen al simbolismo zodiacal:

> *La reconocida imposibilidad, para los predecesores de Hiparco,* de constatar la precesión de los equinoccios, junto con la certeza de que tales predecesores conocieron de hecho el fenómeno, constituye la más sólida de las presunciones en favor de mi hipótesis de la efectiva realidad de los Celestes.*

Para la línea faraónico-judeo-cristiana, el conocimiento de la precesión equinoccial es toda una prueba de que la tradición de que esta línea de cultura se gloría es efectivamente sobrehumana y proviene, en realidad, «del cielo».

El conocimiento de la precesión equinoccial sirve, inclusive, como piedra de toque: las líneas de cultura cuyo simbolismo ignora el fenómeno muestran, por esta misma ignorancia, su inferioridad originaria, así como que sus creencias religiosas son otras tantas idolatrías.

Las hipótesis explicativas del pasado se han de justificar con datos y pruebas; pero esas justificaciones *a posteriori* sólo resultan convincentes en la medida en que quepa extrapolar algunos de sus elementos de verificación con respecto al presente o al futuro inmediato.

Hasta donde nos es dado remontarnos en las edades pretéritas de la humanidad, y en cualquier caso en tiempos mucho más antiguos que los de Hiparco, allá entre los astrólogos de Babilonia, por ejemplo, se encuentran ya profecías para un lejano futuro que asocian la idea de un «nuevo Paraíso terrestre» con el simbolismo del Acuario. Y como el punto vernal ha entrado en esta constelación del Zodíaco hacia 1950, es a partir de

este año cuando ha empezado a hacerse posible una interpretación racional del mito paradisíaco.

¿Indicaría el signo de Acuario que los astr*ólogos* babilónicos asociaban con el «reencuentro del Paraíso» de esta época nuestra, que unos astr*ónomos* lo habrían calculado en función de la precesión de los equinoccios? Sostenerlo así equivale a afirmar que, decenas de siglos antes que Hiparco, los astrónomos-astrólogos conocían ya la precesión y eran, por ende, los auténticos herederos de unos reales y genuinos Celestes.

Y si no, sin conocer el fenómeno de la precesión, ¿habrían podido acertar, por pura casualidad, los astrólogos de Babilonia, en sus predicciones que a partir de nuestro 1950 los hombres se igualarían a unos Celestes (a los que el mito describe como cosmonautas)?

Si se rechaza la hipótesis de la realidad de los Celestes, hay que aceptar sin remedio esta otra explicación... ¡Por lo menos, la hipótesis de la realidad de los Celestes es, en cualquier caso, más racional!

Aquellos astrónomos venidos de Teos cuando el Sol del equinoccio salía por la constelación de Libra, ¿trazarían la carta del cielo visto desde la Tierra? Si suponemos que el texto bíblico es coherente, eso es lo que dice.

Los astrónomos herederos de los Celestes, ¿hallarían en su herencia la indicación de que los hombres llegarían a madurar para convertirse en dioses cuando hubiesen transcurrido milenios y el punto vernal entrara en Acuario? ¿Qué otra explicación daremos, si no, a la profecía que, desde hace milenios, asocia la constelación del Acuario con el «retorno a las fuentes del paraíso terrenal»?

El más antiguo Zodíaco conocido, el de Denderah (cfr. fotografía) se remonta al milenio —X, y en él se ven ya los mismos signos zodiacales que hoy utilizamos.

Para que este capítulo, que comenzó con una incursión por las ciencias, no termine en un interrogante, tratemos de inventariar la situación. Disponemos de algunos datos ciertos para fundamentar nuestra hipótesis:

1. los sacerdotes del faraón, los del judaísmo y los del cristianismo hasta nuestros días se dicen herederos de una tradición venida «del cielo»;

2. la constancia con que hasta hoy ha mantenido en vigencia el simbolismo zodiacal Tauro-Aries-Piscis es una prueba de que está operante esa misma tradición;

3. la transmisión material de unos conocimientos venidos «del cielo» atribúyensela los sacerdotes egipcios a unos «dioses», los judíos a los «Elohim», y la tradición cristiana a unos «Angeles» de quienes los teólogos

bizantinos decían que tenían sexos idénticos a los de los hombres y mujeres actuales;

4. la concreta y efectiva realidad de aquellos dioses-Elohim-ángeles constituye la más racional explicación del conocimiento de la precesión de los equinoccios atestiguado por el simbolismo zodiacal de esta línea de cultura.

De todas las relaciones del mito, una sola, la del texto bíblico, nos ha sido transmitida por una línea continua de sacerdotes y teólogos, para quienes, desde Moisés, cambiar una tilde del escrito sagrado representa la abominación de las abominaciones. Contamos, pues, con un relato, el bíblico, que ofrece muchas garantías de reflejar, sin alteraciones sustanciales, la esencia del mito originario.

Ahora bien, en este texto de la Biblia encontramos una serie de detalles que, si en el siglo XIX, cuando cualquier idea de astronáutica pasaba por ser fantasía de locos, se interpretaron como aberraciones y absurdos, hoy día nos parecen perfectamente verosímiles y muy compatibles con nuestra ciencia.

Lo cual no quiere decir que el relato bíblico, tal y como yo propongo que se interprete, tenga fundamentos históricos hasta en sus últimos detalles novelados. Pero sí que equivale a asegurar que, actualmente, en nuestros años 1970 no puede ya rechazarse sin más una hipótesis cuyo único inconveniente es que choca con las ideas que hemos recibido como legado del siglo XIX y se opone por completo a ellas.

21

DIA QUINTO

> Dijeron los Celestes: «Pululen en las aguas los animales y vuelen las aves por encima de la tierra».
>
> (GÉNESIS, I, 20)

La fauna de los mares y la de los aires ¿han sido «creadas» el quinto «día»? Dicho de otro modo: ¿No hubo peces ni pájaros en nuestro planeta desde la glaciación Würm-III hasta el final del «día» cuarto?

¡Esto es insostenible! Hoy día la ciencia ha establecido ya la filiación de todas las especies que actualmente existen, con una certeza suficiente como para excluir toda posibilidad de una interrupción de la vida entre la glaciación de —21 500 y los años —13 000, en que el Sol del equinoccio entraba en el «día» quinto, por el signo de Virgo (cfr. croquis n.º 3).

Pero el texto bíblico, en el que cada palabra ha sido contada, pesada y medida, *no habla precisamente* de «creación». La decisión atribuida a los Celestes no es la de «crear» en el «día» quinto, sino la de hacer que *pululen,* es decir, que sobreabunden y se agiten por doquier los habitantes de las aguas y de los aires.

¿Habremos de entender que, una vez reencontrado, bajo la glaciación, el material genético de la fauna terrestre, y una vez recreadas las especies durante los «días» anteriores en sus laboratorios del Edén, los Celestes repueblan el planeta, igual que nosotros repoblamos nuestros cotos de caza y nuestros ríos y lagos con ejemplares obtenidos en centros de recría?

Así parece, si nos atenemos a lo que dice el texto bíblico y la lógica; y es también lo más concorde con los datos experimentales.

En la medida misma en que nosotros nos vamos acercando más a unos Celestes que a unos indígenas, empezamos a poder comprender el texto bíblico de manera coherente, puesto que cada vez nos resulta más fácil transponer sus términos a los de la ciencia actual. Hagamos esta transposición.

Es probabilísimo que la vida haya aparecido en Venus al mismo tiempo que en la Tierra, y es cosa averiguada que en la atmósfera actual de Venus ha desaparecido toda vida comparable a la terrestre. Cuando el hombre haya logrado disipar los opacos nubarrones que envuelven a Venus y haya hecho que brille de nuevo sobre ese planeta la luz del Sol, varias generaciones de biólogos lo pasarán en grande y disfrutarán como locos rebuscando, identificando y clasificando las especies que la evolución habrá hecho aparecer sobre Venus. Irán comparando una por una las especies venusinas con sus homólogas de la evolución terráquea, y así podrán confrontar las leyes particulares de cada uno de los diez planetas con una ley general propuesta por la biología teórica.

En la medida que encuentren material genético que haya sobrevivido a la larga hibernación, «crearán» ellos diversas muestras de las especies que sólo así, en ese material genético, hayan perdurado. Experimentarán en mil formas sobre el equilibrio biológico. Se pelearán entre sí y discutirán como sólo las verduleras y los científicos saben hacerlo, echándoles en cara cada clan a los otros que oscurecen las teorías con sus absurdas hipótesis y que sabotean el trabajo común con experiencias ridículas. Solamente al cabo de bastantes milenios será posible que lleguen a entenderse como para dar paso, de común acuerdo, al «pulular» de las especies. Porque les habrán hecho falta a esos sabios varios milenios para «crear», o, más exactamente, «recrear» un equilibrio biológico comparable al equilibrio inicial, por medio de una creación de especies en apariencia dañinas...

Ni que decir tiene que este bello sueño de los biólogos no cuenta con la menor probabilidad de poderse realizar nunca en Venus.

Dentro de algunos años, Venus estará a menos semanas de viaje que lo que estaba el continente americano para los puritanos del siglo XVII. Los hombres que se consideren viejos porque se jubilen entonces, aquellos que se estimen demasiado viejos como para que la vida pueda reservarles aún emociones inéditas, esos retirados verán a sus nietos partir para Venus con menos peligros que los que afrontaban los marineros de las carabelas de Colón.

Desde luego que el bello sueño de los biólogos no tiene ni un asomo de probabilidad de que pueda realizarse nunca en Venus: los que vayan allá desde la Tierra recibirán créditos por un año, o en rigor para realizar un programa planeado para diez años, pero deberán rendir cuentas de sus trabajos, explicar la utilidad de sus investigaciones a unos políticos, sufrir recortes en los presupuestos y créditos, como los que ha sufrido y seguirá sufriendo todavía la NASA.

Venus está demasiado cerca. Venus y todos los planetas de nuestro sis-

tema solar serán saqueados y destrozados desde el momento mismo en que astronautas financiados por gobiernos democráticos pongan en ellos el pie.

Los científicos que han consagrado su vida entera a la conquista del sistema solar acabarán por llenarse de angustias, como Einstein, como Oppenheimer* y todo el corto equipo de soñadores que creyeron enriquecer a la humanidad dándole la energía atómica... y le dieron mortíferas bombas.

La espiritual y desinteresada búsqueda de los Einstein y los Oppenheimer sólo podrá satisfacerse lejos, muy lejos de la Tierra, muy lejos de nuestro sistema solar, lo bastante lejos como para que sea imposible cualquier contacto entre ellos y la humanidad que siga viviendo en nuestro planeta.

Hay que dejar a los demiurgos la absurda fantasía de transformar a los hombres y convertirlos en dioses. Los hombres no son divinidades, son seres cargados de instintos, apetencias, necesidades, pasiones y goces humanos. Y, de tiempo en tiempo, nace entre los hombres algún monstruo, uno de esos entes monstruosos que la jerga moderna denomina *mutantes* y que la jerga de antaño denominaba *santos*, seres que el sentido común nos indica que son eso, *monstruos*, individuos inadaptables. El inadaptable de inteligencia mediocre termina en el manicomio o en la prisión. El inadaptable de inteligencia superior puede esperar los lauros de una Academia de Ciencias. Dentro de no muchos años, una primera esperanza va a lucir para los inadaptables de talento sobresaliente: podrán marcharse de la Tierra, planeta dominado por una especie demasiado evolucionada para tolerar que unos mutantes, unos monstruos, impongan su minoritaria ley a la mayoría que sólo piensa en los bienes de consumo.

Dentro de pocos años, si se encuentra en la Luna el «arco de alianza» de mi hipótesis, o pasadas unas cuantas generaciones si mi hipótesis no se verifica, y, en cualquier supuesto, dentro de no mucho tiempo, en un futuro ya concebible, los monstruos mutantes tendrán la posibilidad de embarcarse en cosmonaves, treinta o cuarenta en cada una, y partir, sin pensar en volver a la Tierra, hacia los sistemas planetarios en que crean contar con serias probabilidades de ser recibidos como dioses por unos indígenas que hayan llegado al estadio metafísico pero cuyas técnicas no pasen aún de las del tallado del sílex.

Dentro de algunos años, pues (o al cabo de unas cuantas generaciones), habrá unos monstruos-mutantes, unos dioses-en-crisálida nacidos de nosotros, que querrán marcharse de la Tierra. Los humanos que no sean ni monstruos ni mutantes, para desembarazarse de éstos sin mayores compli-

caciones, les facilitarán las cosas: les pagarán sus cosmonaves y les despedirán como a héroes, deseándoles buen viaje.

¿De dónde procederían los Celestes de mi hipótesis? De cualquier sistema solar llegado a un grado de evolución superior al que ya empieza a hacérsenos pesado a nosotros. Los Einstein y los Oppenheimer del mañana serán, necesariamente, voluntarios para una expedición que no piense en regresar, desde el momento en que una cosmonáutica interestelar sea materialmente realizable para el hombre. Este no es, por descontado, el límite concebible de la perfección evolutiva. Pero desde que la evolución ha hecho aparecer en un planeta el equivalente del hombre, éste llega a un nivel de conocimientos comparable al nuestro, y se acabó: ¿o es que vosotros, o yo, o cualquiera de nuestros conocidos podríamos tolerar la aparición de unos mutantes que nos dominaran como nosotros dominamos a las demás especies?

¡Claro está que no! Y no menos claro es que nuestra civilización posee ya, al nivel técnico de hoy, cuantos medios necesita para eliminar a cualquier genio excesivo, o para mandarlo a otra parte, muy lejos, tan pronto como tenga a punto las técnicas cosmonáuticas.

Esto no son ensoñaciones mías. Semejante desplazamiento de los mutantes de un mundo que haya llegado a formular la tradición en términos de ciencia racional, hacia un mundo en el que aparecerán como dioses e irán formando a su manera a los indígenas, los cuales, a su vez, así que lleguen a formular la tradición racional y científicamente, enviarán a sus mutantes a otro mundo en el que aparezcan como dioses para... esta cadena en la que cada sistema planetario habitado pasa a ser un eslabón en cuanto llega a «cumplir su tiempo propio», es lo que describe la tradición para cuantos la lean sin ideas preconcebidas, sin prejuicios.

22

DIA SEXTO

> Los Celestes dijeron: «Que broten de la tierra seres animados según su especie: ganados, reptiles, bestias salvajes».
>
> (GÉNESIS, I, 24)

El sexto «día» está netamente dividido en tres partes: en la primera, los Celestes hacen «brotar del suelo» todas las especies indígenas que le faltaban al conjunto. La presencia, entre las especies que los Celestes deseaban ver vivir sobre la Tierra, de los reptiles y las bestias salvajes nos vuelve a plantear el dilema con que tropezamos a cada paso: o la Biblia es un revoltijo de leyendas reunidas por un narrador que tuvo milagrosas inspiraciones, o es un relato histórico que nos informa de la estancia de unos cosmonautas que conocían perfectamente los principios del equilibrio biológico.

Salta a la vista: el sueño utópico de un mundo en el que no habría ni fieras, ni serpientes, ni pulgas, ni mosquitos, sólo se halla en las partes más recientes de la Biblia, de época próxima ya al cristianismo, cuando la tradición se contamina de los pedantes resabios del humanismo griego que se creía omnisciente.

Ni en los Cinco Libros de Moisés, ni en el *Libro de Job*, que es sin duda más antiguo aún, hay rastro alguno de esas tonterías: en el «día» sexto del *Génesis*, los Celestes hacen «brotar de la tierra» los animales dañinos junto con los beneficiosos, y Noé no se olvidará de meter en el Arca, para que no se extingan, a las serpientes ni a las peores alimañas.

El equilibrio biológico: como mejor se ilustra su rudo vigor en la naturaleza es con el ejemplo de los sapos, cuya población total permanece estadísticamente constante. Para ello es preciso que, de los millares de huevos que cada pareja de sapos fecunda anualmente, sólo sobrevivan y lleguen a desarrollarse por término medio dos renacuajos o costrollos.

¡Tan sólo dos supervivientes entre varios millares posibles! Y los sapos no difieren mucho, en esto, de las demás especies cuya población permanece constante; su mortalidad «infantil» nos llama más la atención y nos asombra debido a su enorme fecundidad.

Al iniciarse su evolución, la especie humana, cuyas crías tardan tanto en llegar a ser individuos adultos que puedan valerse por sí mismos, estaba especialmente amenazada. Las bestias salvajes les devorarían, sin duda alguna, a nuestras tatara-tatarabuelas muchos vástagos que no hubiesen sucumbido a las enfermedades de los primeros años de vida.

> Los Celestes dijeron: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que tengan autoridad sobre los peces, las aves, los ganados, sobre todas las bestias salvajes y todos los reptiles.
>
> (Génesis, I, 26)

Entramos así en la segunda parte del sexto «día»: una vez asegurado el equilibrio biológico de las demás especies, pasan a ocuparse los Celestes del acondicionamiento de su futuro concesionario. Y es también en el capítulo II del *Génesis,* en el capítulo de «vuelta atrás», donde hallamos varias indicaciones sobre este acondicionamiento. En el capítulo I habíamos leído que el hombre inicialmente aparecido era «macho y hembra»; en el texto hebreo, al «hombre» en singular le sigue un verbo en plural. Los Elohim dicen: «Hagamos al *hombre* a nuestra imagen... que *tengan* autoridad sobre...» Tratándose del hombre, el artificio gramatical es el mismo que tratándose de los dioses, pero inverso: en el texto hebreo LOS dioses HACE tal cosa; EL hombre HACEN esto o lo otro...

En el capítulo II, volviendo sobre este «hombre macho y hembra que hacen tal o cual cosa», el texto bíblico nos cuenta la historia de Eva sacada de una costilla de Adán.

El siglo XIX vio una ingenua leyenda en esta historia; para nosotros no es tan evidente el primitivismo del relato.

El hombre de —30 000, el hombre que había llegado a una concepción metafísica de la existencia, el hombre que hacia —20 000 decoraba grutas y cavernas y que nos dejó esculturas y dibujos que representan falos y vulvas, este hombre tenía ya, ciertamente, conciencia de su paternidad.

La función del macho en la fecundación, a poco que reflexionemos en ello, no es del todo evidente. Los zoólogos que hablan de especies en las que el macho ayuda a la hembra a criar a sus pequeños ¿no se dejan engañar por las simplificaciones de su vocabulario? Hablan del «padre» que nutre a «sus» pequeños porque desconocen las motivaciones animales.

Ciertos machos se juntan a una hembra y se ocupan además de las crías; a otros les gusta jugar con ellas; otros... Cuando se cuente con una hipótesis satisfactoria para explicar cómo se establecen los contactos, por ejemplo, entre un tiburón y un pececillo piloto, o entre un elefante o un rinoceronte y los pájaros que se nutren desparasitándolos, se podrá abordar el enigma, hoy por hoy total, de las motivaciones animales.

Lo único que se sabe ya con certeza es que ningún animal posee la agilidad mental necesaria para establecer una relación de causa a efecto entre el placer que ha experimentado con una hembra y los pequeños que, *bastante tiempo después,* saldrán de esa hembra.

Ningún animal, excepto acaso el delfín. Pero se ha incurrido en tantos antropomorfismos a propósito de los delfines, los experimentadores en su entusiasmo han tomado hasta tal punto por realidades sus propios deseos, que la más elemental prudencia exige que, al generalizar sobre «los animales» y su carencia de entendimiento abstracto, se eche por delante lo de «salvo acaso el delfín», añadiendo inmediatamente «aunque a ciencia cierta nadie sabe nada de ellos en este particular». Excluyamos, pues, al delfín. Excluyamos también a los insectos, con los cuales he sugerido insidiosamente que podrían haber experimentado «mis» Celestes. Quedémonos en considerar a los mamíferos terrestres.

Ni las capacidades intelectuales determinadas por las más diversas experiencias, ni el comportamiento observado permiten pensar que el perro, el mono, el gato o el ratón sepan que los pequeños que un buen día aparecen ante él son la lejana consecuencia de un momento agradable. En cuanto a la hembra, ¿advierte algún nexo entre la causa y los efectos? Esto sería más fácil admitirlo, aunque sin elementos de prueba.

Y lo extraordinario es que, entre −15 000 y −10 000, parece ser que muchas comunidades humanas, si no todas, se hallaban igual en este aspecto. El libro de Robert Graves *The Greek Myths,* aunque lleva la tesis de tal ignorancia hasta sus límites más extremos, resulta muy convincente: un matriarcado parece haber sido la regla, un matriarcado que ignoraba la función del macho en la fecundación, un matriarcado que tendría su origen en el culto a la Diosa-Madre, a la que se veneraba para agradecerle la reproducción de la especie por intermedio de sus sacerdotisas las mujeres.

En aquellas sociedades, los hombres no parece que tuvieran otras preocupaciones «de hombre» que las que les reconoce la sana canción folklórica que les presenta con su miembro «hecho para mear cuando haga falta y para joder cuando se ofrezca la ocasión». Los asuntos serios, la organización y dirección de la tribu corrían a cargo de las mujeres.

Un matriarcado así concebido ES conforme a la naturaleza humana. «¿Que el niño ha nacido porque yo me acosté con la que lo pariría? Por favor... ¡Eso queda totalmente por demostrar!» Indudablemente, el macho humano no está hecho para ser padre; la paternidad es un reflejo adquirido.

Pero no es menos cierto que el determinar el papel del padre denota un sentido de la observación muy evolucionado, y que el hombre de hacia —22 000 conocía el papel de la paternidad y tenía, por tanto, ese sentido muy evolucionado de la observación. ¿Habría, pues, una regresión flagrante entre —22 000 y —10 000?

La cuestión es embarazosa: el período entre —22 000 y —10 000 es, a la vez, demasiado y no suficientemente conocido. Demasiado conocido para que se pueda responder «no se sabe», y conocido de un modo excesivamente fragmentario para permitirse afirmar en un sentido o en el opuesto.

Seguramente que, hacia —22 000, ALGUNAS comunidades habrían alcanzado ya el estado de la metafísica. Lo cual no excluye que por la misma época existiesen comunidades que, en punto a obstetricia, se diferenciaran muy poco de los gorilas. Hacia —10 000 habría también, seguramente, ALGUNAS comunidades que ignoraban la función paternal... lo que no quita que, por los mismos tiempos, hubiese otras comunidades metafísicas. Ahora bien, las comunidades «sabedoras» ¿guardaban el secreto?

La cuestión es intrincada, porque al responder a ella es difícil no tomar por la realidad los propios deseos. La respuesta que yo propongo no me compromete, pues, sino a mí. Es ésta:

El cataclismo no se desencadenó de una sola vez en —21 500. Los ancianos llevaban ya muchos lustros repitiendo que, en comparación con «sus tiempos», el sol calentaba cada día menos; no se les había hecho mucho caso —todos los viejos son parecidos y siempre se quejan y añoran como mejor el pasado—, pero, al fin, hubo que rendirse a la evidencia: el glaciar que se detenía ante el bosque cuando yo era niño, ahora, que aún no soy viejo, se mete ya muy adentro del bosque. Se lo he hecho notar a mi hijo, que me ha tratado de viejo renegón y chocho, pero ha puesto una señal en el límite del glaciar. Pues bien, al cabo de un año, el hielo había rebasado bastante la señal. Nosotros pertenecemos a una comunidad metafísica: nosotros razonamos.

Yo he tenido la suerte de llegar a ser abuelo, y mis nietos están bien educados: no le dicen a mi hijo que reniega o que chochea, y hasta me prestan atención cuando les describo las plantas que, en mi ya lejana infancia, vi crecer donde ahora sólo hay una gruesa capa de hielo.

El avance de los glaciares y el enfriamiento de las estaciones, todo

esto nos plantea graves problemas: nuestra caza emigra hacia el sur. Si la seguimos, marchamos hacia lo desconocido, hacia regiones donde quién sabe si encontraremos sílex; y, si no la seguimos, ¿qué será de nosotros? La situación plantea también problemas metafísicos: nuestras mujeres dicen que tales cambios de clima no se producen sin alguna razón y que nuestra sociedad patriarcal ha hecho seguramente algo que ha enfadado a las Fuerzas Superiores. Los machos —dicen nuestras mujeres— hemos debido de ofender al dios Viento o al dios Frío.

¡Puede que nuestras mujeres estén en lo cierto!

Pero yo no puedo por menos de sospechar que ellas tienen mala fe y están tratando de recuperar con astucia, de arteros modos, el poder que en otros tiempos habían detentado. Antaño, cuando los hombres no sabíamos que ellas, las mujeres, necesitan de nosotros para engendrar hijos, las tratábamos como al Sexo Sagrado. Nuestra primera generación de sacerdotes-metafísicos afirmó que la preñez era un favor que otorgaba la gran Diosa-Madre. Nuestra segunda generación de sacerdotes-metafísicos eligió a una mujer para que presidiese el consistorio sacerdotal. Luego esta presidencia se hizo privilegio exclusivamente de las mujeres. Con lo cual, todo el poder pasó en adelante a manos de ellas.

Los hombres vivían felices en aquel régimen matriarcal, conforme a los instintos de la especie. Mas, por desgracia, teníamos una inteligencia en plena evolución, un espíritu de observación. Y acabamos por caer en la cuenta de que eran siempre las mujeres que, por una u otra razón, habían estado privadas de macho las que no tenían prole. Mientras las mujeres gobernaban, nosotros discutíamos, entre hombres.

Y fue entonces cuando la Gran Sacerdotisa, para castigarles por su pereza, hizo azotar cruelmente a todos los hombres de la tribu. Y los hombres así vejados la insultaron y la desafiaron a que concibiese hijos permaneciendo virgen. La Gran Sacerdotisa, que era más devota que inteligente, aceptó el reto y no tuvo ningún hijo.

Todo el sistema social basado en la inutilidad de los machos se vino abajo. Los machos perdieron la costumbre de adornarse y ponerse guapos para agradar a las mujeres, y éstas adquirieron la de emocionarse y ponerse coloradas cuando un rudo macho se dignaba fijarse en ellas. Se acostumbraron, incluso, a tratar de seducir por todos los medios a los varones. Así se instauró el patriarcado.

Este patriarcado, enorme progreso intelectual de la especie, instaurado entre —30 000 y —22 000, fue el que las mujeres se habían empeñado en impugnar a medida que progresaba la glaciación Würm-III.

Cuando el frío llegó a ser tan grande que hubo que refugiarse en las

cavernas y aprender a alimentarse de líquenes, empezó a bambolear la primacía de los machos: les era imposible negar su responsabilidad, puesto que eran ellos los sacerdotes que tenían el poder y los que habían enojado a los dioses.

Al desencadenarse el cataclismo, cuando los resquebrajados fondos de los océanos vomitaron lava y rocas fundidas e hicieron hervir las aguas, cuando toda la tierra tembló y densos nubarrones de vapor incandescente y de oscuro polvo se elevaron al cielo y envolvieron el planeta en eterna noche, los machos humanos tuvieron perdida la partida y hubieron de bajar la cabeza y someterse: los sacerdotes se suicidaron y volvió a reunirse un concilio de sacerdotisas. El matriarcado reconquistó el poder.

En las cavernas, donde las comunidades humanas vivieron durante varias decenas de años, la educación de los niños se confiaría, evidentemente, al clero... o sea, a las mujeres, que lo constituían a la sazón. Pasadas cuatro o cinco generaciones, el matriarcado no fue ya discutido por nadie: reinaba el orden natural, las hembras guardaban las llaves de la despensa en cada gruta. Cuando ellas lo deseaban, convocaban a unos cuantos machos y escogían entre ellos el que más las gustaba. Cuando parían, se enviaba a los machos fuera para que, rompiendo el hielo, trajesen de aquel frigorífico natural algo que comer. Los machos no tenían derecho a asistir al sagrado alumbramiento del nuevo ser viviente. En la vida de las cavernas eran sólo los domésticos y los proporcionadores de placer.

Mas he aquí que afuera de las cuevas ocurre algo también. Sale un hombre a explorar... ¡Oh maravilla! ¡El tiempo ha aclarado, brilla otra vez el sol!

Este renovarse de la luz, de la claridad, es evidentemente una manifestación de la bondad divina. En consecuencia, una sacerdotisa acompaña a los machos cuando salen éstos a explorar y a comprobar el fenómeno. Y en el curso de una de tales expediciones, un grupo de bípedos indígenas es descubierto por un grupo de bípedos celestes, que los captura, procura tranquilizarlos, les regalan objetos brillantes y les dan a comer suculentas conservas y golosinas. En vista de lo cual, no tardan en tener alrededor toda una tribu de rendidos admiradores.

Ya pueden los Celestes sentirse contentos y satisfechos: no han errado el camino. El planeta que sus mayores eligieran no sólo es habitable para ellos, sino que incluso ha evolucionado en él la vida hasta el grado de esos bípedos capaces de considerarles dioses y que, en su primitivez, nunca pondrán en duda tan notoria divinidad.

Todo se les prometía venturoso a los Celestes en su perspectiva: el bípedo indígena era mamífero, metafísico, ignorante pero no estúpido, per-

fectible, pues se mostraba sumiso y admirativo. El primer humano, el «adán», era «macho y hembra» según el texto bíblico; ignoraba la función del padre en la fecundación, según creen algunos etnólogos... Resumiendo, EL primer hombre no SABIAN nada.

Este paso de la animalidad al estado de hombre, seguido de un retorno a la ignorancia animal, debió de producirse a lo largo de bastantes decenas de milenios... si es que en efecto se dio. Yo pienso que las cosas ocurrieron así, pero he presentado mi tesis de forma que no pueda tomarse por algo distinto: como una tesis que ninguna observación cierta contradice y que ninguna observación cierta confirma. Es decir. como una «novela» verosímil, plausible.

> Entonces el Señor de los Celestes hizo caer sobre el adán un profundo sopor... cogió una de sus costillas... y organizó aquella costilla en forma de mujer... Y el adán dijo: «Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne».
>
> (GÉNESIS, II, 21-23)

El suelo terrestre es, en hebreo, el *adamah;* el bípedo surgido del *adamah* y destinado a dominar sobre todo cuanto vive encima del *adamah* es un *adam* o «adán». El *adán* (en hebreo no hay mayúsculas) es «macho-y-hembra» inicialmente. Tras la intervención del señor, el *adán,* que hasta entonces ignoraba la función del padre en la fecundación, se entera de una realidad desconcertante: «Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne». Y añade inmediatamente que «a ésta se la llamará *icha,* porque ha sido tomada de *ich*», siendo *ich* a *adam* lo que «macho» es a «hombre». Las Biblias latinas, que traducen *adam* por «homo» e *ich* por «vir», han forjado, para traducir *icha,* el neologismo «virago», que en castellano vendría a ser «varona», femenino de «varón». Desde la época de Voltaire, cualquiera que sea un poco culto sabe esto.

¿Hará falta, aquí también, buscar el sentido más obvio y más racional del texto, despojándolo de las florituras y los retorcimientos añadidos por los exégetas? ¿Habrá que leer que el Señor de los Celestes llenó de asombro al hombre revelándole, y demostrándole a continuación, que la mujer no es una encarnación de la Gran Diosa-Madre, sino que ha salido de la propia carne y de los huesos del hombre? ¿Es el «hueso» de la costilla una alusión evidente? ¿Deberá seguirse a los lingüistas que han establecido la existencia, en sumerio, de un juego de palabras en el que el término «costilla» significaba también «dar vida»?

Cuando se acepta que el texto bíblico tiene el sentido más simple, el

más directo y más racional, lo que nos relata se nos hace coherente y claro: «Esta no es ya ninguna sacerdotisa, pues ella ha salido de mis huesos de hombre, y se la llamará *hembra* por proceder de un hombre».

Ahora que sé el papel que desempeña el macho, el varón, en la fecundación, «dejará el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer, y vendrán a ser los dos una sola carne». Es la primera vez que aparece la noción de la íntima unión o fusión de la pareja en el hijo nacido de ambos progenitores.

En tiempos de Voltaire nadie podía sugerir una interpretación tan sencilla, porque en aquel entonces se admitía que el hombre había sido creado tal cual, sólo que seis mil años antes.

En tiempos de Voltaire, Buffon* había tenido graves tropiezos con la Iglesia únicamente por sugerir que la Tierra era más antigua que lo que se decía y que su edad quizá fuese hasta de 74 000 años.

Pero si las cosas acaecieron tal y como yo expongo en este capítulo, todo lo que se dice en el relato del *Génesis* resulta diáfano y coherente: estamos en el «día» sexto, entre —11 000 y —9000, y los Celestes acaban de lograr, por fin, la realización del Gran Designio. En un planeta cuya flora y cuya fauna han sido vueltas a poner por ellos en un equilibrio biológico adecuado, viven como dioses en su Edén, que es, en el sentido más simple del término, el Paraíso terrenal.

Efectuado lo más difícil de su bien planeada tarea, sólo les quedan, por así decirlo, las virguerías, las filigranas: poco a poco, el resto del planeta lo irán transformando también en un paraíso. Y este paraíso se lo darán, como concesión, a los indígenas, que acaban de hacer un enorme progreso, el de cobrar conciencia de su función de padres.

El zodíaco de Dendérah nos muestra el cielo tal como aparecía en el «día» sexto.

23

NUESTROS TITULOS SOBRE LA HERENCIA

Recorramos este Paraíso Terrenal cuya edificación hemos venido observando a lo largo de los veintidós capítulos precedentes. Inspeccionémoslo:

¿Estará —para decirlo como Próspero en *La Tempestad* de Shakespeare— «hecho de la materia que se tejen los sueños»? ¿Lo compararemos con las abstracciones de las que la Física teórica pretende sacar las realidades concretas del mañana? ¿Entra siquiera en los dominios de lo concebible por la imaginación humana?

De las tres cosas tiene. Yo sería el primero en quedar sorprendido si una parte de la construcción que propongo no se «disolviese en el aire impalpable» en que se esfuma el minarete de Próspero. Por lo que respecta a la física teórica, me remito a los físicos, cuyas investigaciones he citado al evocar sus abstracciones. El recorrido que os invito a hacer es por los terrenos de lo ya concebible para el hombre.

Empecemos por nuestros títulos o derechos a la herencia.

Hace dos mil años, la civilización se detenía ante las fronteras del Occidente europeo... fuera de ellas, por descontado. Hace dos mil años, el actual Occidente era el *habitat* de la barbarie.

Sigamos los contornos del actual Occidente sobre un mapa. Vemos, en primer lugar, la larga frontera ruso-china (7800 km); después, la ruso-afgana; después, la ruso-irania; después, la ruso-turca; después el mar Negro y los estrechos que abren paso hacia el Mediterráneo. La única frontera de Occidente franqueable a pie enjuto es la serie de confines con Rusia. Sigámoslos de este a oeste.

Hace cuatro mil años, el emperador de una China cuya altísima civilización se afirmaba ya varias veces milenaria y heredera de una tradición legada por unos Celestes, aquel emperador fue víctima de un acceso de

loca barbarie: hizo quemar todos los libros antiguos después de haber mandado a sus cultos mandarines extractar de sus páginas cuanto estimasen provechoso. Aquel emperador era un humanista: consideraba inútil, o más bien nocivo, perjudicial, todo lo que no estuviera al alcance de su entendimiento humano.

Hace dos mil años, Hoang-ti* se apoderó de la herencia, hizo edificar para protegerla la Gran Muralla y fundó una dinastía que seguiría reinando en China hasta 1912. La tradición china no es *comparable* a la tradición hebrea, y cualquier intento de establecer analogías entre las dos corre el peligro de desembocar en groseros errores, por más que sea evidentísimo que una y otra se refieren a los mismos cosmonautas: los emperadores de China, pavoneándose con el título de Hijos del Cielo, pensaron que lo esencial de la herencia consistía en el respeto a la forma y vivieron recluidos en una Ciudad Prohibida, remedo del Edén; los profetas del pueblo hebreo consideraron que lo esencial era el modo y la manera de condicionar a los hombres.

Hace dos mil años, la civilización china superaba, con mucho, a lo que pudiera semejarse a civilización entre los bárbaros occidentales. En 1912, la civilización china seguía anclada aproximadamente en el mismo punto que alcanzó tantos siglos atrás: al abrigo de la Gran Muralla, China se había inmovilizado. Pero durante los dos milenios precedentes, entre —2000, cuando el emperador hizo quemar los libros heredados de los Celestes, y —200, cuando Hoang-ti se apoderó de los restos de aquella herencia, durante esos dos milenios tampoco creó China nada nuevo. Un proverbio chino citado por Confucio* (o tal vez un pensamiento de éste que se hiciera proverbial) asegura que «los hombres se desprecian antes que los demás hombres les desprecien, y los imperios están condenados a hundirse antes de que otros imperios los ataquen». Hace cuatro mil años, cuando un emperador hizo quemar los textos que pasaban por haber sido «escritos por la mano de los Celestes», China se inmovilizó. ¿Fue lo uno consecuencia de lo otro? Probabilísimamente: al árbol se le juzga bien por sus frutos.

Después de la frontera ruso-china están la ruso-afgana y la ruso-irania. También eran éstas, hace dos mil años, la separación entre la barbarie occidental y una elevada civilización que se decía igualmente heredera de una tradición legada por unos Celestes perfectamente identificables con los de los chinos. Ni la tradición india ni la iraní hablan de un destructor modernista comparable a aquel emperador chino que hizo quemar los libros viejos. Aquí no hay penuria de textos, sino más bien, en todo caso, plétora: abundan los poemas épicos y las mitologías en que resulta imposible

discernir con claridad qué es lo que proviene efectivamente de la noche de los tiempos más remotos y qué ha sido añadido por hábiles restauradores. Es como el bazar o el rastro de los mitólogos. Pero también aquí nos encontramos con un total inmovilismo. Hace dos mil años, Oriente era el monopolizador de la civilización heredada. Después, nada ha habido en los países orientales... fuera de guerras y destrozos, degüellos y epidemias en número bastante para que se haya mantenido la estabilidad demográfica como en las especies animales: con una fabulosa mortalidad infantil y una esperanza de vida misérrima.

Breve trecho de frontera ruso-turca sucede a la frontera ruso-irania, y a continuación viene la gran frontera de agua salobre que separa Occidente del Oriente. Esta frontera mediterránea, hace dos mil años, tenía también, de un lado, el occidental, la barbarie, y del otro, el del Oriente, la civilización. E igualmente, aquí, en este Oriente, Medio y Próximo, volvemos a encontrar el inmovilismo y la decrepitud... La Mesopotamia en que nuestros arqueólogos, formados por el Occidente, descubren las civilizaciones más antiguas; la Mesopotamia cuyas civilizaciones afirmaban provenir de los Celestes; esa Mesopotamia es, hoy día, el Irak. Y un poco más cerca de nosotros, Egipto, que fue otrora el país de los faraones, cuyos sacerdotes formaron a Moisés, ha venido a ser el Egipto actual.

Luego, entre Mesopotamia, donde sitúa la patria de sus antepasados, y Egipto del que le sacó Moisés, hay un pequeño pueblo que no sólo afirma, desde hace cuarenta siglos, ser el heredero de la tradición, sino que es sobre todo el único que desde entonces se viene arrogando la misión de mantener y transmitir, *al pie de la letra y maldiciendo a quien altere una sola tilde,* aquella tradición redescubierta por Abraham y codificada por Moisés.

Abraham volvió hacia —2000. Era, pues, contemporáneo del emperador de China que hizo quemar los viejos libros que pasaban por ser la herencia de los Celestes. Abraham nació en Ur, población de Mesopotamia. Abraham llevó a su pueblo a Egipto. Decíase heredero de la Tierra Prometida, cuya amplitud, en el sentido norte-sur, señala aproximadamente los límites de la faja de tierra en que se encuentran todos los lugares en que más floreció la civilización salida de la noche de los tiempos, civilización que asegura ser heredera de una tradición legada por los Celestes. Tradición de la que Abraham tomó para su pueblo la promesa de renovar, cuando «se cumpliesen los tiempos», las acciones de los Celestes tal y como se relatan al comienzo del *Génesis.*

He aquí cómo hemos venido a dar, en nuestro recorrido, con los herederos legítimos.

Y no es que me olvide de los griegos, cuyo país se halla obviamente al norte de la Tierra Prometida de Abraham. Sino que tampoco me olvido de que la civilización griega se consideraba descendiente de Prometeo,* el cual no se benefició de ninguna promesa o revelación de los Celestes, antes les *robó* el «fuego divino» en el Olimpo. Y recuerdo también que Platón, en el *Critias*, cuenta que Solón* reencontró entre los sacerdotes de Egipto la tradición que los griegos habían perdido nueve mil años antes. Así pues, los griegos, según su propia confesión, solamente de segunda mano y ya en la aurora de los tiempos históricos llegaron a conocer la aventura de los dioses que vivían en un Olimpo situado en pleno cielo, en la dirección del planeta Júpiter, y cuya base terrestre estaba en una región indeterminada a la que Platón denomina la Atlántida[1].

Hace dos mil años, Roma decía tener ya siete siglos de existencia. Roma pertenece al Occidente: los romanos eran unos bárbaros, pero habían llegado a ser el pueblo más poderoso de toda la barbarie, hasta el punto de haberse ya engullido, aunque sin digerirlas aún, las civilizaciones nacidas en Oriente.

Hace dos mil años, el conjunto del mundo conocido al oeste de la India (apenas desflorada ésta por las conquistas de Alejandro Magno*) se hallaba en gestación de algo nuevo. Todas las estructuras antiguas se cuarteaban y amagaban ruina. Los dioses, que durante una veintena de siglos habían satisfecho plenamente a sus utilizadores, estaban pasando de moda.

Hace dos mil años, el punto vernal entraba en la constelación de Piscis.

¿Existía alguna relación entre este ingreso del sol equinoccial en Piscis y el quebrantamiento del orden vigente en todo el mundo entonces conocido? No tengo ningún dato que me permita sostenerlo, mas para los judíos no cabía duda ninguna de que así era.

Los cabalistas[2], custodios y comentadores de la tradición entre los judíos, de una Tradición que todos afirman ser muy anterior a Moisés e incluso a Abraham, estos cabalistas «leían en las señales del cielo» que había llegado el momento de «hacer algo».

Cuando alguien anuncia haber visto en el cielo las señales de que ha llegado la hora de hacer algo, yo soy de lo más escéptico y tiendo a sonreírme con volteriana sorna. Empiezo por pedir que se me den pruebas. Pues bien, los cabalistas que hace dos mil años «leyeron» en el cielo que había llegado el momento de hacer algo, aquellos cabalistas sí que podrían

[1] Atlántida es el nombre de una gran isla legendaria del Atlántico, que los antiguos suponían existía al oeste de España y Africa y que fue tragada por el mar.
[2] Cabalistas son las personas que profesan las cábalas o cálculos supersticiosos para adivinar el futuro, lo oculto y lo misterioso.

aducir pruebas: ahí está el Occidente judío-cristiano, sacado de su barbarie por los herederos de Moisés.

Un detalle inquietante: estos mismos cabalistas deducen de la tradición la certeza de que ahora ha llegado otra vez el momento de «hacer algo» de una importancia por lo menos igual que la del barrido del mundo pagano que efectuó el cristianismo. Pero no nos anticipemos.

Hace dos mil años, los cabalistas únicamente estaban de acuerdo entre sí en cuanto a que había llegado la hora. Pero discrepaban acerca de lo que conviniese hacer. Dividíanse en dos sectas: la de los fariseos[1] y la de los esenios[2].

Los fariseos proponían que se «rejuveneciese» la Sinagoga y se preparase a los bárbaros a entrar en el judaísmo mediante un largo catecumenado, con una preparación que habría de durar muchas generaciones, hasta que se formara una nueva Iglesia que ellos querían edificar en colaboración con los persas, a fin de cumplir al pie de la letra las instrucciones contenidas en el *Libro de Isaías.* (No me ocuparé aquí más de esto: basta con leer el *Libro de Isaías* para saber qué Iglesia querían fundar los fariseos para uso de los bárbaros.)

Los esenios profesaban que «no se puede meter el vino nuevo en odres viejos», y al proyecto farisaico de una Sinagoga reservada para una élite de intelectuales y una Iglesia muy simplificada para uso de las masas, oponían ellos un proyecto de una Iglesia Unica, que habría que edificar en colaboración con los griegos y ante la cual serían iguales los más sabios teólogos y los más iletrados e ignorantes campesinos.

No vamos a entrar aquí en la discusión de las dos tesis, discusión que, comenzada hace veinte siglos, todavía no ha perdido nada de su actualidad e interés. He querido recordarla tan sólo para recalcar que, *desde hace cuarenta siglos para los judíos y desde hace veinte para los cristianos, el alfa y omega de las doctrinas judeo-cristianas estaba contenido en la tradición que se afirma heredera de los Elohim venidos del cielo a edificar en la Tierra el paraíso terrenal, el Edén en que los elegidos de entre los hombres aprenderían, a lo largo de generaciones, durante muchos milenios, a hacerse iguales a los Celestes, para que nuestro planeta se convirtiese en un eslabón más de la «cadena» con que es simbolizada la tradición.*

Acabo de escribir una frase más larga que lo que suelo y me gusta es-

[1] Los fariseos eran miembros de una secta judía que aparentaba austeridad y no observaba la ley.

[2] Los esenios eran individuos de un secta judía que practicaba la comunidad de bienes y tenía gran sencillez de costumbres.

cribirlas, pero no me molesta y la dejo así porque es una especie de «microfilm» de la tradición.

Hace dos mil años, unos *Magos* (los sacerdotes de Zoroastro eran «magos», como los sacerdotes católicos son «curas») anunciaron el *Evangelio* («evangelio» significa, en griego, «la buena nueva, la gran noticia»): habían leído en el cielo que una estrella brillaba sobre Judea, y que la humanidad iba a saber LA buena nueva, el comienzo de una nueva etapa en la evolución, destinada a posibilitar a los «elegidos» de entre los hombres el igualarse a los dioses.

Han pasado dos mil años.

Durante estos dos mil años, los hombres dedicados a estudiar la tradición en cuestión venían profetizando que al empezar la etapa siguiente los «tiempos» se cumplirían por fin: el hombre transmutaría los metales, haría llegar su voz allende los océanos, encerraría en cápsulas del tamaño de un dedal una energía capaz de trasladar los montes, haría mil maravillas, construiría máquinas voladoras, alcanzaría la Luna.

Durante estos dos mil años, todas las demás culturas que se glorían de la misma tradición venían profetizando idénticas cosas. Pero ninguna de esas otras descendencias culturales ha sabido preservar la tradición al pie de la letra.

Durante los siglos en que la cultura judía-cristiana tendía hacia nuestra civilización, cuyos aviones atraviesan hoy el Atlántico, las otras culturas soñaban en alfombras volantes. Mientras nuestra cultura buscaba formulaciones químicas y físicas que condujesen a la liberación de la energía nuclear, las otras trataban de dar con el formulismo exacto de las preces que obligasen a los dioses a entregar a los hombres las maravillas de la tradición.

Han pasado dos mil años, y mientras las profecías de la tradición se hacían realidades concretas en el Occidente judío-cristiano, las otras culturas engendraban groseras caricaturas supersticiosas de esta misma tradición.

¿Será posible que todo ello se reduzca a una serie de coincidencias casuales? ¿Será posible que desde hace cuarenta siglos para los judíos y desde hace veinte para los cristianos, nuestra cultura haya hecho realidad las más pasmosas profecías de la tradición por credulidad pura; que haya inventado la aviación porque la tradición aseguraba que los Celestes tenían algo así como aviones, o la transmutación de los metales porque los alquimistas creían en ella?

Desde luego, todo es posible... hasta dar con gentes que prefieran el azar, las coincidencias o cualquier otro albur «explicativo» antes que

aceptar la idea de que la Biblia hay que interpretarla según lo propongo. Y ello tanto si se trata de ateos y alérgicos a lo sagrado de la Biblia como si se trata de devotos y alérgicos a cualquier clase de hipótesis racionalista que quiera ver incluido en su devocionario un relato racionalmente histórico.

Por mi parte, prefiero atenerme a los hechos, a los datos concretos.

Bossuet* enumeró los títulos con que cuenta la raza de Abraham para pedir la herencia de los Celestes, y daba al mismo tiempo una definición de la «raza de Abraham» que el nazismo ha hecho que se olvide demasiado: «Los gentiles abren los ojos y, uniéndose en espíritu a los judíos convertidos, entran por este medio en la raza de Abraham, de modo que, hechos hijos suyos por la fe, heredan las promesas que se le hicieron a este patriarca».

¿Qué promesas le fueron hechas a Abraham? ¿Quién se las hizo? ¿Qué probabilidades hay de que se cumplan?

Vamos a tratar de determinarlo.

24

ANALISIS DE UN DIOS

Diez o doce mil años... Son los diez o doce mil años que habrían transcurrido entre la llegada de los Celestes de mi hipótesis a la Tierra y el término de su instalación en ella, al final del «día» sexto, los que más verosimilitud le quitan a la hipótesis. ¿No es así?

A primera vista, así es. Pero, si se reflexiona un poco, se verá que TODAS las grandes empresas aparecen a escala de milenios, ya se trate de la cría selectiva de un animal doméstico o de las religiones derivadas de la tradición, cuyo objeto es hacer pasar al hombre del estado de cazador de uros al de ganadero primeramente y, después, al de biólogo consciente de la necesidad de trazar un Gran Plan para milenios.

Para nuestros biólogos, esto es evidente. El hecho de que una tradición contemporánea de las sociedades primitivas lo supiese ya es un argumento en pro de la realidad de los Celestes a los que ella atribuía su saber.

El paraíso terrestre no estaba, por lo demás, destinado a ser paradisíaco para los hombres: los Celestes lo habían concebido y edificado para sí mismos. ¿Que los hombres sean felices? Sí, de acuerdo; pero sin más urgencia que la que pueda tener el hacer felices también a los monos (así pensarían los Celestes, pongámonos en su lugar y lo entenderemos).

Dejemos, pues, de meternos constantemente en la piel de nuestros antepasados los hombres. Tratemos de introducirnos en la de los dioses: sólo de este modo comprenderemos las intenciones y decisiones que el texto bíblico les atribuye. La cosa no será excesivamente difícil, puesto que nosotros estamos ya más próximos, en espíritu, a los cosmonautas que a los hombres del Paleolítico. Sin ser todavía dioses, vamos bien encaminados a serlo (por lo menos, algunos de nosotros).

Hacia —21 000 la cosmonave Fobos arriba procedente «del cielo» y se pone en órbita alrededor de Marte. Nosotros, tú, lector, y yo, vamos a bordo. Imaginémoslo así.

Somos oriundos de Teos, pero hemos nacido ya en ruta, y de padres que también nacieron ya en el interior de Fobos. Hemos vivido siempre con luz artificial, respirando aire acondicionado, en un clima invariable desde nuestro nacimiento. El tiempo no cuenta para nosotros. Tenemos por delante toda la eternidad. No nos acucia ninguna ambición. ¿Qué podríamos ambicionar? No fueron ambiciosos los móviles por los que nuestros antepasados planearon y realizaron la «operación Fobos», sino que todo ello se debió, más bien, a que sabían el fatal pronóstico que aguardaba a la civilización del planeta Teos.

¿Cómo era la vida en Teos? Varios siglos antes de que nacieran nuestros tatarabuelos se habían establecido ya allí contactos y alianzas con otros mundos habitados. Se habían comparado los datos experimentales de diversos sistemas planetarios, se tenían clasificados y formulados en leyes los que se repetían, y se habían logrado establecer una ley general llamada Ecuación Unitaria. Apenas quedaban ya cuestiones sin respuesta. Nuestros tatarabuelos conocían el origen del universo; sabían cómo y por qué apareció la Vida, cómo y por qué había evolucionado.

Teos está organizado del modo más funcional concebible. De un sistema planetario a otro se transmiten fotografías televisadas de las últimas realizaciones, algo así como dos amas de casa rivalizan entre sí por pasmarse recíprocamente con el decorado de sus salas de estar. Se ha superado, inclusive, la triste sociedad de consumo, en la que el más rico puede disfrutar de comodidades y ventajas que no están al alcance del menos rico: en Teos, como en todo planeta llegado al máximo de la civilización técnica, los bienes materiales son cosa tan corriente como el que un parisiense de 1969 tenga zapatos y no vaya descalzo por la calle.

(En 1969, el más pobretón que pueda haber en París, el mendigo más desaseado, calza un par de zapatos con la misma naturalidad con que respira, y ni siquiera se le ocurre la idea de que va mejor calzado que en Pekín cualquier jefe de servicios públicos. Por otro lado, tampoco es más feliz que el mendigo de hace cien años: lleva zapatos, pero sufre de callos en los pies, malestar desconocido para el que en la «belle epoque» andaba descalzo. Esto no es una utopía, sino el punto a que debe llegar, por fuerza, una civilización creciente cuando alcanza la cima que se había fijado como meta.)

«Los dioses no tienen destino», escribió Platón. Si bien se piensa, se verá que es evidente. (Tanto que quizá ni merezca la pena reflexionar so-

bre ello.) Reflexionemos no obstante. Cuando se posee lo que para un dios es el mínimo de conocimientos, pierde todo sentido la idea de «triunfar en la vida»: no habiendo nada que adquirir, la finalidad de la existencia consiste en conservar y transmitir a los hijos una formación espiritual que les prepare para ocupar el espíritu a lo largo de toda la duración de su existencia. Sabido es que el modo más eficaz de no tener nunca el espíritu expuesto a las seducciones de los malos pensamientos es dedicarse tan sólo y de lleno a tareas que se sepa interminables. Y, entre éstas, la experiencia enseña que las únicas que alegran la vida son las de la investigación científica desinteresada... con sus grandes trabajos prolongados por siglos y, posiblemente, por milenios.

Al hombre que no es dios, ni protodios, ni incluso predios, le recorre un escalofrío la espalda a la mera evocación de semejante existencia, que, si hubiese de ser la suya, le impulsaría al suicidio.

Pero ¿qué decimos? ¿Suicidarnos nosotros que somos dioses? ¡Seamos serios! Cuando nuestros abuelos murieron, en el interior de Fobos, durante el largo viaje interestelar, nosotros nos los comimos. No a la manera de los primitivos, que necesitan beberse la sangre del abuelo y comerse su hígado para tener conciencia de que «comen abuelo». Tampoco nos los comimos y bebimos simbólicamente, bajo la forma aparente de hostia y de vino, según conviene a unos primitivos lo bastante evolucionados como para satisfacerse con símbolos, pero todavía poco para prescindir de simbolizaciones.

Nosotros somos científicos, descendientes de una larga estirpe de científicos, cuyo material genético, ya inicialmente favorable, se ha ido purificando a través de muchas generaciones. Pertenecemos a una familia que, generación tras generación, se ha venido sometiendo a la biología experimental; somos de una casta a cuyos genes, conocidos y estabilizados, sólo les amenaza una probabilidad del orden de uno contra diez millones de sufrir alguna alteración mutante; es la nuestra una estirpe que sabe detectar y eliminar, por procedimientos eugenésicos y eutanásicos, a aquellos de sus vástagos cuyo material genético presente la más ligera alteración. Somos, en resumen, de una generación lo bastante pura para que las uniones entre hermanos y hermanas, gemelos biológicos, sean no sólo posibles sino necesarias para el mantenimiento de esta pureza. Y somos unos científicos, fruto de una civilización que había alcanzado ese punto supremo en el que las civilizaciones experimentan sobre sí mismas al nivel genético.

Siendo como somos científicos, no tenemos ya prejuicio alguno. Nos hemos comido a nuestros abuelos como todo científico sabe que está to-

mando estiércol transformado cuando saborea una ensalada, que está bebiendo agua de albañal más o menos filtrada cuando bebe un vaso de agua, y que respira mil porquerías desnaturalizadas cuando huele el perfume de una rosa.

En nuestra esfera cosmonáutica, en la que durante varias décadas nuestros abuelos, nuestros padres, nosotros mismos y los hijos que allí nos nacieron vivimos herméticamente cerrados ¿qué otra cosa queréis que bebiésemos sino nuestros orines y sudores recogidos en vasijas y filtrados? ¿Y qué proteínas podíamos ingerir sino las inicialmente llevadas con nosotros?

La masa de un cuerpo celeste, cosmonave o planeta, no cambia, esté o no habitado el cuerpo celeste en cuestión. Todo cuerpo celeste dejado a sí mismo vive en régimen de vaso cerrado.

Suicidarse no sirve de nada, como saben todas las tradiciones y cada una lo explica a su manera. La explicación por la metempsícosis no es necesariamente la que más se acerca a la verdad, pero es sin duda la más fácilmente comprensible, en lenguaje racionalista.

Según la doctrina de la metempsícosis, las células más sutiles del cerebro de un habitante de la tierra están hechas de moléculas que no han cesado de circular desde hace cuatro mil millones de años, es decir, desde que la Tierra es un cuerpo celeste cerrado sobre sí mismo. Estas moléculas circulaban ya, en forma de combinaciones químicas simples, antes de que apareciese la Vida sobre la Tierra; después, circularon en forma de combinaciones de química orgánica, y no cesarán ni una milésima de segundo de circular ni de seguirse combinando cuando haya muerto el hombre en que se había combinado cierto número de tales moléculas.

La Vida es eterna, eso todos los dioses lo saben, y la mayoría de los occidentales de hoy empiezan a sospecharlo, pero procuran no pensar demasiado en ello, porque nada hay tan deprimente como saberse eterno.

Cuando uno se sabe eterno, ha de buscarse una ocupación que le llene.

Sabiendo que es eterno, la «ambición» es una palabra que pierde su sentido: sólo la gente que tiene prisa porque cree que se le acaba el tiempo es ambiciosa. Pero ¿qué si se cuenta con toda la eternidad?

Y si se carece de la droga de la ambición, la única alegría del vivir se encuentra en un ponerse a ritmo con la naturaleza, cuyo latir es lento y sosegado por excelencia. El gozo del vivir de los dioses eternos diríase que se parece al de los animales: si éstos se impusieran a la naturaleza en vez de someterse a sus dictados... o si los dioses pudiesen olvidar que en cada una de sus reencarnaciones son mortales. La civilización hindú permite penetrar en todo esto, lo mismo que un croquis permite comprender el funcionamiento de un motor. Pero la civilización hindú es tan incapaz de

producir dioses como el croquis de un motor es incapaz de accionar una turbina real. La civilización hindú es un sueño de dioses, mientras que la judío-cristiana engendra dioses reales, verdaderos, concretos.

El mejor servicio que unos dioses podrían prestarles a unos hombres sería evidentemente el de convertirlos en hindúes, siempre que, por cualquier razón, no fuese posible hacer de ellos unos dioses.

Y no otra cosa es lo que nos proponemos hacer nosotros, dioses, en este sistema planetario en que acaba de introducirnos la cosmonave Fobos, esfera hueca de tres kilómetros de diámetro.

Este sistema planetario es totalmente conforme a lo que nuestros astrofísicos habían determinado a distancia. Y es a partir de ahora nuestro sistema. En adelante lo llamaremos sistema solar, puesto que su estrella del centro será nuestro Sol. Sin duda que en el sistema solar encontraremos una vida que ha evolucionado naturalmente. Y nosotros intervendremos, siguiendo bien concertados planes, en esta evolución natural. Como disponemos para ello de todo nuestro tiempo, haremos verdaderas filigranas y primores durante decenas y, en algunos casos, centenares de generaciones de dioses. Es probable que encontremos indígenas bípedos, dotados de palabra y abiertos a la lógica, puesto que los sistemas planetarios (sin que tengan por qué ser tan idénticos unos a otros como los cristales del mismo género) son suficientemente análogos para que en todo sistema habitable la evolución desemboque en el surgimiento de una inteligencia. Y según nuestros biólogos, para albergar una inteligencia capaz de discurso lógico, nuestra configuración es, con mucho, la más cómoda y, estadísticamente, la más probable.

Acabamos de ponernos en órbita alrededor de Marte, cuando he aquí que descubrimos una complicación: el sistema solar está pasando por un período de glaciación que ha bloqueado toda vida sobre la Tierra y sobre Venus. Esto forma parte de las indeterminaciones dichas de Heisenberg.* ¡Vamos a tener que instalarnos, durante algunas generaciones, en Marte! De todos modos, nuestro escenario y *habitat* definitivos serán la Tierra.

Habremos de empezar por arreglar a nuestra conveniencia la Luna, atizando su volcanismo natural a fin de frenar un poco su rotación y de conseguir que presente siempre la misma cara a la Tierra: haremos que determinado cráter apunte sin cesar hacia ella para observarla desde allí. En cuanto a la Tierra misma, lo que más urge es devolverle la luz.

Comenzaremos, pues, por hacer que se precipiten las masas de polvo que las nubes tienen en suspensión: será preciso obrar con prudencia.

A continuación, haremos que caiga el agua de las nubes, también con

mucha prudencia, estirando el proceso por varios siglos, no sea que se transforme el planeta en un inmenso cenagal en el que se anegue irremediablemente cuanto haya podido sobrevivir de la existencia indígena anterior al cataclismo. Es espantoso lo que ha pasado: los océanos están medio secos y el agua que no ha quedado aprisionada en forma de glaciares se arremolina en las nubes... Idéntica es la situación de Venus. Separar «las aguas de arriba de las aguas de abajo» será la primera etapa de nuestra tarea.

Si todo marcha bien, veremos cómo surgen del suelo, en cuanto hayan vuelto la luz y el calor del Sol, algunos de los bípedos cuya existencia preveían nuestros astrofísicos. Estos indígenas debían estar lo bastante evolucionados para lograr sobrevivir. De todos ellos, los primeros en volver a salir a la superficie luego que haya vuelto la luz serán, probablemente, los más inteligentes. Y de esos así seleccionados por la misma naturaleza escogeremos algunos ejemplares y se los confiaremos a nuestros biólogos y psicólogos, para que decidan si son de tal calidad que (en una veintena de milenios) una evolución dirigida podrá convertirlos en una pequeña familia de dioses.

En cualquier caso, los indígenas nos servirán de obreros para la construcción de la Gran Muralla a cuyo amparo instalaremos nuestro Edén. Y allí podremos empezar a hacer cultivos aun antes de haber establecido un régimen racional de lluvias en el planeta: gozaremos de un micro-clima muy agradable al sur del único gran mar transversal. La lluvia es, así y todo, un mal menor con el que tendremos que contentarnos durante los primeros milenios; la solución definitiva será evidentemente la del riego: como en el Edén, regado por cuatro cursos de agua, el regadío se extenderá por el planeta entero. De aquí a unos veinte siglos, la humedad del aire se habrá hecho casi del todo aceptable. Esta será la obra de la segunda etapa.

Hemos discutido larga y frecuentemente todos estos puntos: proponían unos que hiciéramos caer más despacio las aguas amontonadas en las nubes, para que los ríos fuesen retornando poco a poco a sus cauces y los mares a sus arenosos lechos; otros, cuyo parecer es el que ha prevalecido, propugnaban que no se destinasen veinte siglos enteros a la segunda etapa y que se dedicase más bien el inicio de la tercera a canalizar las aguas vueltas a caer del cielo y a hacer que fuese apareciendo la tierra firme. Una vez seca ésta, comenzará el reinado de los botánicos, que durante el final de la tercera etapa recubrirán el planeta con el manto de una flora adecuada. Flora que, por supuesto, será derivación de la flora indígena, procederá del material genético que haya sobrevivido al cataclismo de la

glaciación Würm-III. Para ello, la flora habrá de producir su propia simiente durante la tercera etapa.

La etapa cuarta, en el grandioso Plan de Conjunto de los Seis Días, estará marcada, esencialmente, por la astronomía: mientras nuestros astrónomos tracen las cartas del cielo tal como aparezca en este punto privilegiado del universo que habrá llegado a ser ya para nosotros la Tierra, nuestros botánicos continuarán ajustando, a base de tanteos, el equilibrio biológico de la flora. El observatorio instalado en la Luna les será de un uso indispensable a los astrónomos; en cambio, los biólogos preferirán, probablemente, observar su dominio desde satélites puestos en órbitas más bajas: los Liliths. Durante este tiempo, los zoólogos lograrán que vuelvan a la vida muchas especies de animales indígenas, y se cuidarán de que no se perfeccionen tanto algunas de ellas que pongan a las demás en peligro de extinción. El equilibrio biológico que reinaba sobre la Tierra antes del cataclismo había tardado mil millones de años en establecerse por evolución natural; nuestros zoólogos sólo dispondrán de algunos milenios para restablecerlo, plazo que es, a las claras, muy corto.

Aprovechémonos de esta cuarta etapa para puntualizar las cosas. Pues, a decir verdad, ¿por qué andar siempre soñando con el futuro? Soñemos en presente.

En el jardín de Edén, gozando de un microclima que nuestros meteorólogos han logrado hacer ideal, tenemos los esquejes y plantones (los «árboles») de todas las especies de la flora indígena, y ejemplares de toda la fauna, cuyo material genético venimos reconstituyendo a lo largo de los seis milenios que ya, rapidísimamente, han transcurrido desde nuestra arribada. El avituallamiento no plantea problema alguno, pues basta con darse un paseo por los laboratorios en que se cultivan los «árboles» de las especies comestibles.

Lo que hace apasionante el trabajo de nuestros biólogos es la biología teórica: la glaciación no duró el tiempo suficiente para que desapareciese toda vida, pero algunas especies que sobrevivieron mejor que otras no por eso eran necesariamente las más numerosas en el equilibrio biológico original. Tal planta, tal mamífero, tal insecto desapareció del todo en una región, sobrevivió en otra, sufrió una mutación en una tercera, proliferó en un sector estrecho... Hay que intervenir por doquier, ir tanteando experimentalmente y llevar el resultado de las experiencias a la cuadrícula de la biología teórica, que determina las especies de las que no se ha encontrado ningún vestigio, pero cuya existencia es necesaria para que el equilibrio biológico sea precisamente el que nos permite imaginar el conjunto de las observaciones.

Es apasionante, ¡los siglos desfilan sin que te des cuenta y los milenios apenas se notan! —decía el otro día un dios que tiene una extraña (y un poco inquietante) afición a una poesía de las *palabras*, siendo así que el científico sólo puede ser un poeta de *ideas*, un vagabundo en el *País de las maravillas* de Alicia.

Pero la cuarta etapa se acaba. Nuestros astrónomos han determinado el ciclo mayor de la Tierra, la precesión de los equinoccios, que dura 25 920 años. Han repartido este lapso en doce (porque en astronomía es más cómodo que el decimal el sistema de base doce). Y como a los astrónomos les gusta la poesía de ideas, han dado nombres simbólicos a cada una de las doceavas porciones del ciclo.

En el catálogo de los astrónomos, la primera etapa, el primer «día» está simbolizado por un brincante macho cabrío. El segundo, aquel en que los cosmonautas procedentes de Teos llegaron al sistema solar, está simbolizado por Sagitario o el Arquero, para indicar que la civilización traída por nosotros de aquel lejano planeta es un eslabón de una cadena cuyo primer anillo había tomado por tótem el *arco*.

Nuestra tradición exige que se reserve el nombre del arco y del arquero para designar la constelación, situada hacia el centro de la Galaxia, en que apareció la primera civilización que hubo en ésta. Nuestra tradición del Arco se llama la «*Tradición del Arco de Alianza*» porque, habiendo alcanzado muy pronto un grado de evolución suficiente en un sistema planetario, nos impone la obligación de emigrar a los otros sistemas de la Galaxia, yendo siempre del centro (constelación del Arquero o Sagitario) hacia los bordes de la misma, a fin de establecer una cadena con todos los sistemas planetarios evolucionados.

Durante el cuarto «día», aquel en que los astrónomos estaban en boga, los biólogos iban progresando sin conseguir grandes éxitos llamativos. Se preparaban para acometer la empresa de poner nuevamente en equilibrio la fauna, a partir de las parejas «resucitadas» en los árboles-retoños de los laboratorios edénicos. Se empezó, obviamente, por la fauna acuática y por los volátiles; los animales terrestres no están todavía a punto. A propósito de ciertas especies subsiste una duda: por ejemplo, los marsupiales, concretamente los canguros, ¿vivían aún o estaban ya extinguidos desde hacía milenios cuando sobrevino el cataclismo? ¿Habrá que otorgar la preferencia a los bóvidos, a los búfalos o a los bisontes? Mil cuestiones semejantes se le plantean a la biología teórica.

Los biólogos han renunciado a dar de nuevo con el *statu quo* exacto de antes de la glaciación, desde que los ordenadores han fracasado en la empresa, demasiado ambiciosa sin duda, que consistía en tratar de estable-

cer el retrato-robot de cada una de las 70 000 especies y subespecies detectadas. Nos vamos a ver obligados a improvisar un poco, aunque desearíamos no apartarnos demasiado del equilibrio biológico inicial, no razonar como otros Viollet-le-Duc* del fantaseo arquitectural.

Entre los insectos, por ejemplo, damos suelta a hormigas y abejas condicionadas y destinadas a «mantener el orden» en medio de comunidades de hormigas y abejas anárquicas. Para los mamíferos, tenemos por descontado todas las especies en nuestros tocones-retoños desde la segunda etapa del Plan; pero no emprenderemos la repoblación sistemática del planeta hasta el sexto «día». La reconstitución de la fauna acuática y aérea será la obra de la quinta etapa.

Henos, pues, aquí, llegados ya a la sexta etapa. Todo promete ir mejor. Nuestra biología teórica triunfa: desde que se opera sobre el terreno, con algunas parejas de especies de las que al día siguiente del cataclismo sólo subsistía un material genético paralizado e inhibido, en el seno de algunos cadáveres congelados, desde que se deja sueltas en la naturaleza a esas parejas se ve cómo se va instaurando, casi sin intermitencias, un equilibrio biológico mejor que marginal. Sí, nuestra biología teórica triunfa: llegará a reconstituir toda la gama de las especies indígenas a partir de un conjunto de genes bastante heterogéneo y desordenado. Hasta hemos conseguido «crear» unas células «a la medida», guiándonos por los fósiles. Cierto que la tarea nos habrá ocupado enteramente algunos milenios, pero ¿quién nos lo reprocharía?

El «día» sexto se acaba. Nosotros seguimos siendo siempre treinta, sin que en ninguno se haya alterado lo más mínimo el material genético.

Somos en verdad dioses: inalterables, invulnerables a los asaltos mutacionistas de la naturaleza.

Somos dioses. Físicamente nos parecemos a los hombres, y una experiencia reciente acaba incluso de patentizar que no sería difícil obtener la total identificación cromosómica, que puede fijarse hereditariamente un genotipo extremo. En la práctica, confirma esto la posibilidad de conseguir la mutación de las hembras del bípedo indígena de modo que sean fecundables por la simiente de los dioses.

Acabamos de fecundar artificialmente a algunas hembras humanas mutadas según decíamos, pero los semidioses así obtenidos son aún demasiado recientes para que se pueda sacar conclusiones serias del experimento. Todo cuanto cabe adelantar es que la cosa parece ofrecer buenas perspectivas: los semidioses dan pruebas de ser más inteligentes que los hombres, pero

queda por determinar si esta inteligencia la podrán transmitir hereditariamente. Sobre todo, está todavía por ver si la mutación así lograda, favorable para la inteligencia, tiene o no consecuencias menos favorables o inclusive dañosas, ya sea para los mismos mutados o para sus descendientes. Nos mantenemos a la expectativa, y quizá hayan de pasar diez o doce generaciones, vale decir, varios siglos, para saber si este producto de mi simiente con óvulos indígenas sigue siendo un cuasianimal o se hace identificable a nosotros.

Nosotros somos dioses. Disponemos de todos los recursos del sistema solar. No nos estorba ningún problema de créditos ni presupuestos, y tampoco hemos de rendir cuentas a nadie. No tenemos que andar sacando balances de beneficios y pérdidas respecto a una experiencia que parece estéril por más que se halle en curso desde hace mil o dos mil años. Así se lo he recordado a la Academia de Ciencias de Teos, que se extrañaba de que todavía no hayamos obtenido ninguna respuesta positiva en lo concerniente a la estabilidad genética de los productos del fecundar con nuestra simiente a las hembras humanas.

Respetamos los compromisos aceptados por nuestros lejanos antepasados a su partida de Teos, de que tendríamos a nuestro planeta de origen al corriente de nuestros trabajos. Nuestros partes llegan a Teos a la velocidad de la luz, es decir, tardando algunos siglos. Esto excluye toda auténtica correspondencia y limita nuestras relaciones al intercambio de simples comunicados.

Nosotros somos dioses, genéticamente idénticos a los bípedos de Teos, que es nuestro planeta de origen. Resulta muy deprimente constatar la decadencia intelectual de todos nuestros congéneres de Teos, de los teositas que, habiendo preferido el confort de la civilización al riesgo de las expediciones azarosas, suerte y ventura de los dioses, no han llegado a divinizarse. Teos se halla hoy en plena decadencia. Nosotros nos vemos obligados a enviarles nuestros informes cada vez más simplificados para evitar que, si no, nos importunen con preguntas infantiles, tan elementales que yo creo que hasta los humanos serían capaces de hacerlas. Y no somos nosotros los únicos que hemos advertido esta decadencia de Teos: los descendientes de las otras expediciones que partieron de allá al mismo tiempo que la nuestra y que están poco más o menos a nuestro nivel de adelanto en la colonización de sistemas planetarios «paralelos» al sistema solar, lo advierten también.

Nosotros somos dioses, y los oriundos de Teos que colonizan otros sistemas planetarios son asimismo dioses, y sólo con ellos podemos mantener relaciones telegráficas de algún interés. Así es la vida... los individuos

mueren, tanto si se trata de una pulga o de todo un sistema planetario: ¡solamente la Vida es inmortal!

En este «día» sexto todos nosotros, los treinta, estamos centrando la atención en el bípedo indígena. Resulta muy interesante y también un poco deprimente: no cabe duda que nuestros antepasados serían como estos humanos, cuando, hace unas cuantas decenas de milenios, unos dioses cosmonautas arribaron a Teos... Los hombres son aficionadísimos a que se les someta a *tests*. Hemos logrado condicionarlos perfectamente: saben que aquellos con los que hacemos experiencias de vivisección disfrutan de un trato de favor cuando despiertan de la anestesia; no faltan por eso quienes piden que se les suma en lo que ellos llaman «el sopor», para que luego les atiendan con mimo en la clínica... exactamente como los perros de Pavlov, que llegan a aficionarse a las descargas eléctricas, anunciadoras de buenas comidas.

Fuera del Edén, los hombres viven entretanto, claro está, en su ambiente natural: forman parte del equilibrio biológico, que nosotros nos esmeramos en respetar. Matan ejemplares de ciertas especies que, a su vez, matan a individuos de la especie humana. Nosotros procuramos que los humanos que viven fuera del Edén progresen por sus propios medios, como si nosotros no estuviésemos en la Tierra. Ellos son felices. Viven en comunidades que han establecido relaciones entre sí. Una de estas comunidades ha inventado un «mecanismo», el lanzador de azagayas; nosotros hemos ido siguiendo, a lo largo de los siglos, la propagación del invento por las otras comunidades. Es apasionante observarlo. Tenemos la impresión de estar dando el biberón a nuestro tatara-tatarabuelo siempre que les damos cualquier empujoncito de ayuda al progreso a estos bípedos que se hallan todavía en un estado rudimentario de la evolución, cuando nosotros hemos alcanzado ya el estado definitivo.

Con lo que hacemos verdaderos experimentos intensivos es con las muestras de humanidad que viven en nuestro Edén. Así vamos mejorando la especie. Impedimos reproducirse a los ejemplares poco dotados y favorecemos la multiplicación de los demás. Entre estos humanos sometidos a la vivisección —que un dios humorista se le ocurrió llamar «el pueblo elegido», mote que les ha quedado— intentaremos que surja un brote estabilizado, una rama capaz de engendrar dioses.

Dedicamos a estas tareas todo nuestro tiempo, y nuestros antropólogos han establecido, en biología teórica, que por los procedimientos actuales, la Tierra tardará sólo algunos milenios en hacer que su capital genético así enriquecido produzca dioses.

Cuando eso se consiga, los humanos que viven fuera del Edén habrán

recibido su condicionamiento definitivo para poder vivir como hindúes, sometidos a los dioses y a los semidioses. Nuestros psicólogos y sociólogos aseguran que, con tal género de vida, los hombres serán muy dichosos.

Los más que lamentar son, evidentemente, los «elegidos» del Edén, los sujetos de la experiencia. Sabiéndose mortales, se han hecho una metafísica a su alcance, la cual nosotros evitamos, por supuesto, poner en duda... Lo difícil va a ser prepararlos para la mutación a partir de la cual tendrán un psiquismo lo bastante fuerte para aceptar sin traumáticas desesperaciones el descubrimiento de la inmortalidad, de la vida perdurable, de la eternidad sin retornos ni escapatorias de las moléculas... Nuestra inmortalidad celular, la que nos hace a nosotros, los dioses, ser eternos, no llegan los hombres a comprenderla.

Así, por ejemplo, cuando yo digo «yo», los hombres no entienden que sea el mismo que arribó a la Tierra hace ocho mil años, el que les está hablando ahora y el que se ocupará de sus descendientes dentro de tres o cuatro mil años. El hecho de que, por casarnos hermanos con hermanas genéticamente fijados hasta el punto de ser gemelos biológicos, cada pareja de hermano-y-hermana produzca un hijo y una hija físicamente idénticos, que a su vez se casarán entre sí y continuarán de este modo indefinidamente, esta realidad, digo, les desconcierta totalmente a los humanos. ¡Sabiendo que somos inmortales, creen que no morimos nunca!

Nosotros somos treinta y somos Uno; creamos o ese Uno nos crea... Esto no es posible hacérselo comprender a los hombres.

¡Qué chiquillos, estos hombres! No entienden que hemos llegado a ser quince parejas y que debemos a nuestra pureza genética el poder reproducirnos entre nosotros durante milenios sin que aparezcan caracteres degenerativos.

La muerte no es más que un eslabón en la cadena de la inmortalidad. Un incidente de paso.

¡Cómo corre el tiempo!... Yo no tardaré en morir.

Lo lamento un poco: me habría gustado vivir lo suficiente para ver el final del «día» sexto, para descubrir la vida extraordinaria que nos espera cuando, a partir del séptimo «día», empecemos a pulir y perfeccionar la obra que, en bruto, quedará terminada al acabar el «día» sexto. Entonces perfeccionaremos al hombre. Le prepararemos para que sea capaz de engendrar dioses de nuestra categoría, al cabo de unas docenas de siglos. Racionalizaremos además todo el equilibrio biológico del planeta, suprimiendo las especies absurdas tanto entre las pacíficas como entre las pre-

dadoras. Racionalizaremos los climas, manteniendo a un grado preciso de evaporación las nubes que haga falta para que la humedad resulte agradable y creando corrientes ascendentes de brisas templadas, «montañas de aire» que canalizarán las nubes dirigiéndolas hacia las regiones que necesiten lluvias. Poco a poco, los beneficios del Edén se difundirán por el planeta entero... ¡Y yo voy a morir antes!

¡Bah, qué importa! ¡Mis células verán todo eso!

25

¿QUIEN TE HA HECHO DIOS?

La promesa de que un día el hombre podrá igualarse a los dioses figura muy explícitamente en la tradición que sirve de fundamento al judaísmo y al cristianismo.

Tal promesa parece tan absolutamente irracional en la óptica del siglo XIX que no ha sobrevivido al triunfante anticlericalismo decimonónico. Por temor al ridículo, los espíritus medievales se han habituado a poner sordina a todo lo que, en la tradición judío-cristiana, se halla en contradicción con las certidumbres materialistas que se jactan de pensar con criterios humanísticos.

Cien años de sordina han bastado para hacer olvidar lo que «todo hombre un poco instruido» sabía en el siglo XVIII, en la época de Voltaire.

Pues bien, yo soy un hombre de la Edad Media. Y soy testigo de la resurrección del Medievalismo, que barre los últimos miasmas de un siglo XIX cuya mezquina y pedante mentalidad se deleitaba cargándose de certezas indiscutibles. ¡De ellas, al siglo XIX le entraban trece en cada docena!

En el siglo XIX, científicos reputadísimos demostraban que nunca podría un avión volar (por la formidable razón de que, para elevarse por el aire, sería menester que llevara una carga de combustible que, añadida a su peso...). Y cuando, al final de tan sabia centuria, se les presentó a los miembros del Instituto un fonógrafo, distinguidos científicos trataron al presentador de impostor ventrílocuo. En 1922, cuando el siglo XIX no quería terminar de morir, la mayoría de los miembros de la Academia de Ciencias francesa se negó a escuchar la comunicación de un charlatán llamado Alberto Einstein. En 1969...

Ante tan soberbias certezas ¿qué queréis que hiciese la tradición? Pues

se calló. Lo que sabía antaño «todo hombre un poco instruido» se hizo «esotérico», es decir, reservado a los «iniciados»... no porque la tradición se pusiera a jugar a las sociedades secretas, sino sencillamente porque los espíritus, deformados por el siglo XIX, no querían escucharla.

No hay que invocar ningún «esoterismo», ningún «secreto», ninguna «iniciación» para leer en el *Evangelio según San Juan* (X, 34-35) que Jesús admitía unos «dioses» de la Biblia, ni tampoco para leer en el *Génesis* (VI, 1-4) que los hijos de los Elohim engendraron hijos en las hijas de los hombres. Un teólogo ilustre del siglo XIV, el maestro Eckhart, profesaba que los hombres llegarían a ser dioses, pues así se lo había prometido Cristo. Y en pleno siglo XX, en 1960, el gran rabino de Ginebra, Alejandro Safran, publica un libro sobre *La Kabale* (Ed. Payot) en el que recuerda que, para la tradición, es obvio que «el hombre repetirá los hechos relatados al principio del *Génesis*», es decir, se igualará a los Elohim, a quienes esos hechos son atribuidos por el texto bíblico.

A mis charlas y conferencias han asistido a veces jóvenes profesores que ignoraban todo esto. Ahora que lo saben no son ya los mismos.

Los «hechos relatados al comienzo del *Génesis*», cuya «repetición» constituirá, según la tradición, la prueba de que los hombres se igualarán a los dioses, son los que se indican al decir que «el espíritu de los Elohim planeaba por encima de las opacas nubes bajo las cuales la Tierra estaba sumida en la oscuridad». Recientísimamente, el espíritu de los hombres ha enviado cohetes-sonda a planear en torno a Venus, cosa que podría describirse de igual modo que la referida por la Biblia. Y lo cierto es que, desde que el espíritu de los hombres ha contorneado Venus, planeta hundido en perpetua noche, «mis» Celestes se han hecho verosímiles.

He aquí, pues, que somos pre-dioses, como el *Zinjanthropus* fue prehombre. Y aunque no debamos darnos por ello demasiada importancia, sí que conviene que nos acostumbremos siquiera a este nuevo estado: introduzcámonos en la piel de los dioses. Para comprenderles, será esto al menos lo más cómodo, mucho más que tratar de imaginárnoslos desde el punto de vista de los hombres del Paleolítico que, habiendo visto a unos cosmonautas descender del cielo, no tenían ni la más remota idea de lo que les venía.

Acerca de tamaña aventura tal y como la pudieran concebir los hombres, el texto bíblico es de una brevedad propia de las tablas de materias; once cortos capítulos, los once primeros del *Génesis*, es todo lo que en la Biblia se halla a propósito de la llegada, la estancia y la marcha de los dioses, a propósito de los seis «días», es decir, de más de doce milenios de actividad de los Celestes en la Tierra.

Para adoptar algo parecido a lo que debió de ser el punto de vista de los hombres acerca de tal aventura hay que tragarse las demás relaciones del mito común: el *Maha-Bharata*[1] sánscrito, la *Epopeya de Gilgamesh*[2], asiria y el *Popul*[3] *Vuh* guatemalteco, por no hablar de los textos chinos, tibetanos y otros. ¡Un verdadero placer, si se es aficionado a manejar nombres como Angramainyu,* Texcatlipoca* o Sarasvati,* los cuales, separados de su natural contexto, evocan pócimas y potingues farmacológicos! Yo sé de gentes que, inconsolables por no poder lucir títulos universitarios más o menos pomposos, satisfacen su afán de pedantería y sabihondez intercalando en sus parrafadas estos nombres de dioses exóticos, para pasmo de los cristianos sencillos.

Cuando, desafiando la muerte por sofocamiento, se aventura uno a internarse por esta barahúnda de mitos que ya Moisés tenía por idolátricos, encuéntrase ahí una descripción de los dioses notoriamente absurda, pues nos ofrece nada menos que la cosmonáutica *explicada* por unos primitivos que estaban tan capacitados para comprenderla como el perro del Instituto Pavlov para comprender y explicar lo que allí le hagan.

Os propongo, lectores míos, una parábola cuyo marco es el Instituto Pavlov de Moscú, y los protagonistas dos canes: el dogo Para, viejo pensionista del Instituto, y el joven caniche Bola, recién admitido al que la Institución intimida. «No te inquietes —le dice al joven Bola el viejo Para—. Nosotros servimos aquí para unas experiencias sobre la Magia. En cuanto insalivas, se enciende una lamparita y un mecanismo condicionado te da de comer. Es un milagro de los que no pueden ni discutirse, pues se repite cada vez.»

El esquema de esta parábola se encuentra, inmutable, en TODOS los Libros Sagrados que quieren añadir, al escueto relato bíblico de la estan-

[1] *Maha-Bharata* es el título de una epopeya indú compuesta entre el —200 y el 200. Consta de 18 libros con un total de 200 000 versos y se considera el poema más extenso de la literatura mundial. Tradicionalmente era atribuído al poeta Viasa. Básicamente se refiere a una guerra civil, la fabulosa lucha dinástica entre los descendientes de los hermanos Kuru y Pandu, en el reino de Kurukshetra, que en el siglo —IX ocupaba la región circundante de la actual Delhi.

[2] *Gilgamesh* es el nombre de un rey legendario, héroe de la epopeya conocida por su nombre. Venció en lucha contra el demonio Chumbaba en la que murió su amigo Enkidú. La muerte le impulsó a buscar su antepasado Utnupistim —el Noé babilónico—, poseedor del secreto de la inmortalidad, quien le explicó la historia del Diluvio. Gilgamesh consiguió apoderarse de la hierba de la eterna juventud pero le fue arrebatada por una serpiente.

[3] *Popul-Vuh* es la recopilación de las historias del origen de los indios de la antigua provincia española de Guatemala, escrita en el año 1550 por un indio quiché que aprendió el idioma castellano. Contiene las ideas cosmogónicas y las antiguas tradiciones de este pueblo americano, la historia de sus orígenes y la cronología de sus reyes.

cia de los cosmonautas en la Tierra, el incongruente comentario humano sobre las intenciones de los Celestes, comentario tan absurdo y gratuito como el de los perros sobre los misteriosos procedimientos de Pavlov.

He hecho la prueba con las más reputadas traducciones de los Libros Sagrados distintos de la Biblia, y nunca he llegado hasta unos dioses de los que se hable con un razonamiento articulado comparable al que me ha permitido llegar hasta los Elohim partiendo del texto bíblico.

El texto bíblico es el único Libro Sagrado que permite introducirse en la piel de los Celestes... dar al traste con las ideas que Para hace tragar a Bola respecto al Instituto Pavlov, y sustituir la magia y los «milagros» de que hablan los perros inficionados de metafísica por la simple lógica del experimentador racionalista.

A decir verdad, debo añadir que he topado con muchos contradictores que rechazan mi esquema y mi hipótesis toda: prefieren éstos, a la explicación racional que yo propongo, la del milagro y la magia.

¡Allá ellos! A quien se empecina es inútil argüirle. Y, desde luego, resulta infinitamente más tranquilizador creer que los dioses de los mitos son otras tantas leyendas que aceptar la hipótesis, más racional, de que son reales.

Porque si los Celestes han existido en realidad, todos nosotros, vosotros lectores y yo, estamos más cerca de ellos que de los hombres del Paleolítico... y entonces es necesario que sigamos tratando de meternos en su piel.

Estábamos en el «día» sexto, en la sexta etapa del Gran Plan, del Gran Designio. Lenta y amorosamente, cada generación ha ido cumpliendo su tarea con una paciencia de constructores de catedrales. Los Celestes, a los doce mil años del aterrizaje de sus antepasados cosmonautas, se han hecho hombres de adopción. La Tierra es su paraíso. Ellos viven en Edén, vasto parque en el que los laboratorios se hallan en pleno florecimiento y funcionan atendidos por un selecto muestrario de servidores indígenas, que veneran a sus amos como unos primitivos pueden venerar a unos dioses.

En el resto del planeta, la flora y la fauna han encontrado un equilibrio biológico satisfactorio, ahora que la casi totalidad de las especies indígenas, reconstituidas a partir de sus cromosomas y estabilizadas en Edén, han sido dejadas a su espontaneidad en la naturaleza.

Los Celestes se sienten felices. Su raza tiene bien probada su inalterabilidad, ahora que han transcurrido doce milenios sin otros incidentes graves que algunos asomos de mutación fácilmente advertidos durante los primeros días de vida de los sujetos y resueltos mediante plácidas eutanasias. La estabilidad psíquica, tan asegurada como la física y más importante aún,

no ha planteado problema alguno a lo largo de esos milenios: *LOS* Elohim *HA* sido siempre como UNO.

A partir del «día» sexto, estando ya en su punto todo lo esencial, va a ponerse de moda para bastantes milenios una nueva rama de la zoología, la antropología o estudio especializado del animal llamado «hombre». El tema promete ser apasionante: este indígena al que se encontró tallando sílex y cuyos congéneres que viven fuera del Edén continúan tallando sílex, ¡este indígena va a ser ascendido, a través de un largo perfeccionamiento, a igual categoría que la de los Celestes! ¡Dentro de algunos milenios, equipos de terrestres (ya mejorados) habrán de partir a llevar la civilización a otros mundos de la Galaxia!

¿Por qué tienen los dioses tal obligación? No lo sé. Pero esta obligación es algo que se percibe en la tradición hebraica tanto como en los demás Libros Sagrados, por lo cual puede considerársela como muy probablemente cierta. No tratemos de comprender nada por encima de nuestra condición; limitémonos a reconocer que, aunque los dioses no tengan destino, parecen tener, no obstante, una ética.

Evidentemente, el admitir la intervención de unos biólogos animados de las intenciones que yo les atribuyo explicaría muchas de las anomalías que se han constatado en la evolución de las especies terrestres. En este capítulo me he lanzado a soñar sobre cuanto sugiere la lectura de los Libros Sagrados idolátricos; he extremado mis suposiciones hasta los límites que autoriza el texto bíblico, y nada de lo que aquí he propuesto es contradicho por el único texto conservado por un pueblo al que le estaba terminantemente prohibido alterar una sola tilde de la Escritura Sagrada. Pero hay que guardarse de considerar «probable» lo que es simplemente «posible». Y «posible» es lo que no es contradicho por ningún dato conocido.

Volvamos ahora al texto bíblico.

26

¿SOMOS NOSOTROS DIOSES?

Confío en haberos reconciliado ya con la idea medieval de que, cuando se cumpliesen los tiempos, los hombres podrían engendrar dioses. Retomemos, pues, el hilo del relato histórico, que habíamos dejado colgando al final del capítulo 22: el Señor de los Celestes acaba de revelar a los ejemplares de la humanidad que viven dentro del jardín experimental del Edén, su función de padres en la fecundación de las mujeres.

Según enseña la tradición, hay en adelante dos clases de hombres en la Tierra: *los elegidos,* que viven en Edén y entre los que el macho acaba de ser investido de las responsabilidades del padre de familia, y *los otros,* los irresponsables.

Bueno será recordar que el paso del matriarcado al patriarcado no constituye necesariamente, de suyo, un progreso.

En las sociedades que ignoran (a veces, por lo demás, sistemáticamente) el papel del padre, es probable que todo el mundo viva dichoso: los machos guerrean contra los machos de las comunidades vecinas, salen a cazar las especies comestibles, se cuentan unos a otros historias de caza y preservan el derecho a la existencia de la especie frente a las demás especies enemigas; las hembras producen y crían los hijos, se ocupan del hogar y rigen la comunidad.

El instinto de cada sexo está satisfecho así: el macho aporta grandes esfuerzos esporádicos, la hembra un esfuerzo menor pero continuo.

Este instinto es, sin duda, primordial, puesto que basta el más mínimo relajamiento de la tradición judío-cristiana para que resurja intacto, para que el macho humano manifieste lo que los sociólogos denominan «dimisión del padre».

Probablemente, el papel fisiológico del padre en la procreación, que

los hombres de antes del cataclismo de —21 500 conocían sin duda, habría acabado por ser redescubierto de todos modos, por vía experimental, en las sociedades humanas. Saber que en cada coito puede fecundar es sólo una etapa para el macho. La revolución espiritual esbozada en el Edén tendía a crear, artificialmente según parece, un amor paternal comparable al amor maternal. El amor paternal es contrario a la naturaleza: ¿qué hombre, por muy bien que sepa el poder de su esperma, ha tomado nunca precauciones para no hacerle a una prostituta un niño que será el hijo de ambos? ¡No, el instinto paternal no existe en la naturaleza!

La tradición judío-cristiana es la única que esbozó esta mutación profunda que transferiría al macho humano una parte del instinto «maternal», que haría del amor del padre un amor igual o muy similar al de la madre.

La experiencia de treinta y cinco siglos ha demostrado que es la cultura judío-cristiana, en la que la familia está organizada a base del principio patriarcal de la tradición hebrea, la mejor armada para imponer su ley al resto del planeta... sea con el material humano «elegido místicamente» de los descendientes directos de Moisés, sea con la avalancha de los «bárbaros» integrados en la tradición por medio del bautismo cristiano... por el bautismo cristiano más el catálogo completo de las obligaciones impuestas por el cristianismo, que, en general, ha resultado tan apto como el judaísmo para crear en el hombre reflejos condicionados y para garantizar a las comunidades judío-cristianas su actual supremacía.

Los juicios de valor, humanistas o humanitarios, nada tienen que ver con el razonamiento que este capítulo propone. Nos esforzamos por razonar como los dioses condicionadores y no como los hombres condicionados. Debemos obligarnos a razonar como Pavlov, que provoca artificialmente el proceso de insalivación del perro mediante el encendido de una bombilla, y no como el perro que «cree» encender mágicamente esa bombilla al insalivar.

En la óptica de tales dioses sólo cuenta la eficacia: el condicionamiento y las mutaciones pretendidas ¿harán o no a los «elegidos» del Edén más aptos para dominar al resto del planeta «creado» por los dioses?

La experiencia demuestra que el condicionamiento en cuestión era positivo.

Pero aquellos dioses ¿existieron verdaderamente, y nosotros hemos llegado en verdad al «cumplimiento de los tiempos» que nos autorizaría a meternos en su piel, a identificarnos con ellos?

Si aquellos dioses no existieron, habrá que atribuir a una magia milagrosa el que Moisés conociese el condicionamiento de los hombres para asegurar la perennidad de sus «elegidos».

Y es en la medida misma en que somos capaces de preferir la explicación racional, que yo propongo, a la explicación por alguna milagrosa magia, introducirnos la piel de unos dioses cuya existencia es suficiente y necesaria para llegar a explicar racionalmente hechos comprobados por la experiencia.

27

LOS PROBLEMAS DE LA EXPERIMENTACION

El experimentar sobre una especie animal requiere la existencia de una «estirpe» pura, cuyo «árbol» genealógico sea conocido y esté libre de malas uniones, injertos o adherencias por lo menos desde hace más de cincuenta generaciones y, a ser posible, desde más de cien. Nuestros biólogos disponen de estirpes de ratones que son así de puras.

Ahora bien, para obtener una raza humana de una pureza equivalente hay que disponer de un muestrario de machos y hembras que se emparejan conforme a los principios de la eugenesia, cuyos vástagos se unan siguiendo estos mismos principios, y así sucesivamente por lo menos a lo largo de doscientas generaciones, dado que el bagaje genético del ser humano es más complejo que el del ratón. Para disponer de una raza de humanos que pueda decirse pura hay que criar por este procedimiento varias familias enteras durante por lo menos cuatro mil años, y, preferentemente, durante cinco o seis mil.

A partir de la aparición de una raza humana así estabilizada, podría empezar por fin la experimentación: se aísla a una treintena de parejas humanas, quince de las cuales servirán de grupo testigo mientras a las otras quince se las somete a la experimentación proyectada, mediante cruzamientos, procesos químicos o vivisección. Los resultados de tal experimentación sólo podrán estudiarse en serio al cabo de cuatro o cinco generaciones, es decir, transcurrido un siglo.

El texto bíblico, si no se le solicita indebidamente y no se le fuerza a decir más que lo que dice, relata exactamente esto: los ejemplares de humanos seleccionados de entre los que aparecieron entre el primer «día» y el segundo han sido mantenidos dentro del Edén, tratados con el esmero

con que tratan los biólogos a sus animales de experimentación: eliminando los ejemplares defectuosos y controlando las fecundaciones para mejorar la casta. Transcurrido el número de milenios necesario para que los «adanes» constituyesen una raza pura, en el sentido que los biólogos dan a este término, el Señor de los Celestes inició la experimentación, en el «día» sexto. Una experimentación que no excluía ni la vivisección ni la intervención al nivel de los cromosomas.

Perdónenme la machaconería: si (por un imposible) nuestros biólogos hallaran en Venus un material genético «adormecido» y consiguieran «reanimarlo», produciendo así unos bípedos humanoides, no sería ya cuestión de experimentar con estos bípedos como con animales. Si, por el contrario, una misión científica humana depositada en un sistema planetario situado a mil años de luz del nuestro, encontrase unos bípedos análogos, experimentaría con ellos como nosotros experimentamos con los monos. Pues bien, para los Celestes del mito, nuestros antepasados no eran sino monos. Y los Celestes del mito disponían de milenios para llevar a cabo sus experimentaciones, para fijar las razas. El relato bíblico es coherente, pero sólo si se toma en bloque: los Celestes son una treintena, *están separados de su planeta de origen,* y ejecutan un plan trazado para milenios.

No todo el mundo está obligado a conocer la amplia gama de investigaciones que realizan nuestros biólogos. Pondré, pues, un ejemplo: en *L'origen des espèces,* de Emile Guyénot (pág. 99), se dice que «Karpetchenko ha logrado hibridar el rábano *(Raphanus sativus)* con la col *(Brassica oleracea),* vegetales que pertenecen a dos géneros distintos. Cada una de estas dos especies tiene 18 cromosomas, pero no homólogos. Los híbridos tienen también 18 cromosomas, 9 de *Raphanus* y 9 de *Brassica;* todos son vigorosos, pero estériles. Un buen día se produce un accidente que da por resultado unas células tetraploides, dotadas de 9 + 9 cromosomas *Brassica.* Con ello, se forman granos de simiente y nace una especie nueva, incapaz de reproducirse con las especies parientes».

«*Se forman granos de simiente y nace una especie nueva*»: esto lo escribe Emile Guyénot, miembro del Instituto de Francia, biólogo autorizado, cuyo libro fue publicado por primera vez en 1944 (Presses Universitaires de France) y andaba en 1966 por la sexta edición, revisada y puesta al día. Emile Guyénot usa un francés elegante y claro para expresar unas ideas no menos claras y precisas. Nada autoriza a pensar que la resonancia bíblica explica la «creación» de la flora por los Elohim.

Lo que Karpetchenko ha hecho con la col y el rábano, ¿puede hacerse con dos especies animales? Sí, a condición de que se opere con especies que tengan el mismo número de cromosomas... y siempre que se espere

que la biología haya progresado lo bastante para producir mutaciones en el plano genético animal. Pero el principio es el mismo y ya se conoce.

Confiar en obtener mutaciones dentro de la especie humana, en fabricar según lo requiera la demanda estirpes de superhombres, razas de obreros tan sumisos y tenaces como las hormigas, castas de chóferes carentes de imaginación y familias de matemáticos que sientan horror a conducir... todo esto sería evidentemente prematuro en el estado actual de los conocimientos humanos. Pero, en teoría, es ya perfectamente concebible.

Y esta biología, que la teoría permite hoy concebir para el futuro, es la que describe el texto bíblico atribuyéndosela a los Celestes.

La impresión que se saca al leer la tradición con la idea preconcebida de que el mero azar no puede explicar todo esto, es la de que los Celestes tenían la intención de «crear» en Edén una especie artificialmente mutada, a lo largo de milenios, partiendo del material humano indígena, para conceder luego a tales «elegidos» el dominio y el disfrute del planeta entero, con la condición o el encargo de que asegurasen una felicidad «bovina» al resto de la humanidad, abandonada a la evolución natural y a la que ni siquiera se le habría enseñado a fabricar un simple arco antes de que su psiquismo hubiese llegado, naturalmente, al grado de evolución que hace inventar el arco.

¿Habría evolucionado mejor la humanidad y estaría hoy en el estado del «buen salvaje» con que soñaba el siglo de Voltaire, si no se hubiese producido el incidente pasajero que indujo a los Celestes a marcharse de nuestro planeta abandonando a su suerte a los «elegidos» del Edén cuando todavía no estaban éstos suficientemente preparados para desempeñar sus funciones de concesionarios? Cabe pensar esto sin sentirse demasiado solo. Platón, al interpretar el pensamiento de los dioses, no desecha tal idea; los teólogos medievales, al interpretar la acción angélica, no la desechan tampoco, y todavía en Cournot* (1801-1877) se hallan ecos de esta concepción, ¡en plena mitad del siglo XIX, y en medio de la arrogancia del más envarado racionalismo!

Es menester, por cierto, dar la razón a Karl Marx,* hombre del siglo XIX, cuando afirma que el principio mismo de la sociología es utópico, porque el hombre no puede ser a la vez sociólogo observador y sujeto social observado. La sociología —y a mayor abundamiento todo afán de modificar la naturaleza humana— ha de dejarse para los débiles mentales, en un universo supuestamente *humanista* (vale decir, en el que se pretende que la civilización se ha originado *del hombre,* ha evolucionado *por el hombre* y ha sido hecha *para el hombre*).

La inadaptación de los sociólogos en el mundo contemporáneo encuen-

tra su explicación en Marx: los sociólogos se jactan de «humanistas», cuando lo cierto es que no tienen cabida más que en un escenario medieval, en un ambiente de contestación básica frente al materialismo humanista y en el planeamiento de una moral para la que la experimentación sobre el hombre sea no sólo lícita sino hasta sumamente recomendable.

Los sociólogos solamente pueden desempeñar un papel *activo* cuando la humanidad está repartida en dioses (sociólogos-experimentadores) y hombres (sujetos de experiencia). ¡El sexto «día» del texto bíblico es el «día» de la sociología!

Y es también el «día» en que se produjo un incidente casual que, como nos muestra el texto bíblico, tuvo por consecuencia la marcha definitiva de los Celestes. La responsabilidad de semejante catástrofe ¿le incumbe al material humano, culpable del pecado original, según enseñan los sociólogos-teólogos? ¿Será siempre el responsable de tal fracaso el maestro, el sociólogo, que no tiene derecho a engañarse, según profesan los estudiantes de la generación actual?

Leído el texto bíblico con la óptica humana, que es la de los cristianos, hace que pese la responsabilidad sobre los hombres. Leído, en cambio, con la óptica de los dioses, es a éstos a los que hay que cargar la responsabilidad, por lo menos la inicial. Pero, antes de filosofar, volvamos a terreno conocido.

El experimentar con animales consiste en dividir en dos grupos observables un muestrario de ejemplares de raza pura: el grupo sometido a la experiencia y el grupo testigo; si las hembras que han recibido talidomida[1] producen monstruos sin patas, mientras que las del grupo testigo tienen una prole normal, habiendo sido igual la alimentación para los dos grupos, es cosa que no admite duda que la diferencia en los resultados genéticos se debe a la acción de la talidomida. Cuando se trabaja con ratas o con monos, esto no plantea ningún problema. Pero —y esto parece que gusta olvidarlo— es al no disponer de un material de experiencia «casi» humano cuando se producen catástrofes como la de la talidomida.

Ahora bien, trabajando sobre el hombre, aun cuando los experimentadores sean unos Celestes para quienes el hombre no es más «sagrado» que para nosotros el mono, surgen problemas especiales: el hombre habla.

A unos simios sujetos de experiencia puede dejárseles en jaulas próximas a las de los simios testigos: la experiencia proseguirá sin incidentes, sin que haya comentarios o cambios de impresiones de jaula a jaula, es

[1] La talidomida es una droga de efectos sedantes y calmantes que se cree afecta perniciosamente los tejidos del feto hasta el tercer mes de su gestación.

decir, sin que nada falsee la experiencia, ni siquiera en el caso de que en ésta se indague alguna mutación psíquica.

Cuando se experimenta con hombres, hay que establecer, evidentemente, una rigurosa separación entre los dos grupos. Pero si se encierra a un grupo, sea al sujeto de experimentación sea al testigo, el traumatismo concentracionario alterará las condiciones de la experiencia y la falseará.

¿Topamos aquí con un obstáculo insuperable? Ciertamente que no, basta con jugar hábilmente con los resortes del psiquismo humano y suspender algunas de sus funciones. El principio en que se basa la vida conventual de clausura rigurosa es tan eficaz como el que sirve de base al encierro carcelario, y, sin embargo, a nadie traumatiza si se le aplica bien. Este mismo principio es, precisamente, el que describe el texto bíblico: los adanes-hortelanos o jardineros del Edén, que constituyen el grupo-testimonio, están autorizados a «comer de todo árbol» excepto de uno cuyo fruto les es prohibido: el «árbol de la ciencia», del que puede pensarse que sólo los mutantes pueden «cober» (volveremos a ello en el capítulo 30).

Antes de ir más lejos, hay que entender lo que puede significar, para el texto hebreo, el hecho de «comer de un árbol».

Existen diccionarios especializados en hebreo bíblico que, junto a *cada una* de las palabras empleadas en el texto de la Biblia indican *todos* los pasajes en que vuelve a aparecer esa palabra. Por ejemplo, el verbo hebreo que significa «comer» sale a menudo en contextos en los que sólo puede querer decir eso, «comer»; pero aparece también en otros contextos en los que tiene un significado no por distinto menos evidente, Así, v.g., en el *Libro de Ezequiel*, al comienzo del capítulo III, se lee que una voz le ordena al profeta que *coma* un rollo o libro que tiene delante, que *se llene el vientre e hinche las entrañas* con él y vaya a continuación a enseñar lo que así, *comiéndose* el libro, haya aprendido.

Y henos aquí, llegados al capítulo III del *Génesis*, en el que un tentador induce a Eva a comer el fruto del árbol de la ciencia-del-bien-y-del-mal, hecho lo cual por ella y por su compañero, se les abren a ambos los ojos, y el Señor de los Celestes ha de arrojarles inmediatamente fuera de las puertas de un Edén en el que —cosa bien extraña— no quiere que haya, bajo ningún pretexto, humanos que conozcan el bien y el mal.

Este es el capítulo genesíaco predilecto de los teólogos, de los moralistas y de cuantos, aun sin haber leído nunca la Biblia, saben, con todo, por haberlo oído, que Dios habría castigado al hombre por el delito de haber comido una manzana.

28

EL ARBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL

> La serpiente dijo a la mujer: «Los Celestes saben que, el día que de él comáis, se os abrirán los ojos y seréis como los Celestes, sabedores del bien y del mal».
>
> (GÉNESIS, III, 4-5)

Los traductores y los exégetas hacen lo que pueden... pero ahí está el texto hebreo: para incitar a la mujer a «comer», la serpiente le asegura que, cuando hayan «comido», los humanos serán «como los Elohim», término este último sumamente enojoso y arduo para exégetas y traductores, a poco que se reflexione sobre él. Reflexionemos: si «Elohim» designara a un Dios Inmaterial, nosotros nos habríamos convertido en Dios (idea sacrílega) y en Inmaterial (idea estúpida). Si, por el contrario, «Elohim» designa a «los Celestes», el texto bíblico confirma él mismo la interpretación que yo propongo de él... y la confirma doblemente, puesto que, al final del capítulo, el Señor de los Celestes reconoce de forma implícita que la serpiente ha dicho la verdad y que él, Señor de los Celestes, no.

> Entonces el Adonay de los Elohim dijo: «He ahí al hombre hecho como uno de nosotros, gracias a la ciencia del bien y del mal».
>
> (GÉNESIS, III, 22)

¿Por qué se habrá estado esperando para reconocer una evidencia tan flagrante? Sigamos reflexionando:

a) los creyentes prefieren cualquier exégesis, por necia que sea, a la suposición de que su Dios es un embustero;

b) los no creyentes se dan por satisfechos con recalcar la necedad de un texto que ellos tienen por un amasijo de supersticiones.

Y aun a costa de ponerme pesado con tanta insistencia, repetiré que todos los libros que se han propuesto demostrar que la Biblia es un texto de historia lo hacen a partir del capítulo XII del *Génesis,* aquel en que Abraham parte de su ciudad natal de Ur, en Caldea. Del capítulo XII en adelante, el texto aparece muy claro: son los hombres los que actúan, y a los Celestes sólo se les invoca, como a una creencia primitiva.

Todos los libros que se han dedicado a probar que la Biblia es un relato histórico *a partir del capítulo XII del Génesis,* pasan vergonzantemente como gato por brasas por los once capítulos primeros, en los que el hombre no es más que un juguete en manos de los Elohim que viven en la Tierra.

Que sepamos los editores del presente libro, mis amigos, mis conocidos y yo mismo, soy yo el primero que intenta demostrar que el comienzo del *Génesis,* sus once primeros capítulos, que relatan la acción de los Celestes, no sólo resultan históricamente verosímiles, sino que constituyen un informe de hechos cuya realidad histórica ningún hombre podía afirmarla hace cincuenta años.

¿Que por qué soy yo el primero? Pues, por una parte, porque alguien tenía que serlo y, por otra, porque la plausibilidad racional de la tesis que propongo solamente es posible desde hace una docena de años: desde que por primera vez ha dejado de estar sometido un hombre a la gravitación terrestre... «repitiendo con ello los actos relatados al comienzo del *Génesis*».

29

EL DIA SEXTO

Desde febrero de 1963, en que, con la aparición en las librerías de *Les Cahiers de cours de Moïse*, me proclamaba caballero de la Dama Evidencia, he comprendido que nada hace desistir de sus certezas a quienes sienten la *necesidad* de creer a pies juntillas en la irracionalidad del texto bíblico: unos necesitan nutrir su fe con sobrenaturalismos; otros, arrumbar el texto bíblico entre las supersticiones.

No intentaré yo, en consecuencia, ir demostrando párrafo por párrafo que las cosas sucedieron tal y como las expongo, sino que trataré de reconstruir su proceso como la lógica exige que ocurriesen, en un relato novelado que se pueda —si se quiere— leer como se leen las novelas, o cotejándolo punto por punto con el texto de referencia.

A la «serpiente» que incitó a la mujer a «comer» la ciencia, nos la presenta el texto como «el más astuto de todos los animales *creados* por el Señor de los Celestes», lo cual induce a ver en ella a un indígena en curso de mutación. Lo cierto es que aquella «serpiente» sabía más que los hombres-jardineros y sabía tanto como los Elohim acerca de los efectos que produciría el fruto del «árbol de la ciencia del bien y del mal», pues la promesa que les hace a los tentados se cumple, se les abren los ojos.

Está clarísimo que el tal animal había ya «comido» del árbol.

El término «serpiente» sería, pues, un insulto lanzado contra el mutante que no ha resistido a las ganas de pasmar a sus congéneres del grupo-testigo mostrándoles la amplitud de sus conocimientos recién adquiridos.

Apenas absorbida la ciencia, los ojos se les abren al hombre y a la mujer. Se dan cuenta de que están «desnudos». Esto sucede muy de prisa; no necesariamente tan de prisa como el tragarse una píldora, pero cabe pensar

que sólo se trataba de la revelación de un principio general: por ejemplo, la revelación de que los Celestes son, en realidad, de igual naturaleza que los hombres, y del hecho de que la experiencia en curso tiene por finalidad convertir al mutante, a la «serpiente», en parigual de los dioses.

El grupo-testigo no quiere creerlo: «¡Los dioses son de naturaleza divina! ¡Tú eres un provocador!» Picado en lo más vivo, el tentador propone mostrarles las pruebas en el interior del «árbol de la ciencia». El grupo-testigo rehúsa aceptar: el Señor de los Celestes les ha advertido explícitamente que morirían si llegasen a entrar en ese laboratorio, si «comiesen» los libros y grabados que en él se guardan. El tentador les certifica de que no morirán y de que, en un instante, su ciencia se hará equivalente a la de los Celestes. Nada se nos dice de los argumentos empleados por el tentador y cada cual puede imaginarse los que más le habrían convencido a sí mismo si se hubiese hallado en el grupo-testigo.

El texto se limita a referir los sucesos a grandes trazos: el hombre y la mujer se dejan convencer, «comen»... y comprueban que no caen muertos: por consiguiente, el Señor les había mentido. Ya nunca le creerán a ciegas. Y han aprendido, sin duda, otras cosas también, puesto que el texto indica que, de repente, el hombre y la mujer han cobrado conciencia de que están «desnudos».

«Estar desnudo», en el hebreo bíblico, significa «estar desnudo», lo mismo que «comer» significa «comer». Pero «ponerse un vestido» quiere decir expresamente «adquirir un patrimonio cultural», según lo confirma Alexandre Safran en su obra *La Kabala.* Y en el relato del *Génesis* lo primero que hacen el hombre y la mujer en cuanto caen en la cuenta de que están en cueros es fabricarse unos vestidos con hojas de higuera. Una chapuza evidente: un patrimonio cultural de autodidactas.

Pero el Señor de los Celestes vuelve a entrar en seguida en la historia. Busca al adán. No se trata en modo alguno de un Dios-Todopoderoso-y-Omnisciente, sino del Señor de los Celestes que se ha descuidado en su vigilancia, que se ha dejado sorprender, que no creía que el hombre fuese capaz de transgredir una orden «divina». Encuentra de nuevo al adán y lo primero que le salta a la vista es el «vestido de hojas de higuera».

El diálogo entre el Señor y el adán, tal como lo da el texto bíblico, es, o abominable sacrilegio si decimos que se trata ahí de Dios estafado y burlado por su jardinero, o consecuencia lógica del coherente relato que halla el lector si no rechaza las ilaciones y coherencias lógicas cuando se presentan. El Señor se hace explicar la cosa y evalúa el alcance de los daños.

Además, maldice a la «serpiente».

Pero esta «serpiente» nos es presentada como «el más astuto de los ani-

males terrestres». Si se tratara de un reptil, cuya creación es varios «días» anterior, ¡el condenarlo a *reptar* sería absurdo! Condenar a una «serpiente» a que «se arrastre sobre su pecho», a que *repte*, sólo tiene sentido si ahí el término «serpiente» es un insulto. Añádase que un animal que hable es contrario al espíritu de la Biblia. ¿Será, pues, esta «serpiente» un humano mutante, destinado en un principio a convertirse en Celeste, y maldito a partir de ahora, condenado a seguir pegado al suelo, como los hombres viles, como los animales que por él se arrastran? Yo así lo creo.

Y todos los ejemplares humanos que viven en Edén son malditos por la misma causa: la mujer verá multiplicar sus sufrimientos. Y sus preñeces... ¿*Y* sus preñeces, decimos? ¿Es que la mujer quedaba preñada en Edén menos veces que lo que quedará bajo la mera ley de la naturaleza? ¿Practicaban sobre ella los biólogos edénicos el control de embarazos y de nacimientos?

> *El texto hebreo* (véase la traducción de Dhorme —ed. *La Pléiade*— y la traducción del rabinado) *pone* Y; *las Biblias corrientes, saltándose esta conjunción, falsean el texto y traducen: «Yo multiplicaré los trabajos* DE *tus preñeces.» Es uno de los ejemplos más palmarios de la distorsión del texto bíblico por los exégetas y los traductores.*

La maldición abarca todo: el suelo (que queda, en efecto, abandonado por los Celestes, los cuales no intervendrán ya más en mantener el equilibrio biológico) y el hombre (que cultivará por procedimientos primitivos, perdiendo el material perfeccionado de Edén).

¿Y por qué todas estas maldiciones, todas estas renuncias a un Gran Plan que se presentaba tan prometedor? ¿Porque el bípedo indígena ha «comido la ciencia del bien y del mal», lo que en principio debería hacerle tan amable? ¿Porque este bípedo ha advertido que estaba desnudo y se ha cubierto los genitales? ¿Porque ha desobedecido? Nada de esto parece serio. Seguramente hubo algo más grave, algo que debe traslucirse del contexto mismo si leemos con atención.

Lo que sorprende ante todo al lector atento es que el Señor de los Elohim acepte los hechos consumados: él mismo se pone a fabricar unas «túnicas pellíceas» para sustituir los «vestidos» de hojas torpemente unidas. La segunda cosa que sorprende es que el Señor de los Elohim no dirija ningún reproche al hombre y a la mujer; incluso declara que no es para castigar su desobediencia por lo que expulsa del Paraíso edénico al hombre y a la mujer... Estos son expulsados, muy explícitamente porque:

> «He ahí al hombre hecho como uno de nosotros, gracias a la ciencia del bien y del mal. ¡Ahora hay que evitar que alargue la mano y tome también del árbol de la vida!»
>
> (Génesis, III, 22)

Adán y Eva son expulsados porque acaban de enterarse de algo que no habrían debido saber, de algo que hace que su presencia les resulte peligrosa a los Celestes: ¡sus ojos se han abierto, conocen el bien y el mal!

El texto no podría ser más terminante: el hombre es ya «como uno de nosotros», dice el Señor de los Celestes, el Adonay de los Elohim, dirigiéndose, sin duda alguna, a éstos. Y el texto precisa a continuación que, si el hombre llegase a comer del árbol de la vida, le bastaría con ello «para vivir perpetuamente».

Henos aquí, pues, por fin, en el punto de la opción definitiva:

> O se rechaza sistemáticamente toda posibilidad de que el texto bíblico constituya un relato coherente... y mi tentativa de buscar en él una coherencia es un fantaseo absurdo, un juego baladí,
>
> O no se rechaza nada sistemáticamente...

Para quien se decida por el rechazo, el diálogo concluye aquí.

En cambio, si se acepta la segunda parte del dilema, siquiera sea a beneficio de inventario, insistiré —y perdóneseme la machaconería— en que mi hipótesis tampoco hay que aceptarla, de suyo, mientras no le aporte la confirmación experimental el descubrimiento del «arco de alianza»; pero, si se acepta, al momento se empieza a ver cómo toda una serie de datos perfectamente coherentes se van separando de la ganga de las exégesis más o menos gratuitas o disparatadas.

La pluralidad de los Celestes nos ha sido ya confirmada por el propio texto, que pone el «como uno de nosotros» en boca del Señor de los Elohim.

En lo que atañe a la experiencia que yo proponía que leyésemos en el relato, cuadra muy bien con el contexto: el mutante, la «serpiente» de la narración, ha demostrado que la experiencia ha fracasado, puesto que él no ha sido capaz de guardar el secreto que le confiaran como al «más astuto de todos», sobre el efecto aumentador de la inteligencia propio del «árbol de la ciencia». Que el fracaso sea debido a un defecto inicial, a una tara del material humano, o a un error de los biólogos que dirigían la obra de la mutación, no pasa de ser un detalle técnico. Lo que cuenta es que ha habido un fallo, un fracaso.

Este fracaso es tanto más total cuanto que ya no puede reemprenderse la experiencia a partir de cero: la «serpiente» ha hecho perder a la única estirpe humana pura de que disponían los Celestes biólogos, a la raza estabilizada y seleccionada durante milenios de procreaciones controladas, su «pureza», su ignorancia original.

La experiencia mutacionista ¿trataba de obtener, mediante una intervención física al nivel de los cromosomas, una modificación espiritual? Esta es la única explicación que cuadra con el contexto. ¿Por qué no seguir experimentando? Pues porque una experiencia sin cotejo con un grupo-testigo no es ya una experiencia, sino un puro juego de azar.

¿Y no hay por qué expulsarles del Edén? No. Pero los hombres han sabido «por primera vez» que los Celestes eran mentirosos, y además han «comido» también ellos esa «ciencia del bien y del mal» de la que si no he dicho nada es porque no tengo más que decir que lo que de ella dice el texto: a partir de la ingestión de esa ciencia, que ha conducido al puerto de una túnica de piel, ha aparecido el peligro de que «el hombre alargue la mano», «coma» de otro árbol más instructivo aún, «del árbol de la vida», y (por emplear la formulación misma del texto bíblico) «viva para siempre, viva perpetuamente».

El hombre sabía ya demasiado para ser sólo hombre y no todavía lo bastante para que se le aceptara como dios... con lo cual, representaba un peligro para la continuación de las operaciones.

Los Celestes quedan decepcionados, y hasta puede que desanimados. Mas, así y todo, se muestran muy amables y generosos: su Señor cose él mismo una «túnica pellícea», que la tradición ha interpretado siempre como un bagaje cultural, para dársela a ese hombre que los Celestes procurarán en adelante que mejore por sus propios medios.

No recuerdo qué científico decía que «el autodidactismo es el más difícil camino de acceso a los conocimientos», y esto es lo que ocurrió en Edén: por haber querido saborear prematuramente la ciencia «del bien y del mal», el hombre perdió a sus benévolos colonizadores y se vio en la necesidad de arreglárselas por sí solo.

Los Celestes fueron de lo más amable:

> El Señor de los Celestes despidió, pues, al hombre y le sacó del jardín de Edén para que cultivara la tierra de la que había sido tomado.
>
> (GÉNESIS, III, 23)

Los Celestes se muestran como dechados de gentileza: su «túnica pellícea» proporcionará al hombre los conocimientos necesarios para pasar

de la economía de caza y rebusca a la economía agrícola y ganadera, paso éste que constituye la transición entre el Paleolítico y el Neolítico[1], en la terminología de los etnólogos contemporáneos.

El texto bíblico nos hace un buen servicio al darnos los informes con tanta precisión: todo esto ocurre el «día» séptimo, cuando el sol equinoccial se eleva por Cáncer; estamos en el «tramo» que va de —8850 a —6690.

Efectivamente, constata la etnología que hacia —8000 se produjo lo que André Leroi-Gourhan ha llamado «una explosión innovadora»: entre las comunidades humanas de la cuenca del Mediterráneo aparecen innovadores que aportan la invención del arco y pasmosos conocimientos de botánica que permiten a los primitivos transformar el trigo silvestre en trigo de cultivo mediante una razonada selección de las semillas. Sí, estos saberes botánicos han sido atestiguados en Jarmo (Turquía) y en Jericó. Hasta la fecha, no se ha dado ninguna explicación satisfactoria del genial impulso que posibilitó, hacia el —8000, tales progresos, como no sea la que, modestia aparte, he propuesto yo en mi libro *La Lune, clé de la Bible* (1968). Creo que no sorprenderé a nadie si digo que mi explicación se basa en la hipótesis de la realidad concreta de los Celestes del texto bíblico.

[1] Se llama neolítica a la segunda edad de piedra o sea la de la piedra pulimentada.

30

EL REINO DE LOS SUPERHOMBRES

«Al final del Paleolítico, en las sociedades perimediterráneas se produce una radical transformación tecnoeconómica. Entre 8000 y 5000 antes de nuestra era, aparece el dispositivo tecno-económico basado en la agricultura y la ganadería, y las sociedades van tomando una forma totalmente diferente de la que habían tenido desde los orígenes... En los hoy célebres sitios arqueológicos de Jarmo, Shanidar, Zawi-Chemi y Catal Huyuk, hay testimonios de que entre 8000 y 6000 antes de nuestra era se pasó de la primitiva economía de los recolectores de cereales silvestres y los cazadores de gamos a la economía de los cultivadores de trigo y de los criadores de ganado.» Esto se lee en *Le Geste et la Parole,* de A. Leroi-Gourhan, quien precisa igualmente que «el arte paleolítico se extingue al cambiar las condiciones de la existencia hacia el año 8000 antes de nuestra era».

Hacia —8000, en los comienzos del séptimo «día», sucede todo *como si* los ejemplares humanos expulsados del Edén con la expresa misión de cultivar la tierra de la que habían sido tomados, se hubiesen impuesto a modo de Reyes-Superhombres, fácilmente identificables con los «gigantes» de las leyendas, y hubiesen aportado a las comunidades, sumidas aún en la primitivez de sus costumbres paleolíticas, la serie de *invenciones* y de conocimientos que constituyen el «vestido pellíceo» confeccionado para ellos por el Señor de los Celestes. Me sería tanto más fácil llevar el agua a mi molino puesto que A. Leroi-Gourhan* comenta (t. I, p. 223): «El mundo primitivo y el mundo de los agricultores y los ganaderos son al parecer tan diferentes que, como no se imagine una "invención", no se comprende a primera vista cómo podrían articularse.»

Pero el profesor Leroi-Gourhan no avala del todo mi hipótesis (en la forma simplemente esbozada en que tuvo a bien conocerla en diciembre

de 1967): con mucha cortesía, reconoció que yo razonaba a base de hipótesis respetables, pero añadió que no siempre veía que en rigor se justificasen. Y esto es evidente: yo me esfuerzo por «imaginar el aporte de una invención», mientras que el profesor Leroi-Gourhan se veta el imaginarse nada, y nunca se aparta de los datos comprobados.

La experiencia me ha demostrado que, animadas por ciertos amigos del sensacionalismo, personas de buena fe se arriesgan a reprocharle a André Leroi-Gourhan un «conservadurismo típico de la cauta ciencia oficial». Sin embargo, A. Leroi-Gourhan es todo lo que se quiera menos un «conservador», y si toda la «ciencia oficial» se inspirase en él, la vida sería bellísima.

Si mi hipótesis es desmentida, los libros de Leroi-Gourhan seguirán siendo sólidos como rocas. Si mi hipótesis se confirma, a él le bastará con añadir que la «invención», cuya necesidad indicaba, se produjo realmente y que los que la aportaron fueron los humanos expulsados del Edén. Con lo que sus libros seguirán siendo una roca. Insisto que sin A. Leroi-Gourhan, mis «conjeturales» interpretaciones no pasarían de ser pura ficción.

Volvamos a nuestros Superhombres.

Hacia −8000 todo sucede *como si* unos hombres, descendientes de una estirpe criada por procedimientos experimentales en Edén y expulsados de allí después del *affaire* de la «serpiente», hubieran aparecido como Gigantes, como Reyes-Sacerdotes poseedores de una ciencia «milagrosa» a los ojos de sus congéneres descendientes de los hombres que habían evolucionado por su cuenta durante y después del cataclismo de −21 500, en un planeta cuyo equilibrio biológico los Celestes habían restablecido a lo largo de milenios.

Es lícito postular que las cosas ocurrieron efectivamente así, pues todos los datos de que se dispone coinciden. A fin de eliminar cualquier misticismo posible, cualquier fantasía mítica, vamos a llamar a aquellos «gigantes» —de los que nada nos da pie para pensar que fuesen de mayor estatura que los demás humanos, y todo induce a creer que llegaron como colonizadores cualificados, como concesionarios de los Celestes— vamos a llamarles, digo, los *Gerentes.* Para la etnología es hacia −8000 cuando se sitúa la necesidad de «imaginar una invención» que los Gerentes habrían aportado. A propósito de esto, conviene recordar que el más antiguo de los zodíacos conocidos, que se halla en el Louvre, proviene del templo egipcio de Denderah, y en él aparece el equinoccio en el signo de Leo, o sea en el *sexto «día»* del texto bíblico.

Respecto al recuerdo de los Celestes de mi hipótsis, tal como aparecen en los mitos «idólatras», no puedo menos de recomendar el libro de An-

drew Tomas *Les Secrets de l'Atlantide* (ed. Laffont), y ello tanto más gustosamente cuanto que estoy en desacuerdo con el autor en bastantes puntos, aunque no dispongo de datos que me permitan imponer mi punto de vista sobre el suyo. Yo estoy, por ejemplo, convencido de que los «idólatras» confunden casi sistemáticamente el cataclismo de la glaciación Würm-III (—21 500) con un suceso mucho más reciente, una inundación, un «diluvio» que dejó, concretamente en Mesopotamia, una capa de aluviones de unos tres metros de espesor, debajo de la cual se encuentran fragmentos de una cerámica rudimentaria trabajada a mano, mientras que encima se encuentran fragmentos de otra cerámica muchísimo más perfecta, trabajaba ya con el torno: al «diluvio» le corresponde la llegada de un «invento», el del torno de alfarería. Para más detalles, recomiendo el famoso libro de Werner Keller, *La Bible arrachée aux sables* (Presses Cité), y lo recomiendo tanto más a gusto cuanto que el autor ni siquiera se digna preguntarse si los once primeros capítulos de la Biblia merecen ser tomados en consideración.

No estoy de acuerdo ni con Andrew Tomas, que tiene los mitos idolátricos por equivalentes al texto bíblico, ni con Werner Keller, para quien, según parece, los once capítulos de la Biblia (únicos que a mí me interesan) serían una mitología supersticiosa. Si recomiendo los libros de estos dos autores es porque aportan multitud de datos concretos. La exploración del suelo lunar no tardaráa en dividirnos al interpretarlos: por mi parte, estoy convencido de que los Elohim, los Celestes, eran unos cosmonautas que encontraron la Tierra arrasada por el cataclismo de —21 500 y cuya marcha de nuestro planeta estuvo señalada hacia —7000 por un Diluvio muchísimo menos devastador.

Hay un punto en el que la concordancia entre el texto bíblico y sus homólogos idólatras es absoluta: los dioses se decepcionan, los dioses cobran conciencia de un fracaso grave. Su Gran Designio, su Gran Plan parece haber sido el de establecer un gobierno mundial único, monárquico, hereditario, ejercido por la raza pura de los Celestes reproduciéndose entre hermanos y hermanas, privilegio reservalo para los genéticamente puros.

A partir de ahí, todo son divergencias: los mitos idólatras afirman que el Gran Designio tuvo un comienzo de realización, que los Celestes reinaron sobre los hombres; del texto bíblico se deduce, en cambio, que el gobierno lo ejercieron los *Nefilim*, palabra hebrea que significa «los caídos» y que se suele traducir por «los gigantes». El significado literal de *caídos* es más coherente con el contexto, como corresponde a una traducción rigurosa: los «Gerentes» son «caídos», «decaídos» con relación a los Celestes que la tradición cristiana denomina «ángeles»; estos «caídos»,

estos «reptantes» aportan «la luz» a los hombres, según propone la tradición cristiana para Lucifer y la tradición griega para Prometeo, robador del fuego divino.

Sin adentrarnos por las complicaciones de la teología comparada, retengamos los datos en bruto: el Gran Plan existía, los «caídos» no comprendieron su alcance y significación sino demasiado tarde, después de la «caída». En cuanto lo comprendieron, transcribiéronlo todo en la tradición, que constituye la roca sobre la que está fundado el judío-cristianismo, que desde Moisés se arrogó la misión de pagar o suplir los vidrios rotos.

La lectura de los textos sagrados y la confrontación de estos datos con los datos de las ciencias de hoy permiten hacerse una idea aceptable de lo que habría sido la vida en la Tierra sin el «pecado original» de aquellos mutantes a los que los Celestes pensaban convertir en sus gerentes para que gobernaran a una humanidad dejada a su evolución natural, a una evolución natural en régimen de libertad vigilada. Habiendo interrumpido el «pecado original» la experiencia, que ya no podía recomenzarse, los Celestes fueron desfilando con lo que tenían de mundo: dejando a los hombres desenvolverse por sí solos, prohibieron la entrada al Edén a todo bípedo indígena, salvo para que les llevasen las carnes de sus rebaños (Abel) y las gramíneas, frutas y legumbres (Caín), como se dice en el capítulo IV del *Génesis*.

Pero los descendientes de Adán, a pesar del incidente acaecido el «día» séptimo, siguen siendo los gerentes-concesionarios legítimos, según expone la genealogía del capítulo V del *Génesis*. Estos Gerentes disponían, pues, del arsenal completo de los Divinos Milagros del Edén: de la electricidad, de los aviones, de todo el conjunto de realizaciones y adelantos técnicos que encontramos nosotros ingenuamente transcritos por los asombrados primitivos, cuyas leyendas remiten todas al remoto pasado lo que el Occidente judío-cristiano está realizando en la actualidad.

Llegando como llegarían a unas comunidades humanas tales como la arqueología y la etnología nos permiten imaginarlas hacia —8500, los Gerentes, descendiendo de helicópteros u otras máquinas semejantes, comunicándose entre sí por medio de radiotransistores portátiles, fulminando a las fieras con sus fusiles y carabinas, distribuyendo víveres, vitaminas y ropas, curando a los enfermos y enseñando la agricultura y otras artes, ¿cómo no iban a ser tomados por los primitivos como auténticos dioses? ¡Menudo trabajo hubiese costado hacerles comprender que no lo eran! ¿Cómo queréis que unas tribus primitivas fuesen capaces de distinguir entre los Celestes, venidos de otro sistema planetario en cosmonaves, y los Gerentes, venidos de las proximidades del Edén en helicópteros?

Los Gerentes, vanidosos y halagados, ¿aceptarían que se les venerara como a dioses, siendo así que habían recibido el encargo de presentarse como simples delegados-concesionarios? Es lo que parece poderse deducir de los textos y lo que dice la tradición hebraica, que califica de idólatras a las comunidades para las que la soberbia jactanciosa suplanta a la divinidad.

«Los dioses se repartieron la Tierra, sin disputa», dice Platón en el *Critias*. ¿Eran estos «dioses» los Celestes que el texto bíblico presenta siempre unidos y formando bloque? Lo más probable es que, así como confunden el cataclismo con el Diluvio, las leyendas idólatras hayan confundido el pequeño grupo de los Celestes con la promoción de los Gerentes que se beneficiaron de la concesión. En tal supuesto, todo lo que sigue se torna coherente.

Los impostores Gerentes ¿llegarían a pelearse entre sí en la medida que las imposturas de unos menoscabasen las ventajas de otros? Aquí también las leyendas sagradas, los datos históricos y el conocimiento que podamos tener de la naturaleza humana concuerdan por completo: los Gerentes se portan como tiranuelos investidos de un poder demasiado grande para su mezquindad moral. Riñen unos con otros, arrastran a los hombres confiados a su custodia a estúpidas guerras, a esas guerras que las ingenuas leyendas sagradas de los idólatras denominan las «guerras de los dioses» y que el texto bíblico reduce a su más justa insignificancia: el rey-agricultor Caín mata al rey-pastor Abel, del que tiene envidia: «El Señor miró con ojos favorables a Abel y su ofrenda, pero no a Caín y la suya» (*Génesis*, IV, 4-5).

Los Celestes dan un empujoncito más: hacen que le nazca a Adán «un hijo de repuesto». Pero no creen viable su proyecto y se preparan para partir. «El Señor vio que era grande la maldad del hombre sobre la tierra... y se arrepintió de haber *hecho* al hombre en la tierra» (*Génesis*, VI, 5-6).

Nos libramos de una buena: acababa de decidir el Señor de los Celestes (*Génesis*, VI, 7) la supresión de toda forma de vida sobre la tierra, cuando intervino Noé,* que era uno de los Gerentes cuya genealogía se nos da en el capítulo V del *Génesis*, atiborrada de símbolos entre los que no es recomendable aventurarse demasiado. Y Noé halló gracia a los ojos del Señor (*Génesis*, VI, 8).

Antes de pasar a ocuparnos, en el próximo capítulo, de la historia de Noé, echemos un vistazo a lo que habría sido la suerte de los hombres si...

No era a los «caídos en la tentación», a los hombres del grupo-testigo cuyo epónimo es Adán, a quienes los Celestes habían pensado confiarles

la concesión del planeta, sino, evidentemente, al «más inteligente de los creados», a Lucifer.

¿Y habría Lucifer desempeñado mejor la gerencia del planeta si, en vez de querer ofuscar con su brillo a Adán, hubiese contenido su lengua y hubiese dejado a los Celestes proseguir su experiencia sobre él y su linaje?

Los «luciferianos», que no son idólatras sino unos herejes, así lo sostienen. Su principal argumento es que, cuando el transcurso del tiempo trajo un relativo perdón, el Señor de los Elohim recibió varias veces en audiencia a Lucifer, que vino a visitar al Señor en compañía de los hijos de los Elohim... No, no estoy fabulando en absoluto, sino que estoy resumiendo el comienzo del *Libro de Job*, que, para la tradición hebraica, se sitúa en el mismo plano que el *Génesis* de Moisés: «Aconteció un día que los hijos *de los* Elohim *(bene ha-elohim)* vinieron a presentarse delante de Adonay, y vino también entre ellos Satán» (*Job*, I, 6). De común acuerdo, el Señor y Satán eligen a un sujeto de experiencia, a Job, y se separan... Los luciferianos yerran, en primer lugar porque siguen la bandera del vencido, y en segundo lugar porque la Historia no se reconstruye con suposiciones.

Sin embargo, las herejías luciferianas son una realidad concreta: el nazismo nos impide olvidarlo. De la imagen así conservada del Gran Designio, de la proclamada voluntad de rehacer la Historia a base de supuestos, las herejías luciferianas deducen el derecho, que se arrogan, de eliminar las «razas» humanas que no secunden sus conveniencias y no acaten sus doctrinas: el nazismo no se proponía exterminar tan sólo a los judíos. Se olvida demasiado a menudo que los nazis exterminaron, proporcionalmente, a más gitanos que judíos, siendo la tradición gitana sorprendentemente paralela a la judía, y que, en caso de haber vencido en la guerra, los místicos nazis contaban con exterminar también el cristianismo... no matando a todos los cristianos, claro está, pues son demasiado numerosos, sino sustituyendo la Iglesia de Roma por la de Arrio.*

Diciéndolo en lenguaje místico, que es el de algunos corresponsales que han valorado mis ensayos precedentes, el nazismo era una herejía porque reclamaba para los descendientes de Lucifer los derechos de concesión que los Celestes les habían retirado formalmente.

En lenguaje científico, esto equivale a decir que unos bípedos hechos físicamente a nuestra imagen no tienen ningún derecho moral a experimentar sobre el hombre como nosotros experimentamos sobre el animal... sino a condición de que demuestren con respecto al hombre una superioridad que equivalga a la que nosotros nos reconocemos respecto al animal.

En lenguaje de sociólogos, esto viene a decir que el nazismo y todas las demiurgias que pretendan modificar la naturaleza humana son abominaciones que hay que eliminar... aun en el supuesto de que, al hacerlo así, nos arroguemos un derecho excesivo sobre la vida y la muerte.

El derecho de los Celestes a experimentar sobre los indígenas antepasados nuestros ¿tenía algún fundamento? ¿Les asistía un derecho moral a organizar a la humanidad en hormigueros gobernados por los Gerentes? ¿No se extralimitaban al ejercer los derechos que les confería su fuerza, su poder, y proyectar el garantizarle a la masa de los humanos una felicidad bovina protegida por una aristocracia de humanos mutados a base de practicar una selección que requería ir eliminando a los mutantes degenerativos? Si el Gran Designio de los Celestes se hubiera realizado, vosotros y yo seríamos o bien unos «borregos» felices con nuestra suerte y a quienes la gestión de los Gerentes evitaría cualquier temor de ir a parar al matadero, o bien unos Gerentes encargados de asegurarle tal felicidad al rebaño humano. Ni en un caso ni en otro se nos habría ocurrido nunca la idea de discutirles su derecho a los Celestes, y viviríamos, por tanto, en ese estado al que corresponde lo definible como *felicidad:* «incapacidad absoluta de concebir siquiera otro estado más agradable».

Nada nos da pie para rechazar la idea de que nuestros astronautas hayan de descubrir, en algún cráter lunar, un «arco de alianza» que asegure a sus detentadores los medios (y el derecho) de imponerle a la humanidad una felicidad condicionada de ese orden.

¿Os oponéis a esta felicidad, cuyo solo pensamiento os subleva? Pues eso significa que nos volvéis a meter en el Gran Debate de la Sociología de los Celestes, en la discusión que André Gide, protestante atracado de Biblia y que exuda pecado con tanta naturalidad como un deportista chorrea sudor, ha sintetizado admirablemente en un diálogo que yo apenas simplifico aquí:

> —Para ser feliz hay que ser ciego, pues, si no, sólo puede uno verse desgraciado.
>
> —Hay que sentirse feliz de ser ciego, pues sólo al verse puede uno ser desgraciado.

El Señor de los Celestes y Noé estaban de acuerdo: hay que hacer que la masa de los humanos se sienta feliz de su ceguera, para que saboree una felicidad bovina. El Señor de los Celestes y Noé estaban de acuerdo; la «serpiente», que «abre los ojos» a los hombres es dañina y malvada, y, en el punto al que habían llegado las cosas cuando discutieron

el Señor de los Celestes y Noé, las tesis de la «serpiente» triunfaban: donde los Celestes habían proyectado instaurar una imperturbable placidez bovina estaba cundiendo un sistema de furibundas guerras para la conquista de una felicidad totalmente por definir.

Donde los Celestes habían querido crear un inmenso hato de pacíficos borregos, veían agitarse las ratas.

El Señor de los Celestes prefería destruirlo todo. Noé pedía que se le diese su oportunidad, a él nacido de humanos, para ver de conseguir algo bueno donde los Celestes habían fracasado.

Y Noé halló gracia a los ojos del Señor.

31

HISTORIA DE NOE

Dejemos que los ingenuos, los que querrían leer el texto bíblico a un nivel de escuela primaria, busquen sobre el monte Ararat los restos de un descomunal bajel que llevaría en sus flancos el nombre de *Arca* y la indicación «Noé, capitán propietario». ¡De todo ha de haber en el mundo!

El texto hebreo, que es el único fidedigno, nos dice, según leemos, que el Señor de los Elohim tomó personalmente la decisión de darle a Noé su oportunidad. Y, a continuación, en cuanto Noé «halló gracia a los ojos del Señor», vemos a *LOS* Elohim tomar de la mano al patriarca y darle toda suerte de detalladas instrucciones para la construcción del «arca».

No es necesario saber hebreo, pero sí hay que aceptar el atenerse a los textos originales: hacer la exégesis del texto bíblico basándose en una traducción es como discutir matices de la poesía de Shakespeare leyéndole en una traducción universitaria o como indagar aspectos de la cultura española del XVII a través de un Cervantes* traducido al japonés. En resumidas cuentas, he aquí lo que dice el texto hebreo: los Celestes se siguen mostrando siempre unánimes; LOS Elohim HABIA pensado en destruirlo todo sobre la Tierra, pero LOS Elohim AYUDO a Noé desde el momento en que éste hubo hallado gracia a los ojos del Señor. En cuanto al «arca»...

En el texto hebreo, lo que construye Noé bajo la supervisión de los Elohim es un *tebah,* o sea, un «recipiente»: a Moisés* se le halló flotando en el Nilo dentro de un *tebah.* ¿La misma palabra, al ser traducida a las lenguas modernas, podrá vertirse por «cuna» cuando se trata de Moisés, y por «enorme bajel» o por «arca» cuando se trata de Noé, que no se olvidó de meter en ella a los hipopótamos ni a los elefantes? Lo repito muy de veras: dejemos a los ingenuos que sigan buscando los restos de

un navío en el monte Ararat... pues opino que nos acercamos más al espíritu del texto hebreo llamando *tebah* a una cápsula «Apolo».

Si el texto bíblico tiene un sentido racional, Noé no hizo entrar en su *tebah* una pareja de elefantes, otra de pulgas, otra de ratones, etcétera, sino que metió allí lo que la *Epopeya de Gilgamesh* llama «las simientes de vida». Noé introdujo, además, muchas otras cosas: todo lo que sabemos de la estancia de los Celestes, todos los conocimientos legados por ellos y que se han venido transmitiendo hasta nuestros días... ¡Todo eso nos fue conservado por Noé en su *tebah*!

Noé es nuestro único punto de contacto con los Celestes por encima del «Diluvio».

Las excavaciones dirigidas por sir Leonard Woolley en Ur de Caldea (población de la que era originario Abraham) han descubierto, a una profundidad correspondiente al séptimo «día», una capa de aluviones de tres metros de espesor, depositada por una inundación cuya amplitud justifica el que los pueblos mesopotámicos conservaran el recuerdo de un «Diluvio universal». Sabemos también que en otras zonas de la cuenca mediterránea se han hallado vestigios de un «diluvio» similar. Estas son las pruebas materiales de que verdaderamente se produjo el famoso Diluvio universal.

La explosión atómica de Sodoma y Gomorra, que algunos amantes de los Misterios gustan de relacionar con el Diluvio ¿tuvo que ver algo con él? Si esos tales leyesen con un poco más de atención su Biblia, verían que la destrucción de Sodoma y Gomorra con «fuego del cielo» aconteció mucho más tarde, en plena época histórica, cuando vivía Abraham, que nació hacia —2000.

Pero el texto bíblico nos dice que los Celestes vivían en Edén, y de este lugar no subsiste vestigio alguno, excepto en el mito de la Atlántida, mito tenaz y perfectamente compatible con la descripción del Edén, cuya destrucción hace pensar en un super-Hiroshima, y que se hallaba donde hoy sólo hay arenales... y donde la arqueología está encontrando indicios de que hubo un inmenso maremoto.

Aceptando como hipótesis de trabajo esta explicación, se descubre en lo que sigue del relato bíblico una coherencia tan grande que la hipótesis de trabajo tiende a ganar la firmeza de una buena tesis. Mas... no nos adelantemos a los violines.

Cuando Noé, trabajando bajo la superior vigilancia de los Celestes, terminó de construir su *tebah*, en el que habría de encontrar luego todo el material necesario para hacer que ganaran su apuesta las generaciones salidas de él, se puso al abrigo del prolongado aguacero y esperó a que la situación volviera a ser normal. Así que ocurrió esto, salió Noé al aire

libre y, con la ayuda de sus tres hijos, acometió la tarea —que él sabía que iba a durar milenios, hasta la áurea edad del Acuario de la tradición—: la tarea consistente en hacer que el linaje de su descendencia llegara a igualarse a los Celestes, a pesar de que los Celestes hubieran partido.

Y aquí nos hallamos: cuando los hombres hayan pisado la Luna, Noé habrá ganado su apuesta.

32

HISTORIA DE NOE, DEL ARCO Y DE LOS ARQUEROS

Noé construyó su *tebah*, su «recipiente», bajo la dirección de *los* Elohim; una vez terminado el *tebah*, Adonay, el Señor de los Celestes, reaparece en el relato, da las últimas instrucciones y comprueba (*Génesis*, VII, 16) que Noé ha seguido bien las que le han dado *los* Elohim.

Es el mismo Adonay quien «cierra tras Noé la puerta del *tebah*» (VII, 17). Yo os digo de veras, lectores, que como no se esté resuelto a tomar sus deseos por realidades, no se puede seguir a los exégetas cristianos para quienes «Elohim», «Adonay», «Jahvé», «Shaddai» y otros nombres divinos son estrictamente sinónimos y designan siempre, indistintamente, al mismo Dios... ¿O es que, entonces, este Dios es un avatar de Zeus,* bello barbudo que fecundó a una virgen de sangre real llamada Semele* y tuvo en ella un hijo llamado Dionisos, que fue a evangelizar a los indios?

¿Tomo yo por realidades *mis* deseos cuando os propongo leer el relato bíblico como un escueto informe de la partida de los cosmonautas, que dejaron su herencia a un Gerente de confianza? Esto lo sabremos con certeza una vez haya sido explorada la Luna.

Entretanto, sigamos leyendo:

> El año seiscientos uno, en el primer mes, el día primero de él, empezó a secarse la superficie de la tierra... El día veintisiete del segundo mes estaba ya seca la tierra. Los Elohim hablaron a Noé, diciéndole: «Sal del *tebah*...».
>
> (GÉNESIS, VIII, 13-15)

Los astronautas de las cápsulas espaciales «Apolo» obedecen las órdenes que les dan desde la Tierra los científicos que han concebido y trazado

los programas cuyos ejecutantes son los astronautas. En el relato bíblico, los papeles están invertidos: los científicos que han concebido el «programa *tebah*» bogan por el cielo, abandonando la Tierra; Noé es el ejecutante de sus órdenes, al que para ello han dejado en nuestro planeta. La comunicación entre los Elohim y Noé no tiene nada de «milagrosa», es algo así como los contactos actuales entre Cabo Kennedy y los Apolos sucesivos... si la trasladamos a nuestra época y nos olvidamos de los siglos en que el hablar a mucha distancia («telefonear») se consideraba un prodigio, un milagro divino.

Donde menudean los adjetivos y las explicaciones absurdas y ociosas es en las leyendas idolátricas; en cambio, el texto bíblico refiere la marcha de los Celestes y sus conversaciones con Noé en un estilo sencillo y directo. Leámoslo tal y como está escrito:

En cuanto los Elohim le dan la orden, sale Noé del *tebah* y eleva un «altar», un «altar» desde el que asciende «un suave aroma que aspira el Señor de los Celestes». No estáis obligados a seguirme, lectores, si yo me meto dentro de Noé y, una vez en su interior, me digo que lo primero que he de hacer al salir del *tebah* es instalar un poderoso receptor-transmisor para seguir captando las instrucciones del Señor de los Elohim. ¿No es lo primero que han de hacer los astronautas U.S.A. sobre la Luna, construir allí, «levantar» un «altar» con radio, pantalla de rayos laser, etcétera, etcétera?

Me sigáis o no, desde el capítulo IX del *Génesis* empieza Noé a recibir instrucciones. En ese capítulo IX se entera de la existencia del «arco de alianza». Hagamos una precisión: el «arca» de Noé es un *tebah*, como lo es la «cuna» de Moisés. El «arco en la nube» es un *késheth*, un *arco:* exactamente, el arco con que van armados los arqueros. Traducir *késheth* por «arco iris» es una sandez o una broma. Primeramente, en lingüística pura: cuando Ezequiel quiere hablar de un *arco iris* se cuida muy bien de precisarlo así: «Como la visión del *késheth* que se forma en las nubes en día de lluvia, así era la brillantez que le rodeaba» (*Ezequiel*, I, 28). Y después, por simple lógica, el o los dioses dicen a Noé que «cuando aparezca el arco en la nube habrá nubarrones cubriendo la Tierra» y ellos, los dioses, se acordarán de su pacto o alianza con los hombres. Si el o los dioses están arriba, en el cielo, por encima de las nubes, ¿cómo queréis que vean un arco iris?

¿Se trata de una licencia poética? ¿Es el texto bíblico obra de poetas que dicen lo que sea con tal que resulte bonito? ¿Qué os parece, según lo que ya sabéis?

Por mi parte, sigo sabiendo con seguridad una sola cosa: que si al

texto hebreo se le pide que nos diga solamente lo que en efecto dice, nos ofrece un relato que cuadra bien con los datos científicos de hoy día. Varios de estos datos (expuestos por mí en *La Lune, clé de la Bible* (1968) y en *Nous autres, gens du Moyen Age* (1969) incitan a pensar que el arco de alianza es un «arco» simbólico, un mecanismo propulsor como lo son las torres de lanzamiento de Cabo Kennedy, y que ese arco nos está aguardando en algún cráter de la Luna, acondicionado y provisto de techo móvil. Destacados científicos han dicho —y escrito— que la hipótesis es «conjetural», pero en modo alguno absurda. Y lo mismo han dicho excelentes teólogos.

¿Unos astrónomos, de un lejano sistema planetario, podrán ver con sus telescopios nuestra Tierra, que gira alrededor del Sol? Sí, si disponen de un observatorio instalado en el vacío, sin las interferencias ópticas de las capas de unos gases atmosféricos, observatorio que vendría a ser análogo al que nuestros astrónomos terrestres cuentan con instalar en alguno de los cráteres lunares. ¿Y podrán esos astrónomos lejanos distinguir desde su presunto observatorio la Luna girando en órbita alrededor de la Tierra? No, *excepto cuando* esté la Tierra envuelta en nubes blancas, de modo que la Luna puede ser vista como un punto grisáceo... extremando la potencia discriminadora de un telescopio de primerísima calidad.

¿Por qué, si es tan evidente lo que yo digo, las Biblias usuales traducen *késheth* por «arco iris»? Se lo he preguntado, con toda llaneza, a personas competentes, y siempre he obtenido la misma respuesta: «¡Pues porque sería absurdo imaginarse a Dios dejando en el cielo un arco de lanzar flechas! ¿Por qué no dejó una ametralladora?»

Como se ve, volvemos siempre a lo mismo: si «Elohim» designa a «Dios», el texto bíblico es una mezcolanza de prodigios sobrenaturales y de poesía, y tratar de encontrar en él una lógica es tan inútil como buscar en las nubes una ballesta divina. Pero si «Elohim» designa a unos cosmonautas, nos las habemos con un relato lógico, coherente y perfectamente compatible con los datos racionales de nuestra época de astronautas... ateos *o* creyentes.

El arco y el arquero ocupan un puesto muy relevante en la tradición. En hebreo, un arquero es a la vez un sabio y un caballero armado de punta en blanco. En el mito chino, el emperador Yao otorgó el título de «arquero divino» a un hombre que pasaba por haber montado sobre un pájaro celeste y haber subido tan alto que (como nuestros cosmonautas) *no veía ya la salida ni la puesta del Sol:* adviértase que su titulación de «arquero divino» no se debió, pues, a que tuviese una puntería como la de Guillermo Tell* con la ballesta o el arco flechador, sino a su fama de

haber montado sobre un pájaro celestial. Y no olvidemos que la constelación situada en el centro de nuestra Galaxia lleva el nombre de Arquero-Sagitario. Ni tampoco que, a no ser que dispusieran de telescopios, los hombres de la Antigüedad no pudieron determinar que la citada constelación está en el centro de una Galaxia, de la que mucho menos podían determinar si tenía o no un centro... Ni olvidemos que, para saber que a partir de cierta altura ya no se ve al sol «salir» ni «ponerse», es necesario haber subido en alguna cosmonave o saber tanto de astronomía como Kepler*.

33

NOE Y SUS DOS HIJOS

Evidentemente no toda la vida fue arrasada y destruida por el Diluvio, cuando, al marcharse del planeta, los Celestes destruyeron su Edén, con sus dependencias, sus centrales atómicas y demás instalaciones que hubiese sido imprudente dejar a disposición de unos pobladores primitivos de los que el Señor de los Celestes había dicho que «todos sus pensamientos y deseos sólo tendían al mal» (*Génesis*, VI, 5). El Diluvio fue, sin duda, muy aparatoso, muy espectacular: no quedó piedra sobre piedra del Edén y hubo enormes destrozos en su vecindad, pero un poco más lejos no ocurrió nada demasiado grave.

Sería absurdo pretender que por toda la superficie del planeta desapareció completamente la vida, tanto que aquí por primera vez me veo obligado a no tomar al pie de la letra el texto bíblico. Sintiéndolo mucho, en este punto me veo forzado a interpretar: cuando, al fin del capítulo VII del *Génesis*, me dice el texto que «todo cuanto vivía sobre la tierra seca murió», creo que hay que entender que ese «todo» significa lo mismo que cuando decimos «todo el mundo» para referirnos a «todas las personas que conocemos». En descargo del texto bíblico observaré que eso se lee al final del capítulo VII, en un *Génesis* que sólo dedica nueve capítulos a la venida, la estancia y la partida de los Celestes, y es la única vez en que sorprendo al narrador en flagrante delito de exageración verbal y de hiperbolismo literario.

Sería absurdo suponer que toda la vida desapareció del planeta entero, pues los arqueólogos, los etnólogos, los zoólogos y los botánicos aducirían cien mil pruebas en contra. El cataclismo de —21 500 ¿hizo desaparecer casi toda la vida durante algunos siglos? Es posible que, tratándose de

un pasado tan remoto, los métodos de datación más científicos con que hoy se cuenta no nos pueden confirmar o desmentir una solución de continuidad del orden de seis a ocho siglos. Pero los métodos de investigación sobre un pasado que no se remonta a más de diez milenios excluyen cualquier hipótesis de un Diluvio que no estuviera estrictamente localizado.

Dicho esto, conviene no descuidar un detalle: el mito de todas las primeras civilizaciones conserva, de hacia —4500, o sea, de la aurora de los tiempos históricos, el recuerdo de un Diluvio, aun en las regiones en que la arqueología no encuentra ni rastro del mismo... y, bajo los diferentes nombres que le dan las diversas fábulas idolátricas, se acaba siempre por reconocer a Noé, que sobrevive a la catástrofe gracias a la benévola ayuda de los Celestes.

¿Por qué, entonces, tratar de «idólatras» a los otros linajes, y considerar que sólo la tradición judío-cristiana tiene autoridad?

Por la sencillísima razón de que al árbol se le juzga por sus frutos.

Los Celestes del mito común a todas las primeras civilizaciones pasan por haber sido capaces de meter en un dedal energías con las que podían trasladar montañas por haber hecho llegar su voz más allá de los mares; por haber tenido armas que vomitaban fuego, y haber volado en artefactos velocísimos. La Luna era para ellos algo así como Torrejón de Ardoz para un madrileño de nuestros días.

Pero una sola estirpe se tomó todo esto al pie de la letra, un solo linaje se esforzó por llegar a realizarlo de nuevo: la estirpe o el linaje en que el hombre que ha sellado la alianza con los Celestes se llama Noé, y en que se maldice hasta siete veces al que altere la más pequeña tilde del texto de la tradición legada por Noé.

¡Los otros linajes, las otras estirpes o ramas de la humanidad, ya pueden decirse herederas de la misma enseñanza revelada, pero no tienen más títulos para adir a esa herencia que fantásticas historias de alfombras volantes y de transmisiones telepáticas del pensamiento! Están en la situación del caballo que, después de tomar la salida, no ha tenido, el pobre, ninguna buena oportunidad y se ha quedado en la cola a la primera vuelta. ¡Dediquémosles un pensamiento emocionado, y quedémonos en la línea que, partiendo de Noé, ha llegado a pisar la Luna y está a punto de hacer, allí y desde allí, trascendentales descubrimientos!

El capítulo IX del *Génesis* comienza con las exhortaciones dirigidas por los Celestes a Noé y a sus hijos: «Procread y multiplicaos, llenad la Tierra; que os teman y se espanten de vosotros todas las fieras de la tierra, y todos los ganados, y todas las aves del cielo...» *Que os teman y se espanten de vosotros:* ¿No son éstos los consejos que dan al comandante de los úl-

timos colonizadores que quedan en un país, los cosmonautas que se van de allí porque no creen que merezca ya la pena quedarse? En todo caso, la imitación es muy buena, la arenga parece muy similar. Y está, con todas sus letras, en todas las Biblias, aun en las mal traducidas.

Este capítulo IX, que comienza por exhortar a Noé y a sus hijos a que inspiren temor, continúa con la promesa de un «arco de alianza» en la nube y acaba en la escena de la borrachera de Noé, que llega a pasearse desnudo. ¿Por qué un texto sagrado insiste así en tan desgraciado asunto como el de la embriaguez de Noé, salvador de la humanidad? ¿Será acaso para inducir a los lectores a interpretarlo según propongo yo que se interprete, para hacernos asistir al desánimo que se apodera de Noé, al quedarse solo con sus tres hijos para realizar la imposible empresa de enmendar al hombre y plegarle a las exigencias de un plan que durará milenios, sin otros guías que los descendientes de Noé, y que habrá de culminar con el hallazgo, algún día lejano, del «arco de alianza» asentado «en la nube»? También ante tal pasaje hay que reconocer que, si no se trata de esto, ¡la imitación es perfecta!

El simbolismo zodiacal, por otra parte, es respetado de manera que no deja lugar a dudas: el séptimo «día», el del «descanso de los Celestes» ha concluido, y hemos entrado ya en el «día» octavo, aquel en que el sol equinoccial saldrá, durante 2160 años, por el signo de Géminis. El texto no atribuye a Noé dos hijos, lo cual podría parecer una coincidencia fortuita, sino tres; pero uno de ellos es «excluido» en seguida por una falta venial: por haber mirado sin recato la desnudez de su padre.

A primera vista, esta forma de razonamiento parece buscar la complicación por la complicación, pero, si bien se piensa, tenemos en ella un esbozo del modo de discernir propio del «linaje de Noé», un ejemplo del razonamiento «cabalístico» del que se deriva ese Método de Descartes* que distingue a los judío-cristianos del resto de la humanidad (al que «inspiran el temor» aconsejado y previsto). He aquí una muestra de tal método: Si yo escribo que «Pérez tiene dos hijos, Pedro y Pablo», la duda cartesiana reprochará a este informe su imprecisión: no habré dicho si Pérez tiene o no tiene una retahíla de hijos además de Pedro y Pablo. Si escribo que «Pérez tiene dos hijos solamente, Pedro y Pablo», estará ya mejor, pero el «solamente» corre el peligro de ser olvidado por un copista, y en tal caso se nos volverá a plantear el problema precedente. Pero si escribo que «Noé tenía tres hijos, Sem,* Cam* y Jafet,* uno de los cuales, Cam, fue repudiado», transmito la totalidad del mensaje: 1.°, no cabrá duda alguna en cuanto al número de hijos «realmente herederos»; 2.°, el (evidente) recurso a un código para indicar que los herederos son, de hecho,

dos y sólo dos, llama la atención sobre la importancia de que sean, en efecto, dos; 3.º, la importancia dada al hecho de que los hijos de Noé son *dos* al entrar el sol equinoccial en *Géminis* señala el nexo entre la tradición bíblica y el simbolismo zodiacal.

A quienes dudaran del realismo de este modo de razonar en la Tradición de nuestro linaje, o rehusaran admitir que unos legisladores serios pudiesen transmitir en este código informes importantes para una estirpe llamada a producir la civilización que habría de llegar a la Luna, les pediría yo que me explicasen en forma coherente, mediante razonamientos de otra modalidad, la historia de Judas.*

Léase esta historia en el capítulo XIII del *Evangelio según Juan,* que nos da la versión más detallada de la misma:

Jesús sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos. Sabía quién era el discípulo que le iba a traicionar, pero sabía también que era preciso que se cumpliesen las Escrituras. Al discípulo que le preguntó quién le entregaría, Jesús le respondió: «Aquel a quien yo diere un pedazo mojado en la salsa.» Y mojando un bocado, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Tras el bocado, en el mismo instante, entró Satanás en Judas. Jesús le dijo: «Lo que has de hacer, hazlo pronto.» Mas ninguno de los que estaban a la mesa comprendió por qué decía Jesús aquello.

Judas Iscariote era el apóstol que había que «suprimir» de los doce para que quedasen reducidos a *once* al entrar el sol en Piscis, *onceno* «día» del simbolismo zodiacal.

Os lo digo de veras...

34

LA DUDA CARTESIANA DE LOS HEREDEROS DE NOE

> Toda la tierra tenía un solo lenguaje y un solo hablar.
>
> (GÉNESIS, XI, 1)

Los Celestes se han marchado, después de destruir sus instalaciones terrestres y dejando a Noé su enseñanza revelada y un mínimo de material.

¿Se habrán ido a civilizar algún otro sistema planetario? Esta posibilidad prácticamente se excluye: semejante expedición sólo parece concebible cuando se cuenta con la infraestructura que supone un planeta entero llegado al estado cosmonáutico, que pueda dedicar centenas de millares de dóciles siervos a la obra de preparar el lanzamiento de cada cosmonave equipada con treinta futuros colonizadores.

Por lo demás, Fobos y Deimos, las «lunas» de Marte en las que yo he propuesto ver las inmensas cosmonaves sin las cuales (quizá mi imaginación sea escasa) no consigo figurarme a una treintena de cosmonautas enfrentándose a un millón de indígenas primitivos, siguen aún en órbita alrededor de Marte.

¿Construirían nuestros Celestes un «pequeño» bajel cósmico, de tamaño suficiente para que les llevara hasta un sistema en el que la colonización hubiese tenido más éxito, o sea entre congéneres suyos, cuyos antespasados habrían partido de Teos al mismo tiempo que los de los cosmonautas que vinieron a la Tierra? Yo así lo creo, basándome en diversos pasajes de Platón y en varias leyendas, pero si lo que estoy escribiendo no fuese *La novela de la Biblia,* no me habría permitido sugerirlo, pues no puedo aducir ni el menor texto serio y sólido en apoyo de esta especulación.

Por el contrario, el hecho de que la promesa de un «arco de alianza en la nube» no se hiciera sino después de la partida de los Celestes ha contribuido no poco a que yo opine que este «arco» se halla en la Luna. La cronología del texto bíblico es: los Celestes deciden destruirlo todo sobre la Tierra (y, por lo tanto, abandonarla); después, halla Noé gracia a sus ojos. Ellos le ayudan a construir su *tebah* y a almacenar en él material, documentación y simientes de vida; después, el Señor mismo cierra por fuera la puerta del *tebah*, y los Celestes parten y desencadenan luego (mediante algún dispositivo de retardo) el Diluvio.

Y solamente cuando, disipados ya los efectos del Diluvio, sale Noé al aire libre, se le hace la promesa específica de un *arco*, mecanismo de propulsión, que es el *arco de alianza.* Claro que yo no sé si esto indica que, habiéndoles salido bien su marcha dirigida desde el interior de su cosmonave, el «arco»-rampa-de-lanzamiento quedó en buen estado en alguna parte de la Luna. Pero, por lo que he llegado a conocer del particular estilo del texto bíblico, puedo decir que, si tal fuera lo que se hubiese querido indicar, el texto bíblico no lo habría indicado en otros términos.

¡He aquí una de las razones de la apuesta que yo hago, remitiéndome a la exploración de la Luna!

En todo lo que sigue de la Biblia, Noé, sus hijos, Abraham, Moisés y hasta los Profetas en los tiempos históricos, hablarán constantemente de informes recibidos por ellos de los Celestes.

La misma razón que me inclina a tener por probable la estancia de los Celestes en la Tierra durante aquellos milenios remotos, me hace tener por sumamente improbable su retorno... aun dejadas de lado todas las consideraciones sobre la probable imposibilidad, para unos cosmonautas, de ir y venir de un sistema planetario a otro como nuestros aviadores van y vuelven de París a Nueva York. De la presunta estancia de «mis» Celestes quedan indicios tales como los conocimientos, de otro modo inexplicados, de la Antigüedad. Si uno o dos Celestes hubiesen vuelto de vez en cuando, sobre todo en los tiempos históricos, el peso de su intervención en los asuntos humanos habría sido tal que nadie podría poner en duda su realidad ni su reciente venida: si (por un acaso) hubiera en Venus seres pensantes, no dudarían ellos ya de la realidad de los hombres, aun antes de que hombre alguno hubiese «avenusizado».

Por razones de la misma entidad, la idea de que hubiesen mediado conversaciones radiofónicas entre los hebreos de los tiempos históricos y unos Celestes que les prodigaran consejos debe excluirse: si yo recibiese instrucciones desde un sistema planetario más adelantado actualmente que nosotros, ¡hace ya mucho que me habría aprovechado de tan excelsas relacio-

nes para instruirme extraordinariamente en teoría y en práctica, para adelantarme doscientos o trescientos años a la más avanzada tecnología terrestre —y patentar, por ejemplo, algún tipo de cohete atómico mucho más perfecto que los Saturno V—, y todo quisque tendría que inclinar el espinazo y doblar la rodilla al dirigirme la palabra! Moisés creo yo que habría hecho otro tanto y, con ello, se habría evitado muchas dificultades.

Lo que es, por el contrario, sumamente posible es que, interpretando como mejor supieran los documentos que formaban parte de la herencia dejada a Noé, los profetas se viesen obligados a señalar la diferencia entre sus ideas personales y tal o cual dato «revelado por tal o cual de los Elohim», escribiendo en consecuencia «los Elohim me han dicho que...» del mismo modo que yo escribo que «el texto bíblico me dice a mí que...»

Pero volvamos con Noé.

Los Celestes han partido. La Tierra pertenece ya a los hombres, a los que Noé habrá de dar un linaje de reyes-sacerdotes capaces de interpretar los textos dejados por los Celestes y de «inspirar temor y espanto a todos los animales»... es decir, incluso a las comunidades humanas, de las que algunas, en este octavo «día» de los Gemelos (—6690 a —4530), aún no conocen ni la agricultura, ni la ganadería, y apenas han salido de la animalidad.

Noé y sus hijos hablan, evidentemente, la misma lengua, que es también la de los Celestes. Conforme a las instrucciones de éstos, van a establecer su realeza sobre las comunidades humanas, las cuales, claro está, aceptan con alegría a unos reyes-sacerdotes que llegan entre los primitivos con un pasmoso arsenal de magia y de milagros: lámparas eléctricas de bolsillo, para poner el ejemplo más simple.

Ahora bien, los hijos de Noé gustan de multiplicarse: los hombres, hacia —6500, son ya varios millones (en —22 000 andaban probablemente por el millón; a la venida de Cristo serán doscientos millones). Los «dioses» que, según Platón, «se repartieron la Tierra sin disputas» serían, probabilísimamente, los Gerentes del «día» séptimo; al menos en ciertos casos, es posible que aquellos «dioses» no fueran sino hijos de los hijos de Noé. Muchos indicios parecen, en efecto, situar en un pasado relativamente próximo, posterior a la entrada del Sol del equinoccio en Géminis (—6690) las bifurcaciones entre las leyendas chinas, tibetanas, indias, mesopotámicas y aun mediterráneas.

Cuando los hijos y los nietos de Noé se dispersan por la cuenca mediterránea y por Mesopotamia, afueras y aledaños del Edén de los Celestes, no se plantea ningún problema de autoridad durante varias generaciones: todas esas comunidades saben quiénes eran los Celestes y conocen a la

descendencia de Noé, cuya investidura es patente. Entonces se inicia la formación de las primeras civilizaciones.

En cambio, a medida que los colonizadores se alejan, aumentan las probabilidades de que la cosa se complique: las comunidades más alejadas del Edén, ahora ya destruido, inexistente, ¿están tan seguras de la realidad de los Celestes? Sin duda hay que empezar por convencerlas, con gran ostentación de lámparas eléctricas y de magnetófonos y otros ingenios mecánicos, de la superioridad de los hijos de Noé sobre los brujos locales. Domeñados éstos, es menester todavía imponerse en toda la línea, y las supersticiones son muy duras de pelar.

Los descendientes de Noé dominaron, pues, ciertamente a una parte de las comunidades humanas; a otras les inspiraron, no menos ciertamente, «temor y espanto». Pero no podían impedir que siguiera habiendo comunidades reacias, que se negaban a creer en los Celestes de Noé y preferían practicar sus supersticiones y obedecer a sus brujos.

Pasan los siglos.

En adelante deberemos contar por siglos y no por milenios: los Celestes, que tenían a su disposición la eternidad, marcharon hace ya mucho tiempo. Y, para los hombres, un siglo resulta bastante largo.

Para Noé y sus hijos, que habían mantenido contactos directos con los Celestes, la realidad concreta de éstos era un dato de experiencia. Para sus biznietos, aquella realidad no era sino una creencia cierta. Para los tataratataranietos, la realidad de los Celestes fue ya sólo un artículo de fe. Todo esto pertenece a la lógica de las cosas, pues, como escribió Platón, «la parcela divina disminuye por su frecuente mezclarse con el elemento humano». Unos siglos más y los descendientes de Noé empezarán a tener dudas.

Las dudas, según lo ha dicho con mucho acierto Peter Ustinov,* son lo que une a los hombres... que sólo se pelean por sus certezas, por sus seguridades.

A partir del momento en que los reyes-sacerdotes, herederos de Noé, abrigaron sus primeras dudas, la herencia en cuestión estuvo virtualmente perdida: en vez de seguir tachando de idólatras a los hechiceros de las tribus vecinas y de hacer a éstas la guerra, los herederos de Noé se pusieron a discutir amistosamente con aquellas gentes.

Ni que decir tiene que los herederos de Noé llevaban siempre las de perder en tales conciliábulos ecuménicos; meteos en el cacumen de un primitivo y prestad con él atención a los argumentos que oye: los brujos explican que el Sol es dios, la Luna, diosa; de los amores divinos nace el Rayo... ¡Diáfana y sugestiva historia! Frente a tan clara metafísica, los herederos de Noé hablan de un «sistema» del que el Sol sería el centro,

de una Luna que no sería una diosa, sino una tierra en pequeño, con un arco instalado allí, un arco que puede enviar una caja llena de hombres más lejos que el Sol.

Si eres un primitivo, no creerás ni una palabra de tan absurdo cuento. Te reirás sin rebozo y les dirás a esos herederos de Noé chanceándote de ellos con suficiencia:

> —Pues si en la Luna hay un arco que puede enviar hombres al Sol, ¿por qué no construís vosotros en la Tierra un arco tan grande como una casa y que os mande hasta la Luna?

Algo así debían de decirles muchas veces a aquellos reyes-sacerdotes de la estirpe de Noé. Y *como estaban llenos de dudas,* aceptaron el desafío para salir de ellas. El arco de lanzamiento, el arco que les hiciese llegar a la Luna, lo instalarían sobre una torre, sobre una torre «cuya cúspide toque a los cielos».

> COMPRENDO MUY BIEN A LOS IMPRUDENTES HEREDEROS DE NOE, PORQUE YO MISMO, SI ME JUEGO MI «CERTEZA» A LOS DADOS O APUESTO SOBRE ELLA ES PORQUE TENGO MIS DUDAS AL RESPECTO, IGUAL QUE ELLOS LAS TENIAN.
>
> YO, SIN EMBARGO, TENGO DUDAS SOBRE LA REALIDAD DEL «ARCO» QUE, PARA LOS HEREDEROS DE NOE, CONSTITUIA LA CERTEZA JUSTIFICADORA DEL RIESGO DE CONSTRUIR LA TORRE.
>
> MI CERTEZA, EN CAMBIO, ES COMPLEMENTARIA: SE QUE, EL HOMBRE, TAL VEZ NO TARDE MUCHO EN LLEGAR A LA LUNA.[1]

Acepto, pues, la apuesta.

¿Nos espera el «arco» en algún cráter modificado del Mar de la Tranquilidad? No me aventuraré a tanta precisión. Pero de esa zona de la Luna se han obtenido ya fotografías en las que se ven unas sombras muy extrañas, que parecen indicar la existencia allí de unos como «obeliscos» muy altos (llegan a proyectar sombras de hasta 22,5 metros).

[1] El autor escribía esto en el año 1969.

Comentario de la NASA sobre estas fotos: «Los científicos consideran tales sombras como una de las cosas más extrañas que hayan sido hasta ahora fotografiadas sobre la Luna, pero tienen la impresión de que *(they feel that)* las protuberancias que proyectan estas sombras son fenómenos o accidentes naturales de la Luna.» ¡Tienen la impresión, opinan, pero no están seguros, no tienen la certeza!

35

LA TORRE CUYA CUSPIDE TOQUE LOS CIELOS

> En su marcha *desde el Oriente,* hallaron los hombres *una llanura* en el país de Senaar, y dijeron... «¡Hagamos una torre *cuya cúspide toque los cielos*!».
>
> (GÉNESIS, XI, 2-4)

Para llegar a la llanura de Senaar (Babilonia) viniendo *del Oriente,* hay que atravesar los montes del Farsistán o los del Curdistán y dejar atrás el macizo del Hindu-Kush, con su pico de 5466 metros; al norte del trayecto se alzan los montes Elbruz, con su pico de 5671 metros; al sur, hay alturas medias de 2000 a 4000 metros, con algunos picos más elevados.

¿Ir dejando atrás altísimas montañas y bordeando otras al norte y otras al sur, atravesar una cordillera y esperar a dar con una LLANURA para construir en ella una torre cuya cúspide TOQUE LOS CIELOS?

Difícilmente podría indicarse de modo más palmario la intención de coronar tal torre con algún mecanismo propulsor.

Dado que el hecho se sitúa en los tiempos prehistóricos, en los que el único mecanismo propulsor conocido era el arco, la torre sólo pudo concebirse como una especie de base para poner sobre ella un enorme antepasado de la ballesta. El texto bíblico nada dice de la altura que se habría de alcanzar para «tocar a los cielos», aquellos cielos en que se halla el «arco de alianza». Esta altura la precisan, en cambio, los textos indios, en los que la «torre» se llama «montaña Merú», cuya cima debería alcanzar los 84 000 *yodchana,* «lo que basta para probar que se trata de un mito», comentaba Karl Köppen, uno de los más reputados especialistas en mitología hindú que hubo en el siglo XIX. Por entonces, la idea de alcanzar una altura de 84 000 *yodchana* era, en efecto, lo bastante irrealizable como para que pareciese mítica, puesto que esa magnitud equivale a la altura a que orbita la Luna.

¿Podrá decirse que se trata de una simple casualidad o de una bagatela, y que los hombres de la prehistoria no sabían lo que hacían al intentar subir hasta la órbita de la Luna?

Ni mucho menos, porque el texto bíblico comenta el suceso como solamente pueden comentarlo unos autores para quienes la astronáutica no es ningún Milagro-Sobrenatural-Patrimonio-Exclusivo-Divino, sino una realidad concreta concebible a escala humana: «Bajó el Señor de los Celestes a ver... la torre que estaban haciendo los hombres, y se dijo: "...si los hijos de los hombres se han propuesto y han comenzado esta obra, nada les impedirá llevarla a cabo".» ¡Así se lee en el *Génesis* (XI, 6)! Y añade el texto bíblico que el Señor de los Celestes, para impedir que los hombres lograran cumplir su propósito, «confundió su lengua», de modo que en adelante hablasen no una, sino muchas lenguas distintas, y no se entendiesen ya entre sí.

¿O sea que un Celeste vino a la Tierra a impedir que los hombres subieran hasta los cielos? Por descontado que ni una ballesta tan grande como un dinosaurio[1], ni ningún otro mecanismo propulsor construido por los hombres de la Prehistoria tenía ni asomos de posibilidad de llegar a vencer la fuerza de la atracción terrestre. *Ni aunque* los Celestes hubiesen dirigido desde lejos las obras de los hombres, *ni aunque* (supóngase tal imposible) aquellos primitivos hubiesen concebido una astronáutica que les capacitase para saltar sobre la Tierra como hoy lo hacemos con nuestros más poderosos aviones, *ni aunque...* hiciesen cuanto queráis imaginar, ningún Celeste habría tenido que desplazarse. Pertenece al orden natural de las cosas el que unos primitivos, ni aun apoyados por la más firme de las certezas, podrían nunca intentar la construcción de una torre que llegase hasta la órbita lunar sin sufrir las consecuencias descritas en la Biblia: yendo de fracaso en fracaso, los audaces constructores se echan unos a otros la culpa, se piden responsabilidades, comentan y vuelven a comentar con mil discusiones los Libros Sagrados, y pronto llegan a no entenderse

[1] Los dinosaurios son unos reptiles totalmente extinguidos, que durante los períodos jurásico y cretáceo poblaron la Tierra con formas variadísimas. Aparecieron en el terciario. Durante el mesozoico se hallaron repartidos por todo el planeta, como demuestran los restos hallados en las diversas partes del mundo de aquella época. Por lo general eran de gran tamaño, llegando algunos a alcanzar cuarenta metros de longitud y ocho de altura, aunque también los hubo que no llegaron a un metro. Herbívoros unos y carnívoros otros, habitaban la tierra firme o lugares pantanosos, no poseyendo condiciones para la natación. Animales andadores, de cabeza pequeña y cuello largo, unos caminaban de cuatro patas y otros sobre las dos posteriores (en este caso más largas que las anteriores), apoyándose para descansar en la cola, grande y robusta. Entre ellos se encuentran el iguanodonte y el diplodoco.

en absoluto y a dispersarse en la más espantosa y abominable de las «confusiones de lenguas».

La de querer llegar a la Luna en los tiempos prehistóricos era, seguramente, una ambición demasiado prematura para los hombres: «¡Jamás intentes nada prematuro!», dice uno de los primeros preceptos de la tradición. «Todo lo que hay en el mundo está sometido a la Ley revelada por los Elohim», dice otro de los primeros preceptos de la tradición.

¿Y «dijo» el Señor de los Celestes que «confundiría las lenguas de los hombres» si intentaran éstos llegar a la Luna antes de que *se cumpliesen* los tiempos?

A buen seguro que sí lo «dijo». Exactamente igual que Carnot* «dice» y hasta «repite» que su Segundo Principio «confundirá el lenguaje de los hombres que intenten construir el movimiento perpetuo».

Descartes *habla* el lenguaje de la razón... por más que haya muerto hace ya mucho. Para entender lo que nos dicen los Celestes del texto bíblico, es suficiente con que le toleremos la licencia estilística de que se valía Littré* al escribir con aplomo: «Dice Montaigne* que...»

Los Celestes que dejaron a Noé sus doctrinas llevan ya difuntos varios milenios. Yo creo que sus descendientes viven en algún sistema planetario vecino. Sé que no se van a tomar la molestia de venir a la Tierra para que yo «entienda» lo que nos «dicen» a través de la tradición sus abuelos, que eran los «dioses» de los nuestros.

De todos modos, a la Biblia se le puede hacer un reproche: ¿Por qué habla un lenguaje tan oscuro?

Este sería un reproche serio en verdad si el lenguaje bíblico hubiese sido ciertamente oscuro para aquellos a los que iba dirigido... y a los que se sigue siempre dirigiendo.

—¡Tampoco entiende usted el chino, y es una lengua que entienden setecientos millones de hombres! —contestó en cierta ocasión Picasso a un quídam que se quejaba de que la pintura abstracta hablase en un idioma tan oscuro para él.

Las esculturas de las catedrales góticas sólo algunos especialistas saben hoy «leerlas», entenderlas; en cambio, en la Edad Media, muchísimos cristianos que no sabían leer los escritos corrientes «leían» como en un libro abierto el simbolismo de las catedrales.

¿Quién sabe aún leer la Biblia?

Sin mentar siquiera a tantos que pretenden saber leerla, ¿cuántos de sus lectores caen en la cuenta de que, efectivamente, a partir de la imprudente intentona de llegar a la Luna, empresa en la que fracasaron los descendientes de Noé, las lenguas humanas estuvieron confundidas hasta que

Abraham, especie de beduino nacido en Ur, pretendió haber hallado de nuevo «el verdadero sentido» de las «auténticas palabras» de Noé, y, saliendo de la nada, se convirtió en el principal antepasado de la estirpe judío-cristiana que, al fin, ha conseguido construir la torre cuya cima ESTA en los cielos?

36

LOS TIEMPOS HISTORICOS: DE ABRAHAM A JOSE

Los tiempos históricos empiezan entre −5000 y −4000. Sabido es que en aquella época había ya una alta civilización en China, otra en Egipto y otra en Mesopotamia o, más concretamente, en Ur de Caldea, donde el texto bíblico indica que nació Abraham, hijo de Teraj.

En 1929, las excavaciones dirigidas por sir Leonard Woolley* sacaron a luz las ruinas de Ur (véanse los libros maravillosamente claros que el propio Woolley dedicó a la exposición de sus descubrimientos).

Poco a poco, todos los datos del texto bíblico fueron confirmados por las excavaciones. Se encontraron vestigios de la existencia de Teraj, el padre de Abraham. Halláronse pruebas de las peregrinaciones de éste, tal como el texto bíblico las describe. No faltan interesantísimos libros que demuestran con abundantes argumentos que *la Biblia tenía razón* (1950), por decirlo con el título de uno de los más difundidos, el de Werner Keller.*

La verdad histórica de la Biblia a partir del capítulo XII del *Génesis*, en que aparece Abraham, ha pasado a ser poco menos que un tópico para los especialistas.

Lo que queda aún por explicar es en virtud de qué concurso de circunstancias aquel Abraham, beduino nómada casi solitario, fue reconocido como «padre» de un pueblo que, seis siglos después, cuando Moisés lo saque de Egipto, será ya muy numeroso.

Y lo que parece todavía más inexplicable es que, a partir de Abraham, la línea de su descendencia no se haya interrumpido nunca, y el pequeño pueblo por ella formado haya sobrevivido a los más poderosos imperios de la Antigüedad, haya engendrado al Cristianismo, y haya, recientemente, recuperado para sí a Jerusalén... ¡con el solo pretexto de que su Tradición,

en la que se inscribe Abraham, le obliga a apoderarse otra vez de Jerusalén «cuando se cumplan los tiempos»... «cumplimiento de los tiempos» que habría de ir señalado por cierto número de realizaciones muchas de las cuales hemos visto producirse a la vez que el pueblo de Abraham se hacía dueño de Jerusalén.

La verdad histórica de la Biblia, a partir de Abraham, es un conjunto indisociable de datos ciertos, de profetismo y de previsiones científicas que se han cumplido. Esta verdad histórica no es ni discutible ni compatible con el presuntuoso y vano racionalismo del siglo XIX.

La verdad histórica de la Biblia, a partir de Abraham, llegará a ser, por el contrario, perfectamente compatible con los datos racionales de la ciencia de 1969 desde el momento en que la verdad histórica de los once primeros capítulos del *Génesis*, que el presente libro se ha propuesto hacer que aparezca plausible, aceptable, haya quedado enteramente confirmada.

Tal confirmación sólo se hallará en la Luna y en Marte.

¿Qué probabilidades hay de que nuestra hipótesis sea desmentida?

Si «mis» Celestes no existieron, si yo soy un poeta que me lanzo a imaginar caprichosamente que un relato mitológico tiene algún sentido realista (o si soy un mitómano que quiero dar a lo ficticio un alcance de verosimilitud real), habrá que hacer intervenir enormes series de casualidades, milagros y prodigios a montones, dosis ingentes de sobrenaturalismo para explicar cómo y por qué se está verificando, a nuestra vista, el cumplimiento de promesas pertenecientes a una tradición más antigua que un «Diluvio» confirmado por las excavaciones hechas en Ur, y que fue reencontrada por Abraham, natural de Ur, y cuyas aventuras relata el texto bíblico y reconocen como auténticas los historiadores modernos.

Las posibilidades de un mentís a mi hipótesis me parecen, pues, escasas. Mi hipótesis será desmentida si en ningún cráter lunar artificialmente acondicionado se encuentra nunca la prueba de que «mis» Celestes existieron realmente. A mí como a ti, lector, me cuesta mucho hacerme a la idea de que no pasará mucho tiempo sin que se modifiquen y cambien totalmente nuestras concepciones acerca del origen de la «Revelación de Abraham». Pero cuantas más razones busco para convencerme de que mi hipótesis será desmentida, más razones hallo para creer que el «arco de alianza» nos está aguardando en la Luna. Y entonces...

Entonces, tratamos de pensar en otra cosa. Mas esto resulta difícil.

Si «mis» Celestes existieron tal como propongo, la aventura de Lot* encaja en un marco racional: el texto bíblico cuenta cómo Lot, sobrino de Abraham, en compañía de su mujer y de sus dos hijas, ha creído llegado el fin del mundo por haber asistido a una explosión que destruye dos

ciudades. Si «mis» Celestes no existieron, no pudo producirse, dos mil años antes de Cristo, ninguna explosión atómica en la Tierra. Y si lo que vio Lot no fue una explosión atómica, fue un milagro: el capítulo XIX del *Génesis* describe, en efecto, cómo dos «enviados» (abusivamente traducido por «ángeles» en ciertas Biblias corrientes) desencadenaron algo que, por la descripción, parece que fue una explosión atómica. Hasta se da el detalle de que la mujer de Lot, a quien la curiosidad hizo volver la cabeza para ver de frente el terrible espectáculo, quedó convertida «en estatua de sal».

¿Habían dejado los Celestes al partir, por una falsa maniobra, por un fallo técnico, o bien adrede, algo de combustible nuclear en un anejo del Edén? Yo me atengo a lo que dice el *Génesis:* «Antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra (esta región) era como un jardín del Señor.»

¿Sería, pues, una explosión nuclear lo que destruyó a ambas ciudades? Si el texto bíblico es aquí tan verídico como en otros informes, para transformar un «jardín divino» en lo que hoy podemos ver a orillas del mar Muerto no tuvo que explotar una bomba pequeña como en Hiroshima, sino algo que los hombres todavía no han sabido fabricar después.

¿Le dejarían los Celestes a Noé, deliberadamente o por inadvertencia, una fuente de energía que habría permitido, hace algunos siglos o algunos milenios, llegar a la Luna? La respuesta a esta pregunta se hallará también en la Luna misma.

Volvamos a Abraham.

No necesitáis de mí, lectores, para enteraros, siguiendo el *Génesis*, de las aventuras de Abraham, de su hijo Isaac,* de sus nietos Esaú* y Jacob,* de cómo éste compró a su hermano Esaú su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, de cómo «luchó» luego con un «Angel» y se ganó así el sobrenombre de Israel, que significa «Capaz de sostener una pugna con los Elohim». Ya no necesitáis de mí para hallar la confirmación histórica de todo esto: la tenéis en obras muy científicas, como *Les Premières Civilisations* (P.U.F.), o en los libros ya citados de sir Leonard Woolley, o en muchos otros, como el también citado de Werner Keller.

En esta última obra hay un bonito ejemplo de las oscurantistas devastaciones del fanatismo... de ese fanatismo que a lo largo de los siglos ha logrado hacer de la Biblia una obra con fama de oscura y hermética.

Afirma la Biblia que, en el desierto del Exodo, los hebreos se alimentaron con un «maná» que les caía del cielo. A finales del siglo XV, a su retorno de una peregrinación al monte Sinaí, el decano de la Universidad de Maguncia asegura que allí cae cada mañana un «pan celestial» que es

una delicia comerlo: no consigue convencer de la autenticidad de semejante prodigio al gran mundo del humanismo renacentista, que no gusta ya de tales fantaseos medievales. Pues bien, en 1823, un botánico alemán confirma la verdad del hecho, proponiendo una explicación racional del mismo... y ve alzarse airadas voces en contra a las soberbias certezas del siglo XIX, el más pedantemente engreído de toda la historia. En nuestros días, dos autorizados botánicos no sólo han confirmado una vez más la realidad del dato bíblico, sino que le han dado su explicación científica. La cosa no es ya discutible ni discutida: el maná, del que dice el texto bíblico que cae del cielo en la región del monte Sinaí, cae efectivamente del cielo en aquella región. Y cae allí por causas tan ajenas a lo sobrenatural como todo el conjunto de razones que yo aduzco en apoyo de mi hipótesis sobre una realidad histórica de los Celestes.

A la ciencia del siglo XX le queda todavía mucho que bregar para dar al traste con todos los restos de las supersticiones positivistas.

37

DE JOSE A MOISES

En el capítulo precedente, he atropellado un poco el orden cronológico; restablezcámoslo aquí. Noé conserva la herencia completa, la recibe directamente y la transmite también de mano a mano. Sus descendientes dejan que la tradición se esterilice. Abraham reencuentra la tradición y reconstruye como mejor se le ocurre lo que no ha podido reencontrar. Su hijo Isaac —y sobre todo su nieto Jacob llamado por sobrenombre Israel— perfeccionarán la reconstitución. José,* hijo de Jacob-Israel, detentador de una tradición bien reconstituida, debe a ella el llegar a ser el principal consejero del faraón. Después muere José, y se termina con ello el *Libro del Génesis.*

Hay ahí una pérdida de la tradición, para el linaje de Abraham, puesto que el libro siguiente, el *Libro del Exodo,* comienza por indicar implícitamente que José ha muerto sin heredero espiritual entre los hebreos: basta con que un nuevo faraón, que no había conocido a José, suba al trono para que los hebreos —que entonces ya son muy numerosos— se vean reducidos a la esclavitud por los egipcios.

En este momento es cuando aparece Moisés... Moisés, todavía de corta edad, encontrado flotando en el Nilo dentro de un *tebah,* esto es, en una «cuna» que el texto hebreo designa con la misma palabra que al «arca» en que Noé había salvado la herencia de los Celestes. Los especialistas en la Tradición enseñan a veces que el texto bíblico indica así, en su estilo peculiar, la «predestinación» de Moisés para reencontrar y transmitir la tradición de Noé.

Esto es exactamente lo que hace Moisés.

Poco nos importa si el papel de Moisés era ya previsible cuando aun era un niño de teta, o si lo descubrió de repente cuando ya su barba encanecía. El determinar si un conductor de hombres es un predestinado o

un impostor es asunto que plantea graves problemas a nuestros contemporáneos cuando han de decidirlo sobre la marcha; en cambio, para los herederos, ésta es ya tan sólo una cuestión histórica.

Predestinado o no, lo cierto es que Moisés reencontró la tradición de Noé.

Sacando provecho de los progresos efectuados después de Noé, hace Moisés consignar por escrito lo que ha encontrado, y luego confía el transmitir la tradición así codificada como «Ley de Moisés» al pueblo de Abraham, cuya predestinación no tiene para nosotros más importancia que la de Moisés.

Pero realizar todo esto no le es tan sencillo a Moisés.

Moisés ha empezado teniendo serios tropiezos con los sacerdotes de Amón,* que le habían consagrado como uno de ellos. Amón era un dios-carnero, en la época en que el sol equinoccial se elevaba en el signo de Aries, el Carnero. Los fundadores del culto de Amón habían puesto así de manifiesto que ellos eran los herederos legítimos de la tradición de Noé, en la que la experiencia demuestra que siempre se ha establecido un vínculo-*religio* entre el simbolismo cultural y la precesión de los equinoccios: los dos hijos de Noé para la era de Géminis; el buey o toro-Apis para la era de Taurus, el Toro; un dios-carnero para la era de Aries, el Carnero; un simbolismo de peces para la era cristiana de Piscis (de —210 a 1950); el simbolismo de doble ondulación de la mecánica ondulatoria para la era del Acuario en la que hemos entrado.

En la época que Moisés comenzó a tener dificultades con los sacerdotes de Amón, parece ser que les reprocharía el haber perdido el hilo de la tradición, el haberse dejado agobiar por las supersticiones y el haber llegado a creer que Amón era dios por ser carnero... mientras que, para la tradición transmitida por Noé, Amón no es más que un pedrusco esculpido, cuya única razón de ser es indicar que varios milenios antes que Hiparco descubriese el fenómeno de la precesión de los equinoccios a los astrónomos profanos, este fenómeno era conocido por los herederos de Noé...

Evidentemente Moisés razonaba mucho más a partir de hipótesis que de certezas, cuando tuvo que huir de Egipto. Y huyó a un desierto, el de Madián.

¿Qué encontró en este desierto? Según él, ciertos saberes heredados de los Celestes. La verdad es que, a su regreso de Madián, ya no teme a los sacerdotes... ¡y hasta parece que se hace temer de ellos!

Volvamos a Voltaire, quien en el artículo MOISE de su *Dictionaire Philosophique* se extraña de que ningún historiador haya conservado el

recuerdo del Nilo convertido en sangre, del degüello por un ángel de todos los primogénitos de Egipto, ni de las demás plagas con que el texto bíblico afirma que castigó Moisés al país del Faraón.

Voltaire tiene razón para extrañarse. Tanta más razón cuanto que hoy es cosa establecida la imposibilidad material de que tales «plagas» tuviesen realidad histórica. Moisés vivió en los siglos XV y XIV antes de Cristo, y si en tiempos tan relativamente próximos se hubiese abatido sobre Egipto la centésima parte de las plagas descritas en la Biblia, muchos historiadores lo habrían hecho constar.

Voltaire no comete más que un yerro: el de dejar de preguntarse cómo pudo arreglárselas Moisés para, sin aquellas diez plagas, obligar al faraón a ceder, a permitir la marcha del pueblo hebreo que tan indispensable era para la ejecución de las grandes obras públicas egipcias. ¿Les demostraría Moisés a los sacerdotes del faraón, en un «duelo de magos» a puerta cerrada, que le era posible desencadenar unas plagas contra las cuales no disponían ellos de antídotos? Hasta nuevo aviso, ésta parece la única explicación racionalmente aceptable.

Por tanto, hasta nuevo aviso —vale decir, hasta que se cuente con nuevos datos— no le demos más vueltas.

Pero en seguida surge otra cuestión: ¿Cómo se las arregló Moisés para encontrar —en un desierto— unos saberes que le permitieron, al cobarde fugitivo que fuera, volver como triunfador?

El texto bíblico, atribuido a Moisés, dice que éste fue guiado hacia una zarza ardiente, de la que le llegó la voz de los Elohim.

¿Habrá que deducir que unos Celestes vinieron a ayudar a Moisés trasladándose en un platillo volante? Hay tan pocas probabilidades de que así sucediese que ni merece la pena tomar esta hipótesis en consideración: si Moisés se hubiera beneficiado de la ayuda directa de algún Celeste, ¿no le habría enseñado éste a fabricar (por lo menos) pólvora y balas? ¡Y Moisés habría podido sustituir así el incomprensible «duelo de magos» por un formidable *western* sensacionalista, cuyo final habría sido el reinado del pueblo elegido sobre el mundo entero!

Si preferimos pisar firme, en el terreno de lo racionalmente explicable, hay que concluir que Moisés encontró unos saberes teóricos (ciertos) en una tradición de origen (probablemente) extraterrestre, transmitida por unos textos que él interpretó de la mejor manera que supo.

¿Se llevó Moisés, en su huida de Egipto, una aguja imantada o una especie de contador Geiger* que les habría sustraído a los sacerdotes de Amón y le guiaría hacia la «zarza ardiente», balizaje (magnético o radiactivo) indicador del lugar en que estaban ocultos unos textos transmitidos

desde la época de Noé? El sostenerlo será propio de una «novela», pero ello da cohesión y coherencia a todo el conjunto de lo experimentalmente establecido.

Cuando la «novela» desemboca en esto, un poco de optimismo autoriza a denominarlo «hipótesis de trabajo», lo que tiene la virtud de hacer caer del burro a los fanáticos positivistas, que siempre que se trata del texto bíblico prefieren el puro azar «providencial» a la coherencia racional.

Lo de unos escondrijos balizados con imanes en el desierto es algo tan bello como Belfegor: ¿quién, cuándo y por qué habría construido semejante cosa?

Ya varios siglos antes del nacimiento de Moisés, había dejado de ser Egipto inaccesible a las invasiones; las Pirámides, alzadas una docena de siglos antes, no garantizaban ya su protección en absoluto. Los sacerdotes del faraón poseían una tradición que constaba de textos y documentos acerca de los cuales no se sabe sino que existían y, según se decía, formaban parte de la herencia dejada por los Celestes. La más elemental prudencia aconsejaría que se llevara el Cofre de la Tradición al desierto y se le escondiese en algún sitio señalado, para los sabedores del secreto, por medio de una «zarza ardiente». A la Gran Pirámide se la compensaría encerrando en ella algunas momias reales, o un tesoro falso... o lo que fuese.

Varios siglos después de este traslado, nace Moisés.

¿Son suficientes algunos siglos para vaciar a una Iglesia de su sustancia iniciática, para hacer que sus sacerdotes se dividan en dos bandos: el de Amón que acusa al de Chnum (el otro dios-carnero) de *integrismo*, en tanto que los chnumitas acusarían a los amonitas de *modernismo*? No lo sé... pero, si miramos en torno a nosotros, actualmente...

Volvamos con Moisés.

En el desierto de Madián ha encontrado nuestro hombre el Cofre Sagrado de la Tradición, conjunto de textos que oculta o bien en un nuevo escondrijo, o bien en el escondite inicial, si está seguro de que los sacerdotes del faraón no pueden encontrarlo allí. Y entonces vuelve a donde los sacerdotes y les amenaza con emplear contra ellos sus conocimientos recién adquiridos.

La amenaza surte su efecto. Moisés y los sacerdotes del faraón hablan el mismo lenguaje iniciático. Basta, pues, la amenaza, lo mismo que, más recientemente, ha bastado en el duelo de magos que opuso a Kennedy y Kruschev en el asunto de Cuba: los sacerdotes-magos-de-la-pirotecnia-atómica-U.S.A. indicaron a los de la U.R.S.S. las plagas que podían sobrevenir a los pueblos de sus países, escucharon a su vez la exposición que de las plagas que podían venirles a los estadounidenses hicieron los rusos, y,

de común acuerdo, decidieron el éxodo de los misiles soviéticos que habían sido llevados a Cuba.

Repasemos con atención el *Libro del Exodo.*

El capítulo I nos expone la situación en Egipto a la muerte de José: los hebreos han perdido allí su situación privilegiada.

Capítulo II: nacimiento y adolescencia de Moisés; su huida, como joven perseguido, al desierto de Madián. Capítulo III: Moisés halla el zarzal ardiente en el desierto de Madián. Capítulo IV: Moisés está desanimado y lleno de dudas, cuando, de pronto, ve «aparecer al Señor de los Celestes» —exactamente igual que Descartes dirá que ha visto «aparecer a Pitágoras* con su libro abierto».

Despejadas así sus dudas, Moisés va y habla a los hebreos, que le aceptan por profeta.

Capítulo V: Moisés se entrevista con el faraón y sale de su presencia con un fracaso casi total... sólo que ya no se mentan ni se mentarán más persecuciones judiciales como las que, en el capítulo II, le obligaron a Moisés a huir al desierto.

Capítulo VI: nuevo fracaso. El faraón no quiere ni oír hablar de los Celestes del pueblo hebreo: él tiene SU PROPIA tradición, que considera la única válida y legítima.

Capítulo VII: entramos aquí en una fase nueva. Moisés se convierte, literalmente, en «DIOS PARA EL FARAON». Como es al mismo Moisés a quien se atribuye la redacción del texto bíblico que relata esta investidura, esta «coronación» no puede menos de traernos a las mientes la de Napoleón: él mismo se pone la corona en la cabeza.

Como a Napoleón, también a Moisés le tocará demostrar que su investidura es válida: Moisés se ha convertido en «un dios para el faraón», pero a beneficio de inventario. Y comienza entonces el inventario de unos conocimientos sobrehumanos para aquella época, de unos saberes que pasan por haber sido heredados de los Celestes: en respuesta al desafío de Moisés, el faraón «convoca a sus sabios y a sus hechiceros», que al «milagro» de Moisés responden con otro «milagro» de igual fuerza (*Exodo*, VII, 11-12). ¡Una exhibición inútil! Moisés retorna al desierto de Madián, para perfeccionar su saber compulsando los textos del Cofre Sagrado.

A partir del capítulo VIII comienzan las «plagas», cada una de las cuales se presenta en un escenario y conforme a un esquema inmutable: Moisés vuelve del desierto, explica su plaga, no logra convencer al faraón y regresa al desierto a «consultar allí al Señor». Esto se prolonga así hasta el final del capítulo XII, donde leemos que los hijos de Israel salen de Egipto.

Moisés ha ganado.

¿Es el puro azar, ayudado de mi brillante imaginación, lo que hace de este modo coherente el texto bíblico con la Historia, que no ha conservado ningún recuerdo de las «plagas», y también con la Historia que confirma que un faraón se vio, muy a disgusto, en la necesidad de dejar partir a los hebreos? Por lo que a mí respecta, prefiero pensar que tal coherencia pertenece al orden natural de los sucesos y que en mí mismo la sencillez de espíritu prima sobre la brillantez de la imaginación. Pero, sea como fuere, los datos ahí están:

> Tan cierto es que no se ahogó toda una generación de primogénitos egipcios en las aguas del Nilo convertidas en sangre por la «Operación Salida de Egipto», como que no ha habido destrucción de ciudades soviéticas por la «Operación Salida de los misiles soviéticos de Cuba»;
>
> en ambos casos, unas «plagas» *virtuales, en potencia,* esgrimidas dialécticamente por unos técnicos que hablan entre sí la misma lengua «esotérica», que el vulgo no entiende, han resuelto el asunto.

Diciéndolo en lenguaje moderno: Moisés fue el primer hombre de la Historia que empleó «fuerzas de disuasión».

38

DE MOISES AL RETORNO DE CRISTO

Para la mentalidad cartesiana, uno de los aspectos más sugestivos del texto bíblico es el del imparcial desapego del narrador: nada se nos oculta de las taras y los defectos del pueblo elegido, de los múltiples errores en que incurren sus jefes, de los incidentes y vicisitudes menos gloriosos. Jacob, antes de convertirse en «Israel» y en padre de los israelitas, ha «cambiado» (¡qué eufemismo para encubrir una felonía!) el derecho de primogenitura de su hermano Esaú por un plato de lentejas; ha usurpado, pues, un derecho que es sagrado para la tradición a la que se honra de pertenecer. Tras este atropello, comete otro no menos grave: miente a su padre, anciano y ciego, engañándole para obtener una bendición que consagre su impostura. Seguramente que el Pueblo Elegido no será el único que haya sacado partido de una impostura, pero sí que es el único del que la Historia lo refiere sin disimular los hechos, sin decir una palabra para justificar al impostor.

En el relato de la lucha dirigida por Moisés contra el faraón, éste no desempeña necesariamente el papel de malvado, y a Moisés en ningún momento se le presenta como al Gran Justiciero de Ojos Azules.

Jacob era cojo. Moisés tartajeaba. A Moisés, inclusive, se le castiga a no pisar nunca la Tierra Prometida. El Pueblo Elegido, mientras Moisés está en la cumbre del Sinaí, de donde bajará con la Ley, se cansa de esperar y, para matar el aburrimiento, se fabrica un hermoso ídolo de oro —es decir, vuelve a la idolatría del Becerro, hijo de Apis— y se entrega al desenfreno.

Para un espíritu cartesiano, una narración así es *a priori* seductora. Cuando comprueba que, a medida que van aumentando nuestros conocimientos arqueológicos, la verdad histórica de la Biblia se va también precisando y confirmando, el espíritu cartesiano tiende a beneficiar con las ventajas de un prejuicio favorable aquellos puntos del relato que aún no

han sido confirmados... y, de esta forma, puede gozar de una visión de conjunto, de una vista panorámica, y en perspectiva «libre» al mismo tiempo, de la docena de siglos que pasaron entre la salida de Egipto y la aproximación a la era de los Piscis, en la que la Iglesia de Cristo ha recibido la sucesión a la herencia.

Cualquier hipótesis de que una raza humana sea superior (o inferior) a las demás forma parte de supersticiones cuyo absurdo ya no es menester demostrar... La superior aptitud de ciertas razas negras para ciertos deportes es algo que nada tiene que ver con el tema, puesto que aquí solamente nos referimos a las aptitudes intelectuales.

Claro que, deducir de la absurdidez del racismo que las comunidades humanas son todas iguales en valor intelectual sería tan absurdo como profesar un racismo, siquiera fuese larvado: tal opinión resultaría inmediatamente desmentida y desautorizada por la realidad, pues el porcentaje de buenos cerebros dotados para las ciencias varía desde menos del uno por mil a más del cincuenta por ciento, según las diversas comunidades... y en nuestros días es muy difícil ser en serio sociólogo o filósofo si no se cuenta con un gran bagaje científico. Pero ni la raza ni la nacionalidad desempeñan el principal papel entre las causas de esta desigualdad flagrante: nadie puede prever si el próximo descubrimiento importantísimo en medicina o el próximo premio Nobel de cualquiera de las disciplinas racionales pondrán en el candelero de la fama mundial a un celta, a un amarillo, a un semita o a un negro.

En cambio, la religión sí que desempeña un papel esencial: no se correrá demasiado riesgo si se apuesta que, en un futuro previsible, ningún descubrimiento o invento importante se deberá a un islamita... lo cual no excluye en absoluto a un árabe, con tal que sea cristiano o judío. Estadísticamente, los principales descubrimientos han sido hechos por israelitas y por cristianos, con escasas diferencias entre unos y otros.

Esto es evidente.

La primordial importancia de la impronta, del condicionamiento de las religiones está enmascarada por las supersticiones positivistas del siglo XIX, que por añadidura nos ha legado el racismo de un Gobineau,* cuyos gratuitos fantaseos pasaban, en la anterior centuria, por ser ideas dignas de consideración.

En 1969... comprobamos que la casi totalidad de los descubrimientos más importantes son obra de judíos, de cristianos, de ateos o de francmasones salidos del judeocristianismo. Comprobamos que la mitad de esa casi totalidad se debe a judíos que se declaran tales, y que son alrededor de siete millones en el mundo, y la otra mitad hay que adjudicársela a cris-

tianos o a ex judíos y ex cristianos, que son unos ochocientos millones; los restantes dos mil quinientos millones de seres humanos que no son ni judíos ni cristianos cuentan en su activo con algún que otro invento o descubrimiento, yendo entre ellos en cabeza claramente los budistas, mientras que los islámicos se quedan desde luego muy atrás... lo mismo si el islamita es originario de un país pobre que si es primo del rey del petróleo, igual si es hijo de colonos que si lo es de propietarios de esclavos, la cosa no cambia nada.

Esta desproporción es demasiado enorme como para atribuirla sin más al azar. Seguramente puede explicarse, en parte, por el hecho de que la civilización en la que han tenido lugar los descubrimientos mayores es judío-cristiana, lo cual da una ventaja inicial a los judíos y a los cristianos... Mas esto no es sino formular de otro modo la cuestión planteada:

¿Cómo es que ninguno de los otros pueblos herederos del mito común de los Celestes ha mantenido intacta la tradición que promete a los hombres que un día llegarán ellos a la Luna y se igualarán a los dioses?

El ateísmo y la pertenencia a la francmasonería —que, según los católicos, es mera prolongación de aquél— justifican un inciso: ambos son fenómenos específicamente judío-cristianos; ninguno de los demás misticismos posee esta válvula de escape. Quien no sea occidental sólo puede hacerse ateo o francmasón pasando previamente por el tubo de una occidentalización. El ateísmo y la francmasonería constituyen —en el lenguaje de la tradición— un «paso adelante», un paso hacia la liberación por sacudimiento de ciertas prohibiciones. Paso que la tradición considera todavía prematuro.

Simplificando, el judío está obligado a profesar que espera al Mesías, cuya venida le liberará de algunos vetos alimentarios. El cristianismo ha supuesto «un paso adelante»: la venida de Cristo ha liberado a los neo-judíos que eran los cristianos, de prohibiciones alimentarias materiales. Pero tanto a los cristianos como a los judíos les sigue estando prohibido «alargar la mano hacia el árbol de la vida y *comer* de él para vivir eternamente»: esto les seguirá estando prohibido hasta la venida del Mesías, para los judíos, y hasta la *Parusia*[1] o el retorno de Cristo, para los cristianos. La

[1] Parusia es un término griego que significa «aparición» con el que la teología cristiana designa la segunda venida del Señor. Jesucristo anuncia su retorno utilizando expresiones e imágenes del judaísmo tardío, ambigüas especialmente respecto al tiempo de este acontecimiento. Pablo aconseja la continencia porque «ya queda poco tiempo» (1 C 7, 29). La teología posterior prescinde de la cuestión de la época de la Parusia, de manera que el tema se convirtió en objeto de especulaciones más o menos heréticas, como las que provocaron el terror del año 1000 (que no hay que confundir con el milenarismo) o el pintoresquismo, como el de los testigos de Jehová que anunciaron el fin del mundo para el año 1914.

supresión del veto alimentario con respecto al «alimento espiritual» será el «segundo paso adelante», el que hará al hombre un parigual de los Celestes.

Este segundo paso adelante declararon los ateos querer darlo a partir de los «enciclopedistas» del siglo XVIII, que fue también el siglo de la Masonería.

En lenguaje de la tradición, la entrada del sol equinoccial en el signo del Acuario, que se produjo hacia 1950, señaló la entrada en los «tiempos mesiánicos», que, según la tradición cristiana, corresponden a la *Parusía*, así como, para la tradición hebraica, concuerdan necesariamente con la liberación de Jerusalén. Insisto en que se trata del lenguaje de la tradición: no estáis obligados a entrar en la ronda y tenéis perfecto derecho a observar desde fuera, con una sonrisa conmiserante, como si la razón cartesiana estuviese de vuestro lado... ¡como si Descartes no hubiese dicho, y escrito, que él «había descubierto una ciencia admirable» gracias a su adhesión a la sociedad de los Rosa-Cruces! Pero, si yo he entendido bien el lenguaje de la tradición, el «árbol de la vida», o por lo menos sus retoños nos aguardan en el «arco de alianza», arriba en la Luna.

39

INVENTARIO DE LAS ENSOÑACIONES

Esta *Novela de la Biblia* puede dar la impresión de que quiero llevar al lector mucho más allá de lo posible, de lo razonable y hasta de lo digno de ser admitido entre los sueños de un hombre sensato. Bastará, sin embargo, con consultar algunas obras de divulgación escritas con buen criterio, sólidas y respetuosas de la verdadera ciencia, para advertir que soy muy timorato y me quedo muy corto, muy acá de los límites a que se permite que lleguen autorizados investigadores y especialistas cuando se lanzan a hacer conjeturas.

El que mi hipótesis parezca loca y temeraria proviene tan sólo de que lo que yo propongo es precisamente eso, una *hipótesis,* es decir, una construcción que trata de estructurar y dar coherencia a un conjunto de datos sueltos, esparcidos por varias disciplinas especializadas. Situación análoga existía en el siglo XVIII, que conociendo ya las leyes de la acústica, las técnicas para el tratamiento de ceras y lacres y los mecanismos de Vaucanson... esto es, disponiendo de todo lo necesario para haber inventado el fonógrafo, únicamente careció del loco que se atreviese a proponer una hipótesis temeraria.

Cuando el doctor Edward L. Tatum, premio Nobel, afirma que la «cirugía genética» podrá, en un futuro previsible, modificar los genes de una especie, crear organismos vivos y llegar, incluso, a modificar al hombre, provoca un estremecimiento comparable al que se suele buscar en la ciencia-ficción: eso queda en abstracto y lejano, pero...

Cuando los astrofísicos discuten los medios de establecer contactos y vínculos con otros sistemas planetarios, el adulto de hoy se pone a soñar en lo que verán un día sus hijos.

Cuando se hacen comparaciones entre las semillas seleccionadas o las

campeonas lecheras de hoy y las semillas de antaño o las vacas primitivas, de secas ubres capaces de nutrir escasamente a un solo ternero, parece normal que se hayan gastado milenios en pacientes selecciones.

Cuando los físicos y los geógrafos proyectan modificar los climas, se lanza uno a soñar en unas vacaciones sin albures meteorológicos; cuando los geólogos evocan las glaciaciones de épocas arcaicas, uno se dice que ha tenido mucha suerte de nacer en estos tiempos y no hace veintitrés mil años.

Cuando en los lugares de culto leen y comentan los clérigos el texto bíblico, los ateos, al notar que los creyentes encuentran allí consuelo y ayuda para su fe, se preguntan por qué y cómo ha forjado la Ley mosaica a este Occidente que parte hoy a la conquista de la Luna y del «arco de alianza» prometido a Noé.

La hipótesis que propone *La novela de la Biblia* no hace sino articular todo esto sobre el entramado de una coherencia de conjunto: unos bípedos mamíferos, convertidos en «dioses» para la memoria y el entendimiento de los hombres, viniendo de un sistema planetario mucho más avanzado que el nuestro, habrían llegado a la Tierra en plena glaciación Würm-III y habrían empezado a establecer en nuestro planeta un régimen de climas aceptable y un equilibrio biológico satisfactorio.

Mi hipótesis desemboca en un sencillo dilema:

> O el Hombre es un milagro único en el universo entero, y en tal caso el universo es un universo humanista,
> O el bípedo pensante representa la culminación normal de la evolución allí donde las condiciones ambientales permitan que haya vida tal como la que conocemos en la Tierra.

La radical simplicidad de este dilema es encubierta por el hecho de que la hipótesis se articula mediante un razonamiento racionalista (que rechazan los creyentes devotos) sobre el texto bíblico (que rechazan los devotos del racionalismo).

Mi hipótesis ES una «hipótesis». No excluyo en absoluto la posibilidad de que me haya dejado engañar por las coincidencias o de que haya visto erróneamente una coherencia allí donde reina el puro azar. En cambio, Albert Ducrocq* está segurísimo, él que todo lo sabe con certeza, de que mi hipótesis será desmentida, porque él SABE que en la Luna no se hallará ningún vestigio dejado por unos cosmonautas que nos hayan prece-

dido; así me lo ha dicho en una conversación por radio en la que desechaba por completo las dudas de Jacques Paoli.

—¿Cómo lo sabe?

—Con toda certeza, con seguridad científica.

Las soberbias certidumbres de Albert Ducrocq en cuanto a cómo se formó el ojo, confrontadas (cfr. *supra*, cap. II) con las incertidumbres profesadas por Emile Guyénot, resulta que proceden de la misma ciencia cierta.

Si mi hipótesis llega a ser desmentida, los creyentes volverán a hacerse dueños de la Biblia, en la que ya nada me permitirá sostener que constituye el relato racional de una colonización, y los racionalistas deberán buscar alguna explicación más plausible que la mía al conjunto de concordancias entre el texto bíblico y los datos científicos de hoy.

El profesor Joshua Lederberg*, del Instituto de Tecnología de California, cree que, de aquí a diez o veinte años, los biólogos andarán ya modificando las especies, implantando núcleos de células humanas en la estructura genética de los grandes simios, con el fin de obtener híbridos. No preconiza él tales experiencias, sino que declara su temor de que se realicen antes de que contemos con unos conocimientos teóricos suficientes para prever las consecuencias de una imprudente «mezcolanza genética».

¿Podremos insuflarle, en un futuro próximo, un alma humana a un simio, como el texto bíblico asegura que el Adonay de los Elohim le insufló a un «adán» surgido del suelo, un alma gracias a la cual se transformó y se hizo a imagen de los Celestes?

Los biólogos del Edén ¿harían parir a una mujer unos gemelos verdaderos, monovitelinos, que fuesen varón y hembra, para, emparejándolos después, provocar otro embarazo y otro parto de bigéminos, y así sucesivamente, hasta obtener un linaje de réplicas rigurosamente idénticas, una estirpe eterna de «adanes» inmortales? La experiencia es ya concebible, en teoría, al nivel del simio, y ésta es una de las interpretaciones posibles del «adán macho-y-hembra» del texto bíblico.

Es lógico que haya una sola denominación para el marido, la esposa-hermana-gemela y los vástagos biológicamente gemelos de tales padres. En cuanto nuestros biólogos sepan hacer a la vez dos cosas, provocar a voluntad nacimientos de auténticos gemelos entre los simios y verificar la estabilidad genética al nivel de los genes, es probable que «creen» un linaje «inmortal», en el que (si les gusta el humor negro) podrán llamar a los machos Ich y a las hembras Icha, como dice el *Génesis* (II, 21-23) que

hicieron los Celestes con nuestros antepasados cuando estimaron que la estirpe de los adanes inmortales estaba ya psíquicamente a punto para comprender la relación de causa a efecto entre el orgasmo, el coito y la fecundación.

¿Basta el azar, ayudado de mi imaginación, para hacer que el texto bíblico cuadre en todo perfectamente con la biología de vanguardia?

El azar tiene espaldas anchísimas, pero, como hemos visto, ni siquiera es suficiente, por sí solo, para explicar la aparición del ojo en los mamíferos superiores, que la evolución fue sacando del mineral a través de las etapas intermedias de la planta, la lombriz y el celacanto.

Usted y yo y el perro del vecino, igual que el *bifteck* y los huevos fritos y todo cuanto comemos, tenemos en común el haber evolucionado a partir de los mismos minerales.

Hasta Carlos R. Darwin, esta evolución se atribuía, sin más, a Dios; desde Darwin, se atribuyó a la evolución natural; para la biología de hoy, la evolución natural darwiniana viene a ser como un avatar de Dios. como un vano esfuerzo más para explicar lo desconocido atribuyéndoselo a un Incognoscible con mayúscula. Volvamos a Emile Guyénot: «Las mutaciones, únicos procesos evolutivos conocidos, corresponden casi siempre a fenómenos de regresión o de repetición... Ninguna ha producido nunca *un órgano nuevo*... La pérdida de las alas es, para un pájaro, una calamidad: hace falta una mentalidad bien singular para ver en esa pérdida una adaptación a la vida terrestre».

¿Con qué contamos para sustituir a Darwin? Pues con lo que Emile Guyénot llama *las incógnitas del transformismo:* una *evolución superficial* cierta, puesto que prosigue a ojos vistas; una *evolución profunda,* no demostrada por ninguna prueba directa, pero que constituye la única interpretación racional de datos bien comprobados para las familias; por ejemplo, para la de los équidos[1]. En pasando de ahí, se cae en lo hipotético. «Las reconstrucciones filéticas sólo son legítimas, en cierta medida, si se CREE en un origen común de todos los seres vivientes». Respecto a la aparición del ojo, «la explicación mutacionista choca contra una verdadera imposibilidad». Las grandes etapas de la evolución se nos escapan totalmente.

La sucesión de Darwin está abierta.

Quien mejor resume la problemática de esta sucesión es Raymond Ru-

[1] Se llama équidos a los mamíferos perisodáctilos. de cabeza alargada y patas terminadas por un solo dedo muy desarrollado, cubierto con una pezuña, como el caballo y el asno.

yer,* en su libro *L'animal, l'homme, la foction symbolique* (N.R.F., *Coll. L'avenir de la science*): «Para tratar de explicar la presencia del hombre en el universo, las filosofías y las religiones giran siempre en un mismo círculo. El número de puntos de vista posibles es muy escaso. Tanto que, casi sin simplificar, podemos decir que se reducen a dos, caracterizables como «la explicación mitológica» y «la explicación mágica». Estos dos tipos de explicaciones —o mejor, de seudoexplicaciones— se camuflan, intercambian y combinan a menudo en proporciones diversas. Pero están presentes por doquier, aun en la interpretación de las más recientes teorías científicas.»

Explicación evidentemente «mágica» es la de Albert Ducrocq: el ojo apareció «por sí mismo», como consecuencia de la «cibernética natural». Y el hombre, también.

Explicación «mitológica» es la que yo propongo. «Las teorías científicas son más afines a los mitos que a la magia», escribe R. Ruyer (p. 251), quien, después de pasar revista a unos cuantos mitos que han sido contradichos por las averiguaciones de la ciencia, acaba por considerar más satisfactorio el mito «basado en la idea de una "educación" del hombre según un plan trascendente».

Sí, la sucesión de Darwin está abierta. Yo no aspiro a ella, me limito a recordar que en una interpretación de la doctrina (de base mitológica) de Pitágoras se encuentra lo que Arthur C. Clarke nos propone con el nombre de «novela» en *2001: Odyssée de l'espace*, a saber, la idea de «ir sembrando» los planetas habitables con unos «cristales», siembra que aseguraría a escala galáctica las «grandes etapas de la evolución» lo mismo que, a la escala del laboratorio, nuestros biólogos provocan soluciones de continuidad en la evolución de las bacterias, «inseminándolas» con virus, que no son sino una esperie de cristales. Nada de esto se ve en la bella película *2001:* hay que leer el libro y comprender su sentido.

Esta idea de una «inseminación» de los planetas habitables es muy seductora, pues permite explicar esas «grandes etapas de la evolución» acerca de las cuales Emile Guyénot subraya nuestra total ignorancia y que son, entre otras, «la adquisición, por un antepasado áptero, de un esbozo o rudimento de las alas en los insectos, o por un antepasado de los vertebrados el inicio de los miembros», por no decir nada de la aparición, en todos, del ojo. Mas, por desgracia, esta idea ofrece también un inconveniente lo bastante grave para disuadirme de aspirar a ser el sucesor de Darwin: antes de explicar cualquier cosa por una inseminación, sería preciso haber probado la existencia de los presuntos inseminadores... y no sólo de la treintena de especialistas que el texto bíblico presenta como

dioses, sino de toda una organización a escala, por lo menos, de la Galaxia.

Para ser fiel a la verdad, he de decir que el comportamiento y, hasta cierto punto, las intenciones atribuidas por el texto bíblico a los Celestes incitan a pensar que éstos (si existieron) no vinieron más que a forjar un eslabón de una «cadena espiritual» cuya existencia implica la de una organización —racional y racionalista— a la escala de la Galaxia.

La existencia de una organización a escala de la Galaxia tendría aún otras muchas virtudes, en concreto la de explicar racionalmente la gran incógnita de los platillos volantes.

Metámonos dentro de esos presuntos organizadores racionalistas: ¿cómo nos las arreglaríamos para averiguar si, en un planeta determinado, la evolución inseminada, sembrada por nosotros hace, pongamos, varios milenios, ha hecho ya aparecer una especie pensante? ¿Dándonos un paseíto de inspección por los cien millones de sistemas planetarios en que se considera probable la aparición de la Vida? ¡Seamos serios! ¡Menuda pesadilla de viajante de comercio esa que nos proponéis! Nosotros somos civilizados, somos racionalistas, procederemos mediante sondeos. Cuando, entre 1950 y 1960, unos investigadores norteamericanos trataron de sondear así el universo, propusieron que se enviara por radio «a todos los azimuts» el teorema de Tales,* reconocible para cualquier civilización que hubiese alcanzado la fase de la geometría... a condición de que, además, hubiese inventado también ya la radioastronomía y estuviese a la escucha en la longitud de onda que nuestra lógica terrestre estima la más probablemente común en las relaciones entre mundos habitados.

Basándonos en el mismo principio, cuando nosotros dispongamos, en la Luna, de observatorios astronómicos fuera de atmósfera, desde los cuales serán visibles los sistemas planetarios de las estrellas, tendremos ya unos rayos láser suficientemente potentes para llegar a los remotos mundos habitados. *Trazaremos* así, con la luminosa tiza de los láser, los datos del teorema de Tales, que aparecerán en el cielo de los destinatarios en «líneas ortoténicas» (para decirlo con Aimé Michel). Efectuaremos así unas *proyecciones* con una linterna mágica a la escala de la Galaxia, y si unos seres inteligentes, que conozcan la forma de la Galaxia, ven proyectar en el cielo la imagen de la misma, ¡no la tomarán, creo yo, por platillos volantes! ¡Harán cuanto sepan y puedan para acusar recibo!

Más vale insistir, aunque sea machaconamente, que dejar que subsista una duda:

1.° EN NINGUN MOMENTO he afirmado yo que, hacia —21 000, hayan llegado a la Tierra unos cosmonautas;

2.º EN NINGUN MOMENTO he dicho, tampoco, que tal cosmonáutica sea materialmente realizable.

PERO:

1.º SOSTENGO que el texto bíblico, entendido al pie de la letra, relata eso y no otra cosa;

2.º PIENSO que el *Génesis* refleja una verdad histórica y que un «arco de alianza» nos está esperando en algún cráter lunar acondicionado por «mis» Celestes.

No hace falta decir, aunque es mejor decirlo, que si existe ese «arco» está balizado con alguna «zarza ardiente», pues el texto bíblico precisa que el tal «arco» es la concreción de una «alianza», y deja entender que constituye el testimonio de una apuesta de Noé que será ganada en la Luna o sobre ella cuando el hombre haya conseguido construir «una torre cuya cima toque en los cielos».

En cuanto al contenido del «arco», según mi hipótesis, no podría ser en ningún caso algún misterio místico que una conspiración sumiera en un secreto abracadabrante. Si «mis» Celestes, seres racionales y racionalistas, dejaron, como creo, un «arco» en un cráter lunar, quienes lo descubran encontrarán en él una serie de datos concretos, escritos en hebreo, que harán dar a las ciencias humanas, a la física y a la biología sobre todo, el prodigioso salto adelante gracias al cual los hombres se igualarán a los dioses. Los descubridores de este tesoro no lo pondrán necesariamente a disposición de la ONU, pero tampoco les será posible guardar ningún secreto sobre la materialidad de un hallazgo que tanto hará progresar los conocimientos de los hombres.

40

VON BRAUN NOS DICE QUE LA COSMONAUTICA INTERESTELAR...

La conclusión de este libro voy a pedírsela a Werner von Braun, que me la «da» como el Señor de los Celestes podría «dar» sus últimas órdenes a Moisés; en efecto, la última obra de Von Braun *Space Frontier* (Holt, Rinehart & Winston) salió al público en 1967, con lo que respondía a mis preguntas antes que yo las hubiese formulado por escrito. El último capítulo de *Space Frontier* se intitula: «¿Podremos llegar algún día a las estrellas?»

Antes de lanzarnos hacia las estrellas, echemos un vistazo al mapa del cielo, en el que las distancias se expresan en años-luz (siendo el *año-luz* la distancia que la luz, «viajando» a 299 792,5 kilómetros por segundo, recorre en un año). El diámetro mayor de nuestra Galaxia mide un poco menos de 100 000 años luz; nuestro sistema solar se halla a 27 000 años-luz del centro de la Galaxia; la estrella polar está a 470 años-luz de la Tierra; la estrella más próxima a nosotros, Alfa del Centauro, está a 4,7 años-luz de distancia.

En el interior de nuestro sistema solar, las distancias parecen insignificantes si se las compara con las que acabamos de citar: el Sol solamente está a 8,3 *minutos*-luz de nosotros. Plutón se halla a 5,5 *horas*-luz, y la Luna apenas a 1,5 *segundos*-luz. ¿Se pueden postular en serio, con sólo haber llegado a franquear la distancia de 1,5 *segundos*-luz, que es lo que hasta la fecha hemos conseguido los hombres yendo hasta la Luna, otros viajes a 1000 *años*-luz de distancia? ¡Sí! —responde Von Braun—, a condición de que no se olvide que la posibilidad de hacer tales viajes está todavía lejos, muy lejos de nuestro alcance actual: «Los más audaces entre

los optimistas no prevén esto para nuestra generación... ni para la de nuestros hijos».

Está bien claro que Von Braun no contempla otra cosmonáutica interestelar que la que evolucione a partir de nuestros conocimientos actuales, exactamente igual que nuestras cápsulas Tierra-Luna han evolucionado a partir del avión de Clément Ader,* que fue el primero que hizo volar (sobre más de 300 metros) un cuerpo-más-pesado-que-el-aire, en 1897. Von Braun no piensa en ningún sistema planetario que se hubiese solidificado un millón de años antes que el nuestro, en el que la aparición de la vida y su evolución hubiesen sido paralelas a las de la Tierra, y donde un Clément Ader volara hace un millón de años, la «Luna» respectiva hubiese sido alcanzada hace 999 900 años, y la cosmonáutica interestelar fuese cosa corriente cuatro generaciones después, hace, por lo tanto, 999 800 años.

De los cien mil millones de estrellas que constituyen nuestra Galaxia, más de cien millones son lo bastante parecidas a nuestro Sol para que la existencia en torno a ellas de un sistema planetario semejante al nuestro sea conjeturable como verosímil. Es, pues, probable que en la Galaxia exista quizás hasta un millón de mundos habitados, tan parecidos al nuestro que allí vivan también, respirando y comiendo como nosotros, unos bípedos que se planteen análogas cuestiones. Pero a nosotros nos resulta tan difícil imaginarse esto como les resultaba a nuestros antepasados imaginarse la existencia de los antípodas.

Y ¡si no hubiese más dificultad que ésta!...

La cosmonáutica interestelar la calcula Von Braun a partir de un propulsor fotónico (que sólo existe aún en teoría), capaz de imprimir a una cosmonave una aceleración constante de 1 g (designando *g* la aceleración de un cuerpo dejado caer libremente en el campo de la atracción terrestre). Al cabo de tres meses y medio de viaje, la cosmonave así acelerada habrá alcanzado el 30 % de la velocidad de la luz, y el efecto Doppler* (explicado en todos los libros de divulgación) habrá hecho entonces pasar la radiación de nuestro Sol a infrarroja, convirtiéndola en invisible; un mes después, será la radiación de la estrella de destino la que, también por el efecto Doppler, pasará a ultravioleta, haciéndose invisible. La película *2001: Odyssée de l'espace* ilustra muy comprensiblemente lo que representa el efecto Doppler para unos cosmonautas que en su viaje se aproximan, con aceleración constante, a la velocidad de la luz.

Una cosmonave marchando con aceleración constante tiende, evidentemente, hacia el «número de Einstein», que es al «muro de la luz» lo que el «número de Mach» al «muro del sonido», *excepto* que un avión puede franquear el muro del sonido y volar a velocidades «ultrasónicas» Mach 1,

Mach 2 y más rápidamente todavía, mientras que toda la teoría de Einstein se basa en el postulado de que un cuerpo material no puede atravesar la «barrera de la luz», es decir, ir a una velocidad mayor que la de la luz, sin desintegrarse. Con una aceleración constante igual a *g*, la cosmonave alcanzará el 0,999998 del «número de Einstein» al cabo de 6,6 años de viaje; entonces habrá llegado el momento de invertir los mecanismos, de manera que el propulsor fotónico se utilice como freno, para provocar una deceleración constante igual a *g*. Transcurridos así otros 6,6 años de viaje, la velocidad volverá a ser la del momento de la partida y (salvo error de navegación) la cosmonave estará atravesando la órbita del planeta más exterior del sistema al que se dirija... Lo mismo que, en el capítulo 10 de este libro, he supuesto yo que llegó, hace milenios, a nuestro sistema solar una cosmonave.

En el ejemplo imaginado por Von Braun, el sistema planetario de destino se encuentra a 1000 años-luz. Cuando llegan a él, los cosmonautas sólo han envejecido 13,2 años; 6,6 años en aceleración hasta alcanzar el 0,999998 de la velocidad lumínica, y otros 6,6 años en deceleración. Von Braun imagina que los cosmonautas poseen un telescopio que les permite ver lo que pasa en la Tierra que han dejado tras sí 13,2 años antes. Pues bien, lo que ven no les asombra nada, porque «llegados a 1000 años-luz de la Tierra, ven los sucesos que han acaecido en la Tierra hace mil años, siendo mil años el tiempo no dilatado que ha transcurrido en nuestro planeta desde la partida de la cosmonave».

»A los hombres de hoy —comenta Von Braun— les cuesta tanto admitir la noción relativista del tiempo como les costaba a nuestros antepasados comprender que la gente de las regiones "antípodas" pudiese andar cabeza abajo sin caerse del planeta.»

Von Braun lleva su cálculo más lejos. Después de penetrar en la atmósfera de un planeta distante 1000 años-luz, los cosmonautas de Von Braun dan media vuelta... Se comportan, en suma, como los hombrecillos verdes de los aficionados a los platillos volantes: unas cuantas evoluciones, saludos de parte del Cosmos y adiós. Poniendo su cápsula en la dirección conveniente, los cosmonautas de Von Braun la imprimen luego una aceleración constante, igual a *g*, durante 6,6 años; pasados éstos, hacen que su artefacto vire en redondo, desaceleran durante otros 6,6 años y regresan a la Tierra habiendo envejecido los 13,2 años de la ida más los 13,2 del regreso, 26,4 años en total. «Lo molesto —escribe Von Braun— es que, como durante su ausencia habrán transcurrido en la Tierra más de dos mil años, los cosmonautas, a su retorno, corren el peligro de que les encierren en un zoo.»

Resumiendo, que por mucho que pueda decir en contra el profesor Pierre Auger, la cosmonáutica interestelar es perfectamente concebible; lo que no lo es tanto son los viajes de ida y vuelta suficientemente acelerados para dilatar el tiempo de unos cosmonautas que, al regresar, se encontrarían con una Tierra mil años más vieja. A partir de cierta distancia, la cosmonáutica interestelar sólo puede concebirse a base de expediciones que se emprendan sin espíritu de retorno, sin pensar en volver ya nunca a la Tierra.

Nuestros nietos explorarán, seguramente, los arrabales cósmicos, las estrellas que estén lo bastante próximas como para llegar a ellas en diez años de viaje de ida y en otros tantos de viaje de regreso, a unas velocidades suficientemente «lentas» para que la dilatación del tiempo no tenga mucha importancia, de modo que, a su retorno, los astronautas sexagenarios sean a lo sumo unos cuarentones de muy buen ver para su edad.

Nuestros biznietos deducirán, de la comparación experimental entre varios sistemas planetarios, unas cuantas leyes generales. Nuestros tataranietos, que dispondrán ya de motores fotónicos, podrán formular la Ley Unica del Universo, de la que se deriven las leyes generales anteriormente descubiertas, e irán a verificar sus teorías más allá de los arrabales cósmicos, a sistemas que distan de nosotros quinientos o mil años-luz. Pero lo harán ya en viajes emprendidos sin espíritu de retorno. Tal es el futuro que prevén los astrofísicos que, como Werner von Braun, parten del postulado humanista, es decir, que razonan a partir de la idea de que el hombre ha descubierto todo lo que ha descubierto por sus propios medios, desde que el primero de nuestros antepasados frunció por primera vez el entrecejo al esbozar en su rudimentario caletre la primera *idea* que surgió en nuestro planeta. El futuro «humanista» que concibe el humanista Von Braun es el del hombre colonizador del Cosmos.

Pero ¿es el del hombre un caso único en el universo, un efecto del azar? ¡Cuánto orgullo hace falta para pensar semejante cosa! Mas los humanistas se complacen en ser orgullosos. Cabe pensar que la aparición de una vida que culmine por evolución en una forma de inteligencia capaz de concebir el cosmos no es un caso único que se deba al azar, sino la ley general del universo. En esta hipótesis, que tiene, por lo menos, la virtud de ser más modesta, todos los mundos habitables solidificados antes que el nuestro habrán visto aparecer a un Von Braun y después a nietos de ese Von Braun que se habrán lanzado a la conquista de la Galaxia como nuestro Von Braun cuenta que algún día se lancen sus sucesores.

¿Llegarían a la Tierra, veintiún milenios antes de Cristo, treinta nietos del Von Braun del planeta Teos, distante del nuestro acaso mil años-luz? Es lo que, a mi entender, dice el *Génesis*, lo que Voltaire y el siglo XIX consideran puro fantaseo medieval, y lo que en nuestros días Von Braun ha demostrado que constituye, teóricamente, una empresa realizable.

Si «mis» Celestes no tuvieron existencia real, si el *Génesis* es obra de unos poetas visionarios, a los tataranietos de Von Braun les tocará verificar si la posibilidad teórica establecida por su tatarabuelo es materialmente realizable, suponiendo que vayan a ser ellos los primeros bípedos que se muestren como dioses en algún remoto sistema planetario y que el *Génesis* constituye una profecía sin base en ninguna realidad histórica.

Pero si, por el contrario, «mis» Celestes existieron de veras, antes incluso de que se descubra el «arco de alianza» prometido a Noé, y aun antes de que la interpretación de los datos materiales de ese «arco» nos haya dado la clave práctica de la navegación interestelar, bastará con que se encuentre en la Luna el más pequeño objeto manufacturado para probar, prácticamente, que Von Braun está en lo cierto al creer posible, para una civilización más adelantada que la nuestra, el ir hasta las más lejanas estrellas.

El menor *artefacto* que se halle en la Luna bastará para probar que la Biblia no es una «novela» y que unos «dioses», tal como afirma el texto bíblico, *«han creado» el cielo y la Tierra.*

APENDICE

PEQUEÑAS BIOGRAFIAS

Abraham, patriarca tradicional de los judíos n. en Ur de Caldea; padre de Isaac y de Ismael y abuelo de Jacob; murió en Ur a los 140 años de edad; la figura más sobresaliente en los comienzos de la historia israelita.

Ader, Clément (1841-1925), ingeniero francés; perfeccionó el teléfono e inventó el micrófono; fue el precursor de la aviación francesa, construyó el primer avión, con motor a vapor, que efectuó el primer vuelo mecánico (1897) recorriendo una distancia de 300 m.

Alejandro Magno (356-323 aC), rey de Macedonia, hijo de Filipo II, n. en Pella. Fue educado por Aristóteles; ascendió al trono en el año 336 aC; después de someter a los griegos (335), se hizo dar en Corinto el título de generalísimo de los helenos en la guerra contra los persas, a quienes venció en Gránico (334) e Issus (333); ocupó Tiro, Sidón, etc; conquistó Egipto, fundó Alejandría (332); después marchó hacia el Oriente, destruyó los ejércitos persas en Arbela (331) y llegó triunfante hasta el río Indo (326). Tenía planes grandiosos para el porvenir, inclusive la conquista de Arabia, cuando murió en Babilonia, víctima de una fiebre infecciosa, después de un reinado de 12 años y 8 meses; a su muerte se desintegró el imperio. Las conquistas de Alejandro trajeron por resultado una mutua penetración de las culturas helénica y asiática.

Amón. Dios egipcio, cuyo culto fue iniciado en Tebas, donde, junto con su esposa Mut y su hijo Khonsu, formaba la tríada tebana. Su importancia deriva de los faraones de la XVIII dinastía, que lo consideraron como el origen de su linaje y se convirtió en «rey de los dioses». A menudo fue identificado con Ra, dios del sol, con el nombre de Amón-Ra. Se representa con cuerpo humano y cabeza de carnero o simplemente con cuernos de carnero con un disco solar entre dos plumas sobre la cabeza.

Angramainyu es el nombre de la divinidad maléfica de los antiguos persas, convertido después en Arimán, genio del mal opuesto a Ormuz, genio del bien en la religión de Zoroastro. Mientras Ormuz surgía de la luz pura, Arimán nació en medio de las primeras tinieblas y creó producciones simétricas y adversas a las de Ormuz para combatirlo. La lucha debe durar 12 000 años, pero entretanto terminará el mundo y Arimán será vencido. Entonces se postrará a los pies de Ormuz para cantar juntos un himno eterno en honor del Dios supremo.

Arambourg, Camille, paleontólogo francés, n. en 1885. Director del Museo de

Historia Natural de París; autor de numerosos trabajos sobre los peces, los mamíferos y los hombres fósiles, particularmente referidos al Africa del Norte.

Arrio. Autor de la herejía de su nombre, llamada arrianismo, que niega la divinidad de Jesucristo y no reconoce la Santísima Trinidad. Fue condenado, el año 325, en el concilio de Nicea (311-336).

Auger, Pierre Victor, n. en 1899, científico francés, profesor de las universidades de París y Chicago, director de estudios superiores del Ministerio de Educación francés (1945-48), de ciencias naturales de la UNESCO (1948-59), de la Compañía francesa de Investigaciones del Espacio (1959) y delegado en la Compañía de Energía Atómica de la ONU (1946-48).

Berard, Victor (1964-1931). Erudito y publicista francés. Entre sus estudios arqueológicos y de geografía homérica sobresalen *Les Phéniciens et l'Odyssée* (1902-03) y la exégesis y traducción francesa de la *Odisea* (1925).

Borel, Emile (1871-1956), matemático y político francés. Trabajó en el análisis y en el cálculo de probabilidades.

Bossuet, Jacques-Bénigne (1627-1704), obispo, escritor y orador francés n. en Dijon; hijo de un abogado, estudió en París y fue ordenado sacerdote en 1652; luego fue nombrado obispo de Condom y miembro de la Academia Francesa (1671); preceptor del Delfín; tomó parte activa en la revocación del edicto de Nantes; combatió la doctrina del quietismo, doctrina mística heterodoxa, según la cual la suma perfección del alma humana consiste en el anonadamiento de la voluntad para unirse con Dios, en la contemplación pasiva y en la indiferencia de lo que pueda ocurrirle en tal estado; luchó en defensa de las libertades de la Iglesia. Autor de *Traité de la connaissance de Dieu et de soimême, Discours sur l'histoire universelle,* etc.

Bouches de Crèvecoeur de Perthes, Jacques (1788-1868), prehistoriador francés que encontró instrumentos de sílex en Abbeville (1844) y basándose en este descubrimiento publicó *Antiquités celtiques et antédiluviennes* (1846) y *De l'homme antédiluvien* (1860), donde defiende la existencia del hombre prehistórico antediluviano. Sus opiniones fueron acogidas con escepticismo en Francia pero despertaron un gran interés en Inglaterra.

Brahe, Tycho (1546-1601), astrónomo danés; organizó y dirigió el observatorio de Uranienburgo en la isla de Hven, donde tuvo como auxiliar a Kepler (1600); descubrió la estrella llamada de Tycho en la constelación de Casiopea (1572), y las variaciones de la Luna; hizo la primera tabla de refracciones y perfeccionó la teoría lunar de Copérnico. Autor de: *Astronomiae Instauratae Mechanica* (1598); *Astronomiae Instauratae Progymnasmata* (editada por Kepler) e *Introducción a la nueva Astronomia* (1572).

Braun, Werner von. Ingeniero alemán n. en 1912 en la Prusia Oriental. Se doctoró en ciencias físicas en 1934 en la Universidad de Berlín y este mismo año se le nombró director del Centro de proyectiles dirigidos de Peenemünd a orillas del Báltico, donde ultimó el desarrollo del cohete V-2. Al finalizar, en 1945, la Segunda Guerra Mundial, se trasladó a los Estados Unidos y en 1950 fue destinado al Centro de cohetes y proyectiles dirigidos del Ejército, en Huntsville (Alabama) iniciando los proyectos que dieron por resultado la realización de los cohetes «Júpiter», que fueron utilizados para el lanzamiento de los satélites artificiales norteamericanos. En 1955 adquirió la nacionalidad estadounidense y dirigió el lanzamiento del primer satélite *Alpha* en 1958; abandonó la N.A.S.A. (National Aeronautics and Space Adminis-

tration) en 26 de mayo de 1972 para hacerse cargo de la vicepresidencia de la sección técnica de una empresa particular aeronáutica.

Buffon, Georges Louis Leclec de (1707-1788), naturalista y escritor francés; dirigió el Jardín Real de Plantas (hoy Jardín de Plantas) y el Museo. Autor de una *Historia Natural* en 44 vols., en los que colaboraron varios hombres de ciencia, completada por B. G. E. de Lacépède.

Cam, uno de los tres hijos de Noé, que hižo burla de la desnudez y embriaguez de su padre, por lo cual éste lo maldijo en la persona de su hijo Canaán. Cam tuvo tres hijos más: Cus, Mesraim y Fut; a todos ellos se les señala como los antecesores de los cananeos, de los árabes del Sur, de los etíopes, de los egipcios y de los africanos en general.

Carlomagno o Carlos el Grande o Carlos I (742-814), hijo de Pipino el Breve; rey de los Francos (768-814) y emperador de Occidente (800-14); a la muerte de su hermano Carlomán, fue rey de todos los francos y luego anexó Francia y gran parte de Alemania; destruyó el reino de los lombardos, y fue su rey (773); coronado como Carolus Augustus por el papa León III, extendió el Cristianismo, fundó escuelas y protegió la literatura, las ciencias y las artes.

Carnot, Lazare Nicolas Marguerite (1753-1823). General y hombre de Estado francés, que era capitán de ingenieros en la época de la Revolución; fue miembro de la Asamblea Legislativa (1791); representante del ejército en el Comité de Salud Pública; jefe del ejército del Norte, contribuyó grandemente a los éxitos de las armas francesas. Miembro del Directorio en 1795 y acusado de realista, el 18 de fructidor (1797) se refugió en Alemania; volvió a su país en 1799 y fue nombrado ministro de la Guerra (1800) en el primer consulado, resignando al poco tiempo el cargo; miembro del tribunado (1802), votó contra el consulado vitalicio; más tarde se opuso a que Bonaparte asumiese el poder imperial y en 1804 hubo de retirarse a la vida privada. Cuando la desastrosa campaña de Rusia, ofreció sus servicios a Napoleón y se distinguió en la defensa de la plaza de Amberes (1814). Durante los Cien Días fue ministro del Interior, y después de la segunda abdicación de Bonaparte figuró en el Gobierno provisional. Desterrado por la Restauración, se retiró a Magdeburgo, donde murió. Autor de: *De la corrélation des figures de géometrie; Géometrie de position; Principes fondamentaux de l'equilibre et du mouvement,* etc.

Cervantes Saavedra, Miguel de (1547-1616), polígrafo y poeta español n. en Alcalá de Henares, llamado por su obra el «Príncipe de los Ingenios», y, por la lesión que sufrió en la mano izquierda, el «Manco de Lepanto», donde combatió en 1571; sirvió después en Nápoles, en Túnez y Palermo; cayó en poder de los corsarios argelinos (1575). Ya en España tuvo una hija natural con Ana de Rojas y poco después se casó con Catalina Palacios de Salazar (1584); desempeñó varios cargos como recaudador y solicitó al Rey un puesto en las colonias de América, ya fuese en Nueva Granada, Guatemala, Cartagena o La Paz; estuvo tres veces preso desde 1592 a 1597 por supuesta culpabilidad en la rendición de cuentas y estando en la cárcel es cuando comenzó a escribir *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.*

Colón, Cristóbal (1451-1506). Navegante y descubridor del Nuevo Mundo. Salió de Palos el 3 de agosto de 1492, rumbo a lo desconocido; después de 70 días de azarosa navegación descubrió la primera tierra americana, la isla de Guanahaní, que renombró San Salvador (hoy Watling); descubrió luego las

islas de Santa María de la Concepción (Rum Cay); Fernandina (Long Island); Isabela (Crooked Island); Juana (Cuba, oct. 28) y la Española (Haití, dic. 5); en ésta con los restos de la «Santa María» —que naufragó— hizo construir el fuerte de La Navidad (dic. 25). En su segundo viaje, zarpó de Cádiz (25 set. 1493). Para el tercer viaje zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498. Y en el cuarto y último levó anclas otra vez en Cádiz el 9 de mayo de 1502. Abandonado y pobre murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506.

Confucio (Kon-Fu-Tseu). Gran filósofo chino, fundador de una religión de ideal bastante elevado, basada en el culto a los antepasados, la bondad, la virtud y la honradez, seguida por 510 000 000 de fieles (551-479 a C).

Cournot, Antoine-Augustin (1801-1877). Economista y matemático francés. Iniciador del tratamiento matemático de las relaciones económicas. Es considerado como uno de los fundadores de la escuela matemática desarrollada por Walras y Pareto. En su primer libro titulado *Recherches sur les principes mathématiques de la théorie des richesses,* publicado en 1838, sin entrar en el estudio del valor (problema central de la economía clásica), consideraba los mecanismos del mercado en cuanto a relaciones entre funciones expresables matemáticamente, señalando una fecha importante en la historia del pensamiento económico. Sus aportaciones más importantes se refieren a los problemas del precio en régimen de competencia, del monopolio y del anopolio.

Cuvier, Georges (1769-1832), naturalista francés, creador de la anatomía comparada y de la paleontología; Napoleón I y Luis XVIII lo colmaron de honores y Luis Felipe lo nombró par de Francia (1831); además de sus importantes contribuciones a la ciencia, desempeñó altos cargos; fue enemigo acérrimo de las teorías de Darwin y Lamarck sobre la evolución. Autor de: *Tableau elémentaire de l'Histoire Naturelle des Animaux* (1798); *Leçons d'Anatomie Comparé* (1800-05); *Mémoires sur les Espèces d'Elephants Vivants et Fossiles* (1800), etc.

Cyrano de Bergerac, Savinien de (1619-55), poeta y soldado francés, famoso duelista que inspiró a Rostand su tragedia *Cyrano de Bergerac.* Autor de: *La muerte de Agripina* (tragedia); *Historia cómica de los Estados e Imperios de la Luna; Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol,* etc.

Darwin, Charles Robert (1809-82), biólogo inglés; en 1831, viajó como naturalista alrededor del mundo a bordo del «Beagle», expedición que duró cinco años y durante la cual realizó estudios hidrográficos y acumuló material para fundamentar su célebre obra titulada *On the Origin of Species by Means of Natural Selection* (1859), que suscitó ardientes controversias. Autor también de: *Zoology of the Voyage of the Beagle* (1840); *Variation of Animals and Plants under Domestication* (1868); *The Descent of Man* (1871), etc.

Descartes, René (1596-1650), filósofo, matemático y físico francés; recorrió Europa y murió en Estocolmo; pensador profundo, contribuyó a la creación de una nueva filosofía, defendió el racionalismo, sistematizó las leyes de la refracción de la luz, fundó la geometría analítica e intentó explicar mecánicamente las actividades funcionales del hombre; partiendo de la duda metódica, llegó a la conclusión de que le era imposible dudar que dudaba, y, por consiguiente, que existía como ser pensante, «pienso, luego existo»; afirmó que la existencia de Dios se demuestra por el argumento ontológico; su ética estoica señala la magnanimidad como la principal virtud.

Doppler, Christian (1803-1853), matemático y físico austríaco. En 1843 formuló

para la acústica el llamado principio de Doppler-Fizeau, que el francés Fizeau formuló independientemente para la óptica. Esta ley indica que, si una fuente luminosa en movimiento emite una radiación de longitud de onda conocida, el observador percibirá en el espectro una modificación de esta longitud debida a la composición de la velocidad de onda luminosa con la velocidad de desplazamiento de la fuente. La línea espectral correspondiente a esta radiación parecerá desviada un poco hacia el violeta si la fuente se aleja del observador y hacia el rojo en caso contrario. Las aplicaciones astronómicas de este principio han sido muy importantes. Su aplicación a los espectros estelares ha permitido medir velocidades de las estrellas en dirección a la Tierra. El efecto Doppler se da también en las ondas sonoras. La velocidad relativa de la fuente y el observador produce una variación de frecuencia en el sonido percibido.

Ducrocq, Albert (n. 1921). Científico francés. Director de la Sociedad Francesa de Electrónica y Cibernética y autor de la teoría biocibernética. Su obra más popular se titula *Découverte de la cybernétique.*

Eckhart, Johannes (1260-1327), filósofo místico alemán; ingresó en la Orden Dominica; fue discípulo de San Alberto Magno y maestro de Teología en París, Estrasburgo y Colonia; considerado como padre del misticismo y del lenguaje filosófico en Alemania; acusado de profesar doctrinas panteístas, la Iglesia lo absolvió, pero a su muerte el papa Juan XXII condenó 28 de sus proposiciones. Autor de: *Libro de Consolación; Acción Tripartita; Sermones* (1327).

Einstein, Albert (1879-1955), físico alemán n. en Ulm, de raza judía, naturalizado norteamericano cuando fue privado de su nacionalidad (1934) por los nazis; profesor en varias Universidades de Alemania y en la de Princenton, EE.UU. (1933-45); en 1905 formuló matemáticamente la *Teoría de la relatividad* del tiempo, que ha venido a modificar la newtoniana de la gravitación universal; en 1916 la amplió (*Teoría general de la relatividad*) y la aplicó a la cosmología; en 1912 formuló la ley de los efectos fotoeléctricos; fue el primero en verificar la hipótesis inicial de la teoría de los cuantos de Planck; en 1920 formuló la *Teoría del campo unificado* que agrupa los fenómenos eléctricos y los de gravitación en una misma teoría; sus trabajos abrieron el camino a la Física Nuclear. Entre los premios importantes que recibió, figura el Nobel de Física (1921).

Esaú, que en hebreo significa *velludo,* fue el primogénito de Isaac y Rebeca y hermano gemelo de Jacob; se estableció en Seir y fue el progenitor de los idumeos.

Euclides, Geómetra griego que floreció hacia el año 300 a C; sus *Elementos* (13 libros con 93 problemas y 372 teoremas) son la base de la geometría plana actual; fueron preservados por los árabes y más tarde traducidos a todos los idiomas; fundó una escuela en Alejandría durante el reinado de Tolomeo I (306-238 a C).

Galilei, Galileo (1564-1642), matemático, físico y astrónomo italiano n. en Pisa; inventó el telescopio refractor, el termómetro y la balanza hidrostática; descubrió el isocronismo del péndulo; demostró en la torre inclinada de su ciudad natal que todos los cuerpos caen a igual velocidad; descubrió las agrupaciones estelares de la Vía Láctea; las máculas solares; las bandas y los cuatro mayores satélites de Júpiter; las fases de Venus y Marte; que los planetas brillan con luz refleja y la revolución del Sol alrededor de su eje. De-

nunciado como herético por enseñar el sistema de Copérnico, fue encerrado en las cárceles de la Inquisición y sus libros incluidos en el Indice. Aunque se volvió ciego (1637), continuó trabajando. Autor de: *Il nunzio sidereo* (1610); *Istoria e dimostrazioni intorno alle macchie solari* (1616); *Il saggiatore* (1623); *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo* (1623); *Discorsi e dimostrazioni matematiche intorno a due nuove scienze* (1636).

Gobineau, Joseph Arthur (1816-1888), diplomático y sociólogo francés n. en Ville d'Avray y m. en Turín, fundador de la teoría racial que más tarde se convertiría en dogma político del nacionalsocialismo alemán. Autor de: *Essai sur l'inégalité des races humaines* (4 vols. 1853-55).

Heisenberg, Werner (n. 1901), físico alemán que estudió los estados alotrópicos del hidrógeno y realizó fecundas aportaciones a la teoría de los cuantos y la mecánica ondulatoria; se ha dado su nombre al principio de indeterminación. En 1932 le fue concedido el Premio Nobel de Física.

Hiparco (160-125 a C), el más famoso astrónomo de Grecia; n. en Nicea y vivió en Rodas y en Alejandría; fue el padre de la trigonometría y descubrió la precesión de los equinoccios; catalogó más de 800 estrellas, estudió los movimientos de la Luna, y determinó la revolución de los planetas y la duración exacta del año; la única de sus obras que se conserva es la titulada *Sobre los fenómenos de Aratus.*

Hoang-Ti. Emperador de China conocido también con el nombre de Yien-Hium, que vivió 27 siglos antes de nuestra Era. Hijo de un alto funcionario, destronó a Chiu-Nung (2698) y después de vencer a los partidarios del destronado, nadie se atrevió a descartarlo. Dividió su pueblo en clases, vestidas de distintos colores, implantó una buena administración, favoreció las Artes, Ciencias e Industrias y se rodeó de prudentes políticos. En su tiempo se hicieron los primeros adelantos en Astronomía, Matemáticas, Medicina, etc., y se construyó el primer templo de Chang-Li. Su corona la heredó uno de sus 25 hijos. Murió en 2599 antes de nuestra Era.

Homero. Poeta griego de la Antigüedad a quien se atribuyen dos magistrales poemas: la *Ilíada,* narración de la guerra de Troya, y la *Odisea,* relación de las andanzas de Odiseo (Ulises). La tradición pinta a Homero ciego y anciano, recitando sus versos como un aedo, nombre dado a los primitivos poetas de Grecia que cantaban al son de la cítara. Algunos eruditos sostienen que Homero no existió y que los poemas que se le atribuyen son la consolidación de la obra de muchos poetas de varias generaciones, llevada a cabo en tiempos de Pisístrato; se supone que vivió entre los siglos VIII y IX a C. Siete ciudades se disputan su cuna: Atenas, Argos, Colofón, Quío, Rodas, Salamina y Esmirna.

Isaac. Patriarca hebreo; hijo único de Abraham y Sara; se casó con su prima Rebeca y fue padre de Esaú y Jacob; murió en Hebrón, según la Biblia, a la edad de 180 años.

Ismael. Hijo de Abraham y de Agar, sirvienta de Sara; a instancias de ésta, él y su madre fueron despedidos de la casa; su madre lo casó con una egipcia de la cual tuvo 12 hijos, cabezas de sendas tribus; los árabes se consideran descendientes suyos. Murió a los 137 años.

Jacob. Patriarca hebreo, hijo de Isaac y Rebeca y hermano gemelo de Esaú; compró a éste la primogenitura y le usurpó la bendición de su padre valiéndose de un engaño; aconsejado por su madre, huyó a Mesopotamia, donde trabajó 14 años como pastor en casa de Labán, quien le dio por esposas a

sus hijas, Lia y Raquel; fue padre de doce hijos que fundaron las doce tribus de Israel; regresó a Canaán; se reconcilió con Esaú y fue a morir a Egipto, llamado por su hijo José.

Jafet, tercer hijo de Noé que extendió su raza por los valles del Cáucaso hasta las orillas del Ganges, y por el Asia Menor y las islas del mar Egeo hasta las costas griegas. Tuvo siete hijos.

José. Patriarca hebreo; undécimo hijo de Jacob y primero de Raquel, cuya historia consigna el *Génesis;* vendido por sus hermanos y llevado a Egipto, llegó a ser ministro del faraón; tuvo dos hijos, Manasés y Efraín, cabezas de las tribus de sus nombres; vivió 110 años.

Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles; traicionó a Jesucristo identificándolo con un beso para hacerlo prender, por lo cual recibió en pago treinta monedas; arrepentido se ahorcó.

Keller, Werner, escritor alemán n. en 1909. Cursó sus estudios en Zurich, Ginebra y Jena; residió en Berlín hasta 1945, donde publicó sus primeros artículos en el periódico *Berliner Tageblatt.* El doctor Keller ha dedicado siempre el máximo interés al estudio de la arqueología y de la historia de la humanidad. Su deseo de escribir sobre los lugares de que nos habla la Biblia cristalizó en 1950 con la publicación de su libro titulado *Y la Biblia tenía razón,* donde habla de las excavaciones realizadas junto al Nilo y el Jordán, junto al Eufrates y el Tigris, junto al mar Muerto y el Mediterráneo.

Kepler, Johannes (1571-1630), astrónomo y matemático alemán; uno de los creadores de la Astronomía moderna; enunció las leyes que llevan su nombre: 1) las órbitas planetarias son elipses en las que el Sol ocupa uno de los focos; 2) las áreas descritas por los radios vectores son proporcionales a los tiempos empleados en recorrerlas; y 3) los cuadrados de los tiempos de las revoluciones planetarias son proporcionales a los cubos de los ejes mayores de las órbitas. Autor de: *Enigma cosmográfico* (1596); *Astronomia Nova de Motibus Stellae Martis ex Observationibus Tychonis Brahe* (1609); *Harmonice Mundi* (1619).

Lederberg, Joshua, n. en 1925, bioquímico norteamericano n. en Montclair (Nueva Jersey); premio Nobel de Medicina y Fisiología (1958), compartido con Edward L. Tatum y George W. Beadle, por sus investigaciones genéticas; creador de la genética bacterial, nueva rama de la biología; logró introducir artificialmente nuevos genes en las bacterias para conseguir su transformación.

Leroi-Gourhan, André, etnólogo francés n. en 1911. Profesor de la Sorbonne y fundador del Centro de formación para las investigaciones etnológicas y de la Escuela de investigaciones prehistóricas. Sus trabajos se refieren principalmente a la etnología prehistórica y a la actual. Autor de: *La Civilisation du renne* (1936); *Evolution et techniques* (1943); *Archéologie du Pacifique Nord* (1946); *Ethnologie de l'Union Française,* en colaboración con J. Poirier (1953); *Hommes de la préhistoire* (1955), etc.

Lewis, Gilbert Newton (1875-1946), químico norteamericano; realizó estudios de termodinámica y estructura atómica e ideó un patrón de átomo, rectificado más tarde por Langmuir. Autor de: *Valencia y estructura de los átomos y moléculas, Anatomía de la Ciencia,* etc.

Littré, Emile (1801-1881), erudito y lexicógrafo francés; fue admirador de Auguste Comte y de su filosofía positiva, y considerado jefe de esa escuela a la muerte del maestro.

Lot. Patriarca hebreo, hijo de Arán y sobrino de Abraham, con quien abandonó Ur de Caldea y emigró a Canaán; después residió en Sodoma, fue hecho prisionero por el rey elamita Codorlaomor y sus aliados, pero el golpe de mano de Abraham le preservó de caer en la esclavitud. De Moab y Ammon, nacidos del incesto con sus dos hijas, descendieron los moabitas y los ammonitas, perpetuos enemigos de Israel. La narración de la mujer de Lot convertida en estatua de sal (*Génesis,* XIX, 26) fue la explicación popular de la existencia de una montaña de sal cerca del escarpado sudoccidental del mar Muerto.

Luis XIV el Grande, «el Rey Sol» (1638-1715), hijo de Luis XIII y Ana de Austria; rey (1643-1715); se casó con María Teresa de España y, a la muerte de ésta, secretamente con Mme. Maintenon, viuda del poeta Scarron; durante su minoridad, el poder estuvo realmente en manos del cardenal Mazarino (1643-61) a cuya muerte lo asumió Luis, con exclusión absoluta de los nobles y de los eclesiásticos; sostuvo largas guerras gloriosas pero costosas para el país; contra España ganó Flandes; contra Holanda, adquirió el Franco Condado; en la de Sucesión contra España perdió la Acadia; revocó el Edicto de Nantes; en su reinado, el más largo de la historia europea, Francia estuvo en su apogeo, su Corte fue la más magnífica de Europa, y la literatura y las artes alcanzaron su edad de oro.

Maneton, sacerdote egipcio e historiador del siglo III a C; escribió en griego una historia de Egipto desde los reinados míticos hasta la conquista de Alejandro el Grande (322 a C), de la que sólo existen fragmentos.

Marx, Karl (1818-1883), filósofo, sociólogo y economista alemán de ascendencia judía. Fundó el socialismo científico; director de la *Gaceta Renana* de Colonia (1842), tuvo que exiliarse en París y Bruselas, lugar este último en que escribió con Engels, el *Manifiesto comunista* (1847); a raíz del movimiento revolucionario de 1848, retornó a Colonia donde publicó la *Nueva Gaceta Renana*; expulsado de Prusia en 1849, se estableció en Londres y allí vivió ayudado por Engels y fue el inspirador de la Asociación Internacional de Trabajadores; aplicó el materialismo dialéctico a la Historia (materialismo histórico). Autor de *El Capital* (1867) y de muchas otras obras de economía política, historia, etc.

Mendeléyev, Dmitri I. (1834-1907), químico ruso; llevó a cabo importantes estudios sobre la compresión de gases como el petróleo, el isomorfismo, etc., y formuló (1869) la ley periódica de los elementos químicos, sobre cuya base predijo la existencia de ciertos cuerpos simples, aún no aislados químicamente; los descubrimientos posteriores del galio, escandio, germanio, etc., confirman sus predicciones. Autor de: *Principios de Química; La ley periódica de los elementos químicos,* etc.

Moisés, legislador hebreo, de la tribu de Leví, que liberó a su pueblo de la opresión egipcia; guerrero, político, historiador, moralista y poeta, es la más imponente figura del Antiguo Testamento. Cuando el faraón ordenó la muerte de todos los niños hebreos varones recién nacidos, la madre de Moisés lo escondió en su casa y luego lo depositó en una canasta en aguas del Nilo; encontrado por la hija del faraón, ésta lo hizo educar en la Corte; habiendo dado muerte a un egipcio que maltrataba a un hebreo, tuvo que huir y refugiarse entre los madianitas, donde se casó con Séfora, hija del sacerdote Jetro; vivió cuarenta y nueve años apacentando rebaños de su suegro, hasta que retornó para dirigir el éxodo de su pueblo (1200 a C) hacia

la tierra de Canaán; recibió en el Sinaí las Tablas de la Ley y escribió el *Pentateuco*.

Montaigne, Michel Eyquem de (1533-1592), filósofo, literato y moralista francés, iniciador de los ensayos literarios, género que ocupa lugar tan destacado en la literatura moderna; fue consejero del Parlamento de Périgueux, y luego del de Burdeos, y alcalde de esta ciudad; propugnó un escepticismo sano y discreto, que proclama el retorno a la Naturaleza, manantial inagotable de serenidad. Autor de: *Essais de messire Michel, seigneur de Montaigne,* a los que añadió un tercer volumen en 1588, y de *Journal du voyage en Italie, par la Suisse et l'Allemagne* (que dejó inédito deliberadamente).

Müller, Hans (1882-1945). Físico alemán, profesor de la Escuela Técnica Superior de Berlín. Es famoso por la invención del contador de partículas (1913) que lleva su nombre y que fue perfeccionado en 1928.

Napoleón I, Napoleón Bonaparte (1769-1821), emperador de Francia; partidario de la Revolución francesa, se hizo jacobino (1793) y fue protegido de Robespierre; defendió la Convención reunida en las Tullerías contra las turbas realistas y fue promovido a general de división cuando contaba 26 años; se casó con Josefina de Beauharnais (1796) y una semana después partía a dirigir la campaña de Italia; elegido primer cónsul perpetuo (1804), luego el Senado lo proclamó emperador; ocupó Portugal, siguió la guerra de España en cuyo trono puso a su hermano José; divorciado de Josefina, se casó con la archiduquesa María Luisa de Austria (1810); invadió Rusia (1812) y con 600 000 hombres tomó Moscú, pero en su retirada el ejército quedó reducido a 120 000 hombres; los aliados invadieron Francia (1814), Napoleón abdicó en Fontainebleau y fue relegado a la isla de Elba. Restablecidos los Borbones en Francia con Luis XVIII, Napoleón todavía dio el golpe de los Cien Días (1815) al que puso fin el desastre de Waterloo; abdicó y se rindió a los ingleses que lo desterraron a la Isla de Santa Helena, donde murió.

Noé, patriarca bíblico, hijo de Lamec y padre de Sem, Cam y Jafet. Según el Génesis, construyó el arca que había de preservarlo del Diluvio con su familia y una pareja de cada especie de animales.

Oppenheimer, Julius Robert (1904-1967). Físico norteamericano; inició sus estudios superiores en la Universidad de Harvard, de donde pasó, en 1925, a la de Cambridge (Inglaterra); en 1927 se trasladó a la Universidad de Goettingen, donde se doctoró; de 1929 a 1947 fue profesor de la Universidad de California y del California Institute of Technology, donde creó una importante escuela de físicos teóricos; es autor de trabajos sobre la energía atómica, la radiación cósmica, las partículas elementales y la teoría de la relatividad, aunque es conocido, especialmente, por haber dirigido la construcción de la primera bomba atómica durante la Segunda Guerra Mundial en Los Alamos; acusado de tener relaciones con los medios izquierdistas y de estar complicado en un caso de espionaje en favor de la Unión Soviética, en 1954, a consecuencia de una investigación fue marginado de los secretos gubernamentales de los Estados Unidos. Su ostracismo duró hasta el año 1962 en que fue rehabilitado por el presidente Kennedy; en 1963 le fue concedido el Premio «Enrico Fermi»; desde 1947 hasta su muerte, dirigió, ininterrumpidamente, el Institute of Advanced Study, de Princeton.

Paulov, Ivan P. (1849-1936), fisiólogo ruso; realizó importantes investigaciones sobre farmacología y sobre fisiología de la circulación; estudió la secreción

de los jugos digestivos y sus relaciones con las excitaciones nerviosas; descubrió los reflejos condicionados, cuya teoría desarrolló y aplicó. Autor de: *La excitación psíquica de las glándulas salivales; El trabajo de las glándulas digestivas; Los reflejos condicionados; Los métodos de producir la fístula pancreática,* etc. Premio Nobel de Medicina y Fisiología (1904).

Pedro I el Grande (1672-1725), hijo de Alejo: reinó junto con su hermanastro Iván (1682-89) y después solo (1689-1725); en larga guerra con Suecia (1700-21) fue derrotado por Carlos XII en Narva (1700); firmada la paz adquirió Livonia, Estonia, Ingria y parte de Karelia: fundó San Petersburgo; se hizo célebre por haber introducido la civilización occidental europea en Rusia y haber hecho de su país una potencia militar que vino a pesar en el equilibrio europeo.

Pitágoras (582-507 a C). Filósofo y matemático griego n. en Samos; viajó por Egipto y el Oriente: expulsado de su isla natal por el tirano Polícrates, emigró a Crotona (529) donde fundó una comunidad religiosa y política; sus especulaciones místicas y científicas tuvieron como base los números; se le atribuye el invento de las tablas de multiplicación. Creyó en la metempsícosis y observó una moral rígida y una vida austera; se cree que fue el primero en demostrar que el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo es igual a la suma de los cuadrados de los catetos; no dejó escritos; se conocen sus doctrinas por sus discípulos, quienes hicieron considerables progresos en las matemáticas y en la astronomía.

Platón (427-347 a C), filósofo griego, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles; se llamaba Aristocles y se le dio el sobrenombre de Platón por sus anchas espaldas; en su juventud se distinguió como atleta; escribió poesías antes de los 20 años; en 407 se hizo discípulo de Sócrates, a quien acompañó hasta la muerte: emigró entonces de Atenas; estudió en Megara con Euclides; viajó por Egipto, Cirenaica, Cilicia y la Magna Grecia; regresó a Atenas en 387 y fundó su escuela filosófica (la *Academia,* en el jardín de Academo) que exaltó el idealismo. Platón escribió sus obras en forma de diálogos en que toma parte Sócrates; las más importantes son: *La República* (lo que debe ser un Estado ideal): *Las Leyes; Timeo* (la teoría del universo e historia de la Atlántida); *Fedra* (ataque a los retóricos); *Fedón* (sobre la inmortalidad del alma); *Simposium* (del amor ideal); *Apología* (defensa de Sócrates); *Gorgias*; *Critias*; *Protágoras*; *Parménides*; *Critón*; *Cratilo*, etcétera.

Prometeo, según la fábula, hijo del titán Yapeto y de la ninfa Climena. Enseñó a los mortales las artes de la vida y los defendió cuando Zeus quiso destruirlos para crear una raza mejor. Por haberle robado el rayo a Zeus fue encadenado a una roca en el Cáucaso. Un buitre le devoraba las entrañas cuando fue salvado por Hércules.

Ptolomeo, Claudio. Célebre astrónomo y geógrafo griego del siglo II de nuestra Era.

Ruyer, Raymond, filósofo francés, n. en 1902. Profesor de la Universidad de Nancy; pensador original que no puede clasificarse en ninguna escuela particular; considera que la filosofía está esencialmente unida a la ciencia. Ha elaborado una filosofía de la vida en *Esquisse d'une philosophie de la structure* (1930); *Eléments de psychobiologie* (1946); una filosofía de los valores en *Le Monde des valeurs* (1947); *Le Neofinalisme* (1952); una teoría de la información en *La Cybernétique et l'origine de l'information* (1954), etc.

Sadoc. Judío del siglo III a C, fundador de la secta de los saduceos que negaba la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo.

Sarasvati, divinidad india y diosa de las ciencias, de la armonía, de la elocuencia, del lenguaje y como inventora del sánscrito. Se adora también como patrona de las Bellas Artes, en especial de la música. Ha dado su nombre a varios ríos de la India.

Sartre, Jean Paul (1905-) filósofo y literato francés; inspirado en la fenomenología de Husserl y el existencialismo de Heidegger, aporta a esta última doctrina planeamientos originales. Autor de: *L'Etre et le Néant* (1943); *L'Existentialisme est un humanisme* (1946); *Sur l'Amour*: *Question de Methode*; *Critique de la Raison Dialectique*, etc. Novelas: *La Nausée* (1958); *Le Mur* (1959); *Les Chemins de la Liberté* (3 vol.) Teatro: *Les Mouches* (1942); *Huis-clos* (1944); *La Putain respectueuse* (1946); *Les Mains sales* (1948); *Le Diable et le Bon Dieu* (1951); *Nekrassov* (1953); *Les Sequestrés d'Altona* (1959), etc.

Schliemann, Heinrich (1822-90), viajero y arqueólogo alemán. Habiendo hecho fortuna en los Estados Unidos, fue al Asia Menor a estudiar los lugares homéricos; excavó lo que creyó que eran las ruinas de Troya y exploró los restos de Micenas y otras ciudades antiguas. Autor de: *Itaca, el Peloponeso y Troya* (1869); *Micenas* (1878); *Troya* (1883), etc.

Sem, primogénito de Noé; por el respeto piadoso que mostró al hallar embriagado y desnudo a su padre, éste lo bendijo. Tuvo cinco hijos.

Semele. En la leyenda griega, hija de Cadmo, rey de Tebas, y madre de Dionisos, quien a su muerte descendió al Hades para rescatarla y elevarla al Olimpo.

Solon (640-559 a C), legislador de Atenas y uno de los Siete Sabios de Grecia; se distinguió reconquistando Salamina de manos de los megarenses; elegido arconte en 594, derogó la mayor parte de las leyes de Dracón: dio a Atenas una Constitución que dividió a los atenienses en cuatro «clases» y buscó solidaridad entre ellas y un justo trato del Estado para todas; reguló el sistema de contribuciones; organizó el servicio militar; reformó el calendario y el sistema de pesas y medidas. Sus reformas despertaron acerba oposición, que lo hizo huir de Atenas; viajó por Egipto, Chipre y Lidia; al regresar, después de diez años, vio abolida su Constitución por la tiranía de Pisístrato.

Tales de Mileto (640-546 a C), filósofo, fundador de la escuela jónica y uno de los Siete Sabios de Grecia; creador de la Física, de la Geometría y de la Astronomía; acreció su fama al predecir el eclipse de Sol del año 585 a C; sostuvo que «el principio de todas las cosas es el agua», midió la altura de las pirámides por su sombra, estableció los primeros principios de la geometría deductiva; formuló la teoría de los eclipses, y fue de los primeros en observar el electromagnetismo en el ámbar al ser frotado por un trozo de tela.

Talleyrand-Perigord, Charles Maurice de (1754-1838), estadista francés, obispo y diputado del clero en los Estados Generales (1789) y miembro de la Asamblea Constituyente, fue excomulgado por haber jurado la Constitución civil del clero; enviado a Londres (1792) emigró luego a los Estados Unidos; de regreso a Francia fue uno de los ministros del Directorio (1797) y ministro de Relaciones Exteriores durante el Consulado y el Imperio; en 1806 recibió el título de príncipe de Benevento; se opuso a la política de conquista de Napoleón y al caer el Imperio contribuyó a la restauración de los Borbones; después de los Cien Días presidió el Gobierno y luego, como ministro del

Exterior demostró en el Congreso de Viena grandes dotes diplomáticas; durante el reinado de Luis Felipe fue embajador en Londres (1830-35).

Teilhard de Chardin, Pierre (1881-1955). Científico y teólogo jesuíta francés. Su actividad en el campo de la geología y de la paleontología en el Extremo Oriente dieron como resultado el descubrimiento del «sinántropo»; asimismo son importantes sus estudios de vertebrados del período cenozoico o de los terrenos que componen la parte más moderna de las tres en que se divide la corteza terrestre. Tienen fama también sus reflexiones teológicas, publicadas después de su muerte, sobre la evolución del universo desde la materia y la vida hasta el hombre (de la «biosfera» a la «noosfera»). Según Teilhard, este proceso de hominización culmina en un determinado «punto omega» de convergencia en la Divinidad. No obstante, ésta está presente en la evolución en virtud de la «redención» y la «providencia». La cosmogonía de Teilhard ha suscitado vivas polémicas entre los católicos. Sus principales obras son: *Le milieu divin* (1926-27), *Le phénomène humain* (1938-40), etcétera.

Tell, Guillermo. Héroe legendario suizo. Cuenta la tradición que derribó de un flechazo una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, forzado a esa prueba por el bailio Gessler, tirano austríaco a quien había negado homenaje; más tarde mató al tirano y encabezó la revuelta que culminó en la independencia de Suiza. Murió hacia el año 1354.

Texcatlipoca es uno de los más importantes dioses aztecas, venerado especialmente en Texcoco; era hermano y enemigo de Quetzalcóatl con el que se reconcilió para sostener la bóveda celeste.

Ustinov, Peter (n. 1921). Actor y autor teatral inglés. Satiriza con desenvoltura los convencionalismos de la vida social. Su obra teatral incluye *The Love of the four Colonels* (1951), *The Emphy Chair* (1956), *Romanoff and Juliet* (1956) y otros títulos. Ha intervenido también en cine como actor y director.

Viollet-Le-Duc, Eugène-Emanuel (1814-1879), arquitecto francés. Dedicó gran parte de su vida a restaurar monumentos franceses de acuerdo con un vasto conocimiento de las técnicas arquitectónicas góticas: Sainte-Chapelle, Notre-Dame de Paris, las iglesias de Vézelay, la basílica de Saint-Denis, las fortificaciones de Carcassone, la catedral de Amiens. Entre otros escritos publicó: *Dictionaire raisonné de l'architecture française du XI au XVI siècle* (1854-1868).

Voltaire (1694-1778). Su verdadero nombre fue F. M. Arouet, filósofo, poeta y escritor francés, uno de los pensadores más eminentes de la «Ilustración» y uno de los que más influyeron en la Revolución Francesa; estudió con los jesuítas; estuvo dos veces preso en la Bastilla (1717-18 y 1726) y vivió desterrado durante un tiempo en Inglaterra; racionalista y combativo, atacó el pasado, el fanatismo y la intolerancia; representante del deísmo, criticó mordazmente a la Iglesia católica; enemigo del abuso y el atropello, luchó por abolir el tormento y las prisiones arbitrarias, lo cual no le impidió ser protegido por Federico de Prusia y otros monarcas absolutos. Autor de: *Cartas filosóficas o cartas inglesas, Zadig, Micromegas* y *Cándido o el optimismo* (cuentos filosóficos); *Tratado de la tolerancia; Diccionario filosófico; Correspondencia; La Henriada* (epopeya); *La doncella* (poema jocoso); *El siglo de Luis XIV; Historia de Carlos XII* y también de varias tragedias.

Woolley, sir Charles Leonard (n. 1880). Arqueólogo inglés; estudió en Oxford, de cuyo Ashmolean Museum fue conservador (1905-1907); realizó excava-

ciones en Cambridge (1900-1907) y tomó parte en una expedición de estudio a Nubia (1907-1912); en 1914 visitó Palestina y publicó un trabajo arqueológico sobre el Sinaí; el mismo año pasó a estudiar el Egipto, donde estuvo hasta 1916 en misión especial durante la guerra; sus trabajos fueron obstaculizados por haber caído prisionero de los turcos, en cuyo poder permaneció dos años. En 1922 empezó a dirigir las famosas excavaciones de Ur, hasta 1934, y desde 1936 a 1939 excavó en Siria. En 1942 fue nombrado profesor agregado en el Huxley Memorial. Autor de: *The Wilderness of Sin* (con T. E. Lawrence); *The City of the Aten; Dead Towns and Living Men; The Sumerians; Ur of the Chaldees; The Royal Cementery; Abraham; Ur Excavations; A Forgotten Kingdom; Excavations at Ur; A record of twelve Years' Work,* etc.

Zaratustra v. Zoroastro.

Zeus. Padre de los dioses en la mitología griega. Los romanos lo llamaron Júpiter.

Zoroastro, reformador religioso persa; se llamaba realmente Zaratustra; se cree que vivió en los siglos VII y VI a C; predicó una nueva religión dualista; condenó los sacrificios cruentos y los dioses del naturalismo primitivo, a los que consideró como demonios; la tradición helenística le tuvo como maestro de la magia, astrología y alquimia.

TRAS LAS HUELLAS DEL SABER PERDIDO

Que nuestro planeta se haya visto arrasado varias veces por diluvios importantes, aunque parciales, es un misterio que no descifran el ocultismo ni el saber universitario. Pero sí se ha podido formular la inflexible ley de su retorno periódico.

Hay un ciclo perenne en la evolución de la humanidad. Por esto hace cuarenta siglos, los sacerdotes del Yucatán predijeron un fin del mundo igual al que nos describen los evangelistas en el Nuevo Testamento. ¿Qué pensar de tales relatos apocalípticos, que anuncian para un futuro la destrucción de nuestro planeta? A esta pregunta pretende responder la obra que hoy presentamos.

Tras las huellas del saber perdido, constituye un conjunto de testimonios que vienen a confirmar lo que muchos presentían: aún es posible encontrar vestigios de importantes conocimientos desaparecidos, conocimientos que, en muchas de sus facetas están relacionados con nuestras técnicas actuales. Civilizaciones superdesarrolladas anteriores a la nuestra fueron destruidas por un cataclismo. Luego, volvieron a reaparecer.

Esta obra constituye, pues, una apasionante amalgama de «hechos malditos» y de asombrosos descubrimientos que se hace preciso revelar, ya que el fin de nuestro ciclo está ya próximo y el hombre necesita conocer cuáles son las fuerzas que actúan desde la sombra.

Otros títulos de la colección:

DOCUMENTOS DE LO EXTRAÑO.
TRAS LAS HUELLAS DE LOS DIOSES DEL SOL.
CIVILIZACIONES EXTRATERRESTRES.

EDICIONES DAIMON
MANUEL TAMAYO
Madrid - Barcelona - México


DIOSES
EXTRATERRESTRES
JEAN
SENDY